



Por qué el resurgimiento de la Orden del Temple



ORDEN SOBERANA DEL TEMPLO DE CRISTO
www.ordendeltemple.org correo@ordendeltemple.org
Apartado de correos 20.089, Madrid 28080 (España)

ENCABEZAMIENTOS DEL PROT.

Aviso al lector

Introducción

El hecho Templario

-MANIFESTACIÓN MEDIEVAL DE LA ORDEN DEL TEMPLE

La conjura

El resurgimiento

Acto de esperanza

-LAS ALERGIAS TEMPLARIAS DEL VATICANO

Puesta en guardia

Sufrimientos, calumnias y maledicciones

La rehabilitación

-EL SACERDOCIO TEMPLARIO

Los sacerdotes templarios

Contradicciones Romanas

Las dos maldiciones de Jacques de Molay

Los neo-templarios

Conclusiones

¿Por qué EL RESURGIMIENTO DE LA ORDEN DEL TEMPLE?

El misterio de los templarios

La inocencia de la orden

La Atlántida templaria

La búsqueda apocalíptica

-LOS ORIGENES DE LA ORDEN DEL TEMPLE

Las cruzadas

Jerusalén

Los nueve peregrinos

La caballería templaria

El secreto de Hugo de Champaña

Bernardo de Clairvaux

-EL NACIMIENTO DE LA ORDEN DEL TEMPLE

Los “pobres soldados de Cristo”

La Agharta del temple

El templo de Salomón

El concilio de Troyes

La regla de la orden

El reconocimiento de la orden del temple

Doce de Junio

Misión exotérica de la orden del temple

La misión “limitada” de la orden

El comportamiento templario

Los fines de la orden

Los depósitos sagrados

Beaucens

Misión esotérica de la orden del temple

La pirámide templaria

Las cuatro edades de la orden

Los fines secretos de la orden

El martirio de la orden del temple

El Papa Universal

El gran monarca

La mujer rodeada de sol
El segundo Gólgota
El proceso
La gehena
La muy santa inquisición
La rehabilitación
La maldición
El suplicio de Jacques de Molay
El concilio de Vienne
Sucesión de la orden
La Rosa-Cruz
Michel de Notre-Dame y la astrología cósmica 1
Compagnonnage
Masonería
Revolución
Revolución Francesa
Cagliostro
Luis XVII
Napoleón
-LA MISIÓN ACTUAL DE LA ORDEN DEL TEMPLE
Los fines actuales
La vía templaria
La revelación
El resurgimiento
La noche de los cuervos
El templo actual

El Cristo Solar

-EL MENSAJE BÍBLICO DEL PAN “NUTRIR Y UNIR”

-EL OFICIO RELIGIOSO DE LA ORDEN SOBERANA DEL TEMPLO DE CRISTO

Criptas y capillas templarias

Ritual del oficio

(1)La confesión

(2)La preparación

(3)El sacramento y la palabra

EL OFICIO TEMPLARIO

LA MISA EUCARISTICA

Ecumenismo

El templo y el Islam

De los orígenes a los reencuentros

Los Cátaros

Creación

Adam y Eva

Redención Contracción del Universo visible

Tierra – Tierra interior

Extra terrestres

Heliópolis

El misterio de la fecundación

Postulado de la fecundación astral

La estrella de Navidad

Del respeto a la vida 1

Declaración de la orden soberana del templo solar

El profeta

Odisea apocalíptica

Decadencia de las artes

Wagner, Mozart, Beethoven, Chopin

La cólera divina

-LAS APACACIONES MARIALES DE LA SALETTE Y DE FÁTIMA

1-El anuncio del gran cisma de la Iglesia Católica Romana

2-El fin de Roma y la venida del anticristo

3-La Iglesia del fin de los tiempos

4-El anuncio de la venida del Paráclito

5-El rito Esenio y la pareja sacerdotal

6-La unión cristiandad-islam

7-La revisión del proceso de los templarios

La era de la Virgen

Autoridad y poder

Economía

-EN RESUMEN

La orden del temple, pasado, presente y futuro

La iniquidad

El resurgimiento

La transmisión

El templo eterno

Sociedad tradicional de transito

La orden del temple en el siglo XX

Los fines de la O.S.T.C.

¿Cómo SE ES TEMPLARIO EN EL SIGLO XX?

Condiciones de candidatura

Organización de la orden

Del encaminamiento en la orden

Las actividades de la orden

Contribución a la vida material de la orden

El oficio religioso de la orden del temple

La orden del temple y la Iglesia Romana

La presencia y el papel de las mujeres en la orden

Y AHORA...

=====

Telegramas dirigidos por Juan, Vigésimo tercer Gran Maestro de la Orden del Temple a los Obispos.

A LOS OBISPOS DE FRANCIA

A SU EMINENCIA.

AVISO AL LECTOR

El presente volumen es el primero de una serie de tres, con el mismo título general. Los otros dos aparecerán en los próximos años. Dichos volúmenes se corresponden sucesivamente a los planos del cuerpo, el alma y el espíritu.¹

¿Por qué esta división y sus correspondencias? ¿Sería pues tan difícil responder a la pregunta que da título a la obra, como para necesitar tres volúmenes?

De hecho, sí, ya que si la respuesta escueta ocuparía tan solo algunas líneas, esta respuesta suscitaría inmediatamente multitud de otras preguntas que pondrían en duda los tres Planos precipitados, y no sería leal de nuestra parte dejar hambriento al lector, más de lo necesario.

La manifestación actual del Templo eterno bajo el nombre de Orden Soberana del Temple de Cristo, no puede ser claramente comprendida si no se dispone de un mínimo de nociones ligadas al verdadero Conocimiento.

Este, que es una cosa totalmente diferente a una acumulación de conocimientos (en plural), concierne los planos del cuerpo, del alma y del espíritu, así como sus relaciones e interacciones mutuas. Ahora bien; en nuestros días la mayor parte de los hombres no conciben más que el aspecto puramente material de las cosas. Algunos, incluso entre los más eminentes a los ojos de este mundo, llegan a negar categóricamente la existencia de todo lo que no puede serle directamente relacionado. La forma de andar a la cual convidamos al lector, parecida en cierto modo a un proceso de aprendizaje, nos impone tener en cuenta el punto de salida de cada uno, y no hacerle salir demasiado brutalmente del campo de las ideas que le son familiares.²

En el curso de los últimos quinientos años transcurridos, el indispensable desarrollo de las aplicaciones de la facultad racional y una reacción perfectamente justificada contra un oscurantismo plurisecular, han rechazado al reino de los mitos buen número de nociones (por otra parte mal asimiladas), tras las cuales se ocultan algunas verdades fundamentales que deben ahora, los Tiempos siendo venidos, ser difundidas con precauciones, necesarias para salvaguardar el equilibrio de cada uno.

Sin que la comparación que sigue tenga el menor carácter vejatorio, está claro que un alumno de la escuela primaria, si bien puede leer alguno de los textos utilizados en las universidades, no puede comprenderlos ni con mayor razón asimilarlos en su contenido; ese texto redactado en una lengua extraña, tratando de materias inhabituales e invocando principios desconocidos para él, tendría tendencia a provocar su hilaridad. Numerosos adeptos auténticos han así, a la imagen del mismo Jesús-Cristo, sido puestos en ridículo por gran número de personas de las cuales algunas, sin embargo, estaban animadas de las mejores intenciones.

¹ *En lo que concierne al sentido que damos a estos dos últimos términos, rogamos al lector la lectura del poema "Hombre, ¿Quién eres tú?" del primer volumen de "MI BÚSQUEDA DEL GRIAL". Ediciones "La Pensée Solaire" Monte-Carlo.*

² *Destinada a públicos muy diversos, la presente obra, aún siendo una la inspiración, es la obra colectiva de varios autores de los que la forma de expresión ha sido escrupulosamente respetada. De la cual resultan algunas repeticiones y una cierta heterogeneidad de presentación y de lenguaje, por lo que rogamos al lector que no se extrañe de todo ello.*

Por consiguiente, es necesario ahora que va a sonar la hora “en que será exhibido a plena luz todo lo que hasta ahora estaba oculto en las tinieblas”, que el lector se familiarice con una cierta forma, posiblemente nueva para él, de tratar las cuestiones que le son propuestas. En una palabra: el lector no será provisto en este primer volumen más que de un mínimo de aclaraciones sobre diversos fenómenos, digamos extraordinarios; asimismo, diversos acontecimientos que proporcionan a los historiadores formidables problemas, constituyendo otros tantos enigmas actualmente privados de solución, solo serán ligeramente tocados en las páginas que siguen. Serán vueltos a tratar – que el lector no tenga alguna duda – en los dos próximos volúmenes, pero sobre otro plano, y las contradicciones aparentes desaparecerán. Tal es el verdadero tratamiento “hermético” de los problemas, tal como lo hemos adoptado.

El segundo volumen, consagrado al dominio del alma, irá más allá en profundidad. Durante el tiempo que tarde en aparecer, los conocimientos científicos de la humanidad progresarán también, y según el grado de madurez alcanzado por éstos en la época de la aparición del tercer tomo, quizá sea posible rozar el verdadero Conocimiento, y muchas cosas serán dichas y explicadas, ya que momentáneamente causarían escándalo inútil: por ejemplo, aunque esta afirmación deba por ahora hacer sonreír piadosamente a ciertos notables talentos, persistimos en afirmar que la parte más importante del conocimiento, no es la que concierne al plano material sino la que se refiere al plano intermedio entre este último y el plano puramente espiritual. Cosa curiosa, es por excelencia el del verdadero Amor.

Si algunos deben sonreír, otros al contrario, no sonreirán. Entre ellos figura el lector asiduo, ordenado, inteligente y lógico, preparado para el esfuerzo, para el sacrificio de las ideas recibidas, e inquieto por llegar con un fin de servicio a la comprensión de ciertos arcanos. Que éste no se desanime en absoluto acepte seguirnos por la Senda. Tras la lectura metódica de los tres tomos que componen esta obra de la que hoy comenzamos la publicación, puede ser que se transforme en un adepto perfecto.

Ese día, Dios, que es Amor, habrá adquirido un soldado más...

INTRODUCCIÓN

¿POR QUÉ EL RESURGIMIENTO DE LA ORDEN DEL TEMPLO? Es la pregunta legítima, amigo lector, que puedes hacerte. Preferiría decir: “que debes hacerte” si no eres indiferente al destino de los “Pobres Soldados del Cristo”, del Medievo a los tiempos modernos, ni tampoco indiferente a la historia de nuestro planeta ni a sus ocupantes de todos los colores, de todas las razas, de todas las religiones, de todos los reinos.

Esta obra responde a tu pregunta, y al tiempo te descubre a esos hombres depositarios – y por tanto guardianes – de un conocimiento cierto, transmitido sin solución de continuidad en el seno de la Iglesia Interior que constituye la Orden del Templo de Cristo. Discretos pero no secretos, expresan, exponen, desarrollan su verdad, sin vanidad ni sectarismo, pero con la autoridad del que sabe. No obligan a nadie a hacer suya esta verdad templaria. Por lo demás ¿cómo podrían? Si el Hombre es libre, tal como nosotros creemos, nada puede violar su conciencia ni su alma.

Lector, hermano mío, ¿eres sensible a la demagogia del verbo de los tribunos de todas clases, de los cinceladores de frases seductoras pero huecas, de todas las tintas y todas las plumas? Entonces, créeme: más vale no volver las páginas de este libro.

No es agradable para nadie tener que retocar o quizá destruir, el cuadro ideal y placentero de una sociedad, de un universo, imaginados a la propia medida de cada uno. Sin embargo es a esto a lo que te invitamos, si nos concedes un poco de tu atención; por lo menos el tiempo de esta primera lectura.

No somos por otra parte unos utópicos, unos iluminados que imaginan poder utilizando palabras mágicas, cambiar el curso de la loca huída de este mundo hacia un desierto – horroroso para quien lo percibe – donde superabundan los milagros mortales para el cuerpo, así como para el alma y para el espíritu, aunque se los quiera ignorar sistemáticamente.

Si no tenemos ilusiones, ¿para qué hablamos? ¿Para qué escribimos? Porque creemos que nuestra misión – y nuestro deber – en prolongación de lo que está ordenado en los Evangelios y en el Apocalipsis de San Juan, nos obliga a lanzar en nuestro universo terrestre, el grito de alarma de la Orden imperecedera del Templo.

Ahora bien: ¿Quién o qué es verdaderamente esta Orden, tan analizada, tan comentada, tan defendida y tan desacreditada por tantos autores demasiado frecuentemente fastidiosos, y que continúa tan mal conocida, tan mal comprendida y tan odiada? ¿Qué es esta Orden que suscita para su perjuicio la codicia de los aventureros político-religiosos, de los metafísicos descarriados y de los sectarios de magia ínfima?

¿Qué es el Templo, este Templo inmortal, indestructible, de rostros e identidades múltiples, del que la edad se confunde con la de la Creación, y que permanece no obstante permanentemente joven? ¿Quién es en fin, esta Orden de la que sus miembros, humanos encarnados, componen y cincelan sus cuarteles de nobleza en lo íntimo de sus corazones y de sus almas?

¡Pues bien! El Torneo está abierto; vamos a desvelar – no sin las controversias y calumnias de las que seremos objeto – cuál es el Juego. Es la Ley inexorable, en nombre de la cual, el Torneo conoce las penas, las lágrimas, las tribulaciones. ¿Por qué el servidor ha de ser mejor tratado que el Maestro? Nada de esto nos regocija: el soldado comprometido, no aspira sin embargo a los mortales combates.

El Cristo tuvo su Judas – el Templo ha tenido los suyos y aún tendrá otros – Hace falta que la alquimia universal se cumpla. Pero desgraciado el que sea el agente, el ácido indispensable para la “revolución dolorosa” que permite a la materia evolucionar transformándose. ¡Quién tenga oídos que oiga!

Templarios de hoy, continuadores de una cadena ininterrumpida, visible o invisible, ¿cómo nos presentamos? Como CABALLEROS DE LA MILICIA DEL CRISTO, en la que cada soldado acepta la disciplina de vida, en la comunidad templaria y en la comunidad externa.

Nosotros debemos encarnar el “súper-hombre”: el que domina sus instintos animales, e intenta manifestarlo. Este objetivo, base de la tolerancia y comprensión mutua, no tiene nada en común con el robot “superman”, orgullosamente, irrisoriamente invencible, que turba tan frecuentemente la mente de las jóvenes generaciones. ¿Qué quiere decir esto? Que a pesar de nuestra fragilidad muy humana, y a pesar de nuestras caídas de toda suerte en el singular combate contra nosotros mismos, queremos ser los mejores instrumentos posibles del plan del Padre para el advenimiento del Hombre hecho a imagen del Hijo. Nuestra vocación comienza con el Cristo, se cumple por el Cristo, se acaba en el Cristo: ÉL ES NUESTRO ÚNICO MAESTRO.

El Cristo hippie o superstar, utilizado para fines temporales por la mafia de materialistas rabiosos del planeta, que intoxican las almas más pérfidamente que la droga el cuerpo, es manifiestamente un falso Cristo: es la prefiguración del Anticristo. Nosotros denunciarnos a esos falsos profetas y sus prácticas. Nosotros denunciarnos a las Iglesias responsables de su propia debilidad, y en particular a las Iglesias cristianas cuya horrorosa gestión espiritual es la causa de que existen malos e inquietantes servidores, ávidos frecuentemente por una furia demagógica. Bajo pretexto de la evolución, del modernismo, de la democratización, etc., hacen comulgar con ruedas de molino. ¡Demasiado tarde por desgracia! Es progresivamente, “escuchando los tiempos y los pueblos” como esta evolución necesaria habría debido efectuarse. Ahora se trata de complacer a cualquier precio, para estos nuevos “mercaderes del templo”. Ahora bien: ¡el Templo de Dios no está en venta!

Nosotros denunciarnos las injerencias de la Autoridad en el campo del Poder, y las del Poder en el campo de la Autoridad. Estos dos principios fundamentales sobre los que reposa el equilibrio de un mundo perfecto del que los ciudadanos serían ‘sabios’, han sido confundidos a sabiendas por ciertos responsables de la historia de la humanidad, y parecen todavía ser ignorados en nuestra época, en las manifestaciones de la vida política así como en la religiosa. De ahí resultan desórdenes y anarquías múltiples, más o menos confortablemente instaladas y precariamente protegidas bajo nombres que “encantan” a las masas, sensibles a la seducción de falsas revoluciones. Nosotros ponemos en el mismo banquillo a los principios sobre los que se apoya nuestra economía moderna, de la cual su aberración no tiene igual, a no ser la injusticia que la caracteriza.

Nosotros denunciarnos finalmente las degradaciones morales: orgullo, goce, pornografía, codicia, pereza, maldad, celos, egoísmo, cobardía, irresponsabilidad a la persona humana; que se traducen en particular por la degeneración de todas las artes, alimentada por la locura que engendran las pasiones llevadas hasta el paroxismo.

Nosotros recordamos algunas profecías apocalípticas – Jesús, Nostradamus, Nuestra Señora de la Salette, Nuestra Señora de Fátima – de las que se quiera o no, ya vivimos las primicias. El hombre y la naturaleza están íntimamente ligados, y las inconsecuencias de aquel, favorecen los trastornos cíclicos de ésta.

Nosotros diferenciamos la ciencia de los hombres, perpetuamente sujeta a transformaciones, de la ciencia divina, inmutable, absoluta, incomprensible para los humanos de nuestra tierra, aunque fueran dotados de una “híper – inteligencia”. Por ello hablamos de la vida extraterrestre y de contactos con los mundos lejanos. Después aprendimos el delicado asunto del Conocimiento por la “verdadera psicología estructural”¹ en el contexto de los secretos iniciáticos de Egipto, principalmente la pirámide de Cheops.

Si nos inquietamos por la salud espiritual y la salud psíquica del hombre, nos preocupamos igualmente de su salud corporal, que es en su mayor parte consecuencia de las dos primeras.

El vistazo sintético al horizonte que damos en esta obra, debe ser considerado por ti, hermano mío, como una simple y breve exposición de las vistas del “Templo real” sobre la vida del mundo, y no como una “suma”, lo que sería irrealista y presuntuoso por nuestra parte. Sobre todo, has de saber que no buscamos hacer ni propaganda ni proselitismo. Nosotros damos testimonio, únicamente, empujados, activados por la fe que nutrimos con nuestras propias dudas – la tentación es permanente-.

A pesar de la demencia que aflige nuestro mundo, queremos todavía creer en él contra toda lógica. Aunque sobre la vía peligrosa del desorden, de la violencia por la violencia y del odio, nuestro mundo haya flanqueado el punto de “no retorno”, nosotros debemos actuar con esperanza, a despecho de toda prueba contraria.

El templario, como todo hombre de buena voluntad, debe tener “la cabeza en el cielo”, los pies en la tierra, y el corazón en medio”.

Es este el corazón – guardián del alma, crisol del psiquismo – quien soporta el castigo de la balanza humana sobre los dos platillos en los que se enfrentan permanentemente las naturalezas espiritual y temporal del ser encarnado.

Si creemos esto, si creemos en la Orden del Temple “RESURGIDA”, es lógico creer que su misión actual es la de salvar lo que todavía puede ser salvado por el Conocimiento, el respeto, el valor, el trabajo, el temor de Dios y la disciplina de Su Ley, la franqueza, la fraternidad, la Justicia en todos los planos, en el AMOR UNIVERSAL.

El Amor Universal: ¿pero qué es esto? ¿Y quién es? Solo el Cristo responde plenamente a estas preguntas; encarnando el amor hasta el sacrificio de la Cruz del Gólgota. Él ha hecho el eje de su vida, la potencia creadora de su enseñanza.

Jesús no ha escrito nada. Es en lo íntimo de las conciencias y de las almas de cada uno de nosotros – creyentes o incrédulos – donde su sufrimiento ha redactado el más luminoso texto de todos los tiempos. A fin de que individualmente todos poseamos la facultad – en la medida de la voluntad que tengamos – de escalar los peldaños ingratos, desagradables y algunas veces peligrosos, que conducen a la “revelación”, que es “conocimiento de la conciencia”, madre del alma². En cuanto al alma, es la guardiana – el Grial – del nombre mágico, misterioso, que encierra el gran secreto de la vida. Ese nombre incognoscible y sin embargo, deshonorado. Todos conocemos la única llave de ese gran secreto: es todavía, siempre, eternamente, el AMOR, el amor que no se explica, el amor que no se desmonta como una pieza mecánica, pero ¡QUE SE VIVE!

¹ *De la que la astrología actual no es más que un reflejo deformado; habiendo perdido casi totalmente su validez.*

² *La conciencia es además: el espíritu individual, el hermano espiritual, el ángel guardián.*

¿Puedo confiarte, hermano mío, que yo utilizo los ojos de mi alma para buscar este amor en los abismos – que a veces parecen insondables – de mi corazón? Ahora bien, en el presentimiento de su divino poder, de su verdad única, hoy día, ante la muralla de orgullo y de egoísmo que erigimos entre Dios y nosotros, no puedo describir más que con lágrimas, la tristeza y la vergüenza que me invaden cuando pienso en nuestras culpables ingratitudes.

Sería completamente inexacto considerar las frases precedentes con una contrición literaria o hipócrita. No es más que una constatación del fracaso – espero que provisional – mas allá de toda apariencia actual y de todo realismo.

Ahora, juntos tu y yo, en compañía de los hermanos de la Orden que han participado en los textos siguientes, ¡partamos sin prejuicios, con confianza, alegres si es posible, por la Senda de la “búsqueda templaria”! Es la senda del Señor, teniendo el deber imperioso de allanarla, obedeciendo las palabras del profeta Isaías relativas a Juan el Bautista: “Una voz clama en el desierto; preparad el camino del Señor y allanad sus sendas”.

¡Non Nobis!

EL HECHO TEMPLARIO

Así como el “hecho cristiano” es indiscutible actualmente, por diversos que sean los rostros bajo los que se manifiesta la religión del Cristo, de la misma forma es real y concreto el “hecho templario”, aunque algunos, y no de los menos importantes, intentan ignorar, y otros disfrazan lamentablemente.

Este capítulo se dirige especialmente a la Iglesia católica romana. Siendo ésta la Autoridad espiritual, tiene toda la responsabilidad del martirio de la Orden del Temple medieval; así como de las pruebas morales que actualmente sufre, por la vil traición del Concilio de Vienne de 1.312.

Cuando nos referimos en estos tiempos modernos a la Orden del Temple, es indiscutible que se trata de la Orden Soberana del Temple de Cristo.

MANIFESTACIÓN MEDIEVAL DE LA ORDEN DEL TEMPLE

Nuestra Orden nació “libre”, en 1.118 gracias al magistral impulso de un hombre “libre en Cristo”, que llegó a las cimas de una estatura espiritual raramente igualada; San Bernardo de Clairvaux. No fue hasta 1.128, siempre bajo la dirección esclarecida de San Bernardo, infatigable e inspirado, cuando la Orden se colocó “libremente” bajo la tutela de la Iglesia oficial y de su señor el Cristo, y más exactamente, sólo bajo el báculo de Su Vicario, el Papa, así como más tarde de sus sucesores en el Pontificado.

LA CONJURA

Las funestas consecuencias de la odiosa conjura tramada contra nuestra Orden, se perpetúan en nuestros días en la medida en que la Iglesia Católica Romana persiste pérfidamente en querer ignorar el “hecho templario”; es decir, en disimular cobarde y torcidamente el error fratricida de Clemente V, que por extensión fue el de toda la Iglesia.

Por otra parte, esta ignorancia culpable y mal calculada, no contribuye más que a retardar un plazo inevitable del que las consecuencias dolorosas, pero justas, serán para la Iglesia Romana de una gravedad proporcional al período transcurrido entre el 13 de Octubre de 1.307 y el día en que se rehabilite legítimamente nuestra Orden. Rehabilitación de la Orden del Temple medieval, acompañada del “Reconocimiento” del “resurgimiento templario”, manifestado por la Orden Soberana del Temple de Cristo en sus estructuras actuales y en su sacerdocio templario.

EL RESURGIMIENTO

Como en 1.118 “surgió” libremente, fuera de la bendición oficial de Roma, la Orden del Temple resurge hoy no menos libremente. No puede ser alcanzada ni condicionada por ningún interdicto - ilegítimo por otra parte - que pudiere ser lanzado por cualquiera, en particular la Iglesia Romana o uno de sus miembros demasiado celoso de su jerarquía.

En lo que concierne a estos últimos, tenemos conocimiento total de los motivos que pudieran empujarles a dar ese paso y no dudaremos en denunciarles en su tiempo oportuno si la necesidad nos obliga.

ACTO DE ESPERANZA

Pase lo que pase, ¡el “punto de no retorno” ha sido franqueado! Desde el 12 de Junio de 1.973, el crístico navío de la Orden del Temple de Cristo, del que la construcción ha durado 21 años – desde el 12 de Junio de 1.952 – ha roto voluntariamente sus amarras para no volver a puerto si no es vencedor... Por eso, con esperanza, queremos dirigirnos hacia nuestros hermanos en Cristo sean los que sean y quienes sean, en todas las partes del vasto mundo. Pero naturalmente, de forma más directa, dirigimos primeramente hacia Roma nuestras miradas filiales y fraternales. Hacia Roma... hacia el Vaticano precisamente, queriendo creer que el Vicario de Cristo no será menos sensible que su divino maestro; y que afrontando de entre los que le rodean, a ciertos enemigos de la Orden del Temple, Su Santidad escuchará la voz profunda y eterna del “hombre justo”, del “hombre-Cristo”, la voz de su propia conciencia, apelando a la JUSTICIA DIVINA...

LAS ALERGIAS TEMPLARIAS DEL VATICANO

Ya que fijamos nuestra atención en primer lugar hacia el Vaticano, debemos reproducir in-extenso el artículo siguiente, aparecido en el “Osservatore Romano” N° 30 (1075) del 24 de Julio de 1.970: “PUESTA EN GUARDIA”

En los últimos tiempos, y con creciente insistencia, la Sede Apostólica, en el centro, es decir cerca de algunas representaciones Pontificales, ha sido solicitada con insistencia por emisarios de cierta “Orden Caballeresca”, que se atribuye los títulos de “Soberana y Militar del Templo de Jerusalem”. Cara a esta actitud incalificable, estamos autorizados para poner en guardia a cuantos pertenezcan a la Jerarquía, en Italia y demás países, recordando que la Santa Sede no reconoce más Ordenes Militares que la Soberana Orden Militar de Jerusalem, llamada de Malta, y la Orden Ecuéstre del Santo Sepulcro.

En el caso específico del que nos ocupamos ahora, conocemos demasiado las vicisitudes históricas de la antigua Orden del Temple (de los templarios), que fue suprimida por el Papa Clemente V (1.305-1.314) y que jamás fue restaurada por ninguno de sus sucesores.

En consecuencia, su restauración contemporánea, agravada por la pretendida denominación de “Soberana”, no puede parecer más que un abuso, y por ello es ilegítima”.

(Fin de la cita)

Que nuestros hermanos en Cristo del Vaticano se conmuevan ante la manifestación de cierta “Orden Soberana y Militar del Templo de Jerusalem”¹, hollando las prerrogativas de la “Soberana Orden Militar de Jerusalem”, llamada “de Malta, a la que la Iglesia no ha cesado de conceder desde hace mucho tiempo un sostén espiritual, moral y... temporal – en particular la entrega de los bienes de la Orden del Temple medieval permitiendo su despojo parecido al festín de los cuervos y los chacales sobre un cadáver -, lo comprendemos; comprendemos esta emoción tan clerical. A ello añadido, que el organismo neo-templario en cuestión, ha cometido la jactanciosa y sacrílega falta de utilizar en parte la misma denominación que “la soberana Orden Militar de Jerusalem” llamada de Malta. Más adelante aclararemos el asunto de estas autodenominadas “filiaciones templarias”.

¹ *Que no tiene nada que ver con la Orden Soberana del Templo de Cristo.*

Por ahora, experimentamos una legítima indignación, viendo que los que deberían ser los guardianes de la conciencia cristiana, osan publicar que “conocen demasiado las vicisitudes históricas de la antigua Orden del Temple” ¡Seguro que las conocen! ¿Quién de entre ellos entonces, podría cerrar los ojos ante la ignominia de la conjura en la cual Roma, tomó una parte activa, y de la que las víctimas inocentes fueron los valerosos defensores del Cristo; esos monjes-soldados, conocidos bajo la denominación de Templarios?

Al nivel de la Jerarquía al menos, no es un secreto para nadie que la condena de los Templarios fue un grave error. Sólo la Iglesia romana puede borrar este vergonzoso estigma entonando un valeroso y noble “mea culpa”. Recordad a Juana de Arco y a otros muchos...

Así cristianamente hablando, los que en principio están investidos de la maravillosa misión de mantener siempre santa y presente la “religión del amor” y difundirla por el mundo ¿no deberían antes de nada y dejando todo a un lado, barrer su propia casa y consagrarse valientemente a la Justicia, al precio que sea? ¿Incluso y sobre todo, si la moneda utilizada lleva el nombre a la vez discreto y mágico de humildad?

Nosotros afirmamos que el martirio de los Templarios, desde 1.307 hasta su apogeo trágico del 18 de Marzo de 1.314, sobre la hoguera de la Isla de los Judíos en París, fue libremente aceptado por nuestros admirables hermanos mayores, que al ejemplo de Jesús en el Huerto de los Olivos, no ignoraban nada de lo que se tramaba contra ellos. Este martirio de los Templarios, milicia apostólica del Cristo, debe por tanto ser considerada, al menos por la cristiandad, como EL SEGUNDO GÓLGOTA.

Para evocar esta “pasión” de los Templarios, el Vaticano utiliza adrede el término – irónico aquí – de “vicisitudes que conocemos demasiado”. Para nuestros hermanos cristianos del Vaticano, el drama del Cristo en el Gólgota, ¿también debería clasificarse en el archivo polvoriento de esas mismas “vicisitudes”? Meditando sobre ciertos hechos recientes, podemos permitirnos el preguntárnoslo.

Con respecto a la Orden del Temple medieval, Clemente V representó el papel que tuvo Judas en el arresto de Jesús en Getsemaní. Pero Judas se arrepintió, y para purificarse, restituyó a la Iglesia oficial de su tiempo, los treinta denarios que constituyeron el salario de su traición. Si de la misma forma Clemente V recibió a título de pago adelantado por su iniquidad hacia sus hijos templarios, la tiara papal, nunca por el contrario parece haberse arrepentido; solo el efecto fulminante de la maldición profética del Gran Maestro, Jacques de Molay, le derribó de su Sede.

Es un hecho - lamentable para la conciencia y el honor de la Iglesia romana – que ningún Papa desde Clemente V, ha encontrado ni los remordimientos ni el valor necesario para proceder a la rehabilitación de la Orden del Temple. Tamaños intereses temporales y mezquinos están en juego, que su defensa se justifica – si fuera justificable – incluso al precio de una injusticia persistente.

Recordar de lo escrito en el artículo ya citado, que se continúa, a pesar de los siglos transcurridos, no reconociendo a la Orden del Temple, constituye simultáneamente, una escandalosa confesión de complicidad con los culpables, y una torpeza suplementaria.

Por otra parte, la “restauración” contemporánea de la Orden, no puede en ninguna forma estar supeditada al consentimiento de la Iglesia romana, dado que la creación de la Orden en 1.118 fue indiscutiblemente suscitada por “laicos”, aunque fuesen discípulos de San Bernardo.

De modo, que nosotros rechazamos categóricamente y de manera absoluta, bajo la mirada de Dios, los términos “abuso” e “ilegítima”, que en el espíritu del sectarismo romano, creen estigmatizar un resurgimiento soberano de la Orden del Temple.

Solo la Orden Soberana del Temple de Cristo, sea universalmente admitida o no, tiene calidad para juzgar la legitimidad del “hecho templario” en su presente existencia. Pues solo llegado el momento, nuestra Orden podrá justificar plenamente su autenticidad intrínseca. Los elementos concretos de esta justificación, están rigurosamente reservados al Soberano Pontífice; solo a él – en su calidad de Vicario de Jesús-Cristo -. Falta todavía que, desdeñando los obstáculos erigidos por ciertos miembros influyentes de la Curia y obedeciendo a la voz interior de su conciencia cristiana y paternal, el Santo Padre consienta en oír directamente a la Autoridad de la Orden Soberana del Temple de Cristo, con el fin de “conocerla”, para eventualmente “reconocerla”, en el día fijado por la divina Providencia. Pero esto está sometido por la Ley de Dios, a la voluntad de los hombres; a su libre albedrío...

SUFRIMIENTOS, CALUMNIAS Y MALEDICENCIAS

Por desgracia es de prever – y desde ahora lo constatamos – que los muros orgullosos de la fortaleza romana, no caerán como por ensalmo. Debemos sufrir, como sufrió nuestro Maestro el Cristo Jesús, la contraofensiva de las maledicencias, el asalto de las calumnias, la agresión páfida de las ironías, todo ello por parte de nuestros fraternales detractores. Somos conscientes de todo eso. Con pleno conocimiento de causa nos hemos comprometido en el camino del combate por la Justicia.

¿No dijo Jesús “Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la Justicia: porque de ellos es el Reino de los Cielos”? (Mat.5.10) y además: “No es el siervo mayor que su señor. Si a mí me han perseguido, también a vosotros os perseguirán” (Juan 15.20).

Fortalecidos por estas enseñanzas evangélicas, no perseveramos en la Senda templaria y crítica del sufrimiento, por masoquismo circunstancial ni por melancólica delectación, sino porque solamente el sufrimiento es “el camino real” que conduce al Padre, pasando por su Hijo: el Cristo.

LA REHABILITACIÓN

El 6 de Noviembre de 1.973, por primera vez desde la fecha fatídica e ignominiosa del “demasiado famoso” Concilio de Vienne -1.311-1.312-, nuestro hermano JUAN, vigésimo tercer Gran Maestro de la Orden del Temple, reclamó oficialmente la apertura de un proceso de rehabilitación cerca del Santo Padre, por medio del siguiente telegrama, dirigido a todos los Obispos de Francia, reunidos en Lourdes:

“A los Obispos de Francia:

En nombre de la Orden del Temple, Nos, queremos expresar nuestra profunda emoción a todos los Obispos de Francia reunidos en ese lugar marial de Lourdes, ante la ignorancia manifestada por los guardianes de la conciencia cristiana hacia el sacerdocio laico tal como fue y continúa siendo practicado por los oficiantes de nuestra Orden, según el ejemplo de los Apóstoles de Nuestro Señor Jesús-Cristo – Stop – Seiscientos sesenta y seis años tras el martirio de nuestra Orden, después de su extinción, pero no su excomuni3n, en el mil trescientos doce, por el Papa Clemente V, Nos, reclamamos firmemente al Episcopado francés, en este tiempo en el que la Iglesia abandonada, busca apoyo en vano, la apertura de un proceso de rehabilitación, cerca de nuestro Santo Padre el Papa.

Que Nuestra Señora del Santo Espíritu venga en nuestra ayuda

Non Nobis
JUAN, vigésimo tercer Gran Maestro”.

Este telegrama fue simultáneamente difundido por los principales órganos de la prensa francesa, así como a las agencias internacionales de prensa. Sabía precaución, ya que como suponíamos, solo un pequeño número de Obispos tuvo conocimiento en Lourdes de este documento.

Si desde el Arresto de 1.307, ninguna voz templaria se ha elevado de esta forma oficial para reclamar Justicia, sino es la voz de la Orden Soberana del Temple de Cristo, en la providencial ocasión de la Conferencia Episcopal de Lourdes, en 1.973, es sin duda porque ninguna otra voz estaba autorizada, o no se reconocía a sí misma la legitimidad para hacerlo, más o menos conscientemente. ¡Hoy es un hecho consumado, en circunstancias que hacen que “nada desde ahora pueda ser como antes”! El proceso irreversible ha comenzado, sean las que sean las peripecias que ilustren la Aventura templaria en esta competencia precisa de su “búsqueda”.

EL SACERDOCIO TEMPLARIO

La originalidad fundamental de nuestra Orden reside, esencialmente en su sacerdocio laico nutrido por el pan y el vino espirituales del OFICIO TEMPLARIO. Inmutable en sus estructuras sacramentales directamente heredadas de la ORDEN ESEÑA, guardiana así mismo del Sacerdocio de MELQUISEDEC, este oficio está adaptado a los Tiempos actuales.

De la realidad y de la legalidad de su transmisión apostólica, lo repetimos, solo el Vicario de Nuestro Señor Jesús-Cristo, ocupando legítimamente la Sede Pontificia e iluminado muy especialmente por el Espíritu Santo – si se digna llamarle -, podrá apreciar la autenticidad indiscutible, en presencia de la Autoridad de nuestra Orden.

Sobre este plano espiritual en particular, habiéndose subordinado libremente la Orden del Temple medieval a la única y directa Autoridad del Papa, no puede actuar de otra forma la Orden Soberana del Temple de Cristo, pese a la fraternal estima que pudiéramos tener por ciertos miembros de la Jerarquía. Éste es uno de los aspectos de nuestra misión sobre el que permaneceremos siempre intransigentes, cualquiera que sea el precio que nos cueste.

Precisemos por si fuera necesario, que esta posible subordinación, está naturalmente condicionada por actitud hacia nosotros del Soberano Pontífice.

Nosotros no buscamos de ningún modo, un reconocimiento a cualquier precio: sobre este plano templario, ofrecemos a la Iglesia católica romana una posibilidad de redimirse. Es capital para el porvenir, el que insistamos sin ambigüedad sobre este punto doloroso de nuestra existencia.

Indiscutiblemente, es hacer acto de fe, y de valor tanto espiritual como físico, el decidir libremente, lúcidamente, solicitar un “puesto responsable” a bordo del inmenso navío en peligro, que es en nuestros días la Iglesia católica romana. Incomprendida y rechazada por ésta; es sin embargo lo que actualmente hace la Orden Soberana del Temple de Cristo.

LOS SACERDOTES TEMPLARIOS

Algunos sacerdotes católicos romanos, se han adherido ya a la obra templaria. En su alma y en su conciencia, íntimamente convencidos de la inocencia de la Orden del Temple medieval, celebran la Misa Eucarística, con sus “ritos legales”, sobre los altares templarios, mientras en todo el mundo tantos altares romanos son abandonados y tantos fieles desertan.

Estos valientes sacerdotes distribuyen apostólicamente la Eucaristía a sus hermanos Caballeros del Temple – todos bautizados – dando así los pasos intuitivos, frecuentemente dolorosos para el alma, de elevarse por encima del dogma romano para la aprehensión de una realidad espiritual que abole, por su propia naturaleza, la ley de los hombres en el tiempo y en el espacio. Fue siguiendo un camino parecido en su tiempo, como Jesús, extraordinariamente, al tiempo de escogerles, convocó a quienes pasado el tiempo fueron sus Apóstoles.

Que los que tengan ojos y oídos, vean y oigan. El reino del Señor no es de este mundo (Juan 18.36).

Razonablemente, cristianamente, en estos tiempos de mutaciones profundas, y por desgracia frecuentemente anárquicas, que vivimos actualmente en todos los dominios, sobre el conjunto de nuestro planeta; en la hora en que el hombre a veces con angustia, a menudo con violencia, raramente con serenidad, busca la naturaleza inexplicable de lo que parece “religarle” a “otra cosa” ¿cómo quien quiera que sea incluso en Roma, podría creerse autorizado para censurar a estos sacerdotes-templarios, investidos más allá incluso de sus personas humanas de una justa misión?

Aunque completamente Templarios de dilección, estos sacerdotes no están menos ligados indiscutiblemente, por su estado sacerdotal, al cuerpo único, al alma única, al espíritu único de la Iglesia católica romana. Son por tanto, fatalmente solidarios de todos los actos de ésta, en el tiempo y en el espacio. Estimando por ello que la falta de Clemente V con respecto a la Orden del Temple, es intrínsecamente igualmente suya, y habiendo tomado conciencia totalmente de esto, los sacerdotes- templarios, poseen la voluntad determinante de actuar para su legítima reparación.

Instruidos por la Orden del Temple, desean salvar, en compañía de sus hermanos Templarios y de todos los hombres de buena voluntad que actúan en la misma vía, lo que todavía se puede salvar de un mundo devorado por los cánceres del orgullo y de la amoralidad materialista, que ya causaron y justificaron la destrucción de Sodoma y Gomorra en los tiempos bíblicos.

CONTRADICCIONES ROMANAS

A pesar de la condena y excomunión por Roma de la franc-masonería, ¡cuántos sacerdotes católicos pasan por delante de su Jerarquía – e incluso de su ordenación – participando en los “trabajos” de las Logias! El ejemplo viene de arriba: el 22 de Junio de 1.971. Monseñor Pézeril, Obispo Auxiliar del Arzobispado de París, ¿no dio una conferencia en el transcurso de una “tenida blanca”- reunión abierta a los profanos – en la Gran Logia de Francia de París? El Santo Padre, que recibe en audiencia a la Presidente – dinámica, eso sí – del Movimiento de Liberación de la Mujer – favorable al aborto – que nosotros sepamos no ha rechazado a las tinieblas exteriores a dicho prelado. Entonces, ¿cómo interpretar las presiones indecentes ejercidas por la Jerarquía sobre algunos sacerdotes-templarios, incitándoles a poner fin a su acción cristiana y sacerdotal en el seno de nuestra Orden?

Para nosotros, Templarios auténticos, profundamente respetuosos con la enseñanza evangélica del Cristo en su pureza y en su simplicidad originales, sólo surge una respuesta lógica: “la Iglesia católica romana, debido a ciertos miembros de la Curia – nosotros lo sabemos – teme el retorno de la Orden del Temple, por diversas razones que revelaremos en su día si las circunstancias lo exigen”.

Entretanto, afirmamos a la Iglesia católica romana, que zozobra actualmente en profundos errores, que solo la Orden Soberana del Temple de Cristo puede salvarla a la vez, de su decadencia y de los diversos cismas, precursores del “gran cisma” del Fin de los Tiempos.

Aunque esta afirmación categórica parezca presuntuosa a más de uno, no es menos cierto para nosotros, Templarios, que la Autoridad espiritual con la que Cristo ha investido a su MILICIA APOSTÓLICA, nos ordena con plena conciencia el expresarnos de esta forma.

LAS DOS MALDICIONES DE JACQUES DE MOLAY

Ya que por medio de la presente obra se revela al fin la misión providencial de la Orden del Temple en el Medievo; y cuando se constata cuales fueron los fulminantes efectos de las maldiciones de Jacques de Molay desde lo alto de la hoguera contra las personas del rey Felipe el Hermoso y del Papa Clemente V – que hubieran debido manifestar armoniosamente, el uno el Poder y el otro la Autoridad – es lógicamente de temer que la maldición concerniente a Clemente V, se extienda dentro de poco a la Iglesia romana entera, si tarda demasiado en rendir Justicia y en reconocer su error respecto a la Orden del Temple.

LOS NEO-TEMPLARIOS

En cuanto a los organismos neo-templarios que se atribuyen una filiación asegurada por Larmenius¹, el Caballero d'Aumont¹, o por algunas logias masónicas denominadas espiritualistas, los valores intrínsecos de sus "transmisiones" se escalonan en niveles variables, todos muy alejados del cien por cien necesario para la autenticidad indiscutible.

Aunque estén animados de las mejores intenciones – se dice que el Infierno está pavimentado de ellas –, estos organismos que cuentan en su seno con cierto número de personas sinceras, no son más que "reflejos" de la verdad templaria original. Fraternalmente, nosotros comprendemos que para ellos es difícil el admitir actualmente que el Torneo, la Justa de la "Milicia de los Pobres Soldados del Cristo" acaba de comenzar. Sobre este plano, así como sobre el de la Iglesia católica romana, aún a riesgo de repetirnos, esperamos sufrir todos los ataques más contradictorios y difamantes. En efecto, es penoso para el hombre que todavía no ha comulgado plenamente con el "sufrimiento de Cristo", el admitir que haya podido equivocarse eventualmente.

Si tienen buena voluntad en el campo de la búsqueda templaria, estos hombres deben comprender que nosotros no ignoramos nada de lo que todo el mundo puede saber sobre la historia de la Orden del Temple medieval, sus costumbres, sus estructuras militares, religiosas y administrativas, sobre el Beaucens², sus vestimentas, etc. etc.

Por desgracia, nuestros hermanos "neo-templarios" en su casi totalidad, se aferran desesperadamente a pergaminos y viejos documentos que aunque a veces sean auténticos, no tienen ningún valor real de transmisión templaria. Seamos serios. Sin cambiar su espíritu, la Orden del Temple debe vivir su actual encarnación más allá de los pueriles límites de una añoranza retrógrada y por lo tanto estéril.

Aprovechamos para responder aquí a los que –religiosos o laicos– nos acusarán, si no lo han hecho ya, de ser unos impostores: "que es demasiado fácil actuar de ese modo con respecto a personas desconocidas, a menos que "el blanco" haya sido previamente indicado. Sea como sea, es más simple y más prudente el contactar con las personas en cuestión antes de proceder a la calumnia y a la difamación, a fin de obtener un diálogo que ayude al esclarecimiento de los puntos oscuros, y por ese medio a la instrucción.

A los que pretenden –de Jacques de Molay, XXII Gran Maestro, hasta nuestros tiempos– una sucesión "laboriosa" de 27 Grandes Maestros, sin ambages les declaramos: "Es preciso creer que la eficacia de esos personajes no ha sido suficiente ya que, bajo su impulso, si hubieran sido realmente lo que pretendían representar, la Orden del Temple hoy debería estar reconocida en su lugar y prerrogativas legítimos".

De modo hermanos, que ¡buscad primero el Verdadero Conocimiento, si sois capaces y sinceros... ya denigrareis después si todavía tenéis ganas!

La Orden Soberana del Temple de Cristo, que posee sobre la vida interna de los organismos neo-templarios, una información infinitamente más precisa que la que estos últimos podrían eventualmente poseer sobre la suya, permanecerá voluntariamente sorda, pese a todas las provocaciones o ataques, salvo evidentemente a las que sean susceptibles de atentar contra el honor o la vida de nuestra Casa templaria.

¹ Ver "Sucesión de la Orden"

² Ver "Beaucens"

Finalmente la prensa escandalosa y sensacionalista, para servir diversos intereses político-financieros, dudosos como mínimo, algunas veces ha exagerado intencionadamente los dudosos actos de algunas personas que se confesaban pertenecientes a organismos pretendidamente templarios. Ciertamente, hay ovejas negras en todos los rebaños, y a veces sucede que es necesario tomar medidas radicales de exclusión. ¿Es esto suficiente para entregarles como pasto de sus enemigos?

De todas formas, nosotros incitamos fraternalmente a todas las asociaciones neo-templarias, manifestadas oficialmente o no, serias o fantásticas, a meditar los textos de la presente obra. La hemos escrito para descubrir al fin, seriamente, solo una parte del verdadero aspecto de la Orden del Temple; una parte así mismo de su Gran Designio pasado, presente y por venir; una parte además, de los “tesoros o depósitos espirituales, anímicos, temporales”, de los que ha sido y continúa siendo guardián incorruptible.

Principalmente por esta última razón, la Orden previene a todos los interesados en la Aventura templaria, por las razones que sean, y afirma resueltamente que actuará con firmeza, tan a menudo como sea preciso, en todo lugar y cerca de cualquiera que traicione o denigre, desnaturalizándolo, al espíritu templario, al honor templario, al irreversible “hecho templario”.

Asimismo, nosotros nos manifestaremos cerca de todos los “buscadores” apasionados por esta “templaridad”, enarbolando los colores fundamentales, crísticos y mariales, que San Bernardo legó a los “pobres – en espíritu – soldados de Cristo”.

CONCLUSIONES

La Orden del Temple, Milicia eterna y apostólica del Señor, es RELIGIOSA por esencia. RELIGADA al plano espiritual por su propia alma, en la que reside el viviente Fuego del Espíritu Santo, quien se exterioriza concretamente, por una fe inquebrantable en su misión crística, nuestra Orden está enteramente consagrada por predestinación, al servicio de Dios. La revelación de todo ello, se opera en el transcurso de los tiempos, en lugares y fechas determinados por los decretos de la divina Providencia, y sobre los que el Señor ha escogido para la interpretación de las vías espirituales que le son propias.

Llenos están el Antiguo y el Nuevo Testamento de relatos que nos hablan de estas “revelaciones”, que no se extinguirán para nuestro mundo terrestre, hasta un posible fin de la existencia humana sobre nuestro enfermo planeta.

Como su Maestro, el Cristo, la Orden del Temple no debe hacer acepción de personas: ¡NO ESTÁ EN VENTA!

Nuestra Orden, antes de declarar oficialmente su existencia y de proclamarla “sobre todos los techos”, ha conocido a lo largo de los veintiún años de su estructuración, los desgarramientos de las “separaciones necesarias”, y experimentará todavía otras probablemente ya que ¡TAL ES LA LEY!

El “diamante templario”- el alma de la Orden – debe ser perfectamente puro: por tanto, es preciso librarle de la ganga de los elementos que aún se adhieren a él. Esto no significa en absoluto que sean entregados sin remisión a las eternas llamas del Infierno, lo que estaría en profunda contradicción con la ley de Amor instituida por Jesús-Cristo: en todo instante, el ser humano es susceptible de mutaciones espirituales evolutivas e involutivas. ¡Es lógico!

Siguiendo la “estrecha senda que conduce a la verdad”, es preciso mantenerse en estado de perpetua vigilancia. “Debemos desconfiar del alacrán que en el último segundo de nuestra existencia terrestre, puede picarnos en el talón”, declaraba nuestro buen maestro San Bernardo a sus discípulos, que en la hora de su muerte, le consagraban ya a las delicias paradisíacas. Habrá mucho que decir de estas “delicias”, tan mal conocidas, tan ingenuamente interpretadas y muy superficialmente comprendidas...¹

¹ Ver “Odisea apocalíptica”

¿POR QUÉ EL RESURGIMIENTO DE LA ORDEN DEL TEMPLE?

Nuestra Orden está compuesta de seres imperfectos, de pasado aventurero algunas veces, pero firmemente decididos a domar sus instintos “infernales”, para mejor servir al Cristo por los medios de expresión inherentes a sus naturalezas personales. Seamos lúcidos. Los Apóstoles de Nuestro Señor tenían las mismas taras y las mismas virtudes humanas; escogidos y después conducidos por el “divino carpintero”, atropellando los dogmas y las prohibiciones de los Príncipes de la Iglesia oficial de entonces, emprendieron la transtornante “búsqueda” del cristianismo, que cumple hoy casi dos mil años. Dos mil años que añadir a los sufrimientos de Nuestro Señor por las exacciones de sus hijos más queridos. Dos mil años que conducen desesperadamente a la culpable confusión que actualmente reina en el interior de la Iglesia de Jesús-Cristo; su morada terrestre...

Por esta razón entre otras, en estos turbios tiempos anunciados por el mismo Jesús-Cristo, Mat.24.1-44 - , re-surge la Orden del Temple bajo el nombre actual de Orden Soberana del Temple de Cristo. Asimismo, es por esto por lo que nuestra Orden, dirigiéndose a parientes, amigos y conocidos, servidores del Señor, les lanza un llamamiento desesperado y urgente, en el nombre de la Justicia, de la Unidad y del Amor, al tiempo de una advertencia fraternal antes de que sea demasiado tarde, lo que parece por desgracia, tres veces por desgracia, ser trágicamente el caso presente.

Si nuestro llamamiento no es oído, entonces, como el rey de la Parábola del “festín nupcial”- Mat.22.1-14 – nosotros invitaremos a la comida de las bodas crísticas, a los ciegos, los sordos, los lisiados, los creyentes y los descreídos, los buenos y los malvados: pero ¡desgraciado del que no se haya revestido del ‘vestido blanco de bodas’! El hábito de obediencia...Que tenga cuidado el traidor infiltrado pérfidamente entre los invitados: será arrojado fuera despiadadamente...en las “tinieblas exteriores”. Una vez más: ¡el que tenga oídos que oiga!

De todas formas, nosotros no intentamos convencer a ultranza. ¡No se puede hacer beber a un asno que no tiene sed! Damos simplemente testimonio, desde luego por la palabra, pero también por nuestras posibilidades humanas en toda su medida, por el comportamiento con todos los riesgos de caída que esto implica inevitablemente, sobre todo cuando se trata, como es el caso de una obra humana, aunque sea guiada por el Espíritu. El hombre, utiliza en cada instante la facultad divina de escoger, que le da su libre albedrío; puede equivocarse, está en el orden natural de las cosas, y Dios no puede reprochárselo. Pero para que su error pueda ser borrado para siempre, le hace falta OBLIGATORIAMENTE, RECONOCERLO Y REPARARLO... La contrición sincera y la humildad, nunca han degradado al ser humano, sino al contrario. Esta última virtud, nos da espiritualmente la estatura del Cristo que vive en cada uno de nosotros, ya que El, manifiesta la VIDA, lo admitamos o no.

¿POR QUÉ EL RESURGIMIENTO DE LA ORDEN DEL TEMPLE?

Antes de determinar las condiciones del resurgimiento de la Orden del Temple en la segunda mitad del siglo XX, conviene conocer porqué esta comunidad, a la vez religiosa y militar, apareció a principios del siglo XII y lo que venía a hacer en el seno de aquella prodigiosa sociedad mutante de la Edad Media, tal como se manifestó entre 1.118 y 1.307.

En esta introducción, hemos intentado condensar al máximo lo esencial de la doctrina y la tradición templarias. El lector no encontrará aquí por consiguiente, una exposición discursiva de la historia exotérica de la Orden del Temple, considerándole enterado de la misma, sino un resumen de la manera como los Caballeros del Cristo concebían su Misión en esta época, y tal como la consideran ahora.

EL MISTERIO DE LOS TEMPLARIOS

Frecuentemente se ha tratado del misterio de los Templarios, pero ¿de qué misterio se trata? Y desde luego ¿existe verdaderamente un misterio propio de la Orden del Temple, o ha sido dicho todo sin que se haya comprendido la esencia profunda del mensaje transmitido por los “adeptos” encargados de difundirla en el tiempo y en el espacio? No olvidemos que en la Edad Media, como en nuestra época, nuestra Orden no ha sido una sociedad secreta en la que el reclutamiento en general se efectuase de una manera subterránea, y de la que los principios de acción hubiesen comportado aspectos inconfesables o escandalosos.

Que el Temple haya poseído un conocimiento trascendental de las estructuras y de las leyes del cosmos, es evidente que haya esperado ciertas fechas-encrucijada para revelarlas al mundo, es innegable, que todos los que participaban en la vida íntima de nuestra Orden, no hayan creído útil hacerse conocer abiertamente, lo admitimos; pero ¿vamos a acusar a la Junta de Energía Nuclear, de ser una sociedad secreta porque rehúse revelar a todo el mundo el modo de fabricar una bomba atómica, y se va a condenar al Ministerio de Gobernación a alinearse bajo la bandera de las asociaciones misteriosas bajo pretexto de que no difunde todos los días por medio de la prensa la síntesis de notas de escucha telefónica a las que en ocasiones proceden las Jefaturas Superiores de Policía?

Seamos serios, y sobre todo, hagamos un esfuerzo para no confundir la noción de “cosas-que-se-ocultan” con la de “cosas-que-no-se-revelan-todavía”, conceptos diferentes. Tomemos un ejemplo: no se oculta voluntariamente a un niño que estudia quinto de E.G.B. lo que son las “derivadas” en matemáticas; simplemente se espera a que llegue al bachillerato para explicárselas.

En realidad, no existen en el sentido habitual, sociedades totalmente secretas: no hay más que grupos de individuos que creen tener secretos y estos misterios son frecuentemente, por no decir siempre, secretos a voces.

“Pero entonces – diréis vosotros - ¿Qué conocimientos poseían esos famosos Templarios medievales? ¿Cuál es la verdadera imagen de esta Orden, tan discreta y tan presente a la vez? ¿Por qué desapareció repentinamente entre barro y sangre? Finalmente, ¿Por qué vuelve en el fin de los Tiempos, y tiene verdaderamente intención y posibilidad de ayudar al mundo a salvarse? Respondednos, suponiendo, evidentemente, que seáis en verdad los dignos y auténticos sucesores de los grandes Caballeros de las Cruzadas”.

Nos esforzaremos en responder a todas estas preguntas y a otras en los tres tomos de “¿Por qué el resurgimiento de la Orden del Temple?”, no polemizando o anatematizando a nuestros adversarios, ni acumulando pruebas y más tarde las pruebas de las pruebas, sino descendiendo a la arena para tomar parte en una justa legal, en la que mostraremos nuestros colores y nuestras armas de siempre.

LA INOCENCIA DE LA ORDEN

Nosotros afirmamos como preliminar a toda discusión posible: el proceso hecho a la Orden del Temple, tal y como fue maquinado por Felipe el Hermoso y sus acólitos, del que el desenlace fue la sentencia de extinción (y no de excomunión), pronunciada con la complicidad del Rey de Francia, por el Papa Clemente V, es una iniquidad; el auto de fe de nuestros hermanos templarios, es un crimen que hará falta reparar algún día, proclamando la inocencia de nuestra Orden y reconociéndola bajo su forma actual, tras la restitución de sus derechos y privilegios religiosos.

Cuando el 18 de marzo de 1314, sobre el estrado erigido ante Notre-Dame de París, Jacques de Molay, XXII Gran Maestro del Temple, y sus compañeros, oyeron la lectura de la sentencia ignominiosa pronunciada contra ellos, explotaron de indignación. El Gran Maestro se irguió entonces, y clamó con voz fuerte y resuelta: “Es tiempo de que haga resplandecer la verdad: juro por tanto, ante el Cielo y la Tierra, que todo lo que se acaba de leer sobre los crímenes y la inmoralidad de los Templarios, no es más que una horrible calumnia. La Regla de la Orden es pura, equitativa y católica. Sin embargo he merecido la muerte, y me ofrezco a sufrirla sin rebelarme, en expiación de las confesiones que hice bajo el tormento y seducido por las zalamerías del Papa y del Rey de Francia. No me queda más que ese medio para obtener la piedad de los hombres y la misericordia de Dios”.

Como consecuencia de esta retracción, Jacques de Molay y sus compañeros que la aprobaban, se transformaban en herejes y relapsos y prometidos por tanto a los tormentos del fuego. Rápidamente se levantaron dos piras en un pequeño islote situado en el extremo de la Cité, más o menos donde hoy se sitúa “le Vert Galant”, y que en la época se llamaba “La Isla de los Judíos”.

¡Y este día, 18 de marzo de 1314, moría en la helada bruma que subía lentamente de las riberas del Sena, mientras aún enrojecían las brasas de la hoguera del Temple!

El segundo Gólgota se había consumado...

LA ATLÁNTIDA TEMPLARIA

Así, entre 1.307 y 1.314, entre el arresto y el final suplicio, en estos siete años de “gehenna”, se derrumbaba una de las más asombrosas, de las más confusas aventuras de la humanidad. ¿Cuáles son las razones de la sumersión repentina de esta “Atlántida templaria”, que durante casi dos siglos había asombrado al mundo por la audacia inaudita de sus realizaciones conocidas? ¿De dónde venían estos constructores de catedrales, estos monjes inspirados, estos guerreros de valor legendario, estos alquimistas coronados, estos diplomáticos sutiles, estos banqueros irreprochables, todos estos hombres en resumen, que llevaban en su corazón el sagrado nombre de la Virgen María, Nuestra Señora del Santo Espíritu “porque ella es jefe de nuestra Orden”, esta Milicia de los Pobres Soldados del Cristo, bendecida por San Bernardo después de haberla suscitado secretamente? ¿Qué venían a hacer, qué venían a recordarnos, qué mensaje olvidado nos dejaron estos “mendigos astrosos, estos cristianos, falsos revolucionarios, estos locos engorrosos, estos Templarios”? ¿Cuál era la “palabra perdida” que murmuraba Maestre Jacques en el corazón de la hoguera de la Isla de los Judíos?

Ciertamente, la respuesta no puede darse en una palabra ni en una frase; pero pensamos que nacerá tras la lectura de los tres volúmenes de nuestra obra. Entonces los hombres de nuestra época, serán puestos cara a cara frente a sus responsabilidades cósmicas, y en ese momento será preciso comprender al fin las razones de la desaparición de la Orden del Temple para poder reconocerla totalmente en su figura actual y discernir el sentido profundo de la aventura humana. La Edad Media aprendió “algunas cosas” de los Templarios – santuarios como los de Notre-Dame de París, Bourges o Chartres, lo prueban suficientemente, - pero por desgracia, estas “algunas cosas” ya no se definen en el espíritu obscurecido de nuestros contemporáneos que ya no están religados a nada, porque ya no tienen religión.

LA BÚSQUEDA APOCALÍPTICA

Nosotros pensamos que es preciso no cesar de hacer una y otra vez esta misma pregunta que el Perceval de la Búsqueda no osó formular, para su desgracia, y que es el fundamento de la Revelación permanente: “¿Qué es el Grial?” Pregunta que se vuelve para inquirirnos: “¿Qué es el Temple?”, pues nuestro fin es justamente, crear las condiciones reflexivas que conduzcan al lector a interrogarse sobre él mismo, ya que él es a la vez un Grial y un Templo de Dios en Nuestra Señora Santa María.

Esta búsqueda tomará otro aspecto, añadiendo a la pregunta: “¿Por qué la pasión del Cristo?” Esta otra interrogación: “¿Por qué la pasión de la Orden del Temple?” Para finalmente preguntarnos: “¿Por qué la pasión de la Humanidad?” Esta pasión que se prepara sin estruendo y de la que ya sentimos las primicias.

Así se harán las tres llamadas a la puerta, y tendremos la visión completa de este terrible crescendo apocalíptico:

“El suplicio de Uno solo: ¡el Cristo!”

“El suplicio de varios: ¡los Templarios!”

“El suplicio de todos: ¡el de la Humanidad!”

No olvidemos que nuestra Orden ya se manifestó en tiempos de Jesús, bajo la forma de comunidad esenia, para preparar la venida del Mesías, bajo la dirección del Gran Legislador y de San Juan Bautista. En la época medieval, la Orden del Temple debía instaurar un nuevo modo de vivir, realizando el equilibrio de la Autoridad y del Poder; en nuestros tiempos se expresa por el resurgimiento de esa corriente iniciática críptica, bajo el nombre de “Orden Soberana del Temple de Cristo”, denominación escogida para señalar al mismo tiempo una noción de estructura: Orden, de autoridad: Soberana, de continuidad: Templo, de término: de Cristo. Su fin: ayudar a la Humanidad en su pasaje, en su pasión, al fin de un ciclo; ser esa voz que grita en el desierto del mundo actual, que hay que preparar los caminos del Señor, “los tiempos siendo venidos” del Retorno del Cristo en Gloria Solar, de la Parusía.

Seguros de todo esto, se comprende por qué, a imitación de su Maestro, nuestros hermanos templarios de principios del siglo XIV aceptaron el sacrificio sin combatir, ellos, que poseían el poder de las armas, y el conocimiento de los incidentes que habían de venir.

¿Por qué no huyeron?

¿Por qué no se resistieron?

¿Por qué no se sublevaron en el curso del proceso?

¿Cómo conciliar la tesis de una Orden todopoderosa con este arresto vergonzoso, casi cobarde de tan fácil como les fue ejecutarlo a los esbirros de Felipe el Hermoso?

Los historiadores que juzgaron según sus puntos de vista personales, han podido suponer que el fin de la Orden fue la consecuencia de su pretendida decadencia, de su lujo y de su ociosidad, no han comprendido nada. ¡Por esas causas, la Iglesia de la Edad Media, habría debido desaparecer hace muchísimo tiempo!

No; todo eso no es más que una máscara que se intenta colocar sobre el rostro dolorido de los Caballeros del Cristo. Para encontrar las verdaderas razones que pudieron motivar su acción, es preciso recordar las palabras trastornantes de Jesús en el monte de los Olivos:

“Ahora mi alma está turbada; ¿y qué podría decir? ¿Padre, líbrame de esta hora? ¡Si es precisamente para esta hora para lo que he venido!”

Si, es precisamente para esta hora brumosa y fría, de un amanecer de octubre; un viernes 13 del año 1.307, el Temple, su misión acabada, se quedó en sus encomiendas “de gracia”, para esperar el cumplimiento del Gólgota.

Hace falta morir para poder renacer de las cenizas como el “Ave Fénix”, simbolismo tan caro a su colegio de alquimistas.

A este precio se pagó el Resurgimiento de la Orden del Temple, ya que es verdad que en este mundo, se quiera o no, todo se paga por la muerte, ¡todo se paga por la Cruz!

LOS ORÍGENES DE LA ORDEN DEL TEMPLA

Intentemos, en breves líneas, introducirnos en el ambiente de la extraordinaria aventura que comienza al alba del siglo XII, momento crucial en el que el Oriente va a irrumpir brutalmente en la vida del Occidente medieval víctima de la “coagulatio”, de la cristalización de su dinamismo todavía bárbaro.

LAS CRUZADAS

La Iglesia de Roma, calzada con las botas del cesarismo político, es todopoderosa, y la sombra de las muy cristianas hogueras cubre Europa con su terror. La primera Cruzada acaba de surgir en el momento oportuno (1.095), para desviar al mundo caótico de pequeños feudos de toda intención de unificación temporal; la Iglesia se aprovecha de la anarquía del Imperio y la confusión de las nociones de Autoridad y de Poder en el mundo, será por mucho tiempo todavía, el motor principal de la acción romana.

El Islam por otra parte, impide al papado reposar en paz, no solo por razones espirituales, sino también por razones económicas que no tienen más que muy lejanas relaciones con la religión, y en el meandro de las cuales arriesgaríamos perder cuerpos y almas.

Sobre el plano del prestigio “internacional”, esta religión, relativamente nueva, es una amenaza constante para el universalismo del Vaticano. Entonces, muy oportunamente, estalla, el 27 de noviembre de 1.095, en Clermont de Auvernia, el llamamiento a la Cruzada del Papa Urbano II: “Es urgente llevar con rapidez ayuda a vuestros hermanos de Oriente; ayuda tan frecuentemente prometida y de una necesidad apremiante. Los Turcos y los Árabes les han atacado...Precipitaos en ahuyentar esa vil ralea de las regiones habitadas por nuestros hermanos... Alistaos sin tardanza...” Gracias a este lenguaje de curiosa actualidad, más de seiscientas mil personas debían ser convencidas de abandonar todo en Europa para precipitarse hacia el Asia Menor con el fin de liberar la Ciudad donde Cristo había encontrado la “muerte”. Pero Jerusalem no era más que una tumba vacía, y podemos preguntarnos si esta primera Cruzada no sería ¡una irremediable marcha hacia el abismo!

JERUSALEM

No es hasta junio de 1.099, después de múltiples peripecias de todas clases, cuando el muy santo ejército de los Cruzados llega ante los muros de la Ciudad Santa. Entonces se producen las escenas conmovedoras muchas veces descritas, cuando se ve a los bravos guerreros llorar como niños, a la vista de las cúpulas doradas, chorreantes de sol, perfilándose en el horizonte. Que las murallas de Jerusalem estén erizadas de Infieles, que sus máquinas de guerra estén dispuestas alrededor de cada puerta, ¡no tiene importancia! Y se produce el asalto; asalto de un furor indescriptible donde las sangres cristiana y musulmana se mezclan en un simbolismo del que solo los Templarios sabrán más tarde, extraer la lección iniciática.

Guillermo de Tiro escribirá: “Entrados en la ciudad, nuestros peregrinos perseguían y destrozaban a los Sarracenos hasta el Templo de Salomón, donde se habían recogido y donde libraron con los nuestros el más furioso combate durante toda **libraron con los punto** que el Templo entero chorreaba su sangre”.

La Humanidad, o más bien la cristiandad, ¡se creía salvada!

En realidad, el Occidente acababa de caer en la más diabólica de las trampas: la del “pasado rebasado”. Esto es lo que los Templarios intentaron explicar en el transcurso de su presencia en la Edad Media, y lo que les costará la vida y el honor. En efecto, esta Cristiandad triunfante acaba de descubrir el museo de su fe y el cenotafio de sus creencias; pero la Iglesia exulta, ya que de ahora en adelante posee el más asombroso método de chantaje que haya existido en el mundo y que se llama: ¡JERUSALEM!

La lección no será olvidada...

Surge ahora una pregunta esencial: ¿ “Las Cruzadas eran útiles, y en caso de que así fuera, no tenían por solo fin la reconquista de la Tumba del Cristo?”

Sí; las Cruzadas fueron útiles, pero esencialmente en el tercer grado. Nosotros entendemos que siempre han existido tres planos de acción en toda obra humana: lo que se hace hacer a los demás; lo que se cree hacer conscientemente y con toda libertad; y finalmente lo que nos hacen hacer inconscientemente. Tendremos ocasión de volver a hablar de estas “prolíficas motivaciones”, de las que en el mejor de los casos no comprendemos más que las dos primeras, lo que explica en gran parte los juicios aberrantes de los historiadores, que están llenos de condescendencia hacia los que actúan “ciegamente”, llenos de consideración para los que “mueven hilos”, pero que olvidan totalmente los poderes arquetípicos, que son los verdaderos motores de todas las empresas universales.

LOS NUEVE PEREGRINOS

Reconozcamos que gracias a esta Cruzada, nueve “peregrinos de Francia”, que se autodenominaban “pobres soldados de Cristo”, fueron a instalarse en 1.118 y 1.119 en la Ciudad Santa, con una discreción que debía, durante mucho tiempo, guardarse en silencio.

Pobres, lo eran hasta el punto de vivir casi de caridad, ya que no tenían, práctica y simbólicamente, ni víveres ni techado. Jacques de Vitry, obispo de Acre, precisaba: “El rey (de Jerusalem), sus caballeros y el señor Patriarca se llenaron de compasión por estos nobles hombres que habían abandonado todo por el Cristo, y les concedieron algunas propiedades y beneficios para subvenir a sus necesidades. Y como no tenían iglesia o albergue que les perteneciese, el rey les alojó en su palacio, cerca del Templo del Señor. El abad y los canónigos regulares del Templo les dieron, para las necesidades de su servicio, un terreno cercano al palacio”.

Y así, nos dice la Historia, fue como los “pobres soldados del Cristo” se convirtieron en los “Caballeros del Templo”¹ o más escuetamente, los “Templarios”.

En realidad los orígenes de la Orden del Temple, son mucho más lejanos y complejos que los que podamos imaginar. Sin querer detenernos sobre hechos en los que nuestra mentalidad moderna distinguiría mal las profundas resonancias iniciáticas, es preciso no obstante subrayar algunos “detalles” que tiene su importancia.

Para intentar comprender a grandes rasgos el proceso de formación de la Orden, conviene dar primero la lista de los nueve caballeros que participaron en su fundación. En efecto, algunos nombres permiten, barajándolos, esclarecer ciertos puntos de la historia, que permanecían hasta ahora muy oscuros.

- HUGUES DE PAYNS, primer Gran Maestre de la Orden del Temple
- HUGO, primer Conde de Champaña.

¹ En francés, “Temple”.

- ANDRÉS DE MONTBARD, tío de Bernardo de Clairvaux
- GEOFFROY DE SAINT-OMER ANDRÉS DE GONDEMARE ROFFAL
- PAYEN DE MONTDIDIER GODEFROY BISSOR
- ARCHAMBAULT DE SAINT-AIGNAN

LA CABALLERÍA TEMPLARIA

El primer nombre que figura en nuestra lista de los nueve fundadores de la Orden del Temple a principios del siglo XII, es el de Hugo de Payns, discípulo de san Bernardo. Eso nos indica que esta primera acción templaria se situará en el marco de la Champaña, ya que el que sería primer Gran Maestre de la Orden era originario de la región de Troyes y emparentado con el Conde de Champaña, su compañero de armas.

Este Conde de Champaña es Hugo I, uno de los personajes de esta Búsqueda medieval, cuyas múltiples peripecias se desarrollarán en diversos lugares a cuál más desconcertante. Dibujaremos el retrato de este gentilhomme cuyo comportamiento es de los más extraños: amigo de Bernardo de Fontaine – mejor dicho, su protector – Hugo de Champaña hará donación al futuro santo, de unas tierras de su feudo para construir una abadía de la que el nombre aún se asocia al del célebre monje: Clairvaux.

Andrés de Montbard, era el propio tío de san Bernardo, llegando más tarde a ser Senescal del Templo de Jerusalem y primer Archimaestre de la Orden, lo que le confería sobre el plano esotérico, temibles responsabilidades. Por tanto, él también estaba ligado al destino de abad cisterciense, que no había dudado en reclutar a toda su asombrosa familia para constituir el núcleo de la comunidad del monasterio de Clairvaux.

Así, los tres protagonistas principales de la creación de la caballería templaria, tenían el común denominador de san Bernardo, que fue en su época el guía incuestionable de la cristiandad, y el promotor secreto de nuestra Orden. Preciso es decir que jamás Hugo de Payns y Andrés de Montbard habrían dado al Temple el impulso que más tarde conoció, sino hubiesen sido apoyados por el abad de Clairvaux, que supo cristalizar en una Regla precisa, las aspiraciones de los “pobres Caballeros del Cristo”, definir su misión y asignarles el más extraordinario de los fines: rehacer el mundo en función de los principios divinamente establecidos.

Sería demasiado largo el examinar en este primer volumen, en qué consistía el verdadero papel del “adepto” que era Bernardo de Clairvaux, consejero de Reyes y Papas, de quien la autoridad jamás fue discutida por los grandes de este mundo a los que ordenaba soberanamente. Puede ser que encontráramos una explicación a este magnetismo irresistible, en esta denominación que él unía de buena gana a su nombre: ¡BERNARDO, EL ÚLTIMO DE LOS DRUIDAS!

EL SECRETO DE HUGO DE CHAMPAÑA

Es Hugo I de Champaña, quien ha de retener momentáneamente nuestra atención, ya que su comportamiento antes de la manifestación pública de la Orden del Temple, en 1.118, es de las más interesantes.

Nacido en 1.076, era hijo de Thibaud III de Blois y de Champaña, y su madre era Alix de Valois. El Condado de Champaña le fue concedido al feudo en 1.093, cuando tenía diecisiete años. Hugo no participó en la primera cruzada de fin de siglo, pero le encontramos en Tierra Santa en 1.104; tenía veintiocho años y permanece allí aproximadamente cuatro años. Ahora bien, no parece que durante su estancia tomara parte en ninguna acción militar, ¡y podemos preguntarnos a qué había ido!

Alguna cosa extraña sin duda, ya que en 1.108, vuelve a Champaña y toma inmediatamente contacto con el abad de Cîteaux, Etienne Harding, para confiarle aparentemente un secreto importante, que conduce al Padre superior a estudiar cierto número de manuscritos de los que unos están redactados en árabe y otros en hebreo. Curiosamente volvemos a encontrar entre los hombres de la Edad Media, la fiebre que se apodera de los especialistas en antigüedades hebraicas, cuando supieron en 1.947, que algunos manuscritos habían sido descubiertos en las grutas situadas cerca de Mar Muerto en Qumrâm. La crónica conserva rastros de los problemas que las traducciones indispensables suscitaron al abad Harding y al Conde de Champaña.

Seis años transcurren y en 1.114, Hugo I regresa al Reino de Jerusalem con cierta precipitación; se tiene la impresión que va a informar a un misterioso corresponsal del progreso de sus investigaciones, así como a completar su documentación. Esta segunda estancia no dura más que unos meses – lo que es muy poco en razón de la duración de las travesías -, y cuando regresa, en 1.115, se precipita a la abadía del Padre Harding para ponerle al corriente de sus descubrimientos, y deliberar con él el plan que ha de seguirse para ejecutar el fabuloso proyecto que está a punto de concebir.

Se toma la decisión de llevar a cabo la empresa, y el asunto va a ser perfectamente conducido: el Conde Hugo ofrece a la orden cisterciense un territorio situado en el bosque de Bar-sur-Aube, y llamado “el valle de la Absenta”; el monasterio de Cîteaux se encarga de hacer construir lo más rápidamente posible una abadía. Un monje es designado para dirigirla: es Bernardo de Fontaine. ¡Pero lo que es raro es que este cisterciense, no tenga más de veinticinco años! Pero qué importa, la elección es entusiastamente ratificada por Hugo I, como si hubiera esperado este nombramiento o como si lo hubiera provocado.

BERNARDO DE CLAIRVAUX

Desde este momento, el joven Bernardo, rodeado por doce monjes cuidadosamente seleccionados, va a desplegar una actividad realmente increíble. Edifica la abadía a tal velocidad que parece como si el destino del mundo dependiese de esta realización. Cuando se desembaraza de los más urgentes problemas de instalación, comienza a tomar en su mano los hilos directores de la cristiandad, de la que pronto ha de convertirse en su maestro del pensamiento. Con estupor primero y después con cierta inquietud, el mundo en su época le verá comportarse como un verdadero soberano pontífice, oculto y eficaz, cuyas decisiones tendrán fuerza ejecutiva en todos los países.

Entonces se agruparon alrededor del nuevo abad de Clairvaux, Hugo de Champaña, Hugo de Payns y Andrés de Montbard, a los cuales pronto se juntaron sus otros seis compañeros. Su fin, emprender de nuevo la Búsqueda del Grial, ya que Bernardo, su director espiritual, conoce ahora el lugar donde se encuentra la “Copa del Saber”, es decir; los auténticos depósitos de la Antigua y la Nueva Alianza.

Este lugar es perfectamente conocido por Hugo I; es en Jerusalem donde entre las maravillas iniciáticas depositadas en los subterráneos, se encuentran, en el seno del Arca de la Alianza de la antigua tradición judaica, las Tablas de la Ley, tal como fueron entregadas por Dios a Moisés, ocultando en sus fórmulas “heliopolitanas”¹, todos los secretos del Universo.

¡Y todo esto está escondido en el subsuelo del Templo de Salomón!

¹ Ver “*Extraterrestres*” y “*Heliópolis*”

“Los tiempos son ahora venidos”, puesto que los cristianos ocupan la Ciudad Santa desde 1.099. Por otra parte la “sociedad de pasaje”, acaba de ser instituida; será la Orden del Temple. Por lo tanto, es posible proceder, con prudencia, a la recuperación de los depósitos sagrados y entrar de lleno en la famosa BÚSQUEDA DEL GRIAL, ¡siempre emprendida y nunca terminada!

EL NACIMIENTO DE LA ORDEN DEL TEMPLE

Hasta 1.123, no se encuentra ninguna huella oficial sobre la presencia de los Templarios en los Santos Lugares. En esa fecha, Jacques de Vitry, obispo de San Juan de Acre, escribe unas líneas precisando que “ciertos caballeros, amigos de Dios, y ordenados en su servicio, renunciaron al mundo y se consagraron al Cristo. Por votos solemnes, pronunciados ante el Patriarca de Jerusalem, se comprometieron a defender a los peregrinos contra los bandidos y salteadores, a proteger los caminos, y a servir de caballería al nuevo Rey”.

LOS “POBRES SOLDADOS DEL CRISTO”

Así es como Balduino II, soberano del Reino de Jerusalem, aprobaba la instalación de estos “Pobres Caballeros del Cristo”, que prometían seguir la regla de los canónigos regulares del Santo Sepulcro; pureza, pobreza, obediencia; con todas las condiciones propias a la disciplina de conducta de los hermanos de San Agustín. Agreguemos que estos canónigos se revestían con una capa blanca que llevaba una cruz roja sobre el hombro, como poco más o menos aparecerán revestidos los Templarios en 1.147, cuando el Papa Eugenio III les haya otorgado “este signo triunfante a fin de que sirva de escudo y jamás vuelvan grupas ante ningún infiel”.

Pero antes de aparecer a la luz del día y de ser admitidos a pronunciar los votos monásticos en Jerusalem, en 1.123, muchas cosas pasaron para los Templarios, y su llegada al Oriente Medio, había sido precedida por una ceremonia sobre la cual conviene insistir, ya que determina la sucesión de los acontecimientos que vamos a vivir o revivir. Además dicha ceremonia se desarrolló en un lugar que siempre jugó un papel decisivo en la historia de nuestra Orden; hablamos del castillo de Arginy, situado a unos cuarenta kilómetros al norte de Lyon, cerca de Belleville-sur-Saône, en lo que hoy se llama el departamento del Rhône.

LA AGHARTA DEL TEMPLE

En la tarde del 12 de junio del 1.118 – fecha que no fue escogida al azar como veremos -, los Nueve Caballeros de los que hemos dado los nombres, se reunían en la cripta del castillo para pronunciar otros votos, o más bien un juramento de extrema gravedad, que les comprometía en una prodigiosa aventura sobre la que pende una interrogación desde hace más de ocho siglos. Durante el juramento, san Bernardo, en su abadía de Clairvaux, oraba con sus monjes y comulgaba en pensamiento con los miembros de la “Milicia del Cristo”.

Para intentar comprender el alma del Templario, es suficiente, aún en nuestros días, con ir a Arginy, cuyo estado de conservación es suficiente para permitir imaginar lo que podría ser este “Alto Lugar” de la vida iniciática en la Edad Media. Este castillo que pertenece actualmente a un aristócrata de la región, nunca fue conocido en la historia como dependiente del Temple, ya que fue siempre una casa secreta, no inscrita en el Cartulario.

Cualquiera que sea el camino que se escoja para llegar a él, aproximarse es extremadamente difícil, en razón de los pocos puntos de referencia de que se dispone. El sendero serpentea, ciego, entre las viñas del Beaujolais, y ningún mojón, ninguna atalaya, ninguna muralla dormida en sus fosos, nos señala la proximidad del castillo.

Al principio, extraña su discreción. A la larga se vuelve misterioso, y por fin, irritante. Casi se llega a renunciar, cuando de pronto, su masa rechoncha y algo heteróclita, surge detrás de un macizo de árboles, sorprendiéndonos por la altura de sus torres, invisibles momentos antes.

Descubrimos el Palomar de ruinoso techo, los edificios conventuales transformados en granja y la vieja torre románica de ladrillos grisáceos, silenciosa y pesada, velando como un centinela; tal como la “casa de dios” del Tarot. Vela sobre los misterios de su cripta y de sus subterráneos. He aquí la cuna de la Orden del Temple; este fue su cuartel general oculto, el lugar de reunión de su Capítulo secreto, el punto de encuentro de los adeptos y los alquimistas de la Orden, el asilo inviolado del tiempo de los mártires y de la dispersión; es el AGARTHA del Temple.

Entre estos muros el 12 de junio de 1.952, la Orden se despierta del largo sueño de la “noche de los cuervos”, donde vivieron durante siete años, los que debían reabrir las puertas del Temple. En 1.973, seiscientos sesenta y seis años después del arresto de nuestros hermanos, todos los monjes-caballeros de la época actual tomaron allí impulso para desplegarse por todo el mundo y en el castillo vacío donde soplan las tempestades, ya no se ve más que las sombras de algunos infelices buscadores de tesoros en búsqueda de quimeras, o se oye a jóvenes apasionados de las viejas piedras, que cantando remueven las cenizas del Fénix...

EL TEMPLO DE SALOMÓN

Pero volvamos al siglo XII, justo antes del nacimiento de nuestra Orden. Durante nueve años, los hechos de los Nueve Caballeros del Cristo, en Tierra Santa, se ven rodeados por una especie de bruma. De lo que hicieron durante este tiempo, nada de particular ha llegado a nuestro conocimiento. Parecen vivir de puntillas. Nada de combates decisivos y gloriosos. Además, ¿Qué hubieran podido hacer siendo tan corto número, contra las hordas de los “infieltes”? Nada de conversiones resonantes de poblaciones enteras, como hacían numerosos Cruzados de fe convincente, proponiendo con gran energía el dilema “salvador”: ¡La Biblia o la Espada! En fin, estos nueve compañeros del Temple, eran pobres como Job y no habían encontrado como alojamiento, más que una parte de los inmensos establos del Templo de Salomón, viviendo de limosnas eclesiásticas. Sin duda que se desplazaban por todo el Reino de Jerusalem; pero era en principio, para reconocer las rutas de los peregrinos que tendrían que defender algún día. Y si algunos se extrañaban que no cayeran nunca en las emboscadas tendidas por los “descreídos”, se suponía que era por su gran prudencia y no por los contactos que hubieran podido tomar con los fieles del Viejo de la Montaña.

Finalmente, el interés que sentían por las ruinas del Templo de Salomón, les conducía a efectuar largas y pacientes investigaciones en los subterráneos de los establos del Rey de reyes; pero esto se correspondía muy bien con la idea preconcebida sobre los monjes militares, divididos entre la búsqueda de las huellas del Dios viviente, y la persecución de los vivientes “infieltes”.

De repente, este tranquilo cuadro se trastorna en pocos meses. Hacia fines de 1.127, la correspondencia entre san Bernardo y sus Nueve Caballeros aumenta de volumen. Parece que algo se prepara. Este “algo” no se hace esperar: algunos de los Nueve vuelven a Europa bruscamente, y se produce un acontecimiento que aún desconcierta los espíritus más críticos. Provistos de una simple carta de Balduino II, rey de Jerusalem, he aquí que a su regreso, nuestros monjes-soldados ven abrirse ante ellos todas las puertas de la cristiandad, ¡como si dispusieran de un salvoconducto mágico que les hubiera convertido en “mensajeros” de otro mundo!

Tomémonos el tiempo de leer un extracto de esta carta dirigida por Balduino II a Bernardo de Clairvaux, y que debía por sus repercusiones, trastornar la distribución de las fuerzas, tanto en Oriente como en Occidente: “Los hermanos templarios inspirados por Dios para la defensa de esta provincia (Ultramar), a los que protege de forma notable, desean obtener la confirmación apostólica, así como una regla de conducta. Por ello, hemos enviado a Andrés (de Montbard) y a Gundemaro, ilustrados por sus éxitos guerreros y por la nobleza de su sangre, para que soliciten del Soberano Pontífice la aprobación de su Orden, y se esfuercen en obtener del él, subsidios y socorros contra los enemigos de la fe”.

EL CONCILIO DE TROYES

Bajo la presión de Bernardo de Clairvaux, se decide la reunión de un concilio, fijándose el lugar en Troyes, en la Champaña, con una habilidad que no sorprende, por parte del que ha preparado todo para que la Orden del Temple tome lo más rápidamente posible una dimensión internacional. Veamos en qué términos escribe el futuro san Bernardo al Conde Thibaud de Champaña, sucesor y sobrino de Hugo I, Caballero de la Orden en ese momento: “Dignaos mostraros lleno de diligencia y de sumisión con el legado, en reconocimiento de que haya escogido vuestra ciudad de Troyes para celebrar un concilio tan importante, y dad vuestro apoyo y vuestra asistencia a las medidas y resoluciones que juzgue conveniente tomar en el interés del bien”.

¿Pero por qué un concilio? ¿Por qué razón desencadenar una operación tan vasta para el simple reconocimiento de una orden militar y religiosa – cosa que no tenía nada de excepcional en aquellos tiempos - , cuando un Concilio General no se reunía habitualmente más que cuando se trataba de comprometer a toda la Iglesia en una empresa de carácter universal?

De todas formas, el asunto está lanzado y bien ajustado, ya que el Concilio se reunirá en Troyes el 14 de enero de 1.128, es decir, solamente algunas semanas después del regreso de los Caballeros desde el Oriente Medio. ¿Qué pudo pasar para justificar tal prisa, o mejor, tal precipitación?

Parece, viendo el entusiasmo levantado por la vuelta de los monjes-soldados, que todo el mundo cristiano les reconocía como cumplidores de una acción de brillo sin igual, de una “misión imposible”, brillantemente cumplimentada ¡y de la que las consecuencias serían incalculables!

Lo que es seguro, es que una parte capital se había jugado en el transcurso de los nueve años pasados en Ultramar e incluso, para ser más precisos, en los últimos dieciocho meses de trabajos y de búsquedas que conducían a una absoluta certeza del éxito, tanto para el porvenir de la Orden como para el de la Tierra. ¿Pero en qué consistía esta increíble “toma de fuerza”, capaz de transformar un puñado de caballeros en poseedores de un poder irresistible? ¿Qué habían encontrado?

Reviviendo estos instantes prodigiosos, no podemos menos que pensar en la actitud de los Estados Unidos de Norteamérica, al fin de la Segunda Guerra Mundial, cuando se sintieron capaces de utilizar la energía atómica con fines militares: ¡el universo era suyo! De la misma forma, los Templarios del siglo XII, parecían estar en posesión de una extraordinaria “fuerza” cósmica de la que en nuestra época bárbara no tenemos ninguna idea, y de la que haría falta buscar el secreto en lo más profundo de las criptas alquímicas...

LA REGLA DE LA ORDEN

Pues bien; el 14 de enero de 1128 se abre en Troyes el Concilio que iba a ver adoptar los principios esenciales de la Regla de la Orden del Temple, tal como san Bernardo la había preparado desde mucho tiempo atrás y en secreto, y que estaba ocultamente inspirada en la Regla del Maestro de Justicia esenio, tal como era practicada un siglo antes de Jesús-Cristo.

Evidentemente es imposible tratar con detalle los setenta y dos artículos en los que también se percibe, discreta pero presente, una neta influencia cisterciense. Esta Regla fue completada según la evolución del Temple, por “edictos” o status jerárquicos, que permitieron una adaptación de este “código” templario, a las necesidades de la vida cotidiana. Leyendo esta Regla, y a pesar de su lejanía en el tiempo, podemos hacernos una idea muy precisa de la persona que era san Bernardo, ya que en cada artículo, se reconoce su huella; él, en quien la austeridad y el rigor no tenían igual sino era en su amor por la humanidad “en pasión” y el servicio de los humildes; él, que reprochaba a sus hermanos en religión el hablar más frecuentemente de sus derechos que de sus deberes y que se imponía a sí mismo la más rigurosa de las disciplinas. En función de todo esto podemos preguntarnos cómo esta Regla pudo ser tan ampliamente aceptada por los contemporáneos de Bernardo, puesto que no les proponía más que desapego de la posesión, silencio en el tumulto de los combates, sacrificio constante de todo deseo en medio de los pillajes, abstinencia en un país de costumbres disolutas, ¡martirio asegurado para todos los que aceptaran combatir por el Cristo Glorioso bajo los colores del estandarte “beaucens”!

Es preciso confesar que en esta Regla implacable, había todo lo que era preciso para hacer huir al laico e inquietar al clérigo. ¡Y sin embargo arrastraba milagrosamente la adhesión más entusiasta de la cristiandad!

Veamos algunos breves extractos que dan el “tono” y que inducen a la meditación:

- Cada día de Dios, los Templarios deben oír la santa misa para “estar repletos del Cuerpo del Señor, embriagados de los mandamientos del Salvador, y para que después del servicio divino, nadie se asuste de salir a batallar, sino preparado para el martirio”.
- Los Caballeros del Temple no tienen derecho a tomar contacto con otros caballeros excomulgados, pero si algunos de éstos, a pesar del anatema de la Iglesia, solicita su entrada en la Orden del Temple, debe ser aceptado “misericordiosamente”, sin que el poder episcopal pueda estorbar este paso”.

¡Esto prueba bien la libertad religiosa de la que gozaban nuestros hermanos! En efecto, la bula “Omne Datum Optimum”, proclamada por Inocencio II en 1139, colocaba a toda la Orden bajo la exclusiva tutela del Papa, y la sustraía a la oficiosidad del Patriarca de Jerusalem y a la de los obispos de Oriente y Occidente. Desde esta época, y hasta la traición de Clemente V, la Orden del Temple no dependerá más que del Soberano Pontífice. Finalmente, los Templarios tenían la facultad de erigir libremente oratorios privados y capillas. Gracias al Cielo, esta facultad se cumplirá edificando desde la pequeña capilla de Luz-Saint-Sauver, ¡hasta la catedral de Chartres!

Y entre los numerosos artículos en los que rivalizan el rigor y el profundo conocimiento del alma humana y sus recodos, ¡he aquí que se perfila la silueta de Eva la serpentina! ¿Qué no se ha dicho sobre el comportamiento sexual de los Templarios? ¿Qué no se ha escrito sobre la generalización de desviaciones, que hágase lo que se haga, siempre existirán de forma endémica en una minoría, en toda comunidad, laica o religiosa? Sin embargo, reflejemos una advertencia que merece un instante de reflexión, ahora que nuestra loca humanidad, da a la “mujer-objeto” una importancia en la que la exageración no es simplemente debida a la liberación de la sensualidad, sino también a la explotación mercantil del erotismo:

“Cosa peligrosa es compañía de mujer, pues el viejo diablo, por compañía de mujeres, ha desviado a muchos del recto sendero del paraíso...”¹.

EL RECONOCIMIENTO DE LA ORDEN DEL TEMPLE

La Regla, pues, es aceptada por el Concilio de Troyes y la Orden del Temple reconocida por la Iglesia católica. ¡Entonces algo inaudito se produce! Un movimiento de convergencia sin precedente se dirige hacia el Temple. En el espacio de algunas semanas, millares se precipitan en el regazo de los “Pobres Soldados del Cristo” en demanda de protección, tanto material como espiritual. Grandes señores incluso reyes, se atropellan con generosidad increíble para colmar a la Orden de los dones más asombrosos. Alfonso I de Aragón, llegará hasta legar en su testamento ¡El tercio de su reino a los Templarios, necesitándose casi una revolución de sus súbditos para que esta donación sea modificada!

¿Qué es lo que hace correr de esta forma al mundo medieval?

En menor grado, se ve a condes y a duques, abandonar familia y tierras para entrar al servicio de la Orden, y llegar algunas veces con su “casa” entera. Este fenómeno parece rozar el fanatismo, y sin embargo la palabra es inexacta ya que no se trata en absoluto de un entusiasmo irrazonado y sin porvenir, sino por el contrario, de un impulso consciente que en nuestros días parece difícilmente comprensible a los que ignoran el considerable poder de la fe en la Edad Media y el magnetismo comunicativo de la acción templaria de siempre. Podríamos decir que la “marca de fábrica” de nuestros hermanos del siglo XII, era irresistible, y que su “promoción” metafísica estaba a la altura de su fervor.

Se comprende, pues, la pasmosa ascensión de los Templarios en el mundo anárquico de la época, considerando que la Orden es algo así como una empresa que posee una estructura de naturaleza sinárquica, capaz de llevar a los hombres y mujeres del siglo, la visión de una nueva sociedad, tanto sobre los planos religioso y económico, como sobre los de la enseñanza, la justicia o la arquitectura. ¡El fenómeno aún es asombroso!

¹ Esto no quiere decir de ningún modo que la mujer sea despreciada en la Orden o dada de lado. Lo veremos en muchos lugares de esta obra. Ver “Oficio Religioso de la O.S.T.C.” y “En resumen”... (La presencia y el papel de la mujer en la Orden).

En cuanto a nosotros, tenemos todas las razones para afirmar que esa cristalización, a la vez humana, social, moral, metafísica, de un mundo movedizo como el del período medieval, no ha podido producirse más que alrededor de ideas-fuerza, directamente ligadas con los más fundamentales arquetipos, y por tanto con un considerable poder sobre nuestro plano. Esta doctrina, difundida por la iniciativa y con la ayuda de la Providencia en el seno de los cenáculos de iniciados, sujetos a la Orden del Temple, con vistas a una “puesta en marcha” progresiva de la Humanidad, poseía por ello una potencia de impacto, que en razón de su carácter iniciático, ha escapado a todo análisis, y no puede ser explicada más que por la propia Orden del Temple. Como consecuencia de todo esto, afirmamos que es urgente, que es necesario reponer el orden en los espíritus y en los corazones, antes de emprender ninguna Cruzada; acabar primero la Búsqueda del Grial, para intentar a continuación regenerar al mundo. Es lo que hicieron nuestros hermanos del Temple medieval, y es también nuestra línea directriz de acción.

DOCE DE JUNIO

El lector encontrará a continuación diversos datos, extraídos de la Tradición templaria. Corresponde a los diferentes especialistas, historiadores, cronologistas, etc., el hacer coincidir, si lo desean, los elementos de que disponen con las revelaciones que siguen.

Contrariamente a una opinión muy extendida, fue el domingo 25 de diciembre del año 1° (año 1) de nuestra era, a las cero horas locales, cuando nació Jesús, en Bethleem, en las condiciones que se indican en los Evangelios. Otras indicaciones sobre fechas relativas a su paso por la Tierra, serán ulteriormente expuestas.

Por ahora, revelemos que la Crucifixión, tuvo lugar el viernes 22 de abril, del año 35 de nuestra era, seguido, el domingo 24 de abril, de la Resurrección. Desde el nacimiento de Jesús habían transcurrido 12.173 días, es decir treinta y tres años trópicos (de 365'242 días cada uno), más ciento veinte días o tres veces cuarenta días, símbolo del cumplimiento sobre los tres Planos; del cuerpo, del alma y del espíritu.

Cuarenta días pasan todavía hasta la Ascensión (jueves, 2 de junio del 35), completando en 33 años más ciento sesenta días o cuatro veces cuarenta días, el tiempo de presencia sobre nuestra Tierra del Cristo encarnado en Jesús.

Finalmente, el descenso del Espíritu Santo sobre los Apóstoles se produce el día de Pentecostés, domingo 12 de Junio del 35, a las 11 de la mañana. Este fenómeno constituye un ejemplo particularmente notable de una manifestación debida únicamente a la iniciativa de la Providencia, que se inscribe brillantemente en el papel “consolador”¹ del Paráclito, tercera persona de la Trinidad divina.

Seis años antes, el domingo 12 de Junio del año 29, y a la misma hora exactamente, en el momento en que Juan el Bautista, a las orillas del Jordán procedía al bautismo de Jesús, el Espíritu Santo se manifestaba a sus ojos bajo la forma de una paloma.

Ahora bien: bajo diversas formas, adaptadas a los lugares y a las épocas, la Orden del Temple ha tenido por misión precisamente el coadyuvar, en el lugar y modo en que regresa, a esta “consolación”, en las épocas en que la Providencia la suscita a tal efecto.

¹ Ver “Redención” y “Oficio religioso de la O.S.T.C.”.

Por esto, en el curso de los veinte siglos que van a acabar, la fecha del 12 de Junio, ha desempeñado muy frecuentemente un papel de primordial importancia, tanto en la vida de la misma Orden, como en la de ciertas personas relacionadas estrechamente con ella. En particular, y sin que sea completa la enumeración que sigue:

- El 12 de Junio de 1.084, san Bruno, del que sus lazos con la línea templaria son seguros aunque poco conocidos, abandona con sus compañeros su ermita de Normandía (cerca de NONANCOURT), para ir al norte de Grenoble a fundar la Orden de los Cartujos.
- El 12 de Junio de 1.118, resurge la Orden esenia bajo la forma de la Orden del Temple medieval, simultáneamente en CÎTEAUX y en el Castillo de ARGINY.
- El 12 de Junio de 1.146, san Bernardo obtiene la aquiescencia del Papa Eugenio III, con respecto a llevar sobre el hábito de los Caballeros del Temple, la cruz de áncora creada por los monjes de Cîteaux.
- El 12 de Junio de 1.265, nace Dante Alighieri, inspirado poeta y último Gran Archimaestre¹ de la Orden medieval.
- El 12 de Junio de 1.952, tuvo lugar la reaparición de la Orden medieval bajo su forma adaptada a la época en que vivimos, o sea, la Orden Soberana del Temple de Cristo; esta reaparición también tuvo lugar en el Castillo de ARGINY.

Finalmente, los que se interesen en los resortes secretos de la Historia, han de saber sin sorpresa, que fue en la tarde del 12 de Junio de 1.940, cuando Charles de Gaulle redactó lo que llegaría a denominarse “la Llamada del 18 de Junio”...

Las perturbaciones añadidas al ritmo anual de la vida, por el hecho de que las Pascuas de Resurrección son fiestas movibles, han incitado desde hace mucho y a diversas personas, el solicitar que la Resurrección de Jesús-Cristo sea celebrada en fecha fija. Para que la fecha escogida sea coherente con la de las otras fiestas de origen cristiano, debería ser fijada en el 24 de Abril de cada año.

Para los lectores precisados de exactitud, debemos añadir las siguientes precisiones:

Si el calendario gregoriano hubiera estado en vigor en el primer siglo de nuestra era, el día de Pentecostés, Domingo 12 de Junio del 35 en el calendario juliano “definitivo”, es decir, después de la reforma de Augusto, habría sido fechado como Domingo 10 de Junio ya que el calendario gregoriano, prolongado, tenía entonces dos días de retraso sobre el calendario juliano. A primera vista, sería entonces el 10 de Junio cuando la mejor correspondencia astronómica habría debido producirse, particularmente para la reaparición o reapertura de la Orden, en 1.952.

Pero el cielo cuenta con las imperfecciones humanas y evita en lo posible el desconcertar inútilmente a sus soldados. En consecuencia, las fechas de la reaparición del Temple, como las de otros acontecimientos, respetan al máximo las costumbres locales de los países donde los acontecimientos tengan lugar, sin hacer caso de las precisiones cronológicas, que aunque sean conocidas, no lo son suficientemente más que por un corto número de individuos.

¹ *Archimaestre.- del griego “arkhe”; comienzo, principio, “el que viene antes”, y del latín “magíster”; maestro, “el que ejerce un dominio”. El Archimaestre, es “el Maestro que está antes de los maestros”, el Maestro de maestros. El Archimaestre es el “maestro por excelencia”, poseedor, guardián, dispensador del conocimiento: el Alquimista.*

El Cristo Arquéómetra, es LA MEDIDA.

El Archimaestre es el “agrimensor”.

MISIÓN EXOTÉRICA DE LA ORDEN DEL TEMPLE

La originalidad profunda de la Orden del Temple en sus diversas manifestaciones (esencia, medieval o actual), es que no aparece en la superficie de la Historia más que por un tiempo bien determinado y para una misión precisa. En cierto modo, utiliza la técnica de la “aspillera”, ya que su presencia entre los hombres, siempre está condicionada por “fechas-encrucijada”, de las que sólo ella conoce las correspondencias profundas. En esos momentos, se presenta bajo el aspecto de una sociedad tradicional de “pasaje”, con fines limitados en el tiempo y en el espacio. La esencia de su acción está contenida en su divisa: “NON NOBIS, DOMINE NON NOBIS, SED NOMINI TUO DA GLORIAM”¹. (Nada para nosotros, Señor, nada para nosotros, sino para la gloria de tu Nombre).

LA MISIÓN “LIMITADA” DE LA ORDEN

Cuando el Temple, servidor de Dios y del Hombre Universal, reaparece en los momentos “cruciales” de la evolución humana para asumir su papel de mediador, posee evidentemente todas las potencialidades necesarias para el cumplimiento de su función. Su “orden de ejecución” está clara; sabe exactamente cuándo debe intervenir y en qué momento estará obligada a desaparecer, incluso aunque su ocultación deba hacerse al precio de terribles sufrimientos y de incalculables sacrificios. Cuando haya realizado su programa, o cuando la unidad sea restablecida y la armonía de los contrarios restaurada, cuando los depósitos espirituales y temporales hayan sido entregados a quien tiene el derecho, la Orden dejará a los humanos cara a cara con sus responsabilidades finales; estos poseerán entonces directrices suficientes para conducir al navío en línea recta; aquella que Dante Alighieri llamaba al principio de su “Comedia”, la “diritta vía”. Esto no quiere decir que todos los hombres seguirán al pie de la letra los consejos que le hayan sido dados, sino que nuestra Orden, habrá jugado enteramente el “juego”, que habrá sido el “testigo” necesario e imparcial en la partida que se desarrolla sobre el mundo. Decimos “testigo” y no “árbitro”, ya que este empeño está adjudicado a Nuestra Señora María del Santo Espíritu. Después de todo esto, no le quedará a la Orden, más que desvanecerse en el tiempo y en el espacio, a imagen de su Maestro, no dejando más huella de su paso, que el recuerdo de una aventura en apariencia incompleta y difícilmente explicable...

EL COMPORTAMIENTO TEMPLARIO

Este comportamiento es asombroso y muy poco en la línea de esta humanidad que cuando descubre una “mina”, se adhiere a ella y no la abandona más que constreñido por la fuerza, ¡procurando volver por la ventana si se le echa por la puerta! El Temple no se “aferra al sillón”, como se dice familiarmente.

¹ *Versículo 1 del Salmo 115 (versiones hebrea y sinodal) – Versículo 9 del Salmo 113 (versión griega y Vulgata)*

No intenta sobrevivir a toda costa, una vez cumplido su deber, lo que explica la conducta asombrosa de nuestros hermanos de la Edad Media, quienes aceptaron conscientemente la desaparición de su Comunidad en 1.307, sin manifestar la menor intención de resistencia aunque la mayor parte de Europa estaba en sus manos, aunque disponían de una considerable potencia financiera, aunque su red de información haría soñar hoy día a muchos hombres de Estado; aunque pusiesen en juego sus propias vidas y lo que era más importante a sus ojos que cualquier otra cosa, aunque comprometían el honor de su Orden aceptando la ignominia de ese “segundo Gólgota”.

En la comprensión de esta actitud, en apariencia inconcebible, se encuentra la solución de lo que desde hace siglos se ha llamado “el misterio de los Templarios”.

LOS FINES DE LA ORDEN

Es imposible juzgar rectamente su comportamiento caballeresco si no se conoce a grandes rasgos el plan de acción del Temple. Es preciso decir que los verdaderos fines perseguidos por “los Pobres Soldados del Cristo” no han sido jamás explicados claramente. Por ello, vamos a bosquejarlos dentro de los límites permitidos por la “economía” de esta obra, a fin de volver a encontrar los siete puntos que permiten delimitar globalmente los grandes designios del Temple.

1.- Hemos visto que Bernardo de Clairvaux era el innegable iniciador de la Orden del Temple, el fundador de la caballería templaria, y que él le había asignado una misión precisa de devoción y de sacrificios; de donde la analogía con la vida del Cristo es turbadora. Pero también colocó a nuestra Orden bajo la protección de la Virgen María, Nuestra Señora, y le dio una plegaria donde se inscribe claramente toda la aventura de los monjes-soldados, quienes pronunciándola desde lo más hondo de su corazón, aceptaban por anticipado el holocausto al que estaban destinados: “...Nuestra Señora ha sido el comienzo de nuestra religión, y en Ella y en Su Honor estarán si place a Dios, el fin de nuestra religión, cuando Dios quiera que así sea...”

Esto implica por tanto para nuestros hermanos de la Edad Media, el conocimiento de la limitación temporal de su apostolado. El martirio que les era prometido en el momento de su recepción en la Orden, no era una cláusula de brillante estilo, sino una temible profecía. Les era preciso vivir esta agonía crística por razones que descubriremos en el curso de esta “búsqueda” literaria, y que debía permitir más tarde el Resurgimiento del Temple.

2.- Los Templarios debían asegurar la protección del reino de Jerusalem, controlando evidentemente las rutas peregrinas en compañía de otras órdenes militares y religiosas; construir fortalezas en los lugares estratégicos, proteger al peregrino, cuidarle, eventualmente alimentarle, y de forma general, consagrarse en cuerpo y alma a la defensa de la Ciudad Santa y de las posesiones francas. Eran requeridos por otra parte por la Autoridad superior de la Orden para cumplir un cierto número de misiones, de las que los ejecutantes no conocían forzosamente los últimos fines. A este precio se pagaba el llevar a cabo una acción eficaz en aquellos países orientales, donde reinaban la traición y la concusión.

3.- El papel principal de los Templarios, era indiscutiblemente el afirmar la supremacía de lo espiritual sobre lo temporal. ¡Esto no ha cambiado! Es un punto esencial para la comprensión de la doctrina templaria de todos los tiempos.

Nuestra Orden no viene para conquistar un reino, y desmentir así la palabra de su Maestro quién afirmó que el suyo no era de este mundo, sino al contrario, para demostrar que llegado el momento, los guerreros pueden convertirse en sacerdotes, renunciando a materiales codicias y respetando las leyes de la Revelación permanente. El Temple es mediador entre el Cielo y la Tierra, en tanto que es marial. POR CONSIGUIENTE ES AUTORIDAD Y NO PODER. Viene a advertir, aconsejar, pero no puede ni quiere imponer una solución a ningún tipo de problema, aunque fuere religioso.

4.- La estructuración de los diferentes oficios por el “Compagnonnage”¹, fue siempre su preocupación en la Edad Media, con el fin de crear un instrumento de valorización de la clase obrera, poderosa y ágil, que equilibrando la economía del país, permitiría a la Orden ser el mayor constructor de todos los tiempos.

5.- Es justamente la posesión de este instrumento de edificación, el que va a conducir a los Templarios a realizar toda una “constelación de santuarios dedicados a Nuestra Señora, y afirmar un culto marial que no se desmentirá y que es la “marca” de los caballeros constructores. La obra de los “Compañeros del Santo Deber” no se perderá – nosotros lo sabemos - y hoy día algunos esperan todavía la “señal”...

6.- Los Hermanos del Templo, también iban a trabajar en el restablecimiento de la noción de Autoridad y Poder en el mundo, noción cuyo equilibrio es tan difícil de conseguir. Recordemos que en la Edad Media, el Papa representaba el poder espiritual y el Emperador el poder temporal. Dicho de otro modo, por el desconocimiento del principio de Autoridad, todo este período se verá envuelto en sangrientos y vergonzosos combates, para asegurar la dominación de una u otro de estos poderes. Como dice Víctor Hugo, “esas dos mitades de Dios; el Papa y el Emperador”, habían cometido el error irreparable de situarse en el mismo plano de acción. El representante de Dios habría debido ser la Autoridad indiscutible y puramente espiritual. En cuanto al Emperador, debería haber representado el papel de hijo sumiso de la Iglesia, de la cual debería haber sido defensor íntegro y respetuoso. Digamos inmediatamente que nada se ha resuelto a este respecto, y que los Templarios de nuestra época deben siempre conservar este artículo en sus principios de acción, ya que la confusión no ha cesado de crecer desde su desaparición en 1.307.

7.- Finalmente, la presencia de los “Pobres Soldados del Cristo”, era indispensable en Jerusalem y en otras partes del Oriente Medio, para organizar la recuperación de los Depósitos sagrados de los que el Temple era guardián (decimos guardián y no propietario; a continuación se comprenderá el por qué).

La explicación completa de esta operación única en los anales del mundo, vendrá en los próximos volúmenes de nuestra obra; por ahora solo podemos dar todas las precisiones necesarias para la comprensión de esta prodigiosa misión, que llevó a nuestros hermanos a reunir tesoros inestimables, para a continuación ponerlos en seguridad, j en los secretos lugares donde aún se encuentran!

¹ *Gremios*

LOS DEPÓSITOS SAGRADOS

Hoy nos es posible descubrir la naturaleza de los Depósitos sagrados de los que era guardián la Orden medieval, como sigue siéndolo la Orden del Temple actual. Precisemos que no se trata ni de símbolos ni de reproducciones, sino de objetos originales. Por ejemplo: el Arca de la Alianza de la que ya hemos hablado, es la auténtica del tiempo de Moisés, tal y como fue escondida en los subterráneos del Templo de Salomón en Jerusalem, donde entre 1.118 y 1.127, los Templarios fueron a recuperarla, para colocarla a continuación en lugar seguro.

I.- Los siete Depósitos sagrados de la Antigua Alianza:

- 1.- El Arca de la Alianza
- 2.- Las Dos Tablas de la Ley.
- 3.- La Torah primitiva de Moisés.
- 4.- La Jarra del Maná.
- 5.- El Bastón de Moisés o Vara de Aarón.
- 6.- La Espada de David o de Salomón.
- 7.- El Candelabro de Siete Brazos.

II.- Los siete Depósitos sagrados de la Nueva Alianza:

- 1.- La Sangre del Cristo.
- 2.- La Copa o Santo Grial.
- 3.- La Lanza.
- 4.- Los Clavos de la Cruz.
- 5.- La Corona de Espinas.
- 6.- El Leño de la Cruz.
- 7.- La Túnica sin costura del Cristo.

A esto hará falta añadir la revelación de los siete Depósitos sagrados de la Orden del Temple, de los que daremos la lista en nuestro tercer volumen, y que es muy reveladora de los fines perseguidos en la Edad Media por nuestros hermanos en sacrificio.

BEAUCENS

El sábado 29 de Septiembre de 1.973, en el remate del torreón de la Encomienda de San Miguel Arcángel, que acababa de ser consagrada en Alsacia, podía verse ondear al viento, por primera vez después de muchos siglos, el Beaucens, estandarte de la Orden, figura actual del que habían conocido los Caballeros del Temple a partir de 1.195.

Consiste en un ajedrezado rectangular negro y blanco de ocho cuadros por cuatro, escotado en forma de M en uno de sus extremos longitudinales, y cargado con una “cruz de sangre y de luz” centrada en el punto medio de sus ejes una vez practicada la escotadura.

La cruz de sangre y de luz es la cruz esotérica de la Orden, teniendo cuatro brazos iguales, también escotados en forma de M. Es de color rojo (la sangre), pero cada brazo está cargado con un galón de oro (la luz) que forma una “cruz exacta” en el interior de la precedente.

Igual que los colores de las túnicas y capas de los miembros masculinos y femeninos de la Orden, los del Beaucens están ligados al simbolismo alquímico; la misma forma del estandarte está ligada entre otras cosas, al simbolismo, cuerpo, alma, espíritu.

Por ahora, revelemos que el origen del nombre “Beaucens”, reside en la exclamación “Que tu es beau céans”¹, proferida a la vista del estandarte por un caballero del Temple llamado Gérard de BOUXIN.

La escena sucedió en una encomienda no registrada por los historiadores, cerca de Lourdes, de la que existen algunos vestigios, particularmente la ruinas del torreón. El pueblo más cercano se llama hoy día Beaucens...

¹ *¡Qué bello eres en esta casa!*

MISIÓN ESOTÉRICA DE LA ORDEN DEL TEMPLE

Puede ser que convenga recordar al comienzo de este capítulo lo que hemos escrito al principio de esta obra, a saber, que si la Orden del temple nunca ha sido una sociedad secreta, no es menos cierto que posee un conocimiento nacido de las estructuras y de las leyes del Cosmos, que sobrepasan infinitamente todo lo que otras agrupaciones iniciáticas puedan o pretendan conocer. Insistimos sobre la diferencia existente entre la noción de “cosas-que-se-ocultan” y la de “cosas-que-no-se-revelan- todavía”. Hoy, “los tiempos siendo venidos”, podemos revelar, siguiendo una graduación rigurosa, amplios muros de este edificio “tradicional” que es el Temple. Es preciso tomar la palabra Temple – Templo - , en su sentido más concreto y arquitectónico ya que se trata de una construcción del que las proporciones humanas están en relación con sus medidas, pues los números, y en consecuencia sus significaciones ocultas, determinan las “fechas-encrucijadas” que jalonan la historia esotérica de la Humanidad.

LA PIRÁMIDE TEMPLARIA

Así, cuando afirmamos que el castillo de Arginy, donde el Temple vio la luz del día el 12 de Junio de 1.118, y donde resurgió el 12 de Junio de 1.952, es una verdadera “Pirámide alquímica”, queremos dar a este aserto una resonancia absoluta. Es decir; queremos hacer comprender claramente que este edificio posee por alguna de sus medidas, su plano director, sus signos y símbolos alquímicos, sus orientaciones astrológicas, una suma de informaciones cósmicas que hacen de este Alto Lugar templario, un verdadero depósito de archivos iniciáticos.

Precisemos de paso, que en esta obra no jugamos con las palabras: lo que afirmamos, debe ser entendido como la expresión de una realidad inmediatamente perceptible; no tenemos que ver nada con un lenguaje sibilino que no se traduciría más que por afirmaciones gratuitas y sin fuerza eficaz.

El problema que presenta la revelación de la misión esotérica de nuestra Orden, no es sencillo; por lo tanto, no pretendemos apurar de un solo capítulo toda la sustancia de aquello que ha motivado la acción del Temple en el curso de los pasados siglos. Por otra parte, ya hemos dicho que no sería prudente el divulgarlo todo, sobre todo cuando es demasiado pronto, y los alimentos fuertes exigen, para ser convenientemente asimilados, el ser ingeridos con precaución y medida, por organismos capaces de soportarlos.

LAS CUATRO EDADES DE LA ORDEN

Para comprender bien la última parte de este capítulo, es indispensable conocer las grandes “articulaciones” de la vida de la Orden en la Edad Media. Son cuatro:

1.- La Formación de la Orden.

La primera división, va desde su creación “visible” en 1.118, hasta 1.186, o sea, algunos meses antes de la toma de Jerusalem por Salah-ed-Din – Saladino – en 1.187.

Es el período de formación y de cristalización. Independientemente de los rudos combates y de las dificultades de instalación en el Oriente Medio, el Temple extiende sus posesiones en Europa, y se afirma como el más seguro sostén de la autoridad del Papa y del poder del Rey de Jerusalem. Sin ella, la aventura palestina hubiera veinte veces naufragado en las intrigas y los escándalos de los Francos, y esto, a despecho de los reproches dirigidos a la Orden por ciertos historiadores que agravian a los Pobres Caballeros del Cristo, diciendo haber notado excesiva servidumbre con respecto a su Regla, y no haber manifestado suficiente flexibilidad de comportamiento en el momento de la derrota de 1.187 en Jerusalem.

Afirmamos claramente que no se puede reprochar nada a los Templarios, sobre el aspecto militar. La pretendida imprudencia de su Gran Maestre, Gérard de Ridefort, del cual se dice que dio falaces consejos al rey, Guy de Lusignan, ¡no es más que una pura invención! Es suficiente el saber que en 1.187, el Gran Maestre se llamaba Jean de Terric, el cual sucedió a Arnaud de Torroge en 1.184, y permaneció como Gran Maestre hasta 1.188, año en el que Gerard de Ridefort fue elegido. En estas condiciones, no se comprende, conociendo el rigor de la Regla del Temple, como un Gran Maestre, todopoderoso, hubiera dejado tomar a uno de sus dignatarios, sin consultarle, toda una serie de decisiones, comprometiendo el porvenir de la Orden, y el honor del Templo. Esto prueba entre otras cosas, ¡que ya comenzaba a levantarse la calumnia!

2.- El Medio del Camino.

La segunda parte, transcurrirá desde 1.186, hasta 1.240, o sea, desde la toma de Jerusalem por Salah-ed-Din, hasta la fecha aproximada del nacimiento de Jacques de Molay, último Gran Maestre del Temple medieval. Veremos más adelante la importancia de esta fecha.

Durante estos cincuenta y cuatro años, nuestra Orden conocerá la plenitud de la edad viril, y debemos precisar que llega a la mitad de su vida iniciática en 1.245; la que Dante Alighieri llamaba "il mezo del cammin di nostra vita".

Partiendo de la desnudez obscura de sus comienzos, el Temple llegará al nivel de un éxito que algunos calificaron de orgulloso, y que no era más que la expansión de una comunidad en plena posesión de sus medios tanto espirituales como temporales. Pero he aquí que los primeros nubarrones se levantan en el horizonte de la intervención muy discutible del Rey de Francia, San Luis, que va a suscitar la confusión en los asuntos del Oriente Medio, a pesar de la pureza de sus intenciones y de la santidad de su existencia. Finalmente, la pérdida definitiva de Jerusalem está próxima, y se producirá en 1.244, en trágicas circunstancias.

3.- La Madurez de la Orden.

El año 1.240, marca pues el cenit del desarrollo de la Orden. Las estructuras están perfiladas y en su sitio; la circulación de capitales se hace sin roces gracias a un sistema bancario que aún hoy día, admira a los especialistas; la disciplina militar, añadiéndose al rigor religioso, da a los Templarios de esta época un aspecto algo áspero, más tranquilizador e impresionante. Desde luego, se les reprocha frecuentemente el parecer excesivamente misteriosos, y no dar cuenta de sus intenciones diplomáticas o económicas; por otra parte, su inmensa fortuna hace murmurar y se habla de alquimia dada la imposibilidad de los detractores de la Orden, de imaginar malversaciones; es todavía demasiado pronto para alterar la imagen heroica, casi legendaria, que el pueblo hace de ellos, y que no cederá más que ante uno de los más inmundos procesos que la infamia humana haya podido imaginar.

He aquí que en 1.244, San Luis hace el voto de “cruzarse” y de ir a guerrear a Ultramar. Hará falta esperar algunos años antes de ver realizarse este proyecto, ya que hasta 1.249, el Rey de Francia no desembarcará en Damiette, ciudad cerca de la cual, sufrirá poco tiempo tras su desembarco, una de las más graves derrotas que haya conocido el Reino cristiano de Jerusalem, derrota que sería el doblar a muerto de la presencia franca en Tierra Santa.

¿Qué sucede entonces en el espíritu del Rey de Francia? ¿De qué malos consejeros se rodea? ¡No se sabe! San Luis decide inmediatamente, infligir a la Orden del Temple una terrible humillación, transformando a sus más devotos caballeros en “chivos expiatorios”, con el evidente fin de hacer caer sobre ellos la responsabilidad de este vergonzoso fracaso, y reforzar así su autoridad a expensas de los que desde casi hacía un siglo y medio, se sacrificaban por la causa de la cristiandad.

Desde entonces, los Templarios eran sospechosos, y la acusación de pactar con los “infielos” comenzaba su carrera subterránea. Para los monjes-soldados, 1.252 señalaba el principio de la decadencia franca en el Oriente Medio y el fin del período glorioso de su Orden.

4.-El Crepúsculo.

Desde esta fecha de 1.252 a la ocultación completa del Temple en 1.318, que marca el límite de las persecuciones contra los Templarios, nuestros hermanos van a vivir sesenta y seis años que pesarán onerosamente sobre el destino del mundo. Y sin embargo, este último período lleva secretamente dentro de sí una inmensa y prodigiosa promesa de mutación como pronto veremos. Desde mediados del siglo XIII, la anarquía se apodera del Reino de Jerusalem. Repentinamente, el Temple no puede hacer nada, o casi nada, por ese cuerpo heteróclito que se descompone por todas partes. Por extrapolación, contemplamos el drama de Argelia de los años sesenta; esta tensión irreductible entre los “europeos”, cansados de luchar para mantenerse en un país que no es el suyo, y los “potros”, que han adoptado los vestidos y costumbres del Medio Oriente, los “pies negros” de la época, ¡que se sienten ligados material y anímicamente a esta tierra que tanto aman!

El Gran Maestre y su Capítulo Magistral, se cansaron de lanzar advertencias tras advertencias a los que ostentaban el poder y de repetir que la Tierra Santa debería ser abandonada si Europa cesaba de “re-ligarse” a su fuente crística: ¡trabajo perdido! No solamente el Papa no responde a los gritos de alarma de los Caballeros, sino que además, ¡prohíbe la salida de las tropas de refresco para Oriente Medio! Entre tanto, los legados de la Santa Sede despliegan en Occidente una furiosa actividad para reclutar mercenarios a precio de oro y mediando enormes indulgencias, a fin de permitir a Su Santidad arreglar sus cuentas personales en Lombardía...Una de las numerosas camorras del Papa con los alemanes...

En el ínterin, en Oriente Medio, ¡La Caballería se muere!

Veamos la queja patética que exhalaba el trovador, Olivier el Templario, en 1.265 poco más o menos:

“La rabia y el dolor se agarran de tal forma a mi corazón, que apenas si oso seguir viviendo. Ya que nos rebajan la Cruz que tomamos en honor de EL que fue puesto en la cruz...El Papa usa ampliamente de perdones para los Franceses y Provenzales que le ayuden contra Alemania. Nos da pruebas de gran codicia, pues nuestra Cruz no vale lo que una Cruz tornesa, y quien quiere, deja la Cruzada por la guerra de Lombardía. Nuestros legados, os lo digo en verdad, venden a Dios y su perdón por dinero...”

Después de todo esto las cosas irán muy rápido; en 1.291 acontece el desastre y carnicería de San Juan de Acre, donde el Gran Maestre de la Orden del Temple, Guillermo de Beaujeu, será destrozado con todos sus Caballeros.

Es el fin de las Cruzadas, el fin del Reino de Jerusalem. El fin del Temple no está más lejos que a una quincena de años, y sin embargo, cosas extraordinarias suceden en Francia, que habrían podido cambiar la faz del mundo, si: ¡pero he aquí que Felipe el Hermoso era soberano de Francia desde 1.285, y su confidente se llamaba Guillaume de Nogaret!

LOS FINES SECRETOS DE LA ORDEN

Venían para enseñarnos que podemos ser hombres libres, que somos hombres libres en potencia y que no depende más que de nosotros el que nos convirtamos en Reyes y Papas de nosotros mismos. Pero esto solo puede enseñárnoslo el Paráclito...

Para poder comprender la importancia que tenía la figura del Consolador en el espíritu de nuestros hermanos, es preciso volver a san Bernardo y a la creación de la Orden del Temple. Efectivamente, todo parece haber sido “predestinado” por el abad de Clairvaux: esta Caballería que suscitó, parece haber sido creada para preparar un verdadero “desembarco” en el sentido militar de la palabra. Se tiene la impresión de asistir a una movilización de las fuerzas templarias, cuyo fin sería “recibir” a la Nueva Jerusalem; asumir la transición necesaria entre la era crística alfa, y la era parúsica omega; ser el medio de unión entre el viejo mundo del “hombre viejo” y la Tierra regenerada del “mutante”; en una palabra, asistir a las Bodas del Cordero, ¡al “pasaje” del Grial!

Así todo habría sido renovado según la profecía del abad Joaquín de Flore quien, a fines del siglo XII, enunciaba en su Evangelio Eterno, la venida del Reino del Espíritu Santo a partir de 1.260. También Dante sitúa a fines del siglo XIII el comienzo de la “Vita Nuova”, de la “Vida Nueva” que debía permitir a la humanidad el descubrir verdaderamente el fin que Dios encomendaba a nuestra fe.

Entonces, ¿qué locura de Dios habitaba en nuestros hermanos? ¿Cuál era la naturaleza del fervor que les había insuflado Bernardo de Clairvaux, para hacer de esos nueve caballeros una Orden, y de esta Orden un mundo, con la inaudita esperanza de que ese mundo sería un día un Cielo?

Bajo la dirección del Paráclito encarnado, todo habría sido posible en esta Nueva Jerusalem, de la cual se mantiene la promesa a lo largo de los siglos, vivificada por la Palabra de “aquel que permanece”, el apóstol Juan.

“Y vi un Cielo nuevo y una Tierra nueva... y vi también la Ciudad Santa, Jerusalem nueva, que descendía del Cielo, de Dios, dispuesta como una esposa ataviada para su marido...” (Apoc. XXI, 1-2)

¿En qué podían pensar los Templarios, sumergidos en el fango glacial de las mazmorras, bajo la tortura de los Inquisidores, cuando a bocanadas recordaban las antiguas promesas de gloria eterna? ¿Qué respondían cuando se les preguntaba qué es lo que el Temple había venido a hacer en un mundo donde los Papas se creían Reyes y los Reyes se creían Dioses?

4.- La Autoridad y el Poder.

Pero para realizar ese proyecto “paráclítico”, insensato aparentemente, era menester toda la prudencia, todo el heroísmo, toda la paciencia y también toda la iniciación de los Pobres Caballeros del Cristo. Subrayemos que no solamente esta acción “universal” no era un sueño brumoso e irrealizable, sino que resultaba indispensable para que las cosas acaecieran como en el seno de la podredumbre alquímica de los “cuervos” (¡qué símbolo!), surge la blancura tímida al principio, de la “paloma” que anuncia la renovación. “Donde el profano se aflige, el adepto se regocija”, ¡decían los viejos “alquimistas”! Tendremos ocasión en el transcurso de esta obra, de explicar lo que representaba verdaderamente esta aparición y esta desaparición súbita de la Orden del Temple. Nos encontramos ante una fase alquímica cruel, necesaria y finalmente gloriosa, de la Piedra.

En función de todo lo expuesto, llegamos a la conclusión de que Jerusalem y su Reinado, habían llegado a ser para los Templarios, la plataforma de su acción temporal y su “laboratorio” sinárquico. Así experimentaban sus principios concernientes al Poder; tanto los que aplicaban en la Orden, como aquellos a los que aceptaban someterse en el cuadro del Reino.

Es preciso decirlo una y otra vez: el Poder nunca fue un fin en sí para los hermanos del Temple, sino un medio de hacer penetrar en las circunstancias comunes de la vida, la regla de comportamiento estructurada que habían adoptado. ¡Venían para enseñar “cierta cosa” al mundo!

Uno de los fines secretos de los Templarios, era justamente el crear en verdad la Ciudad de Dios, es decir; dar el poder a un Emperador universal, únicamente sometido a la autoridad del Papa, quien no habría intentado nunca sobreponer lo temporal sobre lo espiritual, estando seguro por otra parte, de que lo espiritual siempre estaría en su sitio sin buscar dominio sobre ajena parcela. Para ello era necesario reformar las nociones de Autoridad y Poder, principios increíblemente imbricados en una época en que disputaban como en campo de batalla, los partisanos del Papa que deseaban todos los poderes, contra los del Emperador que no aceptaban ninguna autoridad. En esas condiciones solo les quedaba el camino de excomulgarse mutuamente a mandobles, asesinarse con ayuda de hostias envenenadas, torturar los cuerpos, comprar las conciencias y los corazones con el oro de las limosnas... A continuación, era suficiente ir en procesión solemne hasta la catedral más próxima, construida por los Templarios y el pobre pueblo de Francia, para rogar a Dios que otorgase a quienes dirigían la Iglesia, la fuerza, las riquezas y la protección necesaria para continuar su obra "salvadora". ¡Y todo esto en nombre de Cristo y de Nuestra Señora!

Frecuentemente se habla del martirio de los Templarios, que de 1.307 a 1.318, hizo numerosas víctimas; pero se olvida demasiado fácilmente las virtudes de autodominio y de sangre fría de que dieron prueba durante dos siglos los Pobres Caballeros del Cristo que "libraron un doble combate, ora contra los adversarios de carne y hueso, ora contra el espíritu del mal en los cielos". Estas palabras las escribía san Bernardo en sus Laudes a la Nueva Caballería, y este doble combate apuntaba a restablecer en sus sanas funciones el Poder y la Autoridad; el Poder, afirmando las estructuras sociales y valorizando el trabajo del pueblo sin desconocer sin embargo, la necesidad de jerarquías; la Autoridad, colocando al lado de la Nueva Jerusalem la exigencia de una Nueva Roma, purificada de todas las maquinaciones sórdidas, de todos los crímenes, de todas las concusiones, de todas las simonías de la Curia de esta época tumultuosa y sin escrúpulos.

5.- La Revelación Perpetua.

Era preciso en efecto, reavivar la antorcha de la Iglesia, que cada día caía un poco más bajo en la materia, ¡en el fango! Por otra parte, ¿para qué apropiarse de esa materia, si el espíritu no estaba allí para vivificarla?

De este modo, el papel de los Templarios era el de actuar como mediadores entre el Cielo y la Tierra, avisando a los hombres que ciertas "fechas-encrucijada" habían llegado, y que era el momento de corregir el rumbo del navío ya que los vientos habían cambiado.

Algunas revelaciones habrían debido ser hechas a propósito de ciertos dogmas: era preciso el desvelar algunos arcanos, hacer más liberal el gobierno de las almas aportando un conocimiento más claro de las leyes de la encarnación y de los problemas que presenta la desencarnación. Pero por desgracia, la Iglesia ya se había perdido en los meandros de sus contradicciones y de sus subterráneos repletos de cajas fuertes.

¡Ah, los sótanos del Vaticano...!

Solo el rigor de comportamiento y de doctrina de una Orden militar y religiosa como lo era el Temple, hubiera podido despertar a la Bella del bosque durmiente; el drama es que ese bosque durmiente era el de la Cruz del Cristo. Nuestros hermanos de la Edad Media, intentaron como veremos, hablar de universalismo, de ecumenismo y de Amor; pero Roma era presa de la hidra del poder y de la posesión; ¡no le falta más que formular la Gran Repulsa ayudando a la destrucción del Temple!

6.- La Unión Cristiandad-Islam

Este ecumenismo deseaba realizarlo el Temple en Oriente Medio para asegurar la unión Cristiandad-Islam, y era otro de los fines de la Orden el de querer reunir bajo la bandera de la Cruz y de la Media Luna a todos los que obraban para la mayor gloria de Dios. Para los Templarios, no existían más que tres religiones principales dignas de ser consideradas, en razón de su monoteísmo: la católica, la musulmana y la judaica, ya que la piedra de toque de toda participación en una acción común, pasaba por el reconocimiento de la divinidad o del mesianismo de Jesús-Cristo, y en ningún caso se podía incluir una religión sobre la que pesaba la acusación de deícida.

Según los Templarios, los verdaderos judíos en el sentido iniciático, eran ¡ELLOS MISMOS! Esto no ha sido dicho jamás, y sin embargo esta afirmación motiva todo el comportamiento de nuestros hermanos en esta época.

Para ellos, san José había sido el último de los judíos justos. La negativa a reconocer la misión de Jesús-Cristo y por tanto su divinidad, señalaba el “pasaje” entre la Antigua Alianza (a la cual siguen ligados los Israelitas), y la Nueva Alianza que implicaba el rebasar las antiguas doctrinas por la Ley de Amor. Así, la religión judaica se había extinguido con la venida de Jesús y yendo hasta el fin de un razonamiento perfectamente lógico que tendremos ocasión de desarrollar, afirmaban que Jesús no era judío, ya que por la Inmaculada Concepción con que había sido agraciada su Madre, no pertenecía a ninguna raza, lo que le permitía definirse a sí mismo como “el Hijo del Hombre”. ¿Cómo el Salvador de la Humanidad habría podido depender de un grupo étnico preciso, él, que representaba al Hombre Universal?

Por otra parte, los doctores de la Ley de la religión judaica no se equivocaron, y cuando pidieron y después organizaron el suplicio de Jesús, sabían muy bien lo que hacían. Cuando el pueblo de Jerusalem, debidamente “condicionado” por los esbirros del Sanedrín, oye a Poncio Pilato decirle “Inocente soy yo de la sangre de este justo: vosotros veréis”, toda la muchedumbre, obedeciendo las consignas de los sacerdotes, clama: “Su sangre sea sobre nosotros y sobre nuestros hijos”. Pues bien: para los Templarios, la mancha de Sangre no ha sido borrada.

Para probar que eran los verdaderos descendientes espirituales de Moisés y de sus sucesores, los Templarios utilizaban un argumento sin réplica posible, declarando firmemente: “La prueba de que lo que decimos es exacto, es que no son los Hebreos los que poseen los Depósitos de la Antigua Alianza, como son el Arca Santa o las Tablas de la Ley, ¡sino el Temple! Y añadían: “Si poseéis vosotros todo eso, si tenéis los auténticos rollos de la Torah, el Candelabro de los Siete Brazos o el Bastón de Moisés, ¡mostradlos!” Y para reforzar sus argumentos por si era preciso, citaban las palabras del Cristo: “El que tiene a la esposa es el esposo”

A la luz de estas revelaciones se empieza a comprender cuales podían ser las potencias espirituales, materiales y mágicas que ante todo esto iban a ayudar a erigir las hogueras del Temple. Singular coincidencia; el último Gran Maestro de la Orden del Temple medieval, Jacques de Molay, ¡fue ajusticiado en la Isla de los Judíos!

Desde siempre la Orden se ha desplazado contra la corriente, y siempre seguirá haciéndolo cualesquiera que sean los riesgos. Por lo tanto era normal que en el momento en que la cristiandad entera se precipitaba al asalto de la fortaleza islámica, los Templarios se aproximaran a los árabes y les reconocieran como poseedores de una parte de la herencia de Abraham. Se sabe que habían firmado con los Ismailitas algunos tratados más o menos secretos, cuyo contenido debía inquietar fuertemente a los ambiciosos e intrigantes del Reino de Jerusalem. Y sobre todo, lo que no se les perdonaba era el que se hicieran respetar por los “infieles” e incluso se hicieran amar por su valor, su lealtad y su sentido de la ostentación, tan caro a los orientales. Fueron los Templarios los que probaron, por primera vez en la historia, que podía existir entre enemigos, una “internacional” de la Caballería. Esta Caballería, que más allá de las divergencias transitorias que separan a las naciones, afirmaba su fe en un ideal de honor, de respeto del hombre, a pesar y gracias a los combates...

A propósito de esta unión Cristiandad-Islam, ¿qué es lo que no se ha reprochado a los Templarios? En particular, sus contactos con los “Assasinis”, los “Guardianes” del Viejo de la Montaña. Esta “colaboración”, de las más discretas, provocó no obstante furiosos remolinos, cuyos efectos se hicieron sentir hasta en las oficinas de la Muy Santa Inquisición en el momento del proceso. Y sin embargo, los que más calumniaron al Temple en esta época, fueron justamente los que más se habían aprovechado de todas las ventajas proporcionadas por dichos tratados.

Por otra parte, se han escrito todas las necedades posibles sobre esos “Assasinis”, haciéndoles aparecer como asesinos, repletos de haschich, degollando y apuñalando, fanáticos hasta la demencia.

La realidad es muy otra, y no haremos más que rozarla, reconociendo que existieron contactos Templarios-Assasinis, sobrepasando el simple cuadro de acuerdos militares para llegar a un nivel iniciático difícilmente comunicable, ya que estos Ismailitas poseían archivos y conocimientos del más alto grado. Digamos simplemente, y ya es mucho, que los caballeros del Viejo de la Montaña y sus “adeptos”, ayudaron a nuestros hermanos a guardar en sitio seguro algunos depósitos sagrados tan eficientemente, que los profanos no han vuelto a encontrarlos.

No se crea que esta tentativa de religar la Cristiandad al Islam haya quedado con una idea sin futuro. La Orden siempre ha actuado para que se produzca esa aproximación, y pensamos que en este último tercio del siglo XX es más necesario que nunca el realizarla, en el momento en que Occidente, fatigado por una espera excesivamente larga en la noche de las almas, quema inconsideradamente el aceite de sus lámparas, como lo hacían las vírgenes locas de la parábola...

Pero, ¿qué se producirá cuando en la noche profunda retumbe el grito terrible y maravilloso: “He aquí al esposo, salid a su encuentro”? Decidnos: ¿quién se levantará en el medio del mundo para reunirse con Él en la sala de bodas?

7.- El Hombre Universal

En este instante llegamos al punto de convergencia de todas las líneas directrices, a ese punto de reunión donde se revelará la verdadera significación de la todavía oculta misión de la Orden del Temple. Este punto, que engloba el Todo, es el Hombre Universal. He aquí la palabra clave de la aventura templaria: restituir al Hombre Universal, es decir, a Jesús-Cristo, es decir, a cada uno de nosotros, su verdadera dimensión. Si; nosotros somos universales, ¡y ahí es donde reside la gran promesa de eternidad que sostiene nuestra fe!

Comprendamos bien lo que entendemos por “universal”, y cómo este calificativo puede abrazar tanto a lo espiritual como a lo temporal.

La restauración sinárquica del Poder, tal como los Templarios de la Edad Media la concebían, sólo podía conducir a la noción de gobierno universal y vamos a ver que esto es justamente lo que se intentó.

El restablecimiento de la Autoridad religiosa debía llevar a la Iglesia medieval a una total unidad de las diferentes confesiones, por la aceptación del Cristo Universal. Esto sigue siendo válido, y el tiempo está próximo en el que no subsistirá nada de lo que singulariza hoy día a cada una de las religiones. La unión total exige e implica una completa renovación de las formas destinadas a recibir un pensamiento nuevo. Lo que hizo la Edad Media fue el Gran Rechazo del universalismo crístico, a través de Felipe el Hermoso y de Clemente V.

La suma de esta Autoridad y de este Poder en el mundo, de lo espiritual y lo temporal sabiamente equilibrados, conduce a una sinarquía templaria que es preciso comprender bien y de la que tendremos ocasión de despejar las cualidades específicas. Lo que el Temple venía a realizar, era la reorganización de las sociedades terrestres por una aplicación, divina en sus principios, de la Ley Universal tal como está contenida en las Tablas de Moisés. Esto era simplemente, incorporar los temas de acción esenios, antes de determinarse en nuestros días, el Resurgimiento de la Orden del Temple.

Los Templarios vienen a ayudar a la humanidad en su “pasaje”, para permitirle rasgar el capullo de seda donde, “miserable oruga”, está aprisionada. Es preciso hacerle olvidar el animal rampante y ávido que era; su lentitud y su fealdad, para que al fin se reconozca en esa mariposa de la eterna primavera, en ese hijo del eterno sol...

Entonces, por encima de todo esto, flotará un perfume de libertad, de esa verdadera Libertad que no puede nacer más que del Amor divino, invadiendo a cada uno de nosotros. Se comprenderá por tanto, cual era la naturaleza de la “loca” empresa a la que se había lanzado el Temple medieval: “Hacer que cada hombre pueda un día convertirse en Rey y Papa de sí mismo”.

Todo esto nos conduce a hacer esta pregunta crucial, que puede ser que sea la pregunta de nuestra obra entera:

“¿Y si nosotros hubiéramos entrado verdaderamente desde la Edad Media en esta era de Libertad del Espíritu Santo prometida por Joaquín de Fiore, que debía comenzar hacia 1.260?”.

“¿Y si la conspiración dirigida a la vez por la Autoridad descarriada y por el Poder abusivo, no hubiera tenido otro fin que impedirnos el comprender que desde el siglo XIII somos libres a los ojos de Dios, libres de conocer y de cumplir su Voluntad revelada al fin?”.

“¿Y si no se hubiese asesinado al Temple más que para impedirle hablar, gritar al mundo entero que todas las cosas habían cambiado, que el Consolador ya estaba aquí, y que ya el Señor nos murmuraba al oído: Sí, llegó pronto?”.

EL MARTIRIO DE LA ORDEN DEL TEMPLE

Los últimos años de la existencia de la Orden del Temple son difíciles de comprender si no se percibe la naturaleza del juego que se desarrollaba en aquel tiempo sobre tres planos diferentes.

1.- La Situación de la Orden a finales del siglo XIII.

En el Oriente Medio, la partida estaba perdida desde hacía mucho tiempo, y la derrota de San Juan de Acre, en 1.291. no venía más que para confirmar un estado de hecho: el Reino de Jerusalem, que había sido definitivamente despojado de su capital en 1.244, no existía más que de una forma vegetativa, habiendo el espíritu abandonado al cuerpo hacia 1.245. En esas condiciones, la descomposición total del Reino entero era inevitable, y los Templarios debían replegarse a Europa, donde habían sido tomadas todas las medidas para que este retorno masivo no perturbara de ninguna forma la compleja economía de la Orden.

El árbol no debe ocultarnos el bosque, y la acción militar de los Pobres Caballeros del Cristo en las provincias de Ultramar, no debe hacernos olvidar el extraordinario impulso de los establecimientos templarios en Francia.

A fines del siglo XIII, nuestros hermanos disponían en dicho país, de más de 9.000 casas, granjas y encomiendas, y sus rentas anuales sobrepasaban la suma, fabulosa para la época, del equivalente a ¡diez mil millones de pesetas! Aún en este siglo XX, lleno de grandes capitales multinacionales, no deja de ser una cifra impresionante y no muy frecuente. Señalemos de pasada que una cifra tal, excluye todo recurso a la Alquimia material o a cualquier ciencia más o menos diabólica. Añadamos a esto que los “monjes-soldados” no gastaban prácticamente nada para vivir, pues el rigor de su Regla les obligaba a la más estricta frugalidad, y por otra parte, habían organizado una explotación racional de sus innumerables granjas y alquerías que rodeaban cada encomienda, lo que les permitía subsistir en circuito cerrado, gracias a su ganado, sus pesquerías, sus huertas, sus campos y sus bosques hábilmente administrados. Recordemos que ninguna grave epidemia de hambre asoló Francia durante los dos siglos en que los Templarios sostuvieron al país.

Por lo tanto, sobre el plano temporal, la situación de la Orden era de las más prósperas. El Temple de París era una ciudad-fortaleza en el seno de la capital y en los “bancos” de la Orden se conjugaban, en un ecumenismo rentable, los fondos de la Iglesia, de los comerciantes y de los nobles, sin olvidar las riquezas de los Reyes y de los Papas que habían juzgado oportuno hacer de los Pobres Soldados del Cristo, sus banqueros irreprochables y celosos. Es curioso constatar que durante el increíble proceso que les formó el Rey de Francia, jamás se les acusó de malversaciones o de concusiones cualesquiera.

No olvidemos que fueron ellos los que crearon los cheques bancarios, y quienes pusieron a punto un mecanismo de tesorería que no sería igualado hasta muchos siglos después, y frecuentemente con muchos menos escrúpulos.

Si se añade a esta fuerza económica su fuerza militar, nos asombrará el potencial de “disuasión” de los Caballeros de la Cruz de Áncora. Se estima en más de 15.000 lanzas y en cerca de 200.000 sargentos y turcoples el conjunto de sus efectivos, siendo particularmente temible para la época, en razón de la disciplina, del valor y del entrenamiento de estas tropas notablemente equipadas. Si añadimos aún sobre el plano social, la masa de sus “clientes” –campesinos de sus tierras- y el ascendiente que poseía el Temple sobre las clases artesanas y obreras por intermedio de sus “sociedades afiliadas” como los Compañeros del Deber, no se ve qué hubiera podido inquietarles en Francia o incluso en Europa.

2.- El Gran Designio del Temple

A cambio, ¡ellos sí que inquietaban! Es preciso decir que los Templarios eran el estado dentro del Estado. Los Grandes de este mundo les imputaban tener las ambiciones más desenfrenadas, y sin embargo se quedaban cortos. Los Emperadores y los Reyes les temían y les odiaban a la vez, ya que eran sus deudores y además les sentían superiores a todo poder reconocido. Los Papas preferían servirse de ellos por temor a tener que combatirles, y los Nobles se encontraban ligados al Temple por la sangre y por el oro. En cuanto al pueblo, ya hemos visto que vivía en gran parte de las múltiples actividades del Temple a través de corporaciones, de los “deberes”, y desde hacía generaciones juraban por la Orden, aunque sus Caballeros les intimidasen por su conducta compuesta a la vez por orgullo y por compasión mezcladas.

La Iglesia anárquica de la época, de la cual Roma ya casi no era la cabeza, y que hormigueaba de diversos cismas, la misma Iglesia estaba suficientemente desconcertada sin saber cómo tomarlos, tanto habían hecho de ellos las decisiones papales, una Iglesia dentro de la Iglesia. Para convencerse es suficiente leer la bula “Omne Datum Optimum” o la de Inocencio III, “Dilecti Filii Nostri” que levantaba nuestra Orden al nivel de un verdadero “consejo de seguridad de la O.N.U.”; una temible potencialidad de intervención y de equilibrio.

Se comprende que Felipe el Hermoso se sintiera frustrado discerniendo, aún muy someramente, las líneas directrices de la acción templaria. De todas formas, la Orden le interesaba en el más alto grado y no ocultaba, antes de abatirla, la admiración profunda que le causaba. Sirva como testimonio lo que escribía en 1.304:

“Las obras de piedad y de misericordia, la liberalidad magnífica que ejerce, en el mundo entero y en todo momento, la santa Orden del Temple, divinamente instituida hace largos años, su valor que merece ser estimulado a velar más atentamente y más asiduamente todavía por la peligrosa defensa de la Tierra Santa, justamente nos determinan a derramar nuestra real liberalidad sobre la Orden y sobre sus caballeros, en cualquier lugar de nuestro reino en que se encuentren, y a dar señales de un favor especial a la Orden y a sus caballeros, por los que tenemos una sincera predilección”.

¡Hasta para un Rey es difícil ser entusiasta en la alabanza o tan bellaco en la demagogia! En efecto; tres años más tarde, estos mismos Templarios se convertían en los agentes de Satán, en execrables sodomitas, en blasfemos patentados que no valían ni los leños de sus hogueras...! Sic transit!

No olvidemos que en esos tres años, el temible Guillermo de Nogaret había tejido en la sombra su mortal conspiración. Este antiguo “patarín”, este Cátaro arrepentido, tenía la suprema habilidad o el don mimético natural, de pensar y actuar al ritmo de su amo, Felipe el Hermoso, con tal eficiencia, que llegaba a crear un “cercado” psicológico capaz de condicionar al Rey de Francia hasta un punto increíble. Ante Nogaret todos los deseos del soberano podían realizarse. Así es como Felipe el Hermoso, pensando exterminar a los Templarios por las razones que inmediatamente examinaremos, invitaba a su acólito a “organizarle” razones de estado suficientes para reforzar la opinión que se había forjado. En cierto modo era una “autosugestión” por persona interpuesta.

En cuanto a Guillermo de Nogaret, tenía todas las posibilidades capaces de hacer de su personaje el perfecto antepasado de Don Basilio... Sabía exagerar delicadamente las calumnias, pulir amorosamente la perfidia, suscitar la duda justificadora, trocar la confidencia en caridad cristiana, obtener la condena de uno solo para el bien de todos...

Pero sobre todo, que nuestras intenciones no sean objeto de equivocación. Atacando retrospectivamente a los Guillermo de Nogaret, Clemente V, Felipe el Hermoso y otros comparsas del asesinato de los Templarios de la Edad Media, no tenemos en absoluto la intención de precipitar en los Infiernos a los que tanto mal nos hicieron, ya que el pensamiento profundo de la Orden es que nada, NADA está perdido para siempre, y que la eterna condenación ha sido inventada por una Iglesia carente de autoridad. Las faltas, incluso los crímenes que hayan podido ser cometidos sobre esta Tierra, han sido pagadas por el sacrificio del Cristo. Si bien es cierto que los culpables aún han de pagar la cuenta, y la cuenta es grande, pero nadie es rechazado y el Temple sabe de forma cierta, que incluso los mismos que ayudaron a su destrucción en la Edad Media, puede ser que actualmente estén prestos a reconstruirlo con nosotros actualmente; ¡suponiendo que nosotros mismos no seamos esos mismos hombres! Nuestra Orden conoce el secreto de Judas, y sabe que el que entregó a su Maestro, no ha sido condenado por toda la eternidad, y está en posesión del itinerario que de encarnación en encarnación, le conducirá a ser uno de los que un día dirán: “Ven Señor; te esperamos...”

3.- La Traición

Tras lo que sabemos sobre los fines secretos de los Templarios, nos es fácil comprender la inquietud de Felipe el Hermoso que ya había intentado neutralizar a la Orden solicitando ser recibido como Caballero Honorario, con la esperanza en el fondo de su corazón, de llegar a ser el Gran Maestro.

¡El ardid fracasó!

Entonces, poniéndose en connivencia con Clemente V, al cual había acabado de hacer elegir Papa gracias a las fácilmente adivinables intrigas, le sugiere libremente el operar una fusión entre los Templarios y los Hospitalarios, los dos rivales, a fin de fundar una sola Orden que habría tomado el nombre de “Caballeros de Jerusalem”; uno de los hijos del Rey sería consagrado a ostentar la soberanía... Rechazo de Jacques de Molay que respondió con soberbia al Papa: “Haría falta que los Templarios llevasen una vida más relajada, o que los Hospitalarios fuesen sometidos a restricciones; de esto podría resultar un peligro ya que según creo, son raros los que estarían de acuerdo en cambiar su vida y sus habituales costumbres”.

Nogaret, despechado, no duda él, antiguo Cátaro, en revelar al Rey lo que el Rey quería oír: la relación de la conjura templaria, tal como el “patarín” la había confeccionado...

Ahora es preciso estar atentos a todos los aspectos que va a revestir el problema templario. Es indudable que nuestros hermanos de la Edad Media, habían puesto en pie un plan de restauración de lo espiritual y de lo temporal que podía parecer subversivo a quienes ignoraban los verdaderos fines de la Orden. A partir de ahora no hablaremos más de “fechas”, ya que se trata de considerar mucho más los principios que las realizaciones, y entramos en un terreno donde nadie hasta ahora ha osado aventurarse.

EL PAPA UNIVERSAL

La fase final de la acción del Temple, tal como estaba prevista, comportaba el nombramiento de un Papa de vocación universal, que habría sido capaz de reunir bajo su báculo a todas las confesiones de tendencias crísticas, y este Papa debería ser –jamás se ha dicho- el mismo Jacques de Molay, quien subiendo al trono de san Pedro, habría justamente tomado el sagrado nombre de Pedro II del Temple, nombre que ningún Papa puede llevar fuera del mismo Apóstol. Volveremos sobre esta revelación en un próximo volumen, ya que sus consecuencias son fuertes para esta Iglesia a la que la pagana locura del Renacimiento pronto trastornaría.

EL GRAN MONARCA

Sobre el plano temporal, los tratos y proyectos estaban muy avanzados y el candidato al Poder universal no era otro que Enrique VII de Luxemburgo, a quien Dante llamaba “el Gran Enrique”, y que iba a ser consagrado Emperador del Sacro Imperio Romano Germánico en 1.312.

Era un hombre valioso, animado por un gran espíritu caballeresco. Aunque no pertenecía a la Orden del Temple, soñaba con una monarquía universal que le habría permitido en completo acuerdo con el Papa Pedro II, reinar sobre el mundo cristiano.

LA MUJER RODEADA DE SOL

Todo estaba preparado para que la Autoridad y el Poder subieran a sus respectivos tronos en función de un equilibrio sinárquico al fin realizado. Pero con una condición: que cierta mujer que tiene una íntima relación con la Beatriz del Dante, diera a luz un niño, que habría sido la encarnación del Paráclito.

Pero el cielo quiso, por razones que más tarde analizaremos, que este nacimiento no tuviera lugar, que esta mujer muriera y que el anuncio de su desaparición sumiese el mundo de los “adeptos” y de los “iniciados” en una desolación de la que aún se perciben sus huellas en ilustres obras literarias y poéticas. Si pudiéramos hacer una comparación vulgar, diríamos que todos los que esperaban ese “signo”, se comportaron como los resistentes de la última guerra mundial, que antes de un lanzamiento en paracaídas, esperaban de Londres el mensaje que confirmaría o anularía la operación...

Todo esto puede parecer fantástico, y sin embargo es la verdad que posee el Temple, aunque por buenas razones está expuesta sucintamente. La “operación Paráclito” fue pospuesta a una fecha ulterior (que nuestra Orden conoce), y en dichas condiciones, la comunidad templaria sobre esta tierra se volvía inútil ya que, repitémoslo, el Temple solo aparece para una misión determinada, fuera de la cual no tiene razón de continuar.

Jerusalem perdida, la venida del Paráclito anulada, hacía falta remitir el todo a una fecha posterior, a la de la aparición de otra “aspillera”, tal como se procede en cosmonáutica cuando el lanzamiento de un huso es demorado.

Sobre el plano alquímico en el que nos encontramos, no se puede hablar de fracaso. Todo esto forma parte de una vasta “economía cósmica” de la cual los parámetros escapan a la mayor parte de los hombres. Para nuestros hermanos era preciso el aceptar valerosamente el retirarse, y antes de desaparecer, preparar todo para que esta espera de 666 años –de 1.307 a 1.973- se desarrollase en el orden y en el silencio para preparar el Resurgimiento. No debía existir ilación aparente, ningún Gran Maestro debía ser elegido, lo que hubiera sido contrario a la naturaleza soberana de nuestra Orden, que es solar, y por lo tanto manifestada. Hacía falta que en la sombra de esta “noche de los cuervos”, se preparase el Retorno a imagen del Cristo, como esos granos de trigo que esperaron millares de años en el fondo de las pirámides a que llegase la eterna primavera.

EL SEGUNDO GÓLGOTA

Los dados rodaban...

Pasado el gran temor, la Autoridad, o más bien lo que de autoridad quedaba a la Iglesia, residía en las miserables manos de Clemente V. En cuanto a Felipe el Hermoso, se arrogaba inmediatamente todos los poderes, y por lo tanto el de destruir por cualquier medio el estado rival que para él era el Temple.

El segundo Gólgota comenzaba...

Jacques de Molay apuró el cáliz hasta las heces más inmundas, y se conoce su trágico fin después de siete años de encarcelamiento y de inauditas torturas morales. Enrique VII será asesinado en Italia, en Buonconvento, en 1.313, ¡por medio de una hostia envenenada! Pero ante esta cascada de infamias, Dante Alighieri, el poeta iniciado, aquel a quien se toma por un fugitivo perseguido a muerte por la Curia romana, Dante de los Infiernos y de los Paraísos, procede a la ocultación de la Orden a título de Gran Archimaestre secreto. A él y a sus “Fieles de Amor” se encomendará la dolorosa y terrible misión de disimular a cualquier precio, a los ojos del mundo, ¡el fabuloso designio de los Caballeros del Cristo, venidos a preparar el retorno en gloria solar de su Maestro!

No le quedaba al Temple otra cosa que desaparecer, seguir el camino de la cruz de Jesús, y al Gran Maestre Jacques de Molay, ser crucificado por sus propios reniegos, como Pedro... Este sendero “elevado y salvaje” que Dante aconseja a los que quieren llegar al Paraíso, lo tomaron nuestros hermanos sin una queja, sin un grito, sin una revuelta, ¡sabiendo muy bien a donde iban!

No les quedaba más que aguardar “ese amanecer frío y brumoso de Octubre”, rogando a Nuestra Señora Santa María que hiciese producirse “el retorno de su Orden”.

EL PROCESO

Cuando se evoca el período doloroso del proceso y del martirio de los Templarios, que va del 13 de Octubre de 1.307, fecha del arresto, hasta el 18 de Marzo de 1.314, día en el que Jacques de Molay y sus compañeros padecieron el suplicio, una cierta incomodidad se apodera tanto de los historiadores como de los lectores, examinando las minutas del cuaderno judicial y tomando conocimiento de los resultados del juicio conciliar que desembocaría en la extinción de la Orden en 1.312.

En efecto desde el principio, el “affaire” de los Templarios toma el aspecto de una gigantesca maquinación política, religiosa y policial a la vez. Todo está allí: torturas físicas y morales, promesas capciosas, lavados de cerebro, chantajes e incluso internamientos psiquiátricos injustificados, sin olvidar otros procedimientos coercitivos que seis siglos después, conocerán un triste remozamiento de actualidad.

Se advierte perfectamente que el proceso está trucado hasta en los menores detalles por los sectarios de Felipe el Hermoso y de su cómplice Clemente V. Pero la incomodidad no proviene solamente de esta pasmosa acumulación de falsos testimonios, de la proliferación de delatores en las celdas, de los inquisidores de la Muy Santa Inquisición, ni aún de las furtivas cogullas de los Dominicos, que nunca habían confesado tanto a los Pobres Caballeros del Cristo como lo hacían entonces para mejor denunciarlos a continuación. No; hay una cosa más angustiada; es la naturaleza y la repetición de las extravagantes confesiones que encontramos en boca de los hermanos de la Orden: reniego de Jesús-Cristo, sodomía, adoración de un ídolo barbudo, besos impúdicos, omisión de las palabras de la consagración durante el oficio, escupitajos sobre la Cruz, etc. ¡Todo fue puesto en obra para perder al Temple en su honor y en su fe!

LA GEHENA

Es evidente que con ayuda de una sabia tortura pacientemente aplicada, todas las confesiones son posibles; mucho más considerando que algunos “interrogatorios” duraron hasta siete años...

Pero surge una pregunta: ¿cómo es posible que hombres pertenecientes a una comunidad religiosa y militar que combatía desde hacía casi dos siglos por la cristiandad con valor sublime, como es posible repetimos, que hubieran podido caer colectivamente en la trampa de vicios tan monstruosos, y que ni uno de los que habían vivido la vida de los “monjes-soldados” se hubiera insurreccionado contra tan abominables prácticas?

¿Cómo, si no hubieran sido sometidos a espantosas torturas durante años, hubieran suscrito libremente los Templarios confesiones tan increíbles y que estaban en absoluta oposición a sus creencias religiosas de siempre: el Cristo salvador y glorioso, Nuestra Señora Santa María mediadora y protectora del Temple, el respeto a las decisiones del Papado hacia y contra todo, sus votos monásticos de recepción implicando la pureza, la pobreza, la obediencia y el don total de sí mismos para la defensa de Tierra Santa, y quien sabe cuántas cosas más?

¿Y todo esto no había sido más que una larga y trágica bufonada que habría durado dos siglos antes de que alguien la denunciase? ¡Se cree soñar...!

LA MUY SANTA INQUISICIÓN

Por otra parte, ¿quiénes son los acusadores?

Un jefe de la Iglesia simoníaco, lujurioso, corrompido, practicante del nepotismo hasta un grado escandaloso: Clemente V, Papa del cual las “combinaciones” con el Rey de Francia ya no eran ni objeto de comentarios de puro banales y cotidianos.

A su lado, Felipe el Hermoso, excomulgado por haber ordenado abofetear a Bonifacio VIII en Anagni en 1.303, orden ejecutada por Guillermo de Nogaret, y vergüenza de la que moriría el Papa poco después; y este rey sin fe, quien súbitamente, en 1.307, se convierte en el protector de la virtud de la Iglesia y en guardián del honor en su reino, escribiendo: “...esta ralea (¡los Templarios!)... es comparable a las bestias privadas de razón; ¿qué digo? Sobrepasan la brutalidad de las mismas bestias y cometen los más abominables crímenes... Han abandonado a su Creador, se han separado de Dios... Sacrifican a los demonios y no a Dios...”

Constatamos así, que cualquier acusación es buena para la Muy Santa Inquisición de la Fe la cual, debidamente patrocinada por el Soberano Pontífice – cuando podía actuar perfectamente sin sus órdenes- provee a Felipe el Hermoso de un maravilloso instrumento de tortura y le confecciona, a la medida, un proceso eclesiástico con el que soñarían todos los tiranos que desean desembarazarse de un enemigo embarazoso sobre el plano espiritual.

LA REHABILITACIÓN

En nuestros días, no existe quien acepte todavía las escandalosas acusaciones que fueron lanzadas contra la Orden del Temple, esta Orden, repitámoslo, totalmente inocente de los sórdidos crímenes que le fueron imputados, y que hoy día, 666 años después de su destrucción, reclama a la Iglesia de Roma su completa rehabilitación.

Curiosamente lo que había comenzado en un concilio, se acaba en otro concilio, y de Troyes a Vienne, no hay más distancia que la de una traición.

Efectivamente, en la clausura del concilio reunido en Vienne en el Delfinado, Clemente V proclamaba la bula “Vox clamantis” que arrastraba la extinción de la Orden del Temple, “no en virtud de sentencia judicial, sino por modo de decisión en orden apostólico” no hubo por tanto excomuniación, y la Orden solo fue suspendida. Luego, nos es fácil apelar contra esta decisión, en el nombre de los millares de hermanos muertos en heroico combate en las Provincias de Ultramar entre 1.118 y 1.291. Y en memoria de los hermanos mártires de la Orden que fueron torturados y asesinados de 1.307 a 1.318.

Por primera vez se eleva al Papa y a la opinión católica mundial tal protesta de inocencia ya que hasta el momento, todos los que han pretendido representar a la Orden del Temple, se han guardado bien de remover los viejos lodos de este proceso eclesiástico, que es preciso calificar de inicuo; no tenían por otra parte, ni el derecho ni la fuerza.

Así pues, que no haya equivocaciones: la Orden Soberana del Temple de Cristo no ha consagrado veintiún años a su estructuración en la sombra, sin resurgir con un muy preciso plan de acción que justamente comienza con la expresión de una voluntad indómita para hacer revisar el proceso de 1.312. Sabemos a la Iglesia culpable de esta iniquidad que desearíamos calificar de error, pero es nuestra inquebrantable decisión el que se nos haga justicia rápidamente y que la Orden sea reconocida, con sus derechos y privilegios religiosos.

LA MALDICIÓN

No es solo la Iglesia la emplazada, y llegado el momento, sabremos también volvernos hacia la Casa de Francia, sobre la que aún pesa la maldición que Jacques de Molay fulminó desde lo alto de su hoguera, emplazando al Rey y al Papa ante el Tribunal de Dios en el curso del mismo año.

Es preciso recordar que Clemente V moría algunos días después, el 20 de abril; que Felipe el Hermoso perecía en un extraño accidente de caza el 29 de noviembre de 1.314, mientras Guillermo de Nogaret desaparecía el mismo año de una manera trágica. Marigny, el acólito de Nogaret, era ahorcado algunos meses después...

EL SUPPLICIO DE JACQUES DE MOLAY

La última imagen que queremos reflejar de estos espantosos tiempos, es la de ese anciano, Jacques de Molay, triturado por siete años de prisión y de sevicias psíquicas y físicas, que al oír los términos de su condena a “emparedamiento perpetuo” se yergue sobre el atrio de Notre-Dame, y clama en un sublime movimiento de indignación:

“Es muy justo que en un día tan terrible y en los últimos momentos de mi vida, descubra toda la iniquidad de la mentira y haga triunfar la verdad. Por lo tanto, yo declaro ante el Cielo y la Tierra, y aunque sea para mi eterna vergüenza, confieso que he cometido el mayor de los crímenes, que sin embargo es decente en comparación a los que con tanta maldad se han imputado a nuestra Orden. Yo atestiguo, y la verdad me obliga a testificar, que la Orden es inocente. Si yo hice contraria declaración, solo fue para suspender los excesivos dolores de la tortura y para aplacar a los que me la hacían sufrir. Conozco los suplicios que han sido infligidos a todos los caballeros que han tenido el valor de revocar una confesión parecida; pero el horroroso porvenir que a mis ojos se presenta, no es capaz de hacerme confirmar una primera mentira con una segunda: a unas condiciones tan infames, renuncio voluntariamente a la vida”.

Y con pie firme, Jacques de Molay, vigésimo segundo Gran Maestro de la Orden del Temple, sube a la hoguera de la Isla de los Judíos, en compañía de Geoffroy de Charnay, anteriormente Preceptor de Normandía.

¡La “noche de los cuervos” comenzaba!
Duraría seiscientos sesenta y seis años...

EL CONCILIO DE VIENNE

Puede ser útil el revelar en el presente volumen algunos detalles poco conocidos relativos al Concilio de Vienne.

La ceremonia solemne de apertura del Concilio, tuvo lugar el lunes 20 de septiembre de 1.311 a las 10 de la mañana en la Catedral de San Mauricio de Vienne (cabeza de partido del Isère, sobre el Ródano, Francia).

Entre el primero y el segundo pilar a la derecha del coro, sentado sobre un trono, se hallaba el papa Clemente V. A su derecha, el rey Felipe el Hermoso acompañado de su hermano y de sus tres hijos. Ciento catorce prelados mitrados, así como diversos eclesiásticos y una numerosa turba, llenaban la catedral. Entre ellos, fuera del coro y justamente tras el trono papal, admirablemente situado para lo que tenía que hacer, se encontraba un monje franciscano cuyo nombre era RAIMUNDO LULLIO.

Alquimista de gran valor, también ocupaba un rango muy elevado en la jerarquía oculta del Temple. Su exacta función, en relación estrecha con los órganos de Justicia secreta de la Orden, no podrá ser correctamente explicada hasta el tercer volumen de esta obra. Estaba en relación con DANTE, JACQUES DE MOLAY, y con otro dignatario de la Orden oculta, JACQUES D'EUZE, el futuro papa JUAN XXII...

En estas dos calidades, Raimundo Lullio había sido encargado por la jerarquía de la Orden de ir ese día a Vienne. Su misión consistía en “sellar” la decisión del Concilio en lo que concernía a la Orden, marcando así el punto final de la manifestación medieval de esta última, en tanto que entidad organizada.

Finalmente, en virtud de los poderes de los que era poseedor, debía ligar “alquímicamente” las decisiones que se iban a tomar, así como los actos pasados presentes y futuros de los principales responsables de la destrucción de la estructura visible de la Orden: Felipe el Hermoso, Clemente V y cómplices. De esta suerte, sus actos estaban indisolublemente inscritos por así decirlo, en los Registros de la justicia divina, en previsión de los castigos que se impusieran.

Por lo tanto, fue en completo conocimiento de causa como Jacques de Molay, debidamente informado de esta operación ritual, pudo el día de su suplicio en la Isla de los Judíos (lunes 18 de marzo de 1.314) emplazar a los verdugos de la Orden y de sus miembros ante el tribunal divino.

De hecho, Raimundo Lullio se encontraba allí aquella mañana, en la catedral de Vienne, no sin un gran dolor de corazón. Con toda su fe y con todas sus fuerzas rogaba a Dios que interviniese en favor de la Orden, como Jesús en el Huerto de los Olivos había pedido que si era posible, el cáliz fuera apartado de Él. Por parecidas razones en los dos casos, los acontecimientos debían seguir su curso.

Con estas perspectivas, el alquimista instruido por la Alta Autoridad de la Orden de los plazos necesarios para la realización de ciertas reencarnaciones útiles al presente resurgimiento de la Orden del Temple, convocó ritualmente, con sus cualidades, una especie de cita para explícita fecha del 12 de JUNIO de 1.952.

La continuación es conocida: comienza el Concilio. Felipe el Hermoso reclama de corrido la condena de los Templarios en ejecución de las promesas que había recibido de Clemente V. Pero los miembros del Concilio rehusaron condenar a los acusados sin haberles oído, y esta primera sesión acabo menos de un mes después.

En el curso de la segunda, que comenzó en Marzo de 1.312, para huir de su embarazosa posición – que se volvía insostenible por las presiones del Rey – el Papa pasando sobre las exigencias de moderación del Concilio y actuando sólo con su autoridad, pronunció solemnemente la sentencia de abolición de la Orden “por provisión”.

Esta segunda sesión del Concilio, acabó el domingo 2 de Abril de 1.312, y no el 6 de Abril como aseguran ciertos historiadores. Marcaba con mancha indeleble al Papa y al Rey de Francia.

Desde entonces, ninguno de sus respectivos sucesores ha pensado en reparar la iniquidad de sus predecesores... "perseverare diabolicum"...

Pero el 12 de JUNIO de 1.952, como estaba previsto y preparado, sonaba en el reloj de la historia la hora del RESURGIMIENTO DE LA ORDEN DEL TEMPLE EN SU VERDAD.

Y el lunes 12 de Abril de 1.973, seiscientos sesenta y seis años tras el arresto de 1.307 y poco antes del vigésimo primo aniversario del resurgimiento de 1.952, un pequeño número de emisarios, dignatarios de la Orden del Temple, que en apariencia no se distinguían de algunos turistas que allí estaban, retomaban ritualmente, en el lugar exacto de esa misma catedral de San Mauricio en Vienne, el hilo para ellos depositado por su hermano del siglo XIV...

SUCESIÓN DE LA ORDEN

Destruída la estructura de la Orden, algunos dignatarios, conocidos o desconocidos, fundaron líneas de continuación directa o indirecta, aportando su parte del depósito a otras organizaciones y bajo denominaciones que a veces se referían más o menos explícitamente al nombre de la Orden.

Muchos, escapados a la persecución o aislados, constituyeron Órdenes religiosas, sobre todo fuera de Francia, o se fundieron en las filas de Órdenes ya existentes.

Este fue el caso de los Caballeros del Cristo de Portugal y de la Orden de Calatrava en España.

Otros fueron a la Orden Teutónica y a las Órdenes Católicas: de San Juan del Hospital (llamada más tarde de Malta), del Santo Sepulcro, de San Benito, de Cîteaux, de los Cartujos.

Con respecto a Cîteaux, era un regreso a las fuentes.

Con respecto a la Orden Teutónica, si el Temple no tuvo casi influencia en su transformación de Orden hospitalaria en Orden guerrera, iba más tarde a representar un papel capital en los resurgimientos de carácter o de inspiración templaria, aunque muy poco se heredó directamente del esoterismo iniciático cristiano del Temple.

Pero la Orden de los Caballeros Porta-Espada, fundada en Riga en 1.204 por el Obispo de Livonia (y aprobada por Domingo de Guzmán, futuro Santo Domingo), lo fue por inspiración de los Caballeros salidos del Temple. Por otra parte, ¿no se llamaba "Orden de los hermanos de la Milicia del Cristo"? Fue organizada según el modelo del Temple. De su fusión con la Orden Teutónica en 1.237, y de la aportación de los Templarios a los Teutónicos después de 1.307, y de los reencuentros que tuvieron lugar en 1.628 en Aix-la-Chapelle entre "Templarios" Teutónicos y "Templarios" escoceses, nacerá la "Estricta Observancia Templaria", cuna de los Iluminados de Baviera, que jugará un papel determinante en la preparación de la Revolución Francesa.

¿Es también una casualidad el que la Orden del Santo Sepulcro, heredera espiritual de la Orden del Temple después de su disolución, fuese tras la suya propia, decretada por el Papa Inocencio VIII en 1.490, a "recuperarse" en la órbita geográfica de la Orden Teutónica (Polonia, Silesia, Bohemia, Moravia)?

Y la raza de los Duques de Bouillon de la que se conocen profundos lazos primero templarios y después masónicos¹ ¿no haría valer sus títulos un día, para constituir una rama protestante del Santo Sepulcro? En cuanto a la Orden de Malta, a parte de la herencia temporal que obtuvo del Temple por entrega de los bienes casi exclusivamente inmobiliarios, sin haberse beneficiado de la alta iniciación, no servirá menos como trampolín, mucho más tarde, del misionado Cagliostro².

En cuanto a los Cartujos, recordemos que habían sostenido estrechas relaciones con los Templarios. En las Cartujas, muchos de nuestros antepasados hacían sus retiros espirituales. Frecuentemente cambiaban con ellos puntos de vista teológicos. Y el segundo Prior de Chartreux, Dom Guigues, sucesor inmediato de San Bruno (el fundador de la Orden Cartuja), ¿no había en su tiempo llamado a San Bernardo para que predicase a sus monjes?

Además, los Cartujos fueron los maestros de forja del temple y nuestros grandes proveedores de armas en la época de las Cruzadas.

Otros Caballeros del temple volvieron a la vida civil. Otros finalmente, se incorporaron a las cofradías de oficios, “Compagnonnage” (Gremio) y “Maçonnerie” (Albañilería)³, e incluso puede que ya perteneciesen a ellas. Volveremos sobre ello. Pero otros habían preparado la continuación. Varios hilos reconocidos han sido retenidos por los historiadores; Pierre d’Aumont, Oficial del Temple, no recibió ninguna misión para la ejecución del testamento de Jacques de Molay por el Conde de Beaujeu. Si tomó iniciativas fue por su propia voluntad, sin orden de nadie, exotérico o esotérico, y porque creía hacer bien. En Escocia encontró algunos oficiales y caballeros, país donde pidió asilo.

El día de San Juan de 1.314, tuvieron capítulo, pero en ningún momento procedieron a la elección de d’Aumont para la gran maestranza. Si lo hubieran hecho habrían contravenido las Reglas más intangibles y elementales de la Orden, reglas al principio de las cuales, el fin físico de la Orden no significaba un final, la ausencia de hechos no suprimía ni las leyes ni los principios, incluso si d’Aumont y los suyos ignoraran las disposiciones tomadas en otra parte.

Los Templarios refugiados en Escocia fueron, de derecho, recibidos en la Caballería Escocesa, de la que se conocen las raíces celta-cristianas. Los lazos tradicionales estaban anudados y reanudados desde hacía mucho tiempo, por lo que Irlanda y Escocia tuvieron un papel determinante en el primer milenio, e incluso antes, en la conservación, propagación y desarrollo de cierta corriente de la Tradición de la que hablaremos más tarde.

Como muchas de las organizaciones que acogieron a los Templarios, la que fue conocida bajo el signo de Cardo, era uno de los numerosos medios, uno de los vehículos históricos de la posteridad templaria. De ahí se derivó la Masonería Escocesa, de carácter profundamente cristiano (incluso católico, aunque todavía existe el problema papal desde Clemente V y el Concilio de Vienne). Por sorprendente que sea, esta línea templaria contribuye a la fundación masónica de 1.717 en Londres.

No fue la primera ni la última. Alrededor de puntos de apoyo constituidos por la Orden en el tiempo de su apogeo, fueron a aglomerarse Caballeros y Dignatarios fugitivos. Así se constituyeron, de manera formal o no, “Terceras Órdenes” de color templario, oculto o confesado. Las líneas de d’Aumont y de Larménius, deben ser consideradas como tales y solamente como tales.

¹ Ver “Masonería”

² Ver “Cagliostro” y “Revolución Francesa”

³ Ver “Compagnonnage”

Respecto al hermano Jean-Marc, llamado Larménius, era Templario efectivamente, y portador de una parte de iniciación, no despreciable pero no determinante. D'Aumont, al contrario, recibió de un capítulo secreto la misión de mantener una oculta tradición templaria. Nada más. Tradición, pero no orden de reconstitución, siendo esta reservada al privilegio del Cielo y en los que por sus propios medios, aquel se encargaría de obrar en este sentido más tarde.

La rama privilegiada de la Orden, depositaria de la auténtica "ilación" templaria, fue la de Dante Alighieri, Archimaestre de la Orden y maestro secreto de los "Fieles de Amor", cenáculo de altos iniciados en el seno de la Orden, a partir del cual iba a surgir la corriente de la Rosa-Cruz¹.

¹ Ver "Rosa-Cruz"

LA ROSA-CRUZ

La verdadera Orden de la Rosa-Cruz, es evidentemente la Orden del Templo en su centro, en su esencial intimidad. Más que una institución esotérica en el seno de la Orden, fue y es verdaderamente la Iglesia secreta (en el sentido etimológico de la iglesia: asamblea), la comunión real de los adeptos iluminados por el Espíritu manifestante y manifestado, la efusión ininterrumpida del Cielo sobre la Tierra; Dante, en la cima de su Paraíso, no deja ninguna duda a este respecto.

Luego, si históricamente hubiese una organización adornada con el término “Rosa-Cruz”, solo es por contingencia.

Siempre se podrá distinguir entre la Rosa-Cruz y los Rosa-Cruz, con los que es posible comulgar y con los que comulgan eventualmente. Y entre estos últimos, los Rosa-Cruz auténticos y los otros.

Los verdaderos Rosa-Cruz siempre fueron poco numerosos en la historia. Jamás, al menos aparentemente, constituyeron una asociación formal en el sentido en que se entiende aún hoy. Constituyeron lo que los iniciados llaman un “egregor”, es decir, un ser colectivo anímico y espiritual, un conjunto de “buscadores del Grial” de los que algunos, alquimistas, fueron coronados¹.

Eran por lo tanto (más que discretos) ocultos y aislados, “reclutándose” sólo por cooptación celeste o terrestre.

Su acción no fue menos decisiva y esencial en el disparo de muchos resortes inesperados de la historia religiosa, filosófica, social y política de los siete siglos transcurridos.

Por ellos se mantiene y se renueva la tradición templaria específica, relación continua con la expresión de la Palabra viviente, diálogo reiterado e inteligible con la manifestación divina, desde su restablecimiento por Jesús-Cristo. Ya que la revelación es tal que no tiene lugar de una vez para siempre, sino que corre sin interrupción de su Fuente única, hacia aquellos que el Cielo a predestinado en su encarnación. A ella solo tienen acceso los que han recorrido la Senda, como el ilustre Dante en su apocalíptica odisea: la Comedia.

Lo que sucedió en 1.378, fecha legendaria de la fundación de los Rosa-Cruz, históricamente no tiene gran importancia. Hans Christian Rosenkreutz constituye un mito, que de hecho es solo el arquetipo de una luminosa realidad espiritual.

Muchos historiadores apegados a los pergaminos y a las apariencias, han caído en la confusión. No reconocen a Paracelso como Rosa-Cruz, aunque fue uno de sus promotores terrestres.

Michel Maier no encontró a Fludd en Inglaterra en 1.620. Fludd, Maier y Andreae eran hermanos de la “Religión Cristiana”, miembros de la “Fraternidad del Cristo” para diferenciarse bien de la famosa “Fraternidad de los Rosa-Cruz” demasiado pretenciosa y alborotadora para haber permanecido en la línea recta de la verdadera Rosa-Cruz. Pero sobre todo, Fludd y Andreae fueron de la “Estricta Observancia T+”. Algunos pretenden que los Rosa-Cruz fueron un gigantesco “canular de humanistas”

¡Un canular con la piel bien dura! ¿Y si en esa hipótesis, el canular hubiera ocultado alguna cosa más seria? Hoy día, muchos se afirman “Rosacrucianos” (sic). Pero la palabra les viene grande. Y bajo la mascarada, ahora como antes, hay granos de trigo entre la cizaña que los ahoga. Como entre los que se dicen Templarios, no es el nombre el que cuenta, sino la realidad de la intención y del comportamiento que recubre el nombre.

¹ *Se designa bajo este nombre al alquimista que ha logrado la rubificación de la piedra, y que por este hecho ha adquirido el verdadero reinado sobre la materia.*

La verdadera Rosa-Cruz está en otra parte, precisamente allá donde nadie la busca...

Sus adeptos en el Temple fueron los instigadores de los “francs-métiers”¹ y desde ellos, de la Masonería. Fueron los auténticos vehículos de la doctrina y de la acción del Temple después de su aparente disolución. De ellos se deriva el “movimiento” de la Rosa-Cruz, que tuvo sus ramificaciones y sus imitadores. El Temple instituye las confraternidades y en particular la “Estricta Observancia”. Fue el alma del famoso Capítulo de Hesse-Cassel la que marcó a los Iluminados de Baviera y la mayor parte de las manifestaciones del esoterismo del siglo XVIII, los Dom Pernéty, J-B Willermoz, Martínez de Pascualy, Louis-Claude de Saint Martín, etc.

Cualquiera que sean, después de 1.307, las formas y vicisitudes de las “prolongaciones” directas o indirectas del Temple, los principios comunes están irrevocablemente establecidos.

De las diversas fortunas y a veces de la decadencia que puedan experimentar, como todo lo que sucede en este mundo, serán culpables los errores del hombre, que suplantando a Dios, empuja a sus obras y a sí mismo a la degeneración. ¡Qué importa! Oblicuamente, a pesar o a causa de las mismas imperfecciones que experimentarán estas diversas prolongaciones, las raíces van a perpetuarse a través de los siglos, desdoblándose, mezclándose, combatiéndose, unificándose, algunas periclitando, pero todas con el fin de servir de matriz a las generaciones queridas por el Cielo, que muchas veces las fecundará.

De ahí los grandes nombres de la oculta Tradición, los de los enviados conocidos o desconocidos que conseguirán o no la Piedra Alquímica, y que en ocasiones aparecerán borrosamente en las grandes horas de crisis (Reforma, Revolución, etc.).

∴

Una herencia tal, no tenía necesidad de pergaminos fechados y sellados para establecer su autenticidad. Hace falta ser materialista, ciego, obtuso e impenitente hasta el colmo para ignorar el poder del Espíritu e imaginarse que se transmite como una joya de familia. Los que se fían solamente del criterio material de lo que llaman “pruebas”, lo hacen a falta de otra referencia.

El Temple ha fundado sus líneas. No le corresponde llevar los registros de nacimiento de los que se apelan, bastardos o no, de su descendencia. Tiene en reserva todavía más allá de la Historia, la matriz de su reencarnación, ya que cabalga sobre los mundos y sobre los tiempos. Cuando Dios quiere que resurja, lo hace.

¹ *Oficios francos.*

MICHEL DE NOSTRE-DAME Y LA ASTROLOGÍA CÓSMICA¹

Si nos fijamos en la personalidad de Michel de Nostre-Dame, apodado “Nostradamus”, es porque representa el tipo de “eslabón secreto” de la cadena templaria de siempre, que a lo largo de los tiempos ha asumido la continuación del espíritu de nuestra Orden más allá de toda filiación manifestada. El forma parte de la línea de esos Templarios “sin uniforme” que han perpetuado las estructuras de nuestra Casa a través de obras frecuentemente desconcertantes, y pensamos entre otros en los san Bruno, san Bernardo, san Alberto el Grande, santo Tomás de Aquino, y Raimundo Lullio, sin olvidar a Dante Alighieri, Rabelais, Martínez de Pasqually, al Conde de Saint-Germain, Cagliostro, Joseph de Maistre, Wagner, etc.

Por otra parte, el personaje de Michel de Nostre-Dame posee múltiples facetas: extraño y bondadoso, sabio y supersticioso, interesante e irónico, se hace molesto, ya que cuando se cree haberse desembarazado de él clasificándolo en el cajón de los astrólogos, uno se apercibe rápidamente que no se halla dentro de los límites asignados a los “pronosticadores”. Entonces se intenta desmontarle para su estudio, y se enreda en todo un sistema de ruedas y resortes que se llaman: medicina, alquimia, cábala, teúrgia, magia, profecía, videncia, farmacología, y quien sabe cuánto más.

Representa para nosotros el hombre del Renacimiento por excelencia: vastos conocimientos, filosofía llena de utilidad y de razón, “abstractor de la quinta esencia”, así como médico desplazado y errante, humanista liberado por esta explosión del libre saber que hace estallar los cuadros sociales, rompe las cadenas del espíritu y desnuda las almas.

Desde el principio, uno se sorprende por la resonancia del patronímico de esta familia de origen judío, convertida a fines del siglo XV, ¡Nostre-Dame! Este nombre evoca en efecto, toda la devoción que los Templarios siempre han tenido hacia Aquella a quien consideran “... como el comienzo” de su Orden.

Se da como explicación el que los Judíos de esta época, obligados a convertirse sino querían ver confiscados sus bienes, habitualmente escogían por nuevo apellido el nombre de la ciudad o del barrio en que vivían. De forma, que habiendo residido el abuelo de Michel en el barrio de Nostre-Dame de Avignon, adoptó con naturalidad y con sabia prudencia, este nombre de los más ortodoxos: Nostre-Dame.

¡Decididamente, la Providencia hace bien las cosas!

De esta manera nace, en la religión católica, el pequeño Michel, el jueves 14 de Diciembre de 1.503, mediodía, en la encantadora ciudad de Saint Rémy-de-Provence, de donde era notario su padre, Jaume de Nostre-Dame.

No nos detendremos hablando de su juventud, y llegamos a su primer diploma; en el momento en que fue Maestro en Artes (hoy diríamos bachiller) abandona Avignon para seguir los cursos de la Escuela de Medicina de Montpellier donde es condiscípulo de Rabelais. Estudios interrumpidos por viajes a donde hacían estragos las terribles epidemias de peste y donde su sentido innato de la medicina, muy superior a los conocimientos teóricos, admiraban a todos, no menos que su valor que le lleva a correr considerables riesgos.

Cuando obtiene su diploma, comienza a recorrer el Languedoc y la Provence, medica a derecha e izquierda, pero también vende aceites, ungüentos, perfumes, filtros de amor, y seguramente “pronósticos”.

¹ MIGUEL DE NUESTRA SEÑORA

Se casa en Agen, dándole su mujer dos hijos que por desgracia mueren de corta edad, y colmo del infortunio, su mujer también fallece en 1.539. Entonces retoma su camino aventurero y durante ocho años se le pierde prácticamente de vista. En 1.547 reside en Salon-de-Provence donde pronto vuelve a casarse, esta vez con una joven viuda de acomodada posición, y a los 44 años comienza para él una vida familiar llena de ternura, de calma y de investigaciones estudiosas.

Pero esta tranquilidad no es completa. Su reputación de vidente desborda ampliamente los muros de la ciudad para llegar a toda Francia ya que tras la aparición de sus tres primeras “Centurias”, la Corte real le llama en 1.555. El 15 de agosto de ese mismo año tiene lugar el famoso viaje a París por invitación de Catalina de Medicis, de la que es bien conocida la pasión por todo lo que está oculto. La Corte le reserva una acogida de las más aduladoras y Michel de Nostre-Dame, que en lo sucesivo se hará llamar “Nostradamus”, es particularmente mimado por la Reina, quien le interroga sobre el destino de la Casa de Francia. Entonces es cuando el “mago” de Salon-de-Provence pronuncia sus célebres profecías sobre el porvenir de los reales niños “que reinarán los tres”. Alegría para Catalina de Medicis que toma esto por un feliz presagio, ¡cuando una rama entera de la realeza está destinada a una trágica desaparición! Así se cumplen las predicciones.

El éxito de Michel es impresionante. Se pone a su disposición el hotel de Nevers, en el centro de la capital, y allí, el Todo París de entonces, desfila día y noche por la casa del vidente que distribuye a precio de oro sus horóscopos, adivinaciones y otras sorprendentes revelaciones. Pero esta agitada vida no tarda en fatigarle, y después de varios meses de verdadero triunfo, decide volver a su tranquila ciudad de Salon para unirse a su familia, sus queridos estudios y el vinillo de Provence que tanto le gustaba saborear al caer la noche, en su terraza aún caliente por el fuerte sol del mediodía, mientras que a lo lejos cantaban las cigarras. Entonces, bajo el claro cielo de su querido país, se sumerge en interminables meditaciones que frecuentemente le absorben hasta el amanecer, viendo primero encenderse y después extinguirse las hermosas estrellas de oro que “trazan las sagradas letras del Gran Mensaje”...

Allí muere en plena noche, el 2 de Julio de 1.566, solo, “... encontrado muerto cerca del lecho y del banco”. Nostradamus había predicho su desaparición – lo que no es la mayor de las cosas que hizo- en el último cuarteto de su última obra: ¡los Presagios!

Moría célebre y prodigiosamente rico sin que nunca se haya sabido con seguridad de donde venía esta asombrosa fortuna: de la alquimia, de una fabulosa herencia, del descubrimiento de algún tesoro o bien simplemente de la venta a los nobles señores (y sobre todo a las gentiles damas) de esas predicciones frecuentemente obscuras al principio, pero tan resplandecientes de verdad cuando el acontecimiento se realizaba...

Desde el momento en que fue desencarnado, todos se abalanzaron sobre sus profecías, especialmente sobre las más sibilinas, y comenzaron a descortezarlas... ¡y aún dura!

Así es como Michel de Nostre-Dame se convirtió en inmortal.

Y sin embargo había revelado su sistema de adivinación:

“Estant assis de nuit secret estude,
Seúl reposé sur la selle d’airain:
Flambe exige sortant de sollitude,
Fait prospéré qui n’est a croire vain”¹

Pero, ¿son definitivamente incompresibles estas profecías?

¹ *“Estando en noche secreta estudio,
Solo y reposado sobre la silla de bronce:
Llama saliendo de la soledad,
Hecho prosperado que no es vano creer”*

Se puede responder que si, si nos referimos solamente a la astrología tal como la conocemos, y suponiendo (que es mucho suponer), que sus predicciones hubieran tenido como única fuente la “ciencia de las estrellas”.

A cambio, es preciso afirmar que son perfectamente “legibles” si se quiere admitir que Nostradamus, quien se autodenominaba astrófilo y no astrólogo, poseía un extenso conocimiento de la “ciclogía cósmica”, que pone en juego una cierta noción del “eterno retorno” de manejo muy delicado, no siendo la astrología tradicional más que una forma degenerada de cálculo de los movimientos cíclicos.

Para poder comprender lo que sigue, hace falta recordar que la astrología, tal como aún hoy se la concibe, es víctima de un desacuerdo profundo existente entre dos concepciones antagonistas y falsas de la economía del Universo. Por una parte, un libre albedrío total de la creación y de la criatura excluyendo toda predestinación, y por otra un determinismo absoluto ligándonos definitivamente para lo mejor y para lo peor, a un plan preestablecido, inmutable y tiránico. Así se comprende que la pobre astrología, tropicando entre el azar de las cosas y el autoritarismo de los Dioses, no haya podido sobrevivir miserablemente, ¡más que entregándose a la prostitución!

Los antiguos astrólogos habían creído resolver este zamarreo dramático afirmando: “Los astros inclinan pero no obligan”...dicho de otra forma, que el poder oculto de los soles y de su cortejo de planetas compromete las decisiones del “viviente” pero no delimita completamente el área espacio-temporal de sus acciones. Por tanto, se podría en rigor descubrir en un “tema” una disonancia que pudiese provocar un accidente, pero en la práctica, no se puede descubrir ni la naturaleza, ni el lugar, ni la hora. ¡Esto reduce considerablemente el interés de la predicción!

Para enderezar el timón, hace falta tener presente que si los astros son “significativos”, no lo son de manera más privilegiada que otros aspectos del Universo todavía insólitos para nosotros, como son la estructura del átomo a la construcción de una célula animal. Efectivamente, se podrían deducir tantas hipótesis relativas al futuro de los tiempos estudiando la alquimia, la geomancia o la aeromancia, como entregándose a cálculos astrológicos basados en los más dudosos postulados, como el que permite proceder a la determinación del Ascendente.

Pensamos por lo tanto, que los astros por sí mismos, no disponen de ninguna influencia propia, y que no son más que la manifestación de un pensamiento activo que se expresa, entre otras formas, por su intermedio, un pensamiento-fuerza que rige la marcha de los mundos macro cósmicos tanto como la de los micro cósmicos y que es al tiempo, Rigor y Amor.

Rigor, ya que se trata de la programación de un plan general de evolución; Amor, ya que efectúa constantes ajustes de las necesidades de la evolución anímica individual del hombre, contribuyendo así a la realización predestinada del Hombre Universal.

Es precisamente esta antinomia en apariencia irreductible, es esta doble corriente tan desconcertante en sus inversos vectores, que llevan en ellas la revelación de la doble espiral de los Tiempos (de lo cual trataremos en el segundo volumen de “¿Por qué el Resurgimiento de la Orden del Temple?”, justamente bajo el título de TIEMPOS INVERSOS), y que encuentran su resonancia en estos dos versos de Nostradamus, los que han hecho correr tanta tinta desde hace más de cuatro siglos:

*“LE GRANS TAPPIS (du temps) PLIE ME MONSTRERA,
FORS QU’A DEMY LA PLUSPART DE L’HISTOIRE”¹*

¹ *“LA GRAN ALFOMBRA (del tiempo) PLEGADA ME MOSTRARA,
MENOS QUE A MEDIAS LA MAYOR PARTE DE LA HISTORIA”*

Volvamos al problema de la ciclogía cósmica que nos lleva a tocar el problema del alma – o más exactamente a la alquimia anímica – que implica una noción brotada de los “nueve” ciclos particulares que en cada ser se superponen, se imbrican, se reúnen como los piñones de una caja de velocidades en su loca carrera. Ninguno de estos ciclos tiene las dimensiones de otro, por lo que estos “engranajes”, por el juego diferencial de velocidades de revolución, parecen huirse, perseguirse y unirse en un instante, como para volver a “cero”, como lo hacen los planetas en conjunción.

Comprendámoslo bien. Hemos escogido este ejemplo para expresar nuestra convicción de que existe para los individuos – como para los planetas, los sistemas solares e incluso las galaxias – un punto ideal de salida en donde todos los “engranajes” han sido colocados sobre la misma “línea”. Para el hombre por ejemplo, es el momento de la fecundación astral...Ahora bien: cada ciclo posee una vida propia, que independientemente de su duración absoluta, va del nacimiento hasta la muerte pasando por todos los estados intermedios. Es por tanto evidente que conocer el “período” de cada uno de esos “nueve” ciclos y su punto de apoyo o de puesta a “cero”, significa poseer la llave del esquema estructural del individuo, y de ahí, conocer sus posibilidades existenciales.

Sobre el plano del macrocosmos, el problema se presenta sensiblemente de la misma manera, con la diferencia de que los ciclos son más numerosos y sus combinaciones más complejas. Ahora bien: nosotros sabemos que a principios del siglo XXI nuestro sistema solar debe volver a encontrarse, por el juego de las circulaciones orbitales, con todos sus planetas colocados en una misma línea, o sea en el punto de apoyo “cero”. Entonces asistiremos al fin de un ciclo general, o como se dice, de un gran año.

Aparece así claramente, que Michel de Nostre-Dame era depositario de un arcano esencial para la comprensión de la vida cósmica. Nostradamus había entrado en contacto con los Guardianes de la Tradición templaria, poseedores del conocimiento de naturaleza esotérica de las Tablas de la Ley que fueron reveladas a Moisés y donde están consignados los grandes ciclos universales que regentan la vida de los mundos. Así Michel, como el Adepto que era, había tenido acceso a los dominios del “misterio espantoso e inaudito”, y se comprende lo que quería decir cuando afirmaba a su hijo en la carta-prefacio de las “Centurias”, que había poseído formidables documentos:

“...equivalentes a muchos volúmenes que han estado escondidos por largos siglos me han sido manifestados. Pero dudoso de lo que ha de venir, hice después de la lectura, presente a Vulcano...”

Este presente a Vulcano, se parece mucho a un auto de fe prudente y necesario, destinado a hacer desaparecer toda huella de los secretos momentáneamente confiados a este gran iniciado.

He aquí lo que da a Nostradamus una dimensión totalmente diferente a la que quieren darle los fabricantes de horóscopos semanales o los delirantes periódicos que pretenden hablar de astrología mundial o escandalosa. Nosotros afirmamos que Michel de Nostre-Dame era uno de los Archimaéstrés ocultos de la Orden del Temple, como lo fue por ejemplo otro “profeta” llamado Dante Alighieri, quien también entró en contacto con los depósitos templarios de los que ya hemos hablado.

Cuando se sabe asimismo que Nostradamus tuvo contactos de capital importancia con dos de sus ilustres contemporáneos: Juan Calvino y Francisco Rabelais, y que estos tres hombres estaban fraternalmente unidos sobre el plano esotérico, se comprenderá fácilmente que los años “errantes” del médico Michel de Nostre-Dame, disimulaban otra cosa que el tumulto de una vida feliz y pantagruélica, y que este Maestro Desconocido tenía otras preocupaciones que corretear por “la dulce Francia, divirtiéndose y bebiendo”.

Michel de Nostre-Dame tenía una difícil tarea que cumplir, de la que convendrá hablar, cuando llegue su tiempo. Por ahora, digamos simplemente que esta misión nos parece singularmente “complementaria” con la del último Gran Maestro de nuestra Orden: Jacques de Molay.

Y además, Nostradamus, en latín ¿no significa
NOSOTROS DAMOS LO QUE ES NUESTRO?

Lo que recuerda extrañamente el NON NOBIS de los Templarios...

COMPAGNONNAGE

No hay duda de que en el tiempo de Salomón existía una Orden de Constructores, que fue a la vez operativa y especulativa y que poseía, al menos en gran parte, la herencia egipcia del Conocimiento, conferido en su tiempo por los Maestros Heliopolitanos, particularmente con respecto a la edificación de la Gran Pirámide de Cheops. Es dudoso que se haya perpetuado sin discontinuidad hasta la Edad Media occidental.

En verdad, todas las cosas humanas, estando en el mundo de la Caída, abocadas a la decrepitud¹, ésta más que ninguna otra, debía conocer la pérdida progresiva de su substancia esotérica, tanto más cuanto el gran incidente del Gólgota introdujo un trastorno determinante en el hilo tradicional. No es que la Tradición se perdiera por este hecho, al contrario: sino que en el seno del declinante Judaísmo, las llaves fueron perdidas por los que estaban destinados a guardarlas. De ahí la retirada de los verdaderos iniciados y su “reunión” en el seno del Esenismo y por consecuencia la ocultación del Conocimiento y su separación, por mucho tiempo, del ámbito de la construcción operativa. El Templo estaba destruido en todos los planos salvo el del Cielo, que fue y es su sola y verdadera “patria”.

Más tarde, y por filiación esenia, los monjes cristianos, primero los benedictinos, reencontraron el hilo conductor y recuperaron una parte del Conocimiento aplicado a la arquitectura.

Hará falta esperar a 1.119 para que sea restablecido el contacto total. En esos días, los “Pobres Caballeros del Cristo” que pronto serán la “Milicia del Templo”, instalados en Jerusalem en los establos del Templo de Salomón (al menos en lo que de ellos subsistía), reanudaron el contacto entre el Cielo y la Tierra y recibieron, bajo la dirección de su Archimaestre de la época: Andrés de Montbard, compañero de Hugo de Payns, el depósito a ellos transmitido de los cabalistas esenios.

De modo que no se puede impugnar el que un cierto “savoir faire” de técnica de la construcción fue perpetuado y comunicado, estrictamente entre gentes de la “construcción”, desde los tiempos precrísticos hasta los tiempos cristianos de la Edad Media, notablemente con las aportaciones griega y romana. Faltaban solamente, y para mucho tiempo todavía los fundamentos espirituales que hacen que un edificio no sea solamente un fin en sí, sino que responda a los cánones de la estructura cósmica. Por esta correspondencia entre los que la investían en sus obras y que asimismo sometían su construcción a las leyes divinas, el Espíritu Santo hace irrupción en el devenir humano consciente. El hombre ya no es solo constructor de casas. Edificando los templos, espacios sagrados por definición, se santifica a sí mismo y santifica a la Naturaleza de la que se sirve y a la que transforma. Así actuando, contribuye a la Obra divina de la reconstrucción del Templo, el Templo que el hombre representa en sí mismo, y que fue destruido por la Caída, y el Templo de Dios, Gran Obra universal de la que cada ser humano constituye, por sus encarnaciones, una piedra viviente.

¹ Ver “Creación”

Antes de llegar a ello, le hará falta al obrero albañil, carpintero, etc., salir de su noche, pasar por el “azul” del aprendizaje, no solamente el del oficio, sino también el de la naturaleza humana que desemboca en el “conócete a ti mismo” (ya que conociéndote a ti mismo tú conoces el mundo; y dominándote, dominarás al mundo). Es precisa una gran humildad.

Los hombres de los oficios la tenían. Bajo la dirección de los monjes, antes de hacerse cofrades, serán los “Compagnons” en el seno de sus talleres. La Maestría vendrá progresivamente.

Tendrán ciertamente sus connivencias profesionales, sus herramientas, su lenguaje y señas variadas que les distinguirán de los otros oficios.

Para adelantar en la evolución, les haría falta abstraer. Ahora bien, la abstracción ha de venirles de lo alto por la vía de la religión que les empleará. Nutridos por reencontradas fuentes y por el contacto enriquecedor de la civilización árabe, con la esencia de la cual habían tratado (¡se les reprochará suficientemente!), los Caballeros del Temple llamarán, desde los comienzos de la Orden, a los obreros constructores para la edificación de sus casas, establecimientos y fortalezas, primero en Tierra Santa y después en Europa.

Rápidamente, siendo soberana la Orden, les eximirá de tutelas y de viejos impuestos feudales (Señores, eclesiásticos, municipios, etc.) para constituirles en cofradías de Francos-oficios.

Ellos aportaron al Temple su conocimiento, su experiencia y su habilidad. A cambio, el Temple les hará don de una parte no despreciable de su depósito espiritual. Con ellos y por ellos la Orden del Temple cubrirá la tierra de Francia, especialmente la densa red de sus edificios religiosos dedicados a Nuestra Señora, que aún son testigos de la vocación marial y templaria de dicho país.

Desde luego, es a san Bernardo a quien se debe el haber “iniciado” esta vocación en la cristiandad. El culto marial es profundamente templario, incluso y sobre todo, no a pesar, sino a causa de los antiguos y lejanos fundamentos “paganos” de ese culto.

La Orden del Temple, gracias a san Bernardo, su padre espiritual y religioso, ha revelado a la luz del día la significación altamente crística y por lo tanto tradicional, de ese culto a la Madre universal, Madre de los Hombres, Madre de Dios. Y no es por casualidad el que tantas iglesias, basílicas, catedrales, incluso humildes capillas, celen y sellen, bajo el vocablo de María Nuestra Señora, tantos lugares inspirados, señalados desde el comienzo de los tiempos por la Providencia. No hay uno solo de ellos que para los iniciados, no tenga su correspondencia telúrica y espiritual.

En el siglo de división y dispersión que sufrimos, es notable señalar cuán significativo es el designio de la Orden del Temple de transmutar, a través del “Compagnonnage” de naturaleza fuertemente popular y obrera, al hombre hacia los mismos fines espirituales que los de la Caballería religiosa de naturaleza aristocrática, no cerrando necesariamente la una a la otra (ni la otra a la una, como se verá a partir de 1.307).

“Hay muchas habitaciones en la casa de mi Padre...” pero no hay más que un solo Padre y un solo hombre, el Hombre Universal del que cada uno somos una parcela.

“Si queréis que los hombres se peleen, dadles pan y libros. Si queréis que se amen, hacedles construir catedrales juntos”. Esto es lo que siete siglos después dirá poco más o menos Saint-Exupery; la Orden del Temple lo hizo mucho antes. Al mismo tiempo que construían catedrales, empresas excesivamente costosas, nuestros antepasados empleaban el dinero de que disponían en una obra económica gracias a la cual, distribuyendo trabajo durante siglos a millares de hombres, aseguraban la subsistencia a millones de seres.

Algunos siglos más tarde, los trabajos nacionales de Colbert, no serán otra cosa.

Cuando la Orden del Temple fue disuelta, no es por coincidencia el que se interrumpiera, para nunca ser recomenzada, la edificación de tantas abadías y catedrales, en particular góticas. Hijos de Salomón o Compañeros del Santo Deber, fueron en realidad un tercer orden del Temple. De otro modo ¿por qué y cómo les hubiera perseguido a su vez Felipe el Hermoso después de a los Templarios? No solamente para abolir sus franquicias. Algebristas y alquimistas, como quieran llamarles los escritores que pretenden saber de lo que hablan, nuestros antepasados fueron notables arquitectos. Su estilo particular testimonia y hace de sus construcciones, verdaderos libros sagrados de piedra, traduciendo en los números, proporciones, geometrías y colores, el Conocimiento tradicional del que eran depositarios, y sobre el que están basados los principios de toda acción templaria.

MASONERÍA

Sí; la “*franche maçonnerie*” (franca albañilería, francmasonería), es hija del Temple e hija de Egipto. No hay ninguna contradicción.

La noción del Temple es inseparable de la de la arquitectura y de la de la masonería¹. Es la expresión de las leyes de la estructura y de la construcción de la vida misma, en el orden espiritual, anímico² y material.

La verdadera Masonería procede en el segundo grado, de las criptas egipcias donde los iniciados accedían a los íntimos arcanos del universo.

Uno de los privilegios del Temple fue y es, el proceder directamente de las mismas criptas.

Si se está de acuerdo generalmente en reconocer que la Masonería oficial nació en Londres en 1.717, no hay ninguna duda, particularmente para el Temple, de que existía antes, ya que fue el padre y el iniciador desde la Edad Media.

De la misma forma que la construcción de los templos y de las pirámides fue concebida y dirigida por los iniciados de Egipto, depositarios de la Tradición, la Orden del Temple expresa notablemente su influencia medieval por medio de la masonería operativa y especulativa. Operativa, porque fue el motor principal de las construcciones de catedrales, implicando la estructuración de los “*compagnonnages*” en “*francs-metiers*” (gremios en francos-oficios), y corona a los maestros arquitectos que instituye. Desde la segunda mitad del siglo XII, las “logias” corporativas inglesas fueron en efecto administradas por el Temple. El Preceptor del Temple en Inglaterra se había incluso convertido en el patrón honorario del “*Compagnonnage*” de su “lengua”.

¹ *Es preciso tener muy presente en este capítulo, que “Maçonnerie”, significa en la lengua francesa “albañilería”, y que las sociedades masónicas, se llaman así en función de ese oficio.*

² *En el sentido de: que se refiere al Alma.*

Especulativa, porque “acepta” en su seno a miembros no operativos que la honran con sus aportaciones, hasta el punto que Roma debe agitarse vanamente. También especulativa, por el lenguaje y los valores que encerraba y que se vuelven a encontrar en los grandes autores, iniciados antiguos, o contemporáneos de la Edad Media. El atento análisis de la Comedia de Dante no debe dejar alguna duda a este respecto. Sobrepasando el estadio de las alusiones transparentes, a lo largo del Purgatorio y del Paraíso, expone los símbolos e incluso los ritos que se vuelven a encontrar hoy día, frecuentemente dispersos, en las diversas masonerías especulativas, como en el “Compagnonnage” por ejemplo.

Ya que aparte y antes de los “Compagnonnages” y Masonería, la Orden del Temple lleva en su seno, desde sus primeros días, el sello de María Gloriosa, que es la Rosa-Cruz.

Ella es la verdadera revelación de Bernardo de Clairvaux, Adepto de la Iglesia Secreta que Dante instala en la cima del Paraíso, es decir, de la Obra (“grados” o cantos 30° al 33°).

San Bernardo en su “De gradibus”, ¿no mide su viaje espiritual en las Alturas del cielo por grados o escalones de la Escala de Jacob? ¿Y no proclama, “el hombre debe esforzarse en conocerse a sí mismo”?

Así, ¿cómo no ver que el mismo Dante pertenecía, en el seno de la Orden del Temple, a un círculo secreto (la famosa jerarquía “paralela” que tantos historiadores han presentido o han buscado sin aprehenderla jamás) construido según reglas análogas a las de la Masonería, del cual evidentemente ésta procede?

Se sabe que la Masonería es Johannita, ya que San Juan siempre fue el patrón de la albañilería y de la Orden secreta. Su Evangelio y su Apocalipsis fueron y son el ostensible código de la una y la otra. Ahora bien; la Masonería es ante todo un ritual de pasaje cósmico, que permite la introducción de la humanidad en la Era de la Virgen (Virgo), al precio si es preciso, de la Pasión colectiva.

Se conoce la vocación designada por Jesús-Cristo a Juan junto a María en la cúspide de la Pasión. ¿No dice Beatriz (Canto XXV: “Así, bajo la forma de una cándida rosa, se me mostraba la Santa Milicia, a la que por su Sangre hace su esposa el Cristo”.

Johannita como la Orden del Temple, la Masonería no tiene más remedio que ser marial, lo uno no se concibe sin lo otro que es su lógico resultado: la rubificación, la rosa roja, la celeste flor que cantan por otra parte los poetas musulmanes.

Ya que María, Madre Universal, en quien se resumen Eva madre de los hombres y María Madre de Dios, es aquella en la que se sublima totalmente la cruz roja, igual y justa del Cristo resucitado, glorioso y triunfante, por lo cual se reencuentra verdaderamente al Padre, Impronunciable, al cual El es consustancial.

De ahí, esta devoción tan ardiente de nuestra Orden a María, de la cual nunca hemos disociado al Cristo Jesús. De ahí la dedicación a María (principalmente a las tres Marías como en Lyon y otras ciudades) de numerosos lugares y santuarios, por iniciativa del Temple.

Promover el culto marial; tal fue desde el origen el fin profundo del Temple sobre los tres planos, por medio de la Rosa-Cruz, del Compagnonnage y de la Masonería. Y su resultado debe ser la Iglesia del Espíritu, fijada por la venida del Consolador.

Tal es por tanto la vocación parúsica de la Masonería, la sola verdadera, por poco que sea auténtica y esencialmente templaria, de la que el rostro que se le conoce hoy día ha sido demasiado frecuentemente maculado voluntariamente por los que en su seno, no han querido hacer de ella más que un instrumento de conquista política, financiera o racial. La Masonería no es de “regularidad” más que en relación a Dios en su Templo.

Es decir; que toda Masonería no espiritualista, o sea, no crística, no “griática”, es una impostura.

Es decir también, que la Orden del Temple re-surgida no puede desinteresarse de su hija... siempre que ésta, al igual del hijo pródigo de la parábola, vuelva a encontrar el camino del hogar paterno.

∴

Rosa-Cruz y Masonería, habían perpetuado una cierta “templaridad” (no decimos el Temple), a través de la Logias de arquitectos y de las cofradías en Escocia como en otros lugares, donde los operativos¹ habían aceptado desde hacía mucho tiempo a los especulativos² del Temple, y con motivo...

No es extraño el encontrar una masonería entre los gentilhombres de armas que rodeaban a Jacobo VII, rey de Escocia (Jacobo II de Inglaterra), expulsado de los Países Bajos por su catolicidad tras su querrela con Guillermo de Orange. Refugiado con su corte en Saint-Germain, a fines del siglo XVIII, importa al mismo tiempo sus “Logias”.

ELIE ASHMOLE también pertenece a la Masonería operativa en la que fue aceptado en 1.644. Pero pertenece al movimiento que apoyándose en la Masonería operativa, da nacimiento por especulación, en 1.717 a la que llegaría a ser la Gran Logia Inglesa, que enjambra en 1.724 la primera Logia oficial francesa en la calle Boucheries de París.

Contentémonos con estos hechos aparentes. Ya que otras corrientes habían manado subterráneamente; sobre todo la de los Templarios que tuvieron capítulo secreto en París, el 12 de Junio de 1.314, en el curso del cual aparecieron tales divergencias, a continuación del martirio de la Orden, que resultaron dos corrientes distintas.

Una se encomendaba a la Providencia, en tanto que le incumbe aplicar su ley en el curso de la Historia.

La otra, más intervencionista iba a hacer de “Justicia y Venganza” su divisa y su programa. A partir de entonces, cuatro “Logias” o Capítulos fueron instituidas en cuatro ciudades de Europa: París, Nápoles, Edimburgo y Estocolmo, con el objetivo de “exterminar a los reyes Capetos, abatir el Papado y toda tiranía en general e instaurar la República Universal”.

Esta corriente marcará más tarde los ritos masónicos, en los que algunos grados (el 30°, Caballero Kadosch) afirmarán abiertamente ser “grados de venganza”.

Esta tendencia que apela a la sangre, hará caer en el terror el proyecto inicial de la Revolución Francesa.³

A través de esta evolución, abominable y sublime a la vez, se expresa de manera ejemplar una vez más, la terrible doble predestinación a la que son abocados, en la encarnación, hombres y entidades.

Es ella quien hace que en todo hombre coexistan lo mejor y lo peor y que todo movimiento organizado sea siempre repartido, desde el principio y potencialmente, en dos corrientes según el inmutable juego alquímico, gérmenes de antagonismos y de cismas.

En este sentido puede decirse que cuando, contra todos los proyectos, aun los más noblemente inspirados, el Destino concreta las maldiciones, unas y otras están contenidos simultáneamente en el Designio del Padre.

Pero es al hombre, solo a los hombres, a quienes pertenece el inclinar de un lado u otro la balanza. En un caso, reciben las gracias; en el otro asumen las deudas hasta la extinción del fatal encadenamiento de estas causalidades.

∴

¹ Operativos: los que construían materialmente: las gentes “del oficio”.

² Especulativos: los “asimilados”, intelectuales o no, filósofos de la arquitectura simbólica, o mejor: instructores, iniciados en el Conocimiento del Temple.

³ Ver “Revolución Francesa”

¿No es la Masonería hija del Temple? ¿Por qué lloran los Masones por la “Palabra perdida” sino es porque se perdió con la desaparición del Temple como tal, ya que era y es el poseedor y depositario de aquella?

¿Han perdido ellos por lo tanto, hasta el sentido de esta palabra? ¿Será porque se han desviado de su auténtico Fundamento? Podemos preguntarnos lo que han encontrado los más altos grados de entre ellos.

Puede en verdad entenderse esto como la pérdida del contenido original de los símbolos y sus ritos (en la hipótesis de que subsistan), vacíos en lo sucesivo para quienes los balbucean mecánicamente o los atiborren de fárragos sustitutorios introducidos por ellos mismos.

Puede también comprenderse para los que creen en la filiación (herencia) salomoniana ininterrumpida, por la pérdida del depósito antes poseído por Israel. Ya sabemos dónde ha ido este depósito.

Para el Temple, esta “palabra” nunca se ha perdido. Y el Verbo nunca ha cesado de alimentarle, tanto en la luz como en la oscuridad, a sus horas y por su decisión, muy explícitamente.

Juan mantiene su promesa para los suyos: “A los que le han recibido les ha dado el poder de volverse hijos de Dios, a los que creen en su nombre; que no de la mezcla de las sangres, no del deseo de la carne, no del deseo del hombre, sino de Dios son nacidos”¹.

Ahí está la verdadera respuesta al misterio de la “filiación” templaria. Ahí también, uno de los secretos de la Orden.

“¡ Quién tenga oídos que oiga! ”

Por lo tanto, Masonería, Rosa-Cruz, Compagnonnage, emanan del Temple y proceden de lo alto, como lo saben los verdaderos iniciados.

El privilegio esencial y divino de la Orden del Temple es el de prever, pues posee los medios de acceder a los sellos del tiempo, a la eterna y universal Memoria.

Desde 1.118 hasta 1.307, los Templarios, a la búsqueda del equilibrio universal tanto sobre el plano de la Autoridad como sobre el del Poder, han intentado todo para asumir la continuación de su obra y de su doctrina sinárquica, las que Dante ha confiado en “la Comedia”.

Rosa-Cruz, Compagnonnage y Masonería, organismos capaces de sobrevivir a la desaparición voluntaria y organizada de la Orden, fueron los instrumentos privilegiados.

Cada uno hereda, según su plano y según su grado, la parte del depósito que le corresponde.

Si en uno o en otro, particularmente en la masonería, se encuentran rastros de la iniciación egipcia, del sufismo, de ismailismo, de los Assacine, de la gnosis, de la cábala heliopolitana, del esenismo, de los templos griegos, etc. es porque los Templarios restituyeron en su tiempo (una vez más en la historia de los hombres) los fundamentos sobre los cuales se han reunido en un cuerpo de doctrina estructurada y coherente, los elementos esparcidos hasta entonces, del Conocimiento y de la Tradición.

Es este sentido, bajo el impulso del divino inspirado san Bernardo, el Temple ha hecho obra masónica a su manera. Ha reedificado el Templo del espíritu y del alma. Si tuvo que abandonar el cuerpo a la dispersión, fue para poder mejor volver a encontrarlo, cuando los presentes tiempos fueran venidos.

Sobre los vestigios perpetuados de estas piedras que colocó, el Temple iba, durante toda su ocultación, a re insuflar su espíritu por medio de Rosa-Cruz alquimistas y otros inspirados, conocidos o desconocidos, cuya misión consiste indefectiblemente en preparar su retorno.

Ahora se trata de concentrar las piedras y de reabrir la última cantera.

¹ *Evangelio según San Juan, I (12 y 13).*

REVOLUCIÓN

Hay dos tipos de revoluciones.

Una está conforme con la ley que rige el movimiento de los astros y que es la de los ciclos.

Esta supone un punto de partida y una meta determinada, religada por un orbe en el tiempo y en el espacio y orientada según una dirección cognoscible. Aplicada al estado humano y notablemente a los pueblos, indica los estados de su crecimiento, las perspectivas de su evolución, de su civilización.

Esta revolución es fisiológica, biológica y natural. Es la ley de vida y del cambio de los encarnados tal como fue revelada y recordada por Jesús-Cristo y por los Profetas que le precedieron. Constituye por tanto el determinismo individual y colectivo, tal como expresa la voluntad de Dios.

Pero por el juego de las causalidades y de la ley de retribución que se destila inexorablemente, dispone asimismo de los destinos que el libre albedrío arrastra fatalmente, ocurriendo entonces lo que algunos han llamado la revolución accidental.

Esta última es el castigo de los yerros y desviaciones, es decir, el tributo que es preciso pagar a la ley de vida por haberle sido contrario. Crisis o enfermedad, de todas formas convulsión, traduciendo por un trastorno generalmente breve y destructor en diferentes grados la distorsión de la que procede.

Efectivamente, en general, cuando la evolución ha sido frenada a pesar de haber venido la hora, y la indispensable progresión no se ha producido, interviene una ley de la naturaleza: se llega al fin al precio de una operación en caliente y dolorosa. Es la revolución.

Señal y producto de la fermentación de los humores intestinos que no han encontrado con normalidad salidas liberatorias, sus energías explotan violentamente en la mayor parte de los casos.

A excepción de los ajustes de cuentas palaciegos, una revolución obedece casi siempre a causas legítimas; muy frecuentemente los abusos de los poseedores del Poder, carentes de Autoridad pero no de autoritarismo.

Revueltas, sublevaciones, insurrecciones, sediciones, maquis, guerrillas, subversiones, están prácticamente siempre fundadas en su origen profundo, sobre disparidades principalmente económicas, entre grupos o clases sociales.

Los unos intentan compensar las frustraciones sufridas y no sublimadas, por la inversión de las escalas de inferioridad, de dependencia y de subordinación que les ligan a los otros.

Técnicamente la revolución reside en una alteración y en un proceso en el que la meta se une con el punto de partida, haciendo a un lado a quienes los sufren. Lo importante es saber si ese punto está más adelantado o más retrasado que el precedente. Es un caso de apreciación subjetiva. Las cabezas cambian o caen, pero no las aptitudes ni las costumbres.

Tras los excesos de la crisis, los hábitos mentales y otros hábitos recuperan sus derechos. Tampoco hay muchos ejemplos de que quienes desencadenan esta revolución subsistan a su propia ley, ni de que de verdugos no se conviertan en víctimas.

La pasión del poder es tal entre nosotros, que la historia de las revoluciones no les enseña nada. Y pronto los mismos errores, provocando las mismas causas, conducen a las mismas consecuencias, a las mismas reacciones, y de la anarquía se pasa a la dictadura. El ciclo se ha cerrado.

En todos los casos, las multitudes sirven a la vez de alimento, de masa y de campo de maniobras en los confrontamientos de los rivales.

Ahora bien; cuando el pueblo se hace carnicero, es raro que no acabe en los mataderos.

Tal es la biología de los pueblos y las naciones.

A escala del cuerpo social, la revolución aparece como una calentura, una fiebre totalmente sublimatoria, entre dos estados patológicos, síntomas de desequilibrios orgánicos funcionales del metabolismo social.

REVOLUCIÓN FRANCESA

1.789 fue la sanción de 1.307.

Así, cuando volviendo la espalda a las enseñanzas del Cristo, los grandes de este mundo se toman por dioses, la implacable Ley de la retribución¹ se revuelve contra ellos.

Más allá y a pesar de las pobres razones que se dan la propia voluntad y el orgullo de los hombres contra la Providencia, el Destino se burla de ellos con un choque de retroceso. En el caso de la Revolución Francesa ha actuado una resonancia esotérica de los ciclos de la Historia, pues el fin de la Monarquía hacía pareja con el fin del Temple.

Así, el Terror redimía siniestramente el baño de sangre de 1.307 a 1.314. Al Tribunal de la Inquisición, a los verdugos de la “justicia” real, replicaba el Tribunal revolucionario; a las hogueras, la guillotina; al suplicio de Jacques de Molay, la decapitación de Luis XVI; a las torturas, las carnicerías del 92; al encarcelamiento de los Caballeros, el de los Aristócratas.

En el Temple, donde fue dado el primer golpe, fue también dado el último². El crimen perpetrado por un rey, fue vengado en su descendencia. La quejumbrosa oveja paga por el rey de hierro.

La Revolución Francesa ha sido el mayor engendro de todos los tiempos.

Habría debido y podido poner fin a cinco siglos de cesarismo monárquico, pero a la anarquía de arriba solo se oponía la anarquía de abajo, y la ley del número a la ley de uno solo.

Muchas generaciones de reyes habían construido Francia. Muchas la deshicieron después y desfiguraron su vocación de hija primogénita de la Iglesia, la “madre”... que fue la primera en darles mal ejemplo.

Lo que muchos monarcas de la misma dinastía hubieran podido borrar y reparar, fue fatalmente pagado por Luis XVI, víctima expiatoria del abominable crimen de su sangre. La maldición proferida por Jacques de Molay desde su hoguera por instigación del cielo se cumplió perfectamente.

Desde entonces, solo a la Orden del Temple pertenece el alzar a la familia real de Francia. Y el tiempo está próximo.

Lo que los reyes no intentaron en modo alguno, también lo falló la República por causa de no retornar a las fuentes crísticas de la verdadera sinarquía.

Enfrascada en las conjuras inexpiables, en los arreglos de cuentas de sus facciones, en las luchas apasionadas de sus ambiciones, también ella se ha desviado de su vocación. Ha preferido calzar las botas del centralismo romano y tomar prestadas del gobierno monárquico y de la nobleza de la corte, en nombre de principios demasiado abstractos, lejanos y prematuros, sus malas costumbres.

A pesar de los artificios de las constituciones y de una semántica de fachada, es perturbador el constatar como las Repúblicas han perpetuado, bajo diferentes formas, los vicios propios de la monarquía absoluta.

¹ Ver “Creación”.

² El “Temple” era a la sazón, y aún es, un barrio de París.

¡Qué bella hubiera podido ser la sinarquía de Francia, catalizadora de Europa y del mundo, en vez de servir de “slogan” envilecido de la más formidable y oculta empresa de subversión social-tecnocrática-internacional contemporánea!

¡Qué salto hubiera hecho dar a la alquimia de los hombres y de las naciones, reconciliando los principios y los regímenes aparentemente opuestos hasta entonces, matrimoniando indefectiblemente, en la unión de una misma Fe (la de la Iglesia Universal) la voz de los pueblos y la Voz de Dios, irradiante la una por la otra, mucho más allá del más perfecto de los contratos sociales!

En verdad, una vez pasados los acontecimientos históricos, siempre hay un provecho en las peores pruebas. Los cataclismos de la política siempre engendran algunos beneficios, frutos dolorosos de una enseñanza re-encontrada por haberla rehusado o perdido.

Así, ahora, a fines de este siglo XX, se comienza a comprender cuan grave fue el rodeo tomado en 1.307, por la inversión de las relaciones entre la Autoridad y el Poder. Sin duda la humanidad ya había conocido parecidas circunstancias. Pero lo que es válido para unos tiempos, no lo es necesariamente para otros, y de ciclo en ciclo todo debe ser recomenzado.

Como el pescado, las civilizaciones comienzan a pudrirse empezando por la cabeza. No se ha escapado a esto la civilización cristiana, en la que se encuentra precisamente este símbolo del pez en las catacumbas.

El esquema es clásico: los poseedores de la Autoridad, en el momento en que se degradan, se tambalean y se exponen a caer. La casta de los guerreros, es decir, los Reyes, los maltrata y los avasalla; Felipe el Hermoso, haciendo abofetear por Nogaret al Papa Bonifacio VIII en Anagni, ilustra perfectamente este eterno clisé. Más tarde, resumiendo la Revolución Francesa, Napoleón¹ no actuará de otra forma respecto a Pío VII.

Ahora bien; en el engranaje de la revuelta, los reyes (o los dictadores que les imitan) no tardan en sufrir la misma suerte por parte de sus señores feudales o gentes de armas en un tiempo, o por parte de los burgueses, notables y comerciantes en otro.

De casta en casta, de clase en clase, el alud se acelera y los privilegios cambian de mano.

Hoy día, los proletarios intentan a su vez tomar la sucesión, y es preciso esperar bien la anarquía general, bien el conflicto a escala planetaria, bien las dos cosas a la vez: detrás de los proletarios, y sin posibilidad ni deseos de retornar a la Autoridad espiritual, no hay nada. En resumen: de revolución en reacción y de reacciones en revoluciones, no hay más que dos caminos que tomar; el de la peor de las catástrofes, y el del restablecimiento de la exacta noción de Autoridad y de Poder debidamente aplicados.

∴

Por lo tanto, nosotros afirmamos que la Revolución Francesa fue una operación fracasada. En lo que se ha transformado no tiene nada que ver con lo que debía ser. Y desde entonces, el modelo que ha ofrecido a otras naciones, no es más que una grotesca y desgraciada caricatura.

Toda revolución presupone evidentemente un terreno en el que ha de realizarse, en el cual, los pueblos, repartidos en masas sociales críticas, constituyen la materia prima.

Un estado determinado de su sociedad, un alza de la temperatura interior traductora de las tensiones más o menos agudizadas en los órdenes económico, social, político y religioso, determinan las condiciones favorables para un violento vuelco.

Desde luego, es preciso no subestimar las causas económicas y sociales que en la Francia de antes de 1.789, han tejido este terreno favorable a la fermentación.

¹ Ver “Napoleón”.

Hoy día, algunos hablarán de sociedad bloqueada. El pathos científico, sociológico o psicoanalítico de moda, no cambia nada en el esquema que permanece fundamentalmente el mismo.

Pero este esquema da cuenta necesariamente de una realidad en varias etapas de las que las menos visibles no son las más despreciables.

Las desigualdades materiales y sociales de estos tiempos, exudaban desde hacía lustros de las superestructuras sociales y políticas viciosas. Los efectos mantenían las causas.

Toda riqueza en Francia, provenía entonces esencialmente de la tierra, siendo la economía casi exclusivamente agrícola. Pero aunque la aristocracia y el Estado extrajesen de ella su subsistencia, la economía francesa de la época no tenía el carácter global que actualmente tiene. La economía desempeñó un papel relativamente poco importante en el desencadenamiento de la Revolución.

Es preciso exceptuar al dinero, con el cual hace buena o mala obra según los fines para los que sirve.

Sobre este punto, nunca se denunciará suficientemente la antigua conspiración de los financieros internacionales. Apátridas o no, usureros, aventureros, falsos cabalistas o banqueros, siempre se les encuentra allí donde bulle cualquier marmita de la Historia, atizando el fuego, suscitando la hiel, la baba, el fango, la sangre, a fin de nutrir y acrecentar su imperio. Actualmente, más que en otra época alguna, los capitales que no osan decir su nombre han asalariado, comprado y vendido las conciencias, las almas, las vidas. El oro inglés, alemán, suizo, vaticano, gobierna a los petimetres, a los payasos sangrientos y teatrales de las tribunas, de los periódicos y de las calles.

¿Es preciso decir cuánto costaron a sus mecenas los llamamientos a los homicidios, las matanzas de Septiembre, las armas de las insurrecciones? El dinero produce fácilmente este tipo de "milagros" de circunstancias.

Más que la penuria propiamente dicha que reinaba en la época y de la que los pueblos estaban afectados regularmente y desde siempre, en diversos grados, otros factores actuaron profundamente.

Las relaciones sociales se habían cristalizado progresivamente. Los valores se habían vaciado tanto de su contenido y de su significación que la misma vida espiritual había abandonado la enseñanza y sobre todo el ejemplo del marco eclesiástico a pesar de la existencia de grandes santos. Tributarios de sus privilegios temporales, principalmente territoriales, los Príncipes de la Iglesia no mostraban en realidad más que un apego de pura fórmula a los preceptos evangélicos. En cuanto a las estructuras políticas, pasadas e inadaptadas, se confesaban incapaces, a pesar de los pertinentes consejos de algunos grandes misionados que predicaban en el desierto, de hacer frente a las necesidades de la administración de las cosas y de las personas.

Todos estos factores así como el irrealismo de los gobernantes, la indiferencia frecuentemente insolente de la aristocracia, su frivolidad ruinosa, la impotencia de las poblaciones para hacerse oír, la obstinada sordera de los reyes, su santurronería y su libertinaje, se conjugaron.

Sin embargo varios sucesos reveladores se anunciaban: la corrupción, los despilfarros, los expedientes monetarios, los desórdenes administrativos y contables, la bancarrota, las abusivas expropiaciones fiscales, las malversaciones; todos frutos del egoísmo pero no del cristianismo.

A todo ello se añadían los síntomas precursores de la futura civilización de la máquina que iba a explotar literalmente algunos decenios más tarde en la florecencia de los descubrimientos científicos y del pensamiento, pero en detrimento de la Fe.

Como muy juiciosamente ha escrito el sociólogo Alfred Sauvy: "Todo error de la Sociedad en un sentido, acarrea mecánicamente un error en el sentido contrario".

Tal fue y es la fatal ley de las revoluciones. Tal fue cociendo a fuego lento durante varios siglos, la fuerza explosiva de la Revolución Francesa.

Sería engañoso imaginarse que fue obra del pueblo, aunque es indiscutible que tuvo su parte en ella. Pero de hecho no hizo – como de costumbre – más que proveer de tropas a los que salidos de las clases burguesas, aristocráticas e intelectuales, fueron los verdaderos motores del movimiento.

∴

Sin embargo, al yuxtaponer los hechos memorables que han conservado los historiadores, no es posible darse cuenta verdaderamente de su real encadenamiento.

Como en toda mecánica, incluso y con mayor razón humana, los engranajes profundos, los auténticos motores, están casi siempre ocultos.

Muchas cosas permanecen eternamente obscuras para los hombres que no son Adeptos. Enormes contradicciones se les presentan en sus investigaciones.

En lo que concierne a ciertos personajes determinantes de la Revolución, ellos no han percibido, ni comprendido por tanto, los respectivos comportamientos ni su pluralidad. Hay cosas que se refieren al comportamiento del cuerpo, otras al del alma (y que proceden de la Cábala), y finalmente otras que se refieren al del espíritu, permaneciendo totalmente inaccesibles a los no iniciados.

De ahí se derivan en muchas obras las inexactitudes, las variaciones, las interpretaciones fantásticas, las contradicciones, y aún indigestas elucubraciones. Quiriendo hacer las cosas coherentes a toda costa, por medio solamente de las vías humanas comunes, se han engañado y han engañado a su público.

La verdad, frecuentemente excede a lo plausible. Hoy día lo sabe bien un pequeño número de hombres para los que lo que cuentan la Prensa, la Radio y la TV, no tiene más que una lejana relación con lo que ellos saben del fondo de los asuntos contemporáneos en los que participan.

A juzgar sobre el destino aparentemente contradictorio que la Revolución reserva a los masones de la época, viendo el pluralismo de la franc-masonería y la diversidad de posiciones, podríamos dejarnos convencer de que no representa ningún papel en el desencadenamiento de los acontecimientos de 1.789, ni en su continuación.

Afirmarlo – como lo hacen algunos masones – es dar prueba de una incalificable candidez, o es querer adquirir, rectificando la Historia en nombre del Vaticano II, los favores romanos, pagando los derechos de aduana contraídos por el asunto –desde hace mucho rebasado- de la excomuni6n. Sin embargo, habiéndose metido hasta el cuello, el Santo Oficio estuvo perfectamente al corriente.

Había teleguiado a sus emisarios, confidentes y “guerrilleros” hasta las Logias en donde generalmente se contaban numerosos eclesiásticos. Gracias a Dios no todos ellos buscaban la intriga. Algunos intentaban aportar al dogma el aire fresco y regenerador actualizándole y restituyéndole “la Verdad, la Vida”.

Verdaderamente, en la charca pre-revolucionaria y en la cloaca que siguió, Roma tuvo compa6a - ¡y no solamente la de Jesús! -. Como por ejemplo la de Inglaterra. Mister Pitt estaba deseoso, conforme a la tradición británica, de debilitar al vecino de “Ultramar”. Para él, una república sería infinitamente más manejable que una monarquía, o con mucha mayor razón que el Imperio. Si dio asilo a los emigrados, si los subvencionó, no fue por la nobleza de la causa ni mucho menos por la del catolicismo, sino para mejor someter más tarde a la monarquía de la Restauraci6n.

¡La muy anglicana y antipapista Inglaterra, vuela entonces al auxilio de Roma!

La Prusia de Federico no podía quedarse atrás. Como todos los Estados alemanes, había dado asilo desde hacía mucho tiempo a las masonerías y a los más notorios iniciados. No podía dejar actuar a Inglaterra y a Roma sin moverse, y de paso podía adquirir alguna ventaja territorial.

Finalmente Suiza, delega sus agitadores y sus subsidios. Ya tenía sus “honorables corresponsales” no tanto entre los militares de la guardia real, como entre tal Ministro del Rey o entre tal financiero.

La economía nunca fue la debilidad de la Corona. ¡Pobre Monarquía Francesa en su decadencia, conquistada, trufada, zamarreada, asaltada por todos lados!

Pocas cosas hacían falta para que cayera. Y sucedieron.

Desde hacía tiempo las logias habían preparado –y más en el extranjero que en Francia- el calentamiento que debía sublevar la ganga de las fósiles estructuras de la sociedad occidental.

Detrás de las Logias o en el centro de muchas de ellas, la influencia de los rosa-cruz conducía paradójicamente las dos tendencias de la templanza perdurada.

Ya, por haber intentado con Isabel de Inglaterra, el retomar el Gran Designio que fue percibido como un peligro por el imperialismo clerical, el buen rey Enrique IV, inspirado a este respecto por Ireneo Filaleteo (un “discípulo de Rosenkrantz”), y sin embargo convertido al catolicismo, había sido detenido en su proyecto por el puñal de Ravaillac, guiado, tras el Duque de Espernón, por un cenáculo de preladados politizados. Por haber querido sellar más allá de lo razonable las conciencias cultivadas de Europa, con la tapadera de la Inquisición y más tarde con la de la contrarreforma, el mismo Santo Oficio había contribuido a confeccionar la bomba que al explotar, haría vacilar la tierra y rodar las coronas.

Como si la Providencia hubiera querido darle la razón históricamente, la corriente “Justicia y Venganza”¹ se dedicaba a precipitar el fenómeno.

En esta época el espíritu enciclopédico florecía en todas partes, y por la sinrazón de las costumbres, la razón – ya separada de la fe – se había visto asfixiada.

El que entre los más notorios de los enciclopedistas, muchos hubieran sido educados por los Jesuitas, no es una de las menores paradojas de aquellos tiempos.

El aparato clerical, habiendo suplantado a la verdadera Iglesia, había asfixiado desde hacía mucho tiempo, bajo el matacandelas del sectarismo inquisitorial, la luz del Cristo y su enseñanza.

El pensamiento conformista, exiguo de la Verdad, ofrecía del mundo una caricatura, cuando en toda Europa florecían ideas más ricas y generosas.

Falta de una enseñanza que la Iglesia no quería entregar (en el más amplio sentido de la palabra), aparte de ser incapaz de hacerlo habiendo perdido la antorcha, la sed de conocimiento, de saber y de comprender, se volvía por desgracia hacia objetivos menos místicos.

Los enciclopedistas rehicieron el mundo a través de las palabras, sin poder nunca modificar ni regenerar las actitudes.

Pero por la misma razón se hicieron demiurgos, y devorados por el orgullo, hicieron de todo sus objetivos. Con ellos iba a nacer el materialismo y el ateísmo que hoy día nos roen.

La ley del odio suplanta a la Ley del Amor, ya traicionada. El sectarismo cambia de campo. Los políticos iban a tomar un cariz irremediablemente negativo y destructor que hasta hoy conservan.

∴

También era la época en la que nobles burgueses, eclesiásticos, se entregaban con fervor a las ciencias secretas. Pero aunque en muchos círculos se hallaban iniciados, los verdaderos adeptos eran más escasos.

Todos estaban lejos de hallarse en el mismo grado de conocimiento, y muchos, creyendo hacer bien, pero más frecuentemente por vanidad, se abandonaban a cualquier magia, sin discernir la negra de la blanca.

¹ Ver “Masonería”

No es extraño el que entre ellos se encontraran algunos que ponían lo poco que sabían al servicio de fines discutibles.

Los egoísmos, las pasiones, pronto asieron a buen número de ellos, a favor de los nuevos acontecimientos que contribuyeron a crear y desencadenar, así como a los que sucedieron.

Guardémonos de juzgar a unos y a otros con solo los sentidos humanos. Los caminos del Señor son impenetrables para los profanos en incluso a veces... para los otros. Cada hombre sirve a un designio del que lo más frecuentemente se le escapa el sentido. Y cuando lo conoce, creyendo servirle, frecuentemente deserta.

Se ha dicho poco que en esta Revolución francesa, hubo luchas entre corrientes antagonistas de iniciados; pretendiendo unos profanar prematuramente ciertos arcanos, cuyos arcanos debieron otros revelar a su vez para volver inoperantes a los primeros. De ahí algunos duelos de baja estofa, en ocasión de las cuales fueron desencadenadas fuerzas que rápidamente se hicieron incontrolables, y que fatalmente se volvieron contra muchos. No se puede explicar de otra forma las mutuas "liquidaciones", especialmente la hedionda carnicería de la Princesa de Lamballe, cuñada de Felipe Igualdad y confidente de María Antonia, dignataria por otra parte de las Logias Femeninas; ni el trágico fin de tantos notorios masones. El mismo Felipe Igualdad, el cual en su iniciación había apuñalado a un maniquí que simbolizaba a Felipe el Hermoso ante las osamentas no menos simbólicas de Jacques de Molay, acabó bajo la cuchilla, aunque hubiera abandonado la hermandad. Así precedía o seguía a tantos otros, como Robespierre, grado "Rosa-Cruz" de una logia de Arrás. Otros, como el hermano La Fayette, escaparon.

Si la Revolución tomó el camino del atentado y de la sangre, es porque su primitivo proyecto debió trastornarse. El deslizamiento había comenzado mucho antes de 1.789. Pero de esto, pocos hombres de la época podían darse cuenta. Para aquellos que el Destino había suscitado para cumplir misiones precisas, mejor era intentar corregir algunos efectos del proceso desencadenado y canalizarlos en determinadas direcciones, obligados a tomar medidas que a continuación se revelarían como dolorosas.

Es lo que principalmente hizo uno de los personajes determinantes de esta época, Cagliostro¹, al que tantos historiadores han calumniado y que jamás fue comprendido.

Efectivamente, le correspondía el depositar la gota de ácido que iba a provocar el precipitado, es decir, la caída de la monarquía.

∴

Cagliostro, alquimista coronado, estaba encargado de una misión oculta. Inicialmente, el primer proyecto de revolución debía realizarse mucho más pacíficamente.

Era venido el tiempo de reformar la monarquía.

Para conseguirlo, era preciso que Luis XVI abdicara a favor de su hijo Luis XVII². Hasta que llegase a la edad y al estado de reinar, es decir, de desempeñar la figura del Gran Monarca, Felipe de Orleans (que sería Felipe Igualdad), debía asumir la Regencia.

Este esquema encerraba evidentemente muchas disposiciones destinadas a reformar las estructuras políticas, administrativas y judiciales, así como las interrelaciones sociales, a fin de restituir a través de los Estados Generales, el justo equilibrio de sus funciones a los poderes sociales de consulta y de proposición, de gobierno y de control por una parte, y por otra parte a la Iglesia purificada y reconciliada, su vocación de autoridad espiritual y doctoral.

¹ Ver "Cagliostro".

² Ver "Luis XVII".

La presencia de ilustres príncipes, de notables y de eclesiásticos, en la masonería contemporánea, debería haber garantizado una reforma sin rozamientos.

La obstinada incompreensión que halla en todas partes este proyecto, el apresuramiento de las pasiones y de la codicia en el ejercicio de los libres albedríos, iban a volver inevitable el sangriento proceso. Una vez más, aquello que rehusaban el consenso y la voluntad de los hombres, iba a imponerle el Destino sin compasión. La guerra entre las ocultas facciones, fue decisiva.

Era preciso desde este momento que se cumpliera la maldición lanzada contra la familia real. Era preciso que Luis XVI no perpetuase la línea capetiana.

Tanto tiempo como la sangre se perpetuase, tanto tiempo tendría efecto la maldición a falta de arrepentimiento. Hacía falta que un cambio interviniese en su descendencia para que la monarquía fuese reformada y regenerada genéticamente, anímicamente y espiritualmente. Hacía falta volver a la Sinarquía de 1.302, restablecer el poder real, abolir lo que le apartaba del pueblo, y finalmente volver a situar a unos y a otros en armoniosas relaciones que jamás habrían debido abandonar.

Habiendo tomado las cosas otro cariz, el escándalo serviría de palanca para golpear al Trono y a la Iglesia. El famoso asunto del Collar fue el mecanismo desencadenante, cuidadosamente montado para coger a uno y otro, en la trampa de sus propios vicios.

Así se cumplía al fin “la justicia y la venganza”, ejerciéndose el Talión de la Historia.

La continuación es conocida; la Bastilla y todo lo demás, las atroces convulsiones por las que se efectuaba la iniciación colectiva de los pueblos en su propio sufrimiento.

CAGLIOSTRO

Tal como puede ser recompuesta su biografía, no corresponde más que imperfectamente a su real dimensión. Digamos solamente que, como algunos otros, llevó una vida oculta y escondida que sus biógrafos no han podido (y con razón) conocer ni explicar contando solo con el material de las huellas que han quedado de su aparente existencia.

Nacido el 2 de Junio de 1.743 en Palermo (Sicilia) de Pietro Bálsamo de Cagliostro (cristiano de ascendencia judía), y de Felicia Bracconieri, fue bautizado el 8 de Junio de 1.743 en Palermo, lugar donde creció.

El 20 de Abril de 1.768, se casaba con Lorenza Feliciani, en Roma.

Es preciso admitir que tras su oficio de dibujante, Cagliostro había desempeñado ocupaciones menos evidentes, ya que tras su aparente vagabundeo acompañado de su mujer, se revela como práctico en la alquimia. Este arte no se improvisa e implica el que Cagliostro había ascendido, gracias a los dones que la Providencia le había concedido, a los grados de la auténtica iniciación.

En su vida todo ocurre como si hubiera varios en un solo hombre, agraciado por facultades que algunos califican de “supra normales”. Vivirá su “odisea apocalíptica”, su “divina comedia”, su éxtasis, su iluminación, es decir, el contacto entre su alma y su guía espiritual.

Tendrá algunas experiencias y contactos con Egipto, India, China y África.

A este respecto también es preciso admitir que la aparente leyenda de su educación musulmana recubre una sólida realidad, la de –en cierta forma- su iniciación en el Islam y de su doble pertenencia al islamismo y al cristianismo (lo que abre a los profanos perspectivas inesperadas sobre los fundamentos del Conocimiento. Quien tenga oídos que oiga).

Si a su nacimiento recibió el bautismo católico, más tarde recibió el bautizo templario, para más precisar, el bautizo alquímico.

Dos miembros conocidos de su familia, como su tío Giuseppe Bálsamo, habían sido dignatarios de la Orden Johannita. Tanto más le fue facilitado el contacto. Fue recibido sin penetrar. Y su relación con el Bailio Enmanuel de Rohan, elegido Gran Maestro de la Orden de Malta en 1.775, le será preciosa para su posterior encuentro con el Cardenal Príncipe de Rohan, quien se convertirá en el hombre del “Collar”.

Su práctica del Gran Arte le pondrá en contacto, en el curso de sus peregrinaciones, con todo tipo de iniciados y adeptos. Aunque Fludd había desaparecido en Londres en 1.637, Cagliostro le “vuelve a encontrar”, como volverá a encontrar la tradición templaria. ¿No decía Fludd: “Al que posea el Verbo, proferido de la Nube, y a quien se una al Espíritu, rutilante de divino esplendor, pertenecerá el destino de Moisés y de Elías”?

Recibido simultáneamente en los tres grados en 1.777, por la Logia “Taberna Real” del rito de la “Estricta Observancia”, en el seno de la Gran Logia de Inglaterra, era necesario que se beneficiase de un importante “sésamo”. Será caballero “Rosa- Cruz”. Encargado de una misión por la Gran Logia Inglesa, recorre Europa.

A partir de 1.778, estará en la Haya, Bruselas, Lieja, Nuremberg, Leipzig, Sarrebourg, etc.

Tendrá sus primeros contactos teúrgicos en Mittau (ex Ielgava en Letonia), donde recibirá enseñanzas templarias por conducto de algunos caballeros teutones. Se encontrará con el Conde de Saint-Germain con quien obtendrá la Piedra filosofal. Después a Don Pernéty, Jefe de los Iluminados de Avignon, en casa del cual encontrará al Abate de Morveau, llamado Brumore de Dijon, quien había sido lector de María Antonia. También verá a Martínez de Pascualy.

Estará en Estrasburgo en 1.779, en Lyon en Octubre de 1.784, en donde será recibido por los iluminados de J.B. Willermoz y por L.C. de Saint-Martín, quienes confortarán su inspiración. En 1.784, el 12 de JUNIO, llegará a París discretamente, donde no será visto abiertamente hasta 1.785.

Allí es donde va a cumplir su más grande misión frente a la Iglesia y el Trono; se sabe cuál era. Habiendo depositado los gérmenes se verá obligado a refugiarse en Inglaterra, de donde partirá hacia Roma para efectuar su última tarea y donde el Santo Oficio pronto le ajustará las cuentas.

Aunque su Orden hubiese sido disuelta, los Jesuitas (aliados sin embargo en su momento con las logias masónicas) querían volver a disfrutar de las gracias romanas. Uno de ellos, el Padre Marcello, actuará magistralmente abatiendo con celo a Cagliostro en un panfleto memorable y difamatorio, inspirado por la Secreta Inquisición.

Prisionero Cagliostro, morirá estrangulado por sus carceleros, a fin de que las tropas francesas, durante la campaña de Italia, no pudieran eventualmente libertarle.

Yendo a Roma, él sabía lo que le esperaba. Consentía en su sacrificio a imagen del Maestro.

El Vaticano, con toda seguridad, detenta documentos archisecretos gravemente comprometedores para el Santo Oficio y para sus agentes. Conciernen a Cagliostro, pero asimismo al papel desempeñado por una parte de la Iglesia en el sabotaje del primitivo proyecto de revolución francesa.

Sobre esto último, es preciso leer la carta que Cagliostro escribía al pueblo francés desde Londres, advirtiéndole de que “los tiempos eran venidos”, y que por causa de no consentir en las reformas, el destino proveería fatalmente. Y en efecto proveyó.

Atacado, vilipendiado, traicionado en todo el transcurso de su ministerio (ya que efectivamente lo era), permanece “católico apostólico” (en el verdadero sentido etimológico) como continuamente afirma, no solamente en sus propósitos, sino además y sobre todo, con su auténtica caridad activa de terapeuta y de buen samaritano.

Frente a él, no se encuentra más que una colección de los más notorios canallas que en su época existían.

Quienes le juzgaron – como otros actualmente y aún otros mañana – no tenían ningún derecho si hubieran sido cristianos sinceros. Ni los unos ni los otros, carentes de la más elemental iniciación en Cristo, podían comprenderle.

LUIS XVII

Hay un terrible secreto en Luis Carlos, de Francia, conocido bajo el nombre de Luis XVII fue raptado en su prisión en el Temple, el 5 de Junio de 1.795. Un niño mudo, Joseph Gonnhaut, hijo de un jardinero de Versalles, le sustituyó, muriendo tres días después, el 8 de Junio de 1.795 (20 de Prairial Año III).

El doctor Default, comisionado para extender el certificado de defunción, rehusó reconocer al Delfín en el cuerpo que le fue presentado. A causa de ello, fue envenenado algunos días después por cómplices de Fouché, quien estaba perfectamente al corriente de la operación, si bien no había participado en ella.

Cambacérès sabía mucho sobre el asunto. Bonaparte también, ya que su esposa, Josefina de Beauharnais, la futura Emperatriz, había tenido una actuación sobresaliente en el rapto.

Esta operación había sido realizada entre otros, por Monsieur de Frotté y por un tal Ojardías, emisario del Príncipe de Condé, Cadoudal, que estaba en París.

Ambos se habían ganado la complicidad del famoso zapatero-carcelero Simón, arrepentido no obstante algún tiempo después. La viuda de este, lo confesó varias veces a las hermanas del Hospicio de Incurables (calle de Sèvres en París), donde murió el 10 de Junio de 1.819. Como muchos otros, mentía cuando dijo que la operación se había desarrollado en la época de su traslado del Temple. Con el mismo fin – y para embarullar las pistas- Madame, Duquesa de Angulema y hermana del Delfín, escribía que el rapto había tenido lugar el 19 de Enero de 1.794.

Desde su rapto hasta su muerte, Luis XVII vivió bajo el nombre de Kerjean en Kerléano (Bretaña). Fue atendido por el doctor Anselmo Catheron.

Nacido el 27 de Marzo de 1.785 en Versalles (habiendo por tanto sido concebido en 1.784, 666 años atrás la fundación de la Orden del Temple en 1.118), el Delfín murió a la edad de 17 años el 29 de Mayo de 1.802, de una tisis, (repercusión sobre el plano del cuerpo, de una enfermedad específica del alma, contraída durante su cautividad). No dejó descendencia. Es decir, que el tristemente célebre Naundorff, solo fue un impostor. Antes de exhalar el último suspiro, el Delfín dijo: “Yo volveré para reinar...”. Fue enterrado en Plouhinec cerca de Auray. Los últimos vestigios de su anónima y humilde tumba han desaparecido por desgracia.

Nacido vendeano, Clémenceau, el “Tigre”, dijo un día: “Si la vérité était connue sur l’affaire Louis XVII, ça f... trait la république par terre”. Las repúblicas tienen por el contrario la piel dura, y son suficientemente mayores para caerse solas.

¿Quién era entonces verdaderamente Luís XVII? ¿Por qué caminos apareció en la Revolución? ¿Qué papel tenía (más allá de las apariencias históricas)? Esto será objeto de ulteriores revelaciones que pertenece a nuestra Orden hacer, no siendo todavía oportuno el momento actual. La Orden no ignora que cierta familia posee aún en nuestros días, documentos que establecerán si es preciso, las circunstancias de la muerte del infortunado Luis XVII.

NAPOLEÓN

Napoleón, desde los tiempos en que no se llamaba más que Bounaparte, fue el hombre del Destino. Su predestinación supo afirmarse extrayendo ventajas de los acontecimientos.

Había estado al corriente por Josefina de Beauharnais, su futura esposa, en esa época miembro influyente de la masonería femenina, de la sustitución del Delfín en el Temple.

Cuando Luís XVII se encontró en la imposibilidad de asumir el papel de Gran Monarca que le había sido predestinado conforme al Gran Designio, Napoleón, como “pieza de recambio”, retoma (conscientemente o no) el proyecto por su propia cuenta e intenta efectuar personalmente la sustitución. Según toda evidencia, no lo hizo sin que la Providencia le ayudara; los mismos clichés se repiten a lo largo de toda la Historia.

Pero no siendo realmente venidos los tiempos, no habiendo sido cumplido el primer esquema, la tentativa de Napoleón no podía ser más que una copia de reemplazo, un bemol. Pero el bemol no es la justa nota fundamental.

De todas formas, lo mismo que el saldo del designio templario medieval había servido para fijar la unidad del reino de Francia, para la futura misión de este país, Napoleón iba a marcar por siglos a su país y a Europa con estructuras políticas y jurídicas sobre las cuales todavía viven.

Ciertamente se puede deplorar su inspiración romana, completamente sobrepasada hoy día. Pero no constituyen menos un paso importante hacia la lejana pero necesaria unión de las naciones del continente en el tiempo último, cuando aparecerán “El Gran Papa asistido por un Gran Rey” (El Gran Monarca, designado bajo el nombre de Henri) anunciados por Michel de Nostre-Dame (Nostradamus) en sus Centurias.

Sin embargo, Napoleón hubiera podido en su tiempo hacer a la escala de Europa, lo que había fallado hacer Felipe el Hermoso.

Si en lugar de tratar con las dinastías a las que deseaba dominar, hubiera instaurado la sinarquía de los pueblos conquistados, se hubiera asegurado el más formidable, el más pacífico, el más feliz, el más duradero imperio, no para él mismo (como fue por desgracia el caso), sino para la sola Gloria de Dios. Del mismo golpe hubiera derribado las prevenciones inglesas, ya que habría revivificado el esbozado designio de Enrique IV y de Isabel. Por otra parte, se habría aproximado en este sentido a los mismos que habían inspirado el proyecto primitivo de la Revolución francesa que perseguían los ocultos adeptos de la tradición templaria.

Todo aconteció de otra forma por culpa del orgullo de Napoleón, de su gusto por las batallas, pero también por el egoísmo destructor de los ingleses y la antigua dimisión de la Iglesia Romana.

¿No es extraño que por otro armónico singular, su hijo, también nacido de austriaca, se extinguiera del mismo mal que Luis XVII, después de sufrir una suerte de cautividad?

Caído en el autocratismo, Napoleón sucumbe al mismo pecado de los Reyes a los que quería reemplazar, confundiendo la Autoridad con el Poder. ¿No iba incluso a encubrir la mascarada “pseudo templaria” del inenarrable Fabr -Palaprat? No siendo realmente venidos los tiempos, nada podía encontrarse allí más que la farsa y la parodia.

También Napoleón juega al simulacro templario.

Muchos han reprochado al Emperador la sangre que hizo correr. Las feudalidades aristocráticas y políticas de Europa tenían más que él, la responsabilidad del engranaje guerrero en el que le arrinconaron. Su genio militar hizo el resto. Por lo menos obligaba a los pueblos a comportarse más allá de ellos mismos, y en el exacerbamiento de sus nacionalismos, a presentir paradójicamente el soplo del Gran Designio.

Pero por haber querido subir demasiado alto con solo sus fuerzas, iba a consagrar la república de las cortes y de los potentados, tras la que iba a crecer la internacional de las feudalidades del dinero.

LA MISIÓN ACTUAL DE LA ORDEN DEL TEMPLE

LOS FINES ACTUALES

¿Cuáles son los fines de la Orden del Temple, expresada en nuestros días bajo la forma de la Orden Soberana del Temple de Cristo, y en qué medida conciernen al presente mundo?

Estos fines son en números de siete y entre los principales puntos abordados, encontraremos cierto número de temas de acción que ya hemos examinado.

1. Restablecer en el mundo la exacta noción de Autoridad y de Poder.

La confusión entre estas dos nociones y la subsiguiente inversión, han dado desde 1.307, los amargos frutos que se pueden constatar en la evolución de los pueblos y las naciones¹.

2. Afirmar la preeminencia de lo espiritual sobre lo temporal.

La Creación procede de lo alto y no de abajo. Por lo tanto, la materia no puede encaminarse hacia sus finalidades, más que si es guiada por el Espíritu del que la Autoridad es la expresión responsable. Por haber desatendido esta jerarquía fundamental, las sociedades humanas mutuamente se desgarran y corren a su pérdida.

3. Devolver al hombre la conciencia de su dignidad.

Creado a imagen de Dios, pero envilecido por la caída, el hombre, cada vez más poseído por sus instintos, regresa en nuestros días a la animalidad, arrastrando con él la parcela divina que le habita. Si de otra forma fuera, otro uso haría de él mismo y de sus realizaciones técnicas y científicas.

4. Ayudar a la humanidad en su pasaje

Como en los antiguos textos, es preciso aquí entender “pasaje” en el sentido de “Pasión”, pruebas y sufrimientos, repetición del Gólgota o del martirio de la Orden.

Después de uno, varios, después todos...

Artífice de su propia pérdida, nuestra humanidad, por haber acumulado graves errores y por perseverar en ellos, corre actualmente a la hecatombe más fratricida de su historia aniquilándose en gran parte y precediendo por poco tiempo al fin del Ciclo señalado por los cataclismos que Daniel, Ezequiel, Isaías y San Juan, entre otros, han anunciado.

5. Participar en la Asunción de la Tierra sobre los tres planos: cuerpo, alma y espíritu

Aunque demasiados hombres no quieren admitir más que el primer plano, rechazando a las hipótesis los otros dos, todos son solidarios de la alquimia total del ser viviente que constituye el planeta que les lleva, que provee a la sustancia de sus cuerpos y que sirve de soporte a su evolución.

Como María, glorificada en su Hijo, la Tierra debe acceder, en su propia substancia, a un nivel más noble y espiritualizado. En la medida en que el hombre la contamina sobre los tres planos, la condena, y a él mismo con ella.

¹ Ver “Autoridad y Poder”

6. Contribuir a la unidad de las Iglesias. Actuar para la reunión Cristiandad-Islam

El mismo símbolo de la Cruz indica su universalidad, el triunfo del Cristo, por su sacrificio sublimatorio, sobre la dispersión. En El y sobre ella se resume la unidad de las iglesias, asambleas de los fieles, miembros de su Cuerpo místico.

Por otra parte, desde Abraham, Isaac e Ismael, las dos ramas de la revelación de Melquisedec (sucesivamente reanudadas por Moisés, los esenios, el Cenáculo de los Apóstoles, Mohammed, los Caballeros de la Tabla Redonda y la Orden del Temple medieval) tienen, en la Cristiandad y el Islam complementarios, una misión común que cumplir, en la perspectiva paraclética, sin que sin embargo ninguno apostate de su fe, siendo para todos el mismo Dios, cualesquiera que sean las fórmulas teológicas respectivas.

7. Preparar el Retorno del Cristo en gloria solar.

Es evidente que los seis primeros fines de la Orden, concurren para cumplir el séptimo y que este Retorno del Cristo en gloria solar, este “Christus Víctor”, es en verdad el que está anunciado en las Escrituras; es decir, no encarnado en un hombre, sino revestido de una forma corporal de diferente naturaleza, un cuerpo glorioso, simultáneamente visible a los ojos de todos y parecido al aspecto bajo el que se manifestó después de la Resurrección.

LA VÍA TEMPLARIA

En suma, podría decirse de nuestra línea de acción, que se trata, poco más o menos, de continuar la obra emprendida por Juan XXIII y por todos aquellos, ilustres o no, que le siguieron en esta vía de universalismo templario.

Pero entonces – se nos podría objetar - ¿por qué crear otra fuerza espiritual en lugar de adherirse a las que ya existen? ¿No hay ya suficientes Iglesias?

Nosotros respondemos a estas objeciones que la Orden Soberana del Temple de Cristo, no es una nueva religión, y que no intenta dispersar las fuerzas existentes, sino por el contrario unir las.

La Iglesia de Pedro permanece siempre viva y es la Iglesia del Cristo. Nosotros lo afirmamos y nosotros la reconocemos en la persona del Soberano Pontífice, Vicario de Jesús-Cristo. Aunque algunas de sus formas de actuar sean discutibles, es preciso comprender bien que no se trata de echar el navío a pique – ya amenazado por las tempestades del cisma - con la vana esperanza de reconstruir otro, en el momento en que la humanidad ya carece del tiempo suficiente. ¡Las fechas están aquí!

El Temple quiere ser la unidad, el punto de convergencia de todas las Iglesias crísticas, de todas las fuerzas mariales dispersas por el mundo. Y el Temple tiene la fuerza; tiene los medios y tiene la voluntad; finalmente, no sólo tiene el derecho, sino también el deber.

El Temple reunirá a los miembros dispersos de la Iglesia universal del Espíritu Santo, porque es el “neutro” activo, el alfa y el omega de esta aventura humana, a la vez grandiosa e irrisoria, porque ha venido en cada pasaje de la humanidad, a vivir la “pasión” de la Tierra en sus sucesivas mutaciones. Tendrá éxito porque la Orden no quiere nada para ella, sino todo para la Gloria de Dios, y una vez restaurada esta unidad, finalizada su misión, se retirará como siempre lo ha hecho, no para ser espectadores indiferentes, sino para vivir cruelmente este último pasaje del Ciclo que será, no lo dudemos el holocausto de toda la humanidad.

LA REVELACIÓN

Por otra parte, ciertas imágenes particularmente impresionantes de nuestra vida de cada día nos dejan prever, tras muchas tribulaciones, un verdadero diluvio de fuego. Tal será por consiguiente, si es preciso creer a los antiguos Profetas, la forma de destrucción que el hombre debe sufrir para llegar, al fin purificado en el correcto sentido del término, a ese porvenir de luz donde todas las cosas serán hechas nuevas.

Solamente tras mil aventuras de todas clases, aparecerá finalmente el Grial; pero su venida está ahora próxima y la Enseñanza nos hace saber que a fin de cuentas, la “Búsqueda” del hombre contemporáneo, es una historia que acaba bien.

En su Resurgimiento, el Templo Soberano y Solar está por lo tanto aquí, para hablarnos de fuego y de luz y para poner en guardia contra la peor de las faltas que podría ser cometida y que sería verdaderamente el Pecado contra el Espíritu: confundir el fuego de los hombres, el del átomo, con la Luz de Dios, ¡la del Verbo!

EL RESURGIMIENTO

Ahora, si nos preguntan por qué afirmamos que el Resurgimiento del Templo debe tener lugar en Francia mejor que en otro país más nuevo, de dinamismo material más evidente, o en una región más rica en tradiciones bíblicas, responderemos sin ningún complejo ni manifestación de patriotería, que nuestra nación está consagrada a Nuestra Señora, anunciadora de la Era de la Virgen (Virgo) – y no de la Era del Acuario¹.

Para los “adeptos”, Francia es el país elegido por Dios y los Templarios ¡saben lo que dicen quienes esto afirman! Francia también es el Gallo que anuncia la aurora del nuevo Día, el del Retorno del Cristo. No olvidemos que sobre nuestra tierra hexagonal, tuvo lugar el segundo Gólgota del Martirio de nuestros hermanos, holocausto que imanta y fecunda la nación de Juana de Lorena, de Juana de Gaille.

Esta actitud fundamental es un paso importante para la comprensión de la mentalidad templaria. Para nosotros, la noción de línea histórica, de transmisiones subterráneas, de continuaciones secretas yendo de Jacques de Molay hasta nuestra época, de sucesión en una palabra, ¡es sin interés!

Nosotros los hermanos del Templo actual, pensamos únicamente que nuestra Orden está hecha a imagen de Jesús-Cristo del cual es su Milicia, y que rinde testimonio por la grandeza de sus fines, por la eficacia de su acción, por el rigor de su comportamiento. Digámoslo claramente: poco nos importa el saber lo que ha sucedido ocultamente entre 1.307 y 1.973, y consideramos este período como la inevitable consecuencia de los trágicos errores que fueron cometidos a principios del siglo XIV, el cual vio la caída de la realeza, el debilitamiento de la Iglesia, la pérdida de todo comportamiento caballeresco, el triunfo del dinero, la marejada de la sexualidad y de las falsas ciencias humanas, como el psicoanálisis por ejemplo. Los alquimistas llamarían a este entreacto tumultuoso y sangriento: ¡la “noche de los cuervos”!

¹ Ver “Era de la Virgen”.

LA NOCHE DE LOS CUERVOS

Durante estos seiscientos sesenta y seis apocalípticos años, el Temple en sus estructuras manifestadas, estaba en sueño, totalmente en sueño y, lo afirmamos solemnemente, existe un paréntesis absoluto entre Jacques de Molay, vigésimo segundo Gran Maestro de la Orden del Temple y el vigésimo tercio, que preside desde hace algunos años a los destinados de la Orden Soberana del Temple de Cristo.

Quienes piensen que una transmisión “auténtica”, pasando por Larménus o por otros, haya permitido unir al pasado con el presente en una acción continua, se equivocan si lo creen o nos engañan si lo afirman.

¡Vayamos más lejos! Dos años después del martirio del Maestro Jacques, es decir en 1.316, vemos al Papa Juan XXII suceder al débil Clemente V. Ahora bien; es significativo constatar que la Orden moderna resurge esotéricamente el 12 de Junio de 1.952, sólo algunos años antes de que suba al Trono de Roma el sucesor de Pío XII, Juan XXIII. Todo parece acontecer como si un salto “alquímico” hubiera permitido franquear iniciáticamente el espacio que separaba a Juan XXII, el último Papa que se confesaba “adepto”, de Juan XXIII, el primer Papa de nuestro tiempo a quien se le llamaba “iniciado”, y que justamente pertenecía a la línea espiritual de su ilustre predecesor de más allá de los siglos: Juan XXII.

Por otra parte, pocos años después de la desaparición de Juan XXIII, la Orden Soberana del Temple de Cristo reunía, durante la celebración de San Juan Bautista de 1.966, el Cónclave que elegía al sucesor integral de Jacques de Molay, convirtiéndose así en el vigésimo tercer Gran Maestro de la Orden, poseedor y portador del Gran Cordón y de la Cruz del Temple.

Y este vigésimo tercer Gran Maestro tenía por nombre, ¡JUAN!

Aún a riesgo de repetirnos, confirmamos que ninguna estructura templaria organizada ha subsistido en el transcurso de este interregno de seiscientos sesenta y seis años. Esto no quiere decir que algunos iniciados o incluso algunos adeptos no hayan conservado el espíritu de la Orden, o que sociedades del “deber” no hayan guardado celosamente las tradiciones “compañónicas” emanantes del Temple; ¡bien al contrario! En todos los tiempos, una visión más profunda de las cosas ha sido el patrimonio de los grupos de “investigaciones y aplicaciones”; y en este campo, pensamos muy especialmente en la Franc-Maçonnerie, cuyo principio está salido directamente de las Logias templarias de la Edad Media, aunque después se haya adulterado.

EL TEMPLARIO ACTUAL

“¿Pero quién es este templario, y cómo se define en su espíritu, en su corazón, en su vida cotidiana?”

Para nosotros, es Templario todo hombre de buena voluntad que manifiesta concretamente su fe crística, consciente o no, sobre los tres planos del espíritu, del alma y del cuerpo. Puede estar aislado o vivir en comunidad; poco importa. El Temple es ante todo, ya lo hemos dicho, un estado de espíritu, y los hay que actualmente se han adherido a la Orden como miembros activos, los que se adherirán, y también hay los que nunca figurarán en las listas de efectivos oficiales, pero que no serán menos útiles y fervientes.

Desde Dante hasta Charles de Gaulle, sería demasiado larga la enumeración de todos los que por su fe, su actitud ante los graves problemas de la vida pública o privada, o por sus sacrificios, han mantenido individualmente la noción de caballería templaria.

Desde este momento podemos declarar que un gran número de religiones, de movimientos espiritualistas o sociales, de gobiernos, etc., existen Templarios, agrupados o no, conociéndose o ignorándose, pero que actúan más allá de toda noción de interés personal practicando ese “NON NOBIS”, esa renuncia, a fin de que se cumpla correctamente la misión de la Orden del Temple sobre esta Tierra que Dios nos ha dado.

Debemos volver, ya que es esencial, sobre lo que pensamos de los “pergaminos” que autentificarían una transmisión histórica ¡que no existe!

No se reconstruye un mundo con documentos históricos, y las piedras viejas hacen olvidar demasiado fácilmente, que en verdad no hay más que una sola “obra maestra” en peligro: ¡el Hombre! Todo lo demás es mascarada y satanismo...

Hace falta abandonar todo para ponerse al servicio del Hombre en su Pasión, en su Pasaje, ya que el problema no es determinar si el pasado autoriza al presente, sino saber si este presente, demasiado presente, no nos impedirá construir el indispensable puente entre las dos riberas de estos dos Ciclos que, inexorable y trágicamente se aproximan, anunciando la unión o la colisión universal.

EL CRISTO SOLAR

La base de nuestra fe, nuestra íntima convicción, es que la Orden del Temple triunfará, como ya triunfó su Maestro el Cristo. Es algo necesario, incluso y sobre todo si Dios, en Su Bondad infinita, ha querido prolongar la duración de una experiencia que en la Edad Media, parecía definitivamente arriesgada.

En cuanto a nosotros, estamos persuadidos de que no estará perdido todo, y que lo mejor del hombre se desembarazará de la ganga del materialismo antes del Apocalipsis final. Volveremos a encontrar el camino del Señor y la voz de Juan el Bautista; la que grita en la negra noche y que convoca las Místicas Bodas, al Festín del Grial. ¡El Temple irá hasta el fin de su misión, con o sin nosotros, a pesar de lo que algunos piensen, hagan o digan!

No olvidemos que otros hombres y otras mujeres esperan, frecuentemente con ansiedad, siempre con impaciencia, que la Orden se exprese, que se muestre, que se haga reconocer por las Iglesias. Entonces podrán adherirse totalmente, para fundirse a continuación en ella y así colmar la esperanza de su fe profunda.

Que estos se tranquilicen. La Orden Soberana del Temple de Cristo perseverará hasta el definitivo cumplimiento de su apostolado, ya que Dios no puede olvidar la fidelidad de los que libremente se han autodenominado: los “Pobres Soldados del Cristo”...

EL MENSAJE BÍBLICO DEL PAN “NUTRIR Y UNIR”

“Yo soy el pan de Vida... Tomad y comed de él”.

La aventura humana se lee en las páginas de la Biblia, tan pronto incendiada con los resplandores del drama, tan pronto coloreada con los más delicados tintes de la poesía íntima, pero siempre estremecida de vida y de pasión.

Este “Libro” por excelencia no puede dejar indiferente a nadie. Víctor Hugo, quien lo había colocado sobre su mesa de trabajo y del cual tan frecuentemente se inspiró, lo llamaba con razón: El Libro de la Humanidad. Hojeémoslo para encontrar en algunos pasajes conocidos la ilustración a la vez mística y realista del eminente papel de nuestro alimento de base: El Pan.

Desde la espada del Ángel, guardián del Edén, en las primeras páginas del GÉNESIS, hasta la frugal comida de Meaux, tan bien reflejada por Rembrandt, los dos Testamentos bullen de citas en las que es evocado el Pan: pan frecuentemente material en el Antiguo Testamento – pan espiritual en el Nuevo.

Efectivamente, todo comienza tras la caída original, por esta condena que resuena todavía en nuestros oídos: “Comerás el pan con el sudor de tu frente”. De esta fuente punitiva surge el castigo de los hombres, del cual el progreso lentamente adquirido, intenta en nuestra época, ahogar las razones fundamentales. Por desgracia la angustia del pan subsiste, ¡sobre todo cuando se sabe que los dos tercios de la humanidad, en pleno siglo XX, no comen suficientemente! ¡Pasemos sobre ello! ...y volvámonos hacia la gran figura del patriarca hebreo, Abraham, el tronco común del mundo judío y del mundo árabe. Y con él, la famosa geografía de la “Media Luna Fértil”, que aparece con ese altorrelieve del que los recientes acontecimientos han reavivado en la actualidad. Ayer tierras de trigo, hoy subsuelo de petróleo, estos dos picos formados por los valles del Tigris y del Éufrates por una parte, y por los del Oronte y del Jordán por la otra, se unen en Karkémish, paraje del Destino.

Abraham es el lento peregrino que pasa de Mesopotamia a Canaán con todo el porvenir de su raza, traqueteando sin cesar entre esos dos polos de atracción, que separa el desierto lúgubre del nomadismo.

Seguro al fin del lugar de su avecindamiento, Abraham encuentra en Salem al rey-sacerdote de la Ciudad: Melquisedec, quien le ofrece el Pan y el Vino en señal de hospitalidad. Se ha querido ver en esta escena una especie de anticipación y prefiguración del sacrificio eucarístico que se sustenta sobre los mismos elementos.

Pero en Canaán el trigo no crece más que en las llanuras, tan raras y tan estrechamente circundadas de áridas colinas. Cuando crece el pueblo israelita o acontece una calamidad, es preciso volverse hacia el fecundo valle del Nilo; y las caravanas se ponen en marcha a la búsqueda del precioso cereal.

El papel de José encuentra aquí su gran alcance económico. Este muchacho lleno de talento a quien Jacob quiere con predilección y del que están envidiosos sus hermanos, se convertirá bajo uno de los Faraones Hicsos, en Intendente General de los graneros de Egipto, uno de los más altos cargos de un Reino en el que el régimen colectivista era la regla.

Supo abastecer oportunamente los silos faraónicos, atraer sin sombra de rencor a su familia, y establecerla en el feliz sector de Gessen, donde el pueblo de los Hebreos prolifera tanto y tan bien que inquieta seriamente al Gobierno egipcio de la época, resuelto a reducirle a la esclavitud, e incluso exterminarle.

Entonces aparece un hombre fuera de serie: Moisés, o mejor: Moschê, la figura más poderosa de la Biblia, erudito, diplomático, guerrero, liberador, moralista, legislador, en una palabra, gran conductor de pueblos. Se conoce su historia que nos relata el ÉXODO y la forma por la que hizo subsistir a sus tribus errantes por el desierto del Sinaí gracias al maná, “el Pan del desierto”.

Mucho se ha comentado desde Harnack, Strauss y Renan sobre la exacta naturaleza de esta nutritiva sustancia. Materia sólida y azucarada que exuda de ciertas esencias espinosas, o ligeras eflorescencias de una especie de mimosas desérticas, poco importa. Lo que cuenta es lo que nos explica el LIBRO DE LA SABIDURÍA; que el maná tenía todos los gustos y todos los sabores y todas las capacidades nutritivas. Es por tanto símbolo absoluto del pan, tan rico en virtudes alimentarias y que los diversos procesos de fabricación pueden cambiar y adornar de tantas maneras. Y he aquí ya planteado el problema del pan completo y del pan que agrada.

A este período de la historia judía se remontan las costumbres de la Pascua, fiesta destinada a recordar la precipitada salida de Egipto. Conviene resaltar este rasgo curioso de la antigua panificación. Los hebreos hacían fermentar su masa muy lentamente, en pequeñas cestas que colocaban por las noches en las ventanas. Estando obligados a huir durante la noche, no tuvieron por tanto tiempo suficiente para que su pan se “hiciera” convenientemente, y ese día lo consumieron sin levadura, o sea, “ácimo”. De esta forma se mantiene la costumbre de comer el pan ácimo para celebrar la Pascua, como lo hicieron sus antepasados. Incluso le fue dado el nombre a esta solemnidad de “Día de los Ácimos”. Pasemos sobre los siglos. David, el asombroso aventurero que de jefecillo de banda se convertirá en Rey de Israel, está todavía en el comienzo de sus altercados con Saúl. Evitando los ataques de cólera y las crisis asesinas del primer monarca judío, cierto día se refugia en el Templo de Yaweh, asilo infranqueable para la fuerza armada. Atenazados por el hambre, él y sus compañeros, contemplan con apetito los panes de proposición que se hallan en la mesa de las ofrendas. Solicitan al sacerdote de servicio el favor de dejárselos comer. Les es respondido que pueden hacerlo a condición de estar puros. Y de esta forma se nutren con los panes de Yaweh, con los panes sagrados, en virtud de la Ley de la necesidad y en razón del estado de pureza en que se hallaban. ¡Cuántas lecciones, cuántos nobles comentarios podrían extraerse de esta página!

EL PRIMER LIBRO DE LOS REYES nos recuerda, en los tiempos de Acab y de Jezabel, las dolorosas peripecias de la vida del profeta Elías. Huyendo hacia las zonas desérticas corre gran peligro de morir de hambre. En esa tesitura, un ángel le lleva pan cocido bajo la ceniza - ¡he aquí algo para encantar a nuestros modernos dietéticos que sueñan con volver al grosero pan de los tiempos bíblicos!

Otro episodio lleno de rústico encanto: la recepción en casa de la viuda de Sarepta. La pobre mujer se mete en gastos para hacer honor al Hombre de Dios que ha salvado a su hijo. Amasa para él un pan de elección, con aceite, lo que debe ser una especie de pastelería primitiva. Notemos que tanto más mérito tenía, cuanto la miseria assolaba el país, y que por gracia del Elegido se multiplicó en su horno ese día la materia prima.

Tres siglos después, cuando Jerusalem sufría el terrible sitio del déspota caldeo Nabucodonosor, Jeremías, que había previsto y debía deplorar el acontecimiento, erraba famélico y lamentable por los barrios de los panaderos. El Rey hizo una excepción en su honor de la rígida reglamentación de las restricciones ordenadas, y permitió al profeta sobrevivir comiendo pan.

Daniel, el héroe de la Cautividad de Babilonia, fue similarmente salvado por el pan que le dio el profeta Abacuc.

∴

El Antiguo Testamento está lleno de esta poesía del TRIGO, de esta misión y de este mensaje del PAN, íntimamente mezclado con la historia del pueblo elegido. Sin embargo, para concluir con una nota de idilio campestre, reflejemos al famoso episodio del que Víctor Hugo extrajo una de sus más bellas páginas: “Booz dormido”. Ruth espigaba en los campos de Booz. Y fue el comienzo de un exquisito poema de amor en donde, caída la noche sobre la campiña de Judea, los segadores se preguntaban mirando al Cielo, quién había depositado “Esta hoz de oro en el canto de las estrellas”.

∴

En los versículos del NUEVO TESTAMENTO, el Pan y el Trigo van a reafirmar toda su resonancia mística y su sentido vital redentor.

Es conocida la parábola del sembrador: esos granos caídos en buena tierra que producen el uno treinta, el otro sesenta, el otro ciento por uno. Esta simiente es la palabra de Dios: comparación aduladora para el trigo.

Se recuerda la anécdota de los discípulos frotando las espigas entre sus manos para roerlas atravesando los campos de Galilea.

Se sabe lo que fue la multiplicación de los panes. La escena transcurre en el lago Tiberíades. Una abigarrada multitud ha seguido al Cristo, quien para escapar a la sofocación de esta muchedumbre entusiasta e indiscreta, cruza el lago hasta la opuesta orilla. No hay nada que hacer; allí están al desembarcar. Hace falta alimentarles y se hallan lejos de los poblados donde podrían encontrarse suficientes vituallas. Según Felipe “Doscientos denarios de pan no serán suficientes para que cada uno tenga un bocado”. Andrés hace notar entonces que un joven lleva en sus alforjas dos pececillos y cinco panes de cebada. Jesús hace que se los lleven y los apóstoles los distribuyen. Ahora bien: hay para todos y sobra suficiente como para llenar doce canastas. A la vista de tal prodigio, el pueblo judío que tiene el espíritu práctico, quiere apoderarse de Jesús- Cristo y hacerle su Rey. Entonces ÉL les deja y se retira solo a la montaña.

Poco después, ampliando el tema precedente que está en todas las memorias, pronuncia el célebre “Sermón sobre el Pan de Vida”, que nos ha conservado san Juan en el capítulo VI de su Evangelio. Es el centro de la gravitación cristiana. Quien lo suscribe es cristiano. Quien lo rechaza no lo es.

A penas acabó de hablar de estas cosas que todos estimaban como falta de realismo, le abandonaron murmurando: “¡Está loco! ¡Lo que dice es impensable!” Solo los doce dudaban. El les mira y les pregunta: “¿Vosotros también vais a abandonarme?”

¿Qué había dicho tan extraño por consiguiente? Simplemente estas dos proposiciones, enormes en efecto: “Yo soy el Pan de Vida” y “Mi carne es ese pan”.

He aquí por tanto, al Pan situado en el centro del misterio cristiano como una realidad muy difícil de admitir y que requiere un acto de fe, sin la cual la razón recupera sus derechos e ironiza a su gusto.

Observemos silencio durante la consagración ante un hecho tan insólito. Los no creyentes respetan en general esta fe cuando es total y sincera, ya que la fe también es un hecho.

La tarde de aquel día memorable, y el día siguiente, traicionado vendido, escarnecido, negado, martirizado, condenado, Jesús es reducido al estado de sangriento andrajo humano y subido al patíbulo de los esclavos para agonizar durante tres horas.

Después de la Pascua de Resurrección, se hace reconocer por el símbolo del Pan. Dos discípulos, decepcionados y desesperados tras estas atroces escenas, vuelven al villorrio de Emmaús, donde residen. Él camina con ellos y entra en su casa para comer. Tomando un pan, lo parte y se lo tiende. Con este gesto del fraccionamiento del pan, ellos le reconocen.

Así aparece este doble simbolismo del Pan, que es el NUTRIR y el UNIR, ya que los hombres deben repartirlo y compartirlo. Esta comunión material de todos nuestros hermanos en el Pan, llama a la sociedad de los convidados alrededor de una misma mesa, en la unidad de la misma comida, tomada en pleno clima de cordialidad y de euforia, digamos: en estado de gracia.

Cerramos el Libro que acabamos de recorrer apresuradamente saltando muchas páginas. Confesemos que en más de un lugar, exhala un sabroso olor a pan. Fue escrito, transmitido y perpetuado a las orillas del Mediterráneo, que es el Lugar económico de las tierras del trigo y el maravilloso crisol de la Civilización del Pan.

En su mensaje a los hombres, el Creador que se lo da para mantenerse en la vida, no podía hacer menos que tomar lo que considera como su obra maestra para propagar su palabra, e incluso para llegar hasta transformarlo en El, en su designio de cohabitar con ellos.

Y puesto que era preciso que todo sucediese con arreglo a su plan, era muy conveniente que Aquel a quien se reconocía por el fraccionamiento del pan, Aquel que pronunciaba sus parábolas en medio de los segadores, Aquel que se iba a identificar con el Pan, naciese, una helada tarde de invierno en el pueblo que tenía por nombre predestinado, Bethleem, lo que quiere decir en hebreo: La Casa del Pan.

EL OFICIO RELIGIOSO DE LA ORDEN SOBERANA DEL TEMPLO DE CRISTO

El oficio religioso reúne y expresa todos los elementos de la doctrina templaria en materia de fe. Asimismo es el lugar de encuentro y de comunión de todos los que confiesan el amor de Dios visiblemente manifestado a los hombres en Jesús-Cristo, hijo de María, verdadero Dios, verdadero hombre.

Presentar el oficio templario en el primer volumen de esta obra, no significa aumentar aún más la confusión espiritual nacida de los movimientos ecuménicos de la postguerra. Es recordar simplemente que el católico, el protestante, el ortodoxo, el musulmán, poseen en común las bases de una piedad y de una fe comunes, no por razón de una postura sentimental, sino por un retorno a las fuentes de la verdadera religión tal como se manifestó en particular entre los esenios, antes y durante el ministerio de Jesús.

La Orden del Temple se ha situado desde siempre en la intersección de la Gracia y de la Creación. Es fundamentalmente la Orden de la Encarnación; y la teología templaria no tiene otro fin que el de subrayar y manifestar la historia de la Tierra santificada por la sangre de Cristo. Por esta razón, el oficio está en el centro de la vida del Temple con ocasión de las grandes fiestas – o Pasajes -¹ y naturalmente el domingo, en comunión con todos los cristianos.

En la presentación del oficio templario se observarán numerosas referencias a la misa eucarística. De hecho existe un lazo entre una y otro, lo mismo que las palabras de consagración pronunciadas por el oficiante templario, recordarán a algunos las olvidadas querellas entre luteranos y zwinglianos. Pero en esa circunstancia, se tratará de demostrar que el oficio, teniendo su lugar en el centro de todas las confesiones, no pertenece a ninguna y no puede ser considerado como un sacramento de substitución en el marco de una Iglesia nueva y sin raíces.

La nueva - Iglesia de Santiago como algunos la llaman - o Iglesia de la Tercera Alianza, no puede ser más que el resultado, el término, el desarrollo completo de la Iglesia histórica del Cristo. A este respecto, nosotros creemos que la Iglesia católica ha recibido, desde los primeros días de su existencia, los depósitos espirituales que la aventura humana, las creaciones dogmáticas fosilizadas y todo el fárrago de una piedad demagógica han podido disimular al pueblo cristiano sin poder destruirlos. La Reforma, primero luterana, después calvinista, tuvo su razón de ser y ha proseguido su misión hasta nuestros días de puestas en duda y tomas de conciencia, de las que la Iglesia católica ha sabido extraer el mejor provecho. Llega el día en el cual, por la fuerza de las cosas y según la ley de las convergencias hacia el espíritu, la Iglesia de Pedro, habiendo reencontrado su origen universal y universalista, reunirá en el nombre y por el amor del Cristo, a los dispersos hijos de la eterna Jerusalem. Hacia esta corriente vital, contra la cual nada pueden ni la carne ni la sangre, participa el OFICIO RELIGIOSO DE LA ORDEN SOBERANA DEL TEMPLO DE CRISTO.

He aquí, amigo lector, el por qué no encontrarás en este texto ni polémica ni controversia. Sobre este sagrado terreno de nuestro oficio, nosotros te invitamos a seguirnos con amor. Todo lo más, te pediremos, si estás de acuerdo, que lo hagas con perfecta libertad de espíritu, sin prejuicios ni desconfianzas, como debe ser entre personas que se dedican a la misma búsqueda, en la marcha tan pronto diferente, tan pronto común, hacia la adoración de la sangre crística, fuente de toda vida, de toda paz, de todo amor.

¹ Ver *“Fiestas de la Orden” en “En Resumen”...*

CRIPTAS Y CAPILLAS TEMPLARIAS

La vida ritual de la Orden -y por tanto el oficio- se desarrolla habitualmente en santuarios, adheridos a una Encomienda e instalados en un lugar subterráneo, natural o artificial -grutas por ejemplo-: las criptas.

Si bien es cierto que en algunos momentos de la Historia la cripta servía de protección a los iniciados del Temple de la curiosidad o la agresividad de la Iglesia y del Rey, esta precaución se ha convertido en inútil por el instante. La celebración de los ritos en criptas, no tiene otro fin que el de alimentar la vida espiritual de la Orden con las energías del centro de la Tierra. En el seno de María, fecundada por el Espíritu, es donde ha sido formado el Hombre nuevo, el segundo Adán, el único capaz por su naturaleza, de reconciliar al ser humano con Dios. Es así, en el seno de la Tierra, donde nacen, crecen y se forman las generaciones de hombres regenerados por la toma de conciencia de su destino cósmico. Pero mientras no se revele por segunda vez a la luz del día, la Orden del Temple celebra por ahora sus oficios en las capillas para recibir a cualquiera, sincero y deseoso de orar, de hecho lo pide. Mañana, en nuestras criptas y en nuestras capillas, se apretujarán las ovejas cuyos pastores se extravián, para que sea curado, reconfortado, recogido, el cuerpo doloroso y desgarrado del Cristo.

RITUAL DEL OFICIO

Teóricamente, el oficio comprende cuatro grandes partes:

- I. La Confesión pública
- II. La Preparación
- III. El Sacramento y la Palabra
- IV. Las Oraciones.

I. LA CONFESIÓN

(El Diácono) “Hermanos míos, hermanas mías, que cada uno de nosotros, en los términos de la Confesión general de la Orden, confiese ahora sus propios pecados:

Yo me confieso a ti, Señor, rey del cielo y de la tierra, y lloro mis pecados sumiso y humillado en tu presencia.

Pues yo he pecado por orgullo, envidia, maledicencia, celos, odio, juramento, mentira.

He pecado por entusiasmo irrazonado o por prudencia timorata. He pecado por deseo violento de autoridad, de honor, de riqueza.

He pecado no siendo un administrador fiel, prudente y humilde de los bienes materiales y espirituales que me han sido confiados.

He pecado no amando a mi prójimo como yo he sido amado.

He pecado olvidando que mi enemigo es también hijo tuyo, y despreciándole en lugar de conducirlo por mi paciencia y por mi amor a reconocer que en Jesús-Cristo nada hay posible más que el perdón y el amor.

He pecado escuchando con indulgencia, a veces con placer, las llamadas de la sensualidad y las palabras de los impíos.

He pecado no solemnizando el día del descanso, no rezando cada día, profanando la casa de Dios con palabras ociosas o superfluas, no respetando los objetos del culto, recibiendo el pan y el vino consagrados sin darme cuenta de la presencia del Señor.

He pecado con todo mí ser, y ofendido de este modo la santidad de mi Señor, entristecido su amor.

Deploro todas estas faltas, me arrepiento; tengo una pena sincera de haberlas cometido, y me acuso ante ti Señor, a fin de que el enemigo no tenga alguna ventaja sobre mí; que él no pueda decir el día último que yo escondí mis faltas y que no me acusé en presencia del Señor. Que por el contrario, se regocijen en el cielo por el motivo de que yo he confesado mis faltas en tu presencia. Dame Padre Todopoderoso, inefable y santo, el perdón de mis ofensas, a fin de que pueda cumplir correctamente, delante de ti y delante de los hombres, esta misión que tú me has confiado en el Templo, para el servicio de la humanidad en su pasaje, para tu gloria. Amén”.

Esta confesión es dicha por el diácono - lo más frecuente la esposa del oficiante- cara al altar, en presencia de toda la Asamblea, la cual se asocia al texto por un “amén” dicho en común. Se relaciona con los “ritos de entrada” y representa una especie de demanda de purificación colectiva antes del acceso al sagrado.

En una época en la que el snobismo psicoanalítico intenta zapar las raíces de la religión borrando puramente -si podemos decirlo- y simplemente la noción de pecado, es de resaltar que la Orden del Temple recuerda con insistencia y repetidamente, que el hombre es, por naturaleza, un rey destronado, un separado de Dios, y que si permanece de pié -como el fariseo- es para mejor engañarle, orando (Lucas 18, 10-14). El mismo Freud nunca podrá nada contra la palabra del Cristo: “El que se ensalce será humillado, y el que se humille será ensalzado”. Nos parece igualmente importante el subrayar la intención de esta confesión pública: “Dame el perdón de mis ofensas a fin de que pueda cumplir correctamente, delante de ti y delante de los hombres, esta misión que tú me has confiado en el Templo, para el servicio de la Humanidad en su Pasaje...” En ningún momento la vida del Caballero, incluso sobre el plano espiritual, está animada por la sola preocupación de una santidad personal, que no conduciría a la redención global de la Creación. Es de la Tierra de donde ha nacido el soldado del Cristo; es sobre la Tierra donde recibe del Cielo su fe, sus fuerzas, su valor; es por la Tierra por quien combate, hasta que ésta, liberada del Dragón, en una gloriosa y definitiva ascensión, retorne a Dios preparada como una esposa que se ha engalanado para su esposo.

Ya lo hemos dicho, y volveremos sobre ello con frecuencia: la teología templaria es una teología de la Encarnación. En la enseñanza y en los ritos que de ella destilan, cada uno encuentra una clavija para que sea aplicada, a todos los niveles de la Creación, la regla del perdón y de la santificación por el amor.

II. LA PREPARACIÓN

Es el camino litúrgico hacia el sacramento. Comprende:

a) La incensada de las tres Cruces y del altar, lo que será desarrollado en el Tomo II de la presente obra.

b) La presentación por el oficiante a la Asamblea, de un lienzo blanco consagrado, rectangular, acompañada por estas palabras:

“Esto es el Cuerpo del Cristo”

Se trata del “sudario” que tal como la substancia universal -nuestra madre- lleva impresa en su íntimo misterio la continuidad de la vida del Mundo a través del tiempo: es la capa del caballero, de la cual los pliegues y fibras están cargados de la plenitud del depósito de la Tradición primordial, rica en permanente recuerdo de las alegrías y sufrimientos del pasado, así como del porvenir de los movimientos de la Humanidad en su permanente ascensión.

Es por lo tanto, plenamente, El Cristo en su cuerpo lo que saludan los caballeros desde la apertura del oficio: ellos reconocen su propio sufrimiento y la certeza de su glorioso destino; encuentran finalmente el recuerdo de su Misión; actuar para la evangelización de la Creación entera para que el Hombre sea UNO, para que la humanidad sea UNA, para que en Jesús-Cristo, Dios sea TODO en TODOS.

c) La presentación de la Biblia, abierta por el Evangelio según san Juan, acompañada por estas palabras:

“Esto es la Palabra”.

La afirmación es simple y no permite ningún equívoco. La Biblia es recibida y confesada por la Orden del Temple, como una revelación divinamente inspirada en testimonio de la directa intervención de Dios; es literalmente esta Palabra, perdida por el pecado original, velada por el orgullo que cierra el corazón y oscurece el espíritu del hombre en lucha contra sí mismo, progresivamente revelada al que confiesa que Jesús es el hijo de Dios, y que cree que Dios le resucitó de entre los muertos. La Palabra es el faro que ilumina, a través de vientos y tempestades, la fe y las obras del Caballero del Temple.

d) El Prólogo

“En el principio era el Verbo, y el Verbo era Dios. Dios era el Verbo y éste estaba en Dios.

Todas las cosas han sido hechas en Él y para Él. Fuera de Él nada se ha hecho. Cuanto se hacía en Él era Vida. Y la Vida era la Luz de los hombres. Y la Luz brilla en las tinieblas. Y las tinieblas no la han oscurecido.

Vino un hombre enviado desde cerca de Dios. Su nombre era IOHANNAN. Vino para atestiguar, para rendir testimonio a la Luz, a fin de que todos tuviesen la Fe por ella.

El no era la Luz. Pero vino para rendir testimonio a la luz verdadera que ilumina a todo hombre que entra en el mundo.

En el mundo estaba el Verbo, y el mundo fue hecho en Él y para Él y el mundo no le conoció.

Vino a su casa, y los suyos no le recibieron. A los que sí le recibieron, les dio el poder de comenzar a ser hijos de Dios. A los que creen en su Nombre; que no de la mezcla de las sangres, no del deseo de la carne, no del deseo del hombre, sino de Dios son nacidos.

Y el Verbo se volvió carne, y habitó entre nosotros. Y nosotros hemos contemplado su Gloria; Gloria como la del único engendrado, recibéndola del Padre; lleno de Gracia y de Verdad. Juan le rindió testimonio y gritó diciendo “Este es aquel del cual yo hablaba: el que llega después de mí, antes de mi vino, porque Él era anteriormente a mí”. Ciertamente, de su plenitud todos hemos recibido gracia sobre gracia. Pues si la Ley ha sido dada por Moisés, la Gracia y la Verdad han venido por Jesús-Cristo.

A Dios, nadie lo ha visto nunca, el único engendrado de Dios, el cual está al lado del Padre, nos lo ha hecho conocer.”

Una vez encendidas las candilejas, un extraordinario proyector va a fijar durante todo el oficio las miradas y la fe del caballero sobre el “personaje” Protagonista: este es el sentido del Prólogo de Juan, el lugar que ocupa, para recordar que lo sagrado y lo sacramental tienen su nacimiento en Jesús-Cristo, y solo de Él extraen su existencia y su riqueza.

La teología templaria, que no pretende tener ninguna originalidad en este terreno, encuentra en el prólogo, en términos místicos, los fundamentos de la fe cristiana tal como son expresados por san Pablo con vistas a una instrucción pastoral;

- El reconocimiento sin equívoco ni restricción, de Jesús como el Cristo, Hijo de Dios, Dios El mismo. El autor de este Evangelio, que puede dar la impresión de conceder poca importancia a los detalles cronológicos, circunstanciales, personales, no tienen por otra parte más que este fin: Este libro... “ha sido escrito a fin de que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y que creyéndolo tengáis la vida por su Nombre” (Juan 20-30). Como tal, el Verbo, emanante de Dios es el principio de la vida.

- La plenitud de la encarnación de Dios en Jesús-Cristo -el Verbo- históricamente proyectado en la encrucijada de la Antigua y de la Nueva Alianza, de la Ley y de la Gracia, nacido de una mujer, verdaderamente hijo del hombre, hombre por excelencia, da poder a sus hermanos en humanidad que creen en él, de renacer a su divino destino. Como tal, es la renovación de la vida.

- La seguridad de que “ni la carne ni la sangre pueden heredar el Reino de Dios” (I cor. 15-30), y que solo la presencia y la acción del Cristo en el hombre terrestre, criatura animada (Gen. 2-7) hace de él un ciudadano del Cielo a imagen del nuevo Adán que es el espíritu vivificante (I Cor. 15-45 y siguientes). El retorno del Cristo, admitido como un hecho escatológico por todos los cristianos, es también un fenómeno individual, personalizado, (“el Reino de Dios está dentro de vosotros” - Lucas 17 -21), ya que de sufrimientos en agonías, de muertes en resurrecciones, el Cristo renace de las cenizas de lo humano. Como tal, el Verbo es el remate, la realización de la vida.

- La certeza del universalismo de la gracia de Dios. En su profecía sobre el fin de los tiempos y el retorno en Dios de toda la creación, Jeremías recuerda el don común a todos los ciudadanos de la Jerusalem celeste: “Yo pondré mi ley dentro de ellos y la escribiré en sus corazones” (Jeremías 31.33)- leer (Jer. 31-1 al 34). De la aventura humana, resalta que algunos reciben y otros ignoran o rechazan el aproximamiento encarnado de Dios. Pero ninguna exclusividad nace del Padre. Es lo que subraya san Pablo al final de su epístola a los Colosenses: “...no hay ni Griego, ni Judío, ni circunciso ni incircunciso, ni Bárbaro ni Escita, ni esclavo ni hombre libre; pero Cristo es todo, y en todos” (Col. 3-10.11).

La conclusión del Prólogo es también la síntesis y el núcleo de nuestra fe. Es nuevamente expresada en las últimas conversaciones de Jesús con sus discípulos: “Yo soy el camino, la verdad y la vida; nadie llega al Padre más que por mí. Si vosotros me conocéis, también conoceréis a mi Padre. Desde este momento, vosotros le conocéis y lo habéis visto” (Juan 14-6,7)

e) Las Invocaciones

Después de haber depositado un triple beso en el suelo, ante el altar -cara al Norte, donde se encuentra la imagen de la Virgen, estando el altar orientado hacia el Este -el oficiante recita:

“Tú eres la Tierra, tú eres la Carne, tú eres la Substancia universal, tú eres nuestra Madre.

Por ti todo es manifestado, sin ti nada se manifiesta.

Tierna María, de frente pura y modesta; aclara tus maternales dogmas. Sé la Virgen celeste de nuestra época. La humanidad alza sus altares”.

Después en pie, cara al altar, con la cabeza descubierta, saluda templariamente al sudario diciendo:

“Tú eres el hijo, tú eres el esposo, tú eres la Vida, tú eres nuestro Señor.

Cristo eterno, monarca de luz, triunfa aún de tus crueles verdugos. Ven por el Espíritu a transfigurar la Tierra. La Humanidad alza sus altares”.

La Orden del Temple es una orden marial, y María tiene un lugar primordial en el corazón, en la fe y en la piedad del Caballero. Tras tantos siglos de aberraciones y de trapacerías que finalizan en mariolatrías san-sulpicianas, nos parece necesario recordar el sentido y el papel de una teología marial de nuestro tiempo, y demostrar si es posible, por qué y cómo nosotros reconocemos a María, y a ella sola, el poder de reunir en una misma fe crística a los dispersos hijos de la eterna Madre.

Ya que la Tierra, la carne, la substancia universal, Eva madre del hombre, María madre de Dios, Nuestra Señora esposa del Espíritu, madre del hijo del hombre retornado a su divinidad, son por el admirable juego de las analogías y de las correspondencias universales, la Virgen María, agente único de creación y de manifestación. María, como nosotros la entendemos (María: las “aguas” del Génesis sobre las que planea el Espíritu); de substancia primaria -ya que se confunde con el Hijo, que es en ella el germen del ser manifestado; el Verbo- se convierte en la Naturaleza, la Materia, la Mujer; todas realidades pasivas (o receptivas) animadas de una vibración sin posibilidad intrínseca de expansión, concentrada sobre ella misma; es la Virgen inmaculada en el sentido de que ningún accidente puede empañar su original pureza, pero en quien se efectúa la obra del Verbo por una constante generación de criaturas finitas; eternamente Virgen, es también por consiguiente eternamente Madre.

María, madre de Jesús, representa esta verdad y la actualiza en un preciso momento de la historia. También comprendemos el papel, de menor importancia a la vista humana, que tiene en los relatos bíblicos; está presente al pie del pesebre, para el advenimiento de su Hijo; está presente al pie de la Cruz donde Él Expira; está presente en el amortajamiento, presente con las otras “Marías” en el anuncio de la Resurrección, como estará presente en el Pentecostés, ya que ella es la viva mensajera del Verbo, el Cristo. Ella es el Puente que une las dos orillas de la aventura humana. A derecha e izquierda de la Cruz, se encuentran María y Juan, el discípulo bien amado. El Cristo dijo a su madre: “Mujer, he aquí a tu hijo”, y dijo a Juan: “He aquí a tu madre”, y Juan recogió a María en su casa; es la imagen de la Iglesia espiritual del Cristo. Allí, la inmaculada María vela sobre la paloma¹ que aprieta contra su seno, bajo su velo, y que es el Paráclito, el Espíritu Santo, la luz universal² que esclarecerá a esta Iglesia el día de mañana. La que nosotros llamamos la Iglesia de Juan, de la cual la de Pedro, una vez depurada, rectificadas, será el basamento, la base de piedra; la roca (Mateo 16-18).

Llegados a este punto de la historia, no se habla más en el Nuevo Testamento sobre María. ¿De dónde viene entonces ese dogma de la Asunción promulgado por la Iglesia romana que ha ahondado más aún la fosa existente entre las confesiones católicas y no católicas? No deseamos justificar la posición tomada por Roma a este respecto: como frecuentemente sucede, en el curso de la historia, las verdades fundamentales han sido ocultadas o deformadas en su presentación al pueblo de los creyentes. La Asunción de la Virgen-Madre (ya que de ella se trata a través de todas las analogías físicas y metafísicas de María), no es otra cosa que su retorno progresivo a su divinidad original. Después de haber sido arrastrada hasta los más bajos planos de la creación material por el Dragón, la Serpiente, he aquí a la Tierra, la Mujer, la Virgen - Madre asumida por la Ascensión de su Hijo resucitado, restituida a su celestial naturaleza. La Asunción de la Virgen corresponde históricamente a la evolución de la humanidad, siendo la parte negativa, femenina, del Cristo por correspondencia a su divinidad.

¹ Juan, en arameo babilónico se pronuncia IOHANNES. Bajo esta forma se le denomina en algunos textos templarios (el Prólogo por ejemplo). IO significa: la Paloma.

² OHANNES: la Luz universal.

La Virgen-Madre, a la que hemos calificado de “puente” entre las dos orillas de la aventura humana, es decir, entre el primitivo y el nuevo Adán, entre el cuerpo y el espíritu, entre Dios y el hombre, es por consiguiente en todos los planos, el alma de los seres y de las cosas. A escala humana es igualmente, en cierto modo, el guión del nombre de “Jesús-Cristo”, la madre interna del individuo. Y la asunción de la madre interior por la resurrección de la centella crística en el individuo, es su combate, su obediencia a su destino trazado, su Ascensión: el alma, tributaria y solidaria del cuerpo a la que quiere arrastrar hacia el encuentro del espíritu, da a luz a la Personalidad.

“Yo soy el camino, la verdad y la vida; nadie llega al Padre más que por mí” dice Jesús (Juan 14. 6-7). He aquí lo que creemos y por lo cual vivimos. Pero este Jesús, no ha sido hecho posible más que por la aceptación de una hija de los hombres. El Verbo se ha encarnado tomando la substancia de María; por lo tanto y para siempre, está ligado a esta maternidad que Él mismo escogió, y por lo tanto respetará las leyes y los deberes hasta la muerte y más allá. En las dos invocaciones que nos ocupan, la cronología está de acuerdo con la teología; la Madre es invocada primero, para que manifieste al Hijo. Pero el lazo Madre-Hijo es preservado por esta afirmación común a las dos plegarias; “La Humanidad alza sus altares”. Es el obstinado recuerdo a la vez, de la Encarnación, de la evangelización de la Tierra, del combate sobre la Tierra y por la Tierra, con la espera y la esperanza de la salvación global de la humanidad reunida en el seno de la Iglesia del Espíritu Santo. Ahora bien, defender la realidad de la Encarnación, es defender -en el centro y para el provecho de todas las religiones- la originalidad inalterable de la fe templaria. Si nosotros damos a María en nuestras plegarias, el título de Arca de la Alianza, es porque en Ella se preparan, se fecundan con Jesús, todas las alianzas que cambian la faz del mundo, ya que cambian el corazón del hombre. En este sentido y por esta razón, nosotros no reconocemos más que en una teología marial, el poder del ecumenismo absoluto. Desde el instante en que, según la expresión de san Ambrosio de Milán, María es “encinta del Verbo de Dios”, la humanidad entra en contacto con el Dios viviente, y la gran corriente de unificación responde a las plegarias y cumple las promesas de los profetas. Se destruye el muro de enemistad que separaba al hombre de Dios, a las naciones entre ellas, a las religiones entre ellas, al nuevo Adán del primero, en el mismo corazón del hombre. Por el “Sí” de la Anunciación, María ha permitido que Dios, en Jesús, funde la Religión de la paz, de reconciliación, de amor, al precio de su sacrificio. A este título, Ella que es esclarecida por la gloria del Hijo e inundada por su gracia, permanece bendita entre las mujeres y confesada por el Caballero del Temple, como Jefe de la Orden para anunciar, preparar, realizar, el “retorno del Cristo”.

En el seno de la Orden, la Amazona y el Caballero casados, reproducen verdaderamente el vínculo y la relación que acabamos de describir. La pareja tiene como vocación, viviendo la unidad “María Nuestra Señora / Jesús-Cristo”, el asociarse a la gran obra de redención y el contribuir al nacimiento del hombre nuevo del que sabemos que es -o que será- hecho a la medida de la perfecta estatura del Cristo (Efesos 4-13). La primordial importancia de la Virgen-Madre, de la cual la Mujer, nuestra mujer, nuestra esposa, nuestra madre, nuestra hermana, son representaciones a nuestra escala, nos ayuda a comprender la destrucción de los eternos valores sobre los que está fundamentada la Creación entera, la destrucción de esta Creación y especialmente de la humanidad, pasa por los ataques sistemáticos, insidiosos, persistentes, homicidas, contra la mujer. Desde el Génesis (3-15) hasta el Apocalipsis (12), las Santas Escrituras son suficientemente explícitas, y sobre este aspecto fundamental la doctrina templaria no puede variar: la naturaleza de la mujer, conforme a lo que hemos descrito, es la de la Substancia original. Incluso etimológicamente (substancia: lo que está por debajo), todo elemento de las matrices, en todas las esferas y en todos los reinos de la creación, puede manifestar el ángel o el demonio según sea el generador que le modela y lo pone en movimiento. Así se define en la pareja la responsabilidad del esposo y el papel de la esposa. No hay ninguna noción peyorativa de jerarquía de valores. La historia de la salvación es hecha de forma que Jesús no existe más que en función de María, y María no existe más que en función de Jesús. De modo que nosotros condenamos sin apelación a todos los movimientos que, abierta o hipócritamente, favorecen una “emancipación” de la mujer¹. Hay en ellos un peligro mortal para el alma de la mujer, para el alma del hogar, para el alma de la Nación, para el alma del mundo. Esto es para nosotros razón suficiente para que la Virgen esté constantemente presente en nuestros corazones así como en nuestros rituales, y de forma muy particular en el ritual de este oficio que elevan el oficiante y su esposa a la gloria de la “pareja sacerdotal”.

f) El Credo

Después de los ritos de apertura, la recitación del Credo, confirma el vínculo del oficio templario con la tradición cristiana universal. Tal como aquí se presenta, bajo la forma del Símbolo de Nicea, es absolutamente la confesión de fe del Caballero.

La mujer no tiene ninguna necesidad de ser “emancipada”, sino de ser reconocida a parte entera como beneficiaria de la atención de Dios y de su amor y como participante con el mismo derecho que el hombre, en la redención del mundo, en la renovación y la sublimación de la vida.

¹ *La Caballería a la que pertenecemos, rodea no obstante la mujer, de ternura y de respeto. Las reglas de cortesía y de precedencia con respecto al sexo femenino, conservan para el caballero todo su valor, en la medida en que la “dama” no se entregue a una mascarada de virilización.*

La emancipación en cuestión, es vieja como el mundo; pero es la criatura hombre y mujer, quienes aspiran en su totalidad a reencontrar la libertad perdida por el orgullo. Esta libertad es el fruto del sufrimiento y del esfuerzo; los demagogos de facultad, de Cátedra o de Tribuna, nada pueden contra ella.

“Creo en un solo Dios, Padre Todopoderoso, creador del cielo y de la tierra, de todas las cosas visibles e invisibles, y en un solo Señor: Jesús-Cristo, Hijo único de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos, Dios nacido de Dios, luz de luz, verdadero Dios de verdadero Dios, que no fue creado sino engendrado, de la misma substancia que el Padre, y por quien todo ha sido creado. Para nosotros, hombres y para nuestra salvación, descendió de los cielos, se encarnó por el Espíritu Santo en la Virgen María y fue hecho hombre. Fue crucificado por nosotros bajo Poncio Pilatos. Murió y fue sepultado. Descendió a los Infiernos. Resucitó de entre los muertos según las Escrituras. Y subió al Cielo en donde se sienta a la diestra del Padre. Volverá en su Gloria para juzgar a los vivos y a los muertos, y su Reino no tendrá fin.

Creo en el Espíritu Santo, quien da la vida, quien procede del Padre y del Hijo, quien conjuntamente con el Padre y el Hijo es adorado y glorificado, quien habló por los profetas.

Creo en la Iglesia una, santa, universal, apostólica.

Confieso un solo bautismo para la remisión de los pecados y espero la resurrección de los muertos y la vida futura. Amén”.

g) Confiteor.

“Yo confieso a Dios Todopoderoso, a la Bienaventurada siempre Virgen María, a san Miguel-Arcángel, a san Juan Bautista, a los Apóstoles, san Pedro, san Juan, Santiago, san Pablo, a todos los santos, que he pecado mucho por mis pensamientos, mis palabras y mis actos. Es mi culpa, es mi culpa, es mi muy grande culpa. Por lo tanto suplico a la Bienaventurada siempre Virgen María, a san Miguel-Arcángel, a san Juan Bautista, a los Apóstoles; san Pedro, san Juan, Santiago, San Pablo y a todos los santos, que rueguen por mí a nuestro Señor, Dios”.

Esta es la confesión del oficiante. Llegado al umbral del Sacramento, declara ante Dios su debilidad natural y su indignidad pero confía su arrepentimiento y su plegaria a aquellos que en la desencarnación, reinan y actúan en el nombre del Cristo, del cual tienen su gloria y su poder en lo referente a la humanidad encarnada, de esfera en esfera y hasta el plano divino.

La Orden del Temple admite una especie de jerarquía -que no es de valores, sino de responsabilidad o de resonancia espiritual- en la economía celeste de la Creación global, que reproduce el texto del Confiteor y que igualmente aparece en la plegaria denominada “de unión”, la cual encontraremos al final del oficio.

María, la primera citada, está en el lugar que nosotros le reconocemos, inseparable del Hijo, instrumento indispensable del nacimiento del hombre nuevo, imagen del Cristo.

San Miguel-Arcángel, vencedor del Dragón, recuerda el combate de todos los momentos, interior y exterior, que hace posible la misión marial y el nacimiento del hijo del hombre- hijo de Dios.

San Juan Bautista es el hombre del día y de la tierra, Último representante de la línea de los profetas del Antiguo Testamento, él es, como la Orden esenia de la que formaba parte, el vínculo viviente entre la antigua Alianza y la nueva. Con él el Temple anuncia y prepara el retorno del Cristo. En la escala de calidad de los seres, es quien precede al nacimiento de la calidad crística.

San Pedro, san Juan y Santiago, personalizan las tres Iglesias de los que su historia encubre la historia de la humanidad, desde su creación hasta su ascensión.

Finalmente San Pablo, quien se define como el más pequeño de entre sus hermanos, por no haber vivido como ellos en la compañía de Jesús, simboliza la naturaleza esencialmente misionera de la Iglesia y demuestra que la teología nace de la evangelización. Por su “camino de Damasco”, por su predicación, sus combates, su muerte, el apóstol Pablo ilustra la capacidad del hombre de recibir el Evangelio, y por lo tanto de domeñar su original naturaleza para el completo desarrollo de las virtudes crísticas.

También la Iglesia es nombrada, comunión de los santos. En este ejército que en el tiempo y fuera del tiempo, en la encarnación y más allá de las puertas de la muerte terrestre, combate bajo la bandera del Cristo, aquellos que pelean contra los poderes de la carne y de la sangre, toman por jefes, reconocen como modelos y solicitan como embajadores, a los que llegados a las esferas de la luz divina, declararon un día con el apóstol: “He peleado en el buen combate, he acabado la carrera, he guardado la fe. Ahora me está reservada la corona de santidad”. No hay aquí ni superstición, ni ataque a la soberanía o a la gracia del Cristo, sino solemne confesión de una unidad en Dios por Jesús-Cristo y solo por Él. Contra ella no pueden nada ni la historia, ni la teología, tan frecuentemente inspirada en la historia de los hombres más bien que en la verdad de Dios.

III. EL SACRAMENTO Y LA PALABRA.

El sacramento es el signo visible de la gratuita intervención de Dios en el mundo. Como, y con el sacerdocio, está vinculado a la Encarnación, en razón de que ambos existen a causa de Jesús-Cristo, en Él y con Él. Desde el momento en que el Padre ha suscitado el universo, por amor y para hallar el reflejo de su gloria y de su poder, ha depositado en el centro de lo creado la ley del retorno hacia la unidad, tal como es recordada por el apóstol Pablo: “la creación entera suspira; es como si trabajara. También nosotros suspiramos, nosotros que hemos recibido las primicias del Espíritu, y esperamos la adopción, es decir, la redención de nuestro cuerpo (Romanos, 8-22.23)” y anunciada por el libro del Apocalipsis (21-3.4 y 22-3.4.5).

El primer don de Dios, la existencia -proyectándose Dios fuera de su Ser- es también el primer paso de la criatura hacia Dios. Este itinerario, parecido al del río retornando a sus fuentes, se llama la vida; y la aventura humana va a jugarse entre estos dos polos, en una terrible tensión en el comienzo el amor de Dios, en el fin el amor de Dios. De esta vocación de encontrarse “uno en Dios”, la humanidad no toma conciencia más que provisionalmente. Aún más, el movimiento, apenas esbozado, es interrumpido por los deterioros físicos, anímicos, espirituales, a los que se da el nombre de caída o de pecado original. Desde entonces, la aspiración vertical va a convertirse en una dolorosa búsqueda, tortuosa, una guerra en todo momento entre las aspiraciones del hombre caído y su glorioso destino. También desde entonces va a nacer una necesidad de reconciliación con el Padre, la búsqueda de mediadores entre el Cielo y la Tierra, el hambre y la sed de un signo portador de la paciencia y del amor de Dios. Así nace el Sacerdocio, supremamente representado por aquel que invade toda la historia de los hombres ya que hace su propia historia: Jesús-Cristo. Desde el primer hombre hasta el último, nadie puede ir al Padre más que por Él. Él realiza el sacerdocio total y perfecto de la absoluta reconciliación entre el Creador y su creación, ya que Él es Dios, ya que Él es hombre. Es el Sacerdote único y definitivo que realiza y asume a todos los pasados sacerdotes, y que contiene en sus fuentes, el sacerdocio de los oficiantes, de los pastores y de los sacerdotes a través de los tiempos.

En estas condiciones, la caída humanidad, separada de su creador, dividida contra ella misma, lleva en germen y de hecho, la unidad realizada en la persona de Jesús-Cristo. La historia de los pueblos, las civilizaciones, las guerras, las reformas y las contrarreformas, teniendo casi siempre al orgullo por motor, contrario al amor, han hecho de la Unidad una especie de perfección inaccesible y han subrayado las divergencias hasta llega a los cismas, en lugar de buscar desesperadamente en la Cámara Alta de la Cena, con humildad, el signo y la prueba indiscutibles de la unidad de los hombres entre ellos y con Dios, por Jesús-Cristo.

El sacerdocio templario y el sacramento templario del oficio son y serán la marca de fábrica de la Orden del Temple. Reservados prioritariamente a esta limitada parte del rebaño que constituyen los Caballeros iniciados, están sin embargo al servicio de la Tierra entera, y es en las criptas y en las capillas templarias, donde los cristianos, abandonados por los mercenarios que ya no son sus pastores, vendrán a buscar y a encontrar al Cristo. Pero todo su sentido y toda su riqueza vienen de lo que constituye los elementos básicos, doctrinales y litúrgicos, de la Iglesia de los últimos tiempos.

El oficiante es llamado al sacerdocio por la Autoridad superior de la Orden. Recibe a continuación, según los ritos templarios -ritos esenios-, la consagración en la Orden de Melquisedec. Desde ese momento, habitado por quien es más grande que él pero sin perder nada de su dignidad humana, será el ejemplo y el símbolo de la extraordinaria promoción de lo humano bajo el efecto de la gracia crística. Por medio de su boca, el mismo Cristo transmite su llamada a la conversión, al amor, a la vida. Por sus palabras y por sus acciones el Cristo exigirá, consolará, perdonará. Finalmente, su consagración le da autoridad crística para bautizar, matrimoniar, enterrar, y distribuir el pan y el vino del Sacramento del Oficio. Pero su misión sacerdotal está hasta tal punto fundida con su vocación humana, que su cotidiana existencia debe devolver al mundo el reflejo del amor y de la voluntad de Dios manifestadas en Jesús-Cristo. En todo momento, su vida, ligada al Cristo, es la de un testigo en el absoluto sentido de la palabra.

Convengamos en que todo es muy clásico en esta definición del oficiante templario. Pero falta un complemento fundamental. En efecto, el sacramento del oficio es celebrado por el oficiante, teniendo a su lado a su esposa que desempeña el papel de diácono. Que nadie encuentre en esta práctica una voz más que se añade al vasto concierto demagógico de algunos políticos, profesores y psicólogos. Ya hemos explicado nuestra profunda fe en la riqueza de la pareja, en la que cada uno de los elementos tiene precisamente el lugar que la ley natural, eco de la divina, la ha asignado. En el respeto y en el completo desarrollo de esta complementariedad del hombre y de la mujer reside la redención de la humanidad.

El primer Adam, hombre creado macho y hembra, diferenciado a continuación en Adam y Eva, debe volver a Dios, por la gracia de Jesús-Cristo, con la estatura del nuevo Adam. Es en el interior de esta aventura, entre el alfa y el omega, donde se sitúan, se explican y se imponen el oficio del Temple y la Eucaristía.

En el jardín del Edén, la pareja creada ofrece al Creador los frutos de la Tierra” existe una perfecta comunión entre el cielo y la tierra. Después viene “la caída”: convertido, en todo su ser, en enemigo de Dios, el hombre recurre el sacrificio para aplacar la cólera divina, en prefiguración del Viernes Santo histórico, cuando el Sacerdote único se ofrece a sí mismo en holocausto, abriendo así el universo caído la estrecha puerta de la Jerusalem celeste. Habrá desde entonces, a través de los siglos, este concurso permanente y necesario de la pareja sacerdotal y del sacerdote en la realización del plan de Dios, para el retorno del hombre a su vocación divina.

a) Consagración

“Yo consagro este pan y este vino por la sal y por el fuego”.

El oficiante hace el signo de la Cruz sobre las especies. Después extiende las manos sobre la cesta de pan y sobre el cáliz diciendo: “Jesús ha dicho a sus discípulos: Yo soy el pan de vida venido del Cielo para la salvación de los hombres. El que coma de este pan vivirá eternamente”.

b) Beso de paz.

El oficiante da el beso de paz que a continuación es intercambiado a través de toda la Asamblea, con estas palabras: “La paz sea contigo. Y con tu espíritu”

c) Comunión.

De pie delante del altar, cada Caballero recibe las dos especies de manos del oficiante: “Toma este pan y este vino, después come y bebe en memoria del Salvador”.

Para el Templario, soldado de Cristo, artesano de la Iglesia del Espíritu Santo, todo está ahí: su creencia, su subsistencia, su esperanza.

Pero la terminología, más todavía que el acontecimiento histórico en sí, se presta a confusión: los integristas pueden temer la blasfemia y la profanación, los liberales pueden asimilar al Temple con las sectas y las Iglesias que por anti catolicismo han desnaturalizado el Sacramento de la Presencia Real.

Ahora bien, el oficio del pan y del vino, que tiene sus fuentes en el jardín del Edén y encuentra su realización en la Cámara alta de la Cena, constituye el centro de la vida religiosa de los esenios, precursores de la Orden del Temple en su doctrina y en sus fines. Está asociado en este sentido, principalmente a través de la persona de Juan Bautista, a todo lo que en el mundo de lo creado espera y prepara la venida del Cristo en gloria solar; dicho de otra manera, a la Madre, de quien procede la vida por la infusión del Espíritu Santo: tal es el papel y el símbolo de la esposa oficiante con su esposo en la corriente generadora de la cual Eva es el origen encarnado, María el prototipo y Nuestra Señora del Espíritu Santo el remate. El oficio templario y la pareja sacerdotal están vinculados a la Madre (Inmaculada Concepción) lo mismo que la Eucaristía y el sacerdote están vinculados al hijo (Muerte y Resurrección). No solo no hay posible confusión entre estas dos economías, sino que existe una continuidad de la una a la otra en la perspectiva de la Iglesia de los últimos tiempos, que debe ofrecer al mundo en desconcierto, la roca inmutable de la gracia de Dios manifestada en Jesús-Cristo, expresada por el Sacramento, representada por el sacerdocio. Esto es lo que intentaremos resumir en el siguiente cuadro sinóptico.

EL OFICIO TEMPLARIO

Celebración del oficio del pan y del vino según el rito esenio.

Se trata de la ofrenda de los frutos de la tierra, tal como aparece por primera vez en el relato de la Creación, en la historia de Caín y más tarde en el encuentro de Abraham y Melquisedec. No entra en este rito ninguna noción de sacrificio; está ligado a la Creación visible y constituye el símbolo de la buena relación, de la relación normal entre el hombre y su Padre.

No está por lo tanto asociado al sacerdocio de un sacerdote.

El oficio templario es fundamentalmente marial, En esta medida, constituye un rito provisional, una liturgia de "preparación" que orienta los pensamientos, las plegarias, la fe del Caballero, en el final Advenimiento del Cristo, nuevo Adam de la Humanidad justificada. Es por lo tanto permaneciendo siempre como la cima de la vida espiritual de la Orden, a través de tiempos y lugares, no para la repetición o para la renovación o la actualización de un acto sagrado, divina e históricamente instituido con una intención precisa, sino el recuerdo ritual del movimiento de la Tierra en su vida perpetuamente renovada, en su ascensión.

∴

La consagración propiamente dicha se compone de dos momentos sucesivos y complementarios:

LA MISA EUCARÍSTICA

Celebración de la Eucaristía según el rito católico romano.

Se trata de la actualización del sacrificio cumplido por Jesús Cristo, una vez para siempre, sobre la Cruz.

El sacrificio no es renovado; se hace presente en armonía con los gestos y las palabras del Señor, cuando instituyó la Santa Cena para la remisión de los pecados. El pecado hizo necesario el sacrificio de la reconciliación por aquel que siendo verdadero Dios y verdadero hombre, era el único que podía destruir el muro de separación entre el hombre y Dios. Ya que hay sacrificio, hay por tanto sacrificante: tal es el sacerdote, quien se une al Cristo, se ofrece con Él, resucita con Él.

La misa eucarística es fundamentalmente crística. Es el sacramento del Hijo, perpetuamente engendrado por la Madre, que Él purifica con su sangre, accediendo de muerte en muerte y de nacimiento en nacimiento, a la perfecta imagen del Padre al término de su ascensión.

∴

La consagración de las especies preparadas para el sacrificio eucarístico, depende de tres factores necesarios y suficientes:

+ El ritual esenio de exorcismo y de consagración de todos los objetos y lugares destinados al servicio de Dios, con la ayuda de dos elementos habitualmente utilizados: la sal y el fuego; ambos, purificadores. Este primer movimiento se corresponde por lo tanto a la historia precrística.

+ La imposición de manos, instituida por Jesús-Cristo y practicada por la Iglesia primitiva, confirma y afirma el valor simbólico del pan y del vino sin suprimir nada de la verdad de la afirmación: “El que coma de este pan vivirá eternamente”.

Sin ninguna duda, esta “consagración” inscribe el oficio en la corriente de esos instrumentos de salvación, o medios de gracia, que son llamados “sacramentos”. De todas formas no es otra cosa que un rito de “apartamiento para la ofrenda a Dios”. Consagrar es aquí, el hacer sagrado el objeto por el simple hecho de dedicarlo a la divinidad. Efectivamente el pan y el vino, representando por excelencia los frutos de la tierra, son preparados sobre el altar con vistas a su fecundación por el Verbo divino. Llevan en sí toda la riqueza de la vida: ¿no son símbolo de la continua disponibilidad de la tierra, de la continua acción del Espíritu en María y de la ininterrumpida generación que de ello resulta? El pan y el vino simbolizan espléndidamente la carne de María, que por la maravillosa Alquimia de la Inmaculada Concepción, se convierte en el cuerpo y la sangre del hijo engendrado en ella. El oficio templario es en verdad un sacramento, que tiene sus fuentes en la Madre, identifica las especies del pan y del vino con Jesús, hijo del hombre, y las propone a la Iglesia de este siglo para que ella haga nacer al Cristo hijo de Dios.

∴

+ La ordenación del sacerdote en la sucesión apostólica.

+ Las palabras y los gestos de la primera Cena.

+ La infusión del Espíritu por la acción conjugada de los dos factores precedentes.

Tiene por fin y por consecuencia restituir el Ser del Señor encarnado y dar su absoluto sentido a la real presencia de Jesús-Cristo, por su cuerpo y por su sangre, conforme a las palabras de la institución; “Tomad y comed, este es mi cuerpo. Tomad y Bebed, esta es mi sangre”, y conforme a la enseñanza transmitida por san Juan (6-30.58) “Yo soy el pan viviente descendido del Cielo; quien comiere de este pan vivirá eternamente; y el pan que yo daré para la vida del mundo, es mi carne... si no comiereis la carne del Hijo del hombre, y bebiereis su sangre, no tendréis vida en vosotros... porque mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida...”

A la ofrenda de las especies sucede su sublimación por el descenso del Verbo, y su unión a la materia ofrecida en holocausto. Es, una vez más, la encarnación del Espíritu universal en la Virgen Madre. El nombre de “transubstanciación” califica a este fenómeno en el marco de la misa eucarística, y no puede ser aplicado en ninguna otra liturgia. Después de la consagración, el sacerdote da verdaderamente el cuerpo y la sangre del Cristo por medio del pan y del vino.

∴

La consagración del oficiante templario es un apartamiento para la realización de una sola y única misión: crear y desarrollar la comunidad de aquellos, que al igual que los esenios, preparan los caminos del Señor. Para este fin utiliza los medios de conversación y de redención, que son la predicación y la palabra de Dios y la celebración del oficio. No obstante, aunque divinamente llamado y divinamente investido de la gracia pastoral, sigue siendo, por su carne y por su sangre, totalmente solidario del hijo de María, orgánicamente integrado en el rebaño que le ha sido confiado; marcado con el signo de la encarnación. Perpetua en sus gestos y palabras la aventura terrestre del hijo del hombre y esta es la razón por la cual transmite a sus hermanos los beneficios y los ademanes del Salvador por ademanes y palabras simbólicas, semejantes a las de Juan Bautista. Él es quien prepara y anuncia el sacrificio: en ningún caso es ni puede ser el sacrificante. Soldado del Cristo por su misión, el oficiante es el sacerdote de María por su encarnación. Así, cuando ante el altar, consagra el pan y el vino, símbolos de la vida, es inseparable de su esposa ya que deben conjuntamente, representar y reproducir el agente necesario para que la Creación nazca de las Aguas, los frutos nazcan de la Tierra, Jesús nazca de María; el Fuego fecundando la Substancia. He aquí el verdadero sentido de "la pareja sacerdotal", su verdadero lugar en el plan divino de redención de la humanidad, su verdadero papel en la edificación de la Iglesia Universal.

Como Adam y Eva presentan al Creador los frutos de la Tierra, como José y María presentan al Niño Jesús al Señor para consagrarle, de la misma forma la pareja sacerdotal ofrece y consagra a Dios las especies naturales que perpetúan la re-elevación de la creación hacia la Unidad.

A la misa eucarística corresponde el sacerdocio del sacerdote: uno y otro toman sus fuentes y su virtud en el sacrificio de Jesús-Cristo. La ordenación en el sacerdocio, hace de un hombre, un sacerdote cargado de poder. - nosotros decimos: del fluido crístico. El celibato del sacerdote católico romano puede ser considerado como una prudente medida tomada por la Iglesia, ya que no es condición formal en los antiguos cánones. Es verdad que la función pastoral del sacerdocio se acomoda mejor en general, con una total libertad con respecto a las terrestres obligaciones, particularmente conyugales y familiares. Pero querríamos subrayar hasta qué punto esta libertad es relativa en cuanto a la naturaleza profunda del individuo, a la calidad y a la densidad de sus motivaciones, a la presión del condicionamiento y de las tentaciones de la civilización contemporánea, que no se podría retirar al sacerdote, bajo peligro de vaciarle de su divina vocación, su fundamental papel de mediador entre el hombre y Dios. A este título, él es la palabra de Jesús-Cristo, y es su sacrificio. Se une al Cristo cuando se ofrece como víctima expiatoria en nombre de la Asamblea de los creyentes. Él comulga con el poder del Cristo y lo encarna hasta el punto que en él se efectúa la unión de Dios con el hombre. Habla con verdad cuando presentando la hostia, declara el Cristo por su voz: este es mi cuerpo; y cuando el vino: esta es mi sangre. Todo esto no se demuestra. Es objeto de fe, Pero creer en el sacramento no es otra cosa que creer en el sacerdocio del sacerdote, consagrado al celibato porque la mediación entre el pecado del hombre y la santidad de Dios, entre la plegaria del hombre y el amor de Dios, exige necesariamente y absolutamente, el don total de sí a Dios y a la humanidad.

- Beso de paz: "La Paz sea contigo". "Y con tu espíritu".

Antes de comulgar con el pan y el vino consagrados, símbolo del Cuerpo crístico acabado, el Caballero debe afirmar su voluntad de perdón y de amor con respecto a su hermano, sabiendo que quien dice amar a Dios sin amar a su hermano, es un mentiroso: porque el que no ama a su hermano al cual ha visto, no puede amar a Dios a quien no ha visto (I Juan 4-20).

En este momento el ritual del oficio templario, en armonía con todas las liturgias cristianas, recuerda la prescripción del Sermón de la Montaña: "... si trajeras tu ofrenda al altar, y allí te acordares que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda, delante del altar y vete, vuelve primero en amistad con tu hermano, y entonces ven y presenta tu ofrenda" (Mat. 5-23.24).

- Comunión: "Toma este pan y este vino, después come y bebe en memoria del Salvador".

La fórmula es suficientemente diferente de la que acompaña la distribución eucarística como para que insistamos de nuevo sobre la diferencia entre los dos actos litúrgicos. Esta es estrictamente templaria, según el rito esenio, y no puede ser confundida con algunos rituales salidos de la Reforma, por las razones precedentemente enunciadas, así como tampoco con las palabras de institución de la primera Cena.

La comunión de los hermanos, unificados por un mismo amor y por una misma fe, se establece no con el Señor muerto y resucitado en un momento preciso de la historia, sino con el Verbo encarnado en toda su historia, que es la de la humanidad en su búsqueda terrestre y supra-terrestre. La manducación y la asimilación del pan y el vino consagrados, insertan a la comunidad, por el sacerdocio de la pareja, en la corriente de vida salida de la Madre (bajo todos sus aspectos y a todos sus niveles) y de esta forma, hace participar a los comulgantes en la aventura que conduce del primero al nuevo Adam.

"En memoria del Salvador", es por tanto, en el caso particular del oficio, la evocación del sacrificio denominado de otra forma, la Encarnación, que ha convertido en viviente la solidaridad hombre-Dios hasta el punto de hacer posibles la esperanza del hombre y la realización de su retorno a Dios. Es también la confesión pública de la solidaridad humana de Cristo, y el signo por excelencia de la voluntad ecuménica, universalista de la Orden.

d) Veni Creator

"Ven Espíritu Creador, visita el entendimiento de los tuyos, llena con una gracia suprema los pechos que Tú has creado, Tú, llamado el Paráclito, regalo del Dios altísimo, fuente viva, fuego, amor y unción espiritual; Tú, formado por siete dones, dedo de la diestra del Padre; Tú, promesa rigurosa del Padre que ornas nuestras gargantas con la elocuencia, abraza nuestras inteligencias de luz, establece el amor en nuestros corazones. Oponiendo firmemente un poder perpetuo a las debilidades de nuestro cuerpo, rechaza a lo lejos al enemigo y danos una paz indefectible.

Que así, capitaneados por ti, evitemos todo mal. Que por ti lleguemos al conocimiento. Danos al Padre, que conozcamos también al Hijo, y que eres Tú el Espíritu del uno y del otro, lo creemos desde siempre y por todos los tiempos.

Gloria a Dios el Padre, y al Hijo que resucitó de entre los muertos, y al Paráclito, por los siglos de los siglos. Amén".

Esta tradicional invocación al Espíritu Santo, concluye el oficio propiamente dicho. Simbolizado por el fuego de la consagración esenia, el Espíritu es aquí confesado como el Agente de toda creación y de toda redención. Nosotros tendremos ocasión, en la continuación de esta obra, de demostrar que la teología templaria, siendo una teología de la encarnación, es una teología del Espíritu Santo, como por otra parte lo establece y lo confirma la doctrina alquímica de la Orden. Tanto en los rituales como en la vida personal, el Espíritu es el factor de reconciliación de los hombres entre ellos y de los hombres con Dios (también es llamado el Consolador, Etimológicamente: aquel que re-une). Él es el inspirador de toda piedad individual y colectiva, es la acción de Dios por la Palabra y por los Sacramentos, es la Persona divina, cuya presencia en el centro de toda vida personal o comunitaria engendra necesariamente una transformación y produce frutos que el apóstol enumera en estos términos: el amor, la alegría, la paz, la paciencia, la benevolencia, la bondad, la fidelidad, la dulzura, el dominio sobre uno mismo (Gálatas 5-22). De hecho, la paradoja no es más que aparente: la vida “inspirada”, o vida “espiritual”, es el tiempo durante el cual y gracias al cual todo hombre prueba y demuestra, visiblemente, la invisible presencia de Dios. Allí donde está el Espíritu - Él responde pero no constriñe - existen los signos externos de su presencia; primera y fundamentalmente el signo de la solidaridad y del amor. Nosotros creemos en las manifestaciones del Espíritu en la Creación, la mejora, el completo desarrollo de la comunión humana, que como todo el mundo sabe comienza con la unidad de la pareja y de la familia. El resto es solamente satanismo de verbena para esos hermanos equivocados por un instante, que creen ser el Sol algunos escaparates iluminados con luz fluorescente.

En el lugar que ocupa en el desarrollo del oficio, el Veni Creator marca igualmente el vínculo entre el Sacramento y la Palabra: consuma y perfecciona la Comunión de los hermanos, abriendo además sus corazones y sus espíritus a la comprensión de la Revelación escrita.

e) La Epístola y el Evangelio.

Confesando la Biblia como palabra de Dios y recibéndola en su doble aspecto: Ley-Gracia, el Caballero escucha con recogimiento y reconocimiento los textos inscritos en la tradición universal según el calendario del año litúrgico. Conoce el poder del Verbo divino cuando es transmitido domingo tras domingo y festividad tras festividad, por la boca unánime de los creyentes, a través del espacio, y encuentra su alimento personal en el mensaje confiado por el Señor a su Iglesia. Frecuentemente, el oficiante pronuncia a continuación una homilía sobre uno de los textos del día, y después de la bendición.

f) Bendición

“Que el Dios de la Sabiduría, de la Luz y de la Paz, sea con vosotros”

El oficiante proyecta sobre la Asamblea el Signo de la Cruz, con ayuda de una rama de árbol mojada en el agua bendita (agua lustral).

IV. LAS ORACIONES

El oficiante dice: "Hermanos míos, oremos. Poniéndonos en estrecha comunión con la cadena templaria en el Templo de siempre",

a) Oración a la Virgen.

"Rindamos gracias a la Virgen María, Nuestra Señora, porque Ella es Jefe de nuestra Orden; pues Nuestra Señora fue el comienzo de nuestra Orden, y en Ella y en su honor estarán si place a Dios, el retorno de nuestra Orden, y el fin de nuestras vidas y el fin de nuestra Orden cuando quiera Dios que así sea. Amén".

b) Oración de Unión.

"Convocamos entre nosotros a: las Potencias Espirituales del Templo en gloria solar; los mártires y los santos de la Orden del Temple; los iniciados de la Orden del Temple; nuestros maestros...

Nosotros, Caballeros y Amazonas Blancas de la Orden del Temple, pobres soldados del Cristo al servicio del Hombre Universal, por la Gloria de Dios y bajo el signo de la Cruz de Sangre y de Luz, elevamos nuestros pensamientos hacia las jerarquías vivientes, a través de las esferas creadas en la gran unidad cósmica; y en el nombre del Corazón Lameante, símbolo del Amor y del Fuego Creador, llamamos en nuestra ayuda a las Inteligencias angélicas de los elementos en sus reinos respectivos. Con amor, en nombre del Cristo y del Hombre Espiritual, la Estrella Lameante, les demandamos que nos asistan en este día con el más algo y más puro grado de su poder, para el servicio del Templo y el mejor provecho de ellas mismas, Dirigimos también nuestra oración a los Reinantes de las Esferas más elevadas del cosmos, de los planos celestes, del plan divino. En este instante nos volvemos más directamente hacia el Reinante de este día (Domingo: MICAEL - Lunes: GABRIEL - Martes: SAMAEL - Miércoles: RAFAEL - Jueves: SACHIEL - Viernes: ANAEL - Sábado: CASSIEL), así como hacia el Ángel rector y protector del Templo, demandándoles su asistencia.

Que todas estas Potencias; terrestres, angélicas, divinas, nos inspiren, nos protejan y nos guíen en todas las obras, palabras y pensamientos, de nuestro combate de este día. Nosotros en nuestras personas... (Aquí el oficiante se nombra por su nombre de bautismo, así como cada uno de los miembros que compongan la Asamblea), poniéndonos en estrecha comunión con nuestros hermanos y hermanas de la Orden, pasados, presentes y futuros, rendimos gracias al Señor y a las Potencias Superiores del Templo, por haber permitido que revistamos el hábito de unidad, de pureza y de poder, que es nuestra armadura en el Sendero. Cada uno de nosotros jura llevarlo en espíritu en todo instante, y respetarlo con sus actos, sus actitudes y su mente. Que seamos mantenidos en el pensamiento de la unidad de la Orden en su egegor terrestre y supra terrestre. Somos UNO con la Orden, en el tiempo y en el espacio.

Que Dios, a través de nosotros, la mantenga en su pureza y le conceda el Poder, para su Gloria. Amén. Amén. Amén".

c) Ave María

Esta oración a la Santa Virgen se repite tres veces. La primera vez se dirige a MARIA MADRE DE LOS HOMBRES; la segunda vez a MARIA MADRE DE JESÚS, en quien por CRISTO, se encarnó DIOS, y por esta razón nosotros la llamamos la MADRE DE DIOS; la tercera vez a MARIA MADRE UNIVERSAL: NUESTRA SEÑORA.

“Te saludo, María llena de gracia, el Señor es contigo. Eres bendita entre todas las mujeres y Jesús, el fruto de tus entrañas, es bendito.

Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros, pobres pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén”.

d) Pater

“Por el amor del Cristo y para Gloria de su Nombre:

Padre nuestro que estás en los Cielos, santificado sea tu Nombre, venga tu reino, hágase tu voluntad sobre la tierra, como en el cielo; el pan nuestro de cada día dánoslo hoy, así como el pan que está más allá de toda substancia; remite nuestras deudas como nosotros remitimos las de los que nos deben; no nos induzcas en tentación y libéranos del mal, pues a ti pertenecen: el Reino, y el Poder y la Gloria, en los ciclos generadores. Amén”.

Instruido en la tradición templaria y apoyándose en las promesas hechas a la oración en las Sagradas Escrituras, el Caballero ruega tanto como actúa, esclarece y nutre su acción por la plegaria cotidiana, personal y comunitaria.

Ora, como todo y todos en la encarnación de preferencia y más fácilmente cuando le amenaza la tentación, el peligro le acecha, el dolor le atenaza, la soledad le asusta, también en ocasiones, pero con menos gana, cuando le sumerge la felicidad. El Caballero considera la plegaria, primero como un deber y como una disciplina, hasta que la oración se vuelva en su vida espiritual, tan natural como la respiración lo es en su vida física. El Caballero ruega fundamentalmente, para que el Espíritu le conduzca progresivamente el entendimiento de lo que Dios quiere para él. Lejos de intentar establecer un regateo con el cielo, expresa por su petición o su acción de gracias, el estado de su evolución crística, o dicho de otro modo, de su santificación. Solo en este sentido lleva consigo la plegaria su propio otorgamiento. La plegaria vale - en el más vulgar sentido de la “rentabilidad” - lo que valga la fe del que ora. La distorsión -tan frecuentemente reprochada a Dios- entre lo que se pide y lo que se obtiene realmente, no significa que Dios sea sordo o no quiera oír, sino que recuerda que la respuesta dada, está siempre en estricta correspondencia con la amplitud de la fe. Esto es lo que se puede comprender en las palabras del Maestro: “Porque al que tiene, le será dado; y al que no tiene, aún lo que tiene le será quitado”. (Marcos 4-25).

Al término del oficio, la asamblea de los Templarios, no formando más que un solo cuerpo, una sola alma, un solo espíritu por la virtud del amor del Cristo, expresa su fe en la plegaria, llamada “de unión” por dos razones: es pronunciada en perfecta comunión con la cadena de los Caballeros pasados, presentes y futuros, y por otra parte tiene como objeto el contribuir a la reunión de los elementos dispersos, contradictorios y opuestos de la Creación en el hombre y fuera del hombre. De hecho, tal es el sentido, tal es el fin de la plegaria: es la parte activa de la intervención humana con la voluntad de Dios. Esto significa atacar a todas las fuerzas de división, a todos los enemigos interiores y exteriores que hacen que se oponga el hombre natural al conciudadano del Cristo, la vida a la enfermedad, el padre a su hijo, el esposo a su esposa, las razas y los pueblos entre ellos.

“Porque no tenemos lucha contra carne y sangre; sino contra principados, contra potestades, contra señores del mundo, gobernadores de estas tinieblas, contra malicias espirituales en los aires. Por tanto, tomad toda la armadura de Dios, para que podáis resistir en el día malo, y estar firmes, habiendo acabado todo... Orando en todo tiempo todo tipo de plegarias y de suplicasiones” (Efesos 6-12.18).

Un combate tan absoluto, exige una movilización universal de todos los auxiliares y de todos los servidores del Padre, para el retorno en Gloria del hijo.

Entre la invocación a la Virgen María, en cuyo seno echó raíces el Cielo, y la súplica al Cristo glorioso del fin de los tiempos, de jerarquía en jerarquía, de esfera en esfera, desde el humilde servidor del hombre (los Espíritus de los Elementos) hasta el glorioso lugarteniente de Dios (San Miguel), toda la caballería es llamada para sostener la lucha del más modesto Templario para que aumente y se desarrolla completamente en él, la perfecta imagen del Hijo del hombre -Hijo de Dios-.

Como debe ser, la plegaria de unión, compuesta de textos transmitidos por la tradición templaria, se concluye con el Pater, oración formulada y ordenada por el Señor Jesús-Cristo: “Vosotros pues, orareis así: Padre Nuestro que estás en los cielos... “(Mateo. 6-9). La filiación divina del hombre y los deberes que de ahí se destilan, las necesidades del hombre en su encarnación, las exigencias de la solidaridad universal fundada en el amor, la tensión del cristiano entre su existencia terrestre y su destino celeste, todo está contenido en las siete peticiones del Pater, tal como son formuladas por el Caballero en el júbilo de la plegaria comunitaria y en el secreto de la piedad cotidiana, por disciplina cuando su corazón está seco y su entusiasmo apagado, con calor cuando triunfa su fe.

e) Terminación

1. Presentación de la Palabra (El Libro)
2. Presentación del Cuerpo del Cristo (El Santo Sudario)
3. Oración a San Miguel:

“Gran San Miguel,
Arcángel de amor y de fuego,
Guardián de la espada llameante,
Tú, vencedor de los Infiernos,
Derribando al Dragón,
Libera nuestros espíritus y abraza nuestras almas;
Haz circular una sangre invencible en nuestros cuerpos
Para que, Soldados del Cristo, miremos la muerte
Como al alba se contempla la aurora.
Y por fin, condúcenos gloriosos a Nuestra Señora,
Que el Dulce Señor, su Hijo,
Ha glorificado en Él.

San Miguel de Nuestra Señora: (La asamblea responde:) ¡Sálvanos!

Nuestra Señora del Santo Espíritu: ¡Sálvanos!

Santo Espíritu del Cristo-Dios: ¡Sálvanos!”

4. Súplica crística

Cristo Eterno.

Cristo de Verdad,

Cristo de Justicia,

Cristo de Luz,

Cristo de Resurrección,

Cristo de Misericordia,

Cristo de Amor,

Cristo y Nuestra Señora Santa María: (Asamblea) ¡Tened piedad!

Cristo y Nuestra Señora Santa María” ¡Sálvanos!

5. Los “gritos” templarios: (Saludo Templario)

“Hermanos míos: ¡Beaucens! (Asamblea) ¡Al auxilio!

A valiente corazón: ¡Nada imposible!

Viva Dios: ¡Santo Amor!

Al Maestro Desconocido: ¡A mí, hermanos míos! (Fin del saludo)

6. Terminación propiamente dicha.

El oficiante golpea tres veces sobre el altar:

“Hermanos míos: este Oficio Religioso de la Orden Soberana del Temple de Cristo ha terminado.

Demos gracias: ¡Aleluya! (Asamblea): ¡Aleluya!”

Después de un último saludo a la Palabra de Dios y al Cuerpo del Cristo, la asamblea de los Soldados del Cristo, totalmente confirmada en su misión, enriquecida con la Gracia transmitida por el Sacramento, estimulada por la enseñanza de la Revelación bíblica, fortalecida con todas las armas del Espíritu, está preparada para su combate: la evangelización.

Una viril plegaria es dirigida a San Miguel, lugarteniente supremo de las falanges crísticas y vencedor del Dragón, una última súplica se eleva hacia Aquel que está en el origen, en el centro y en el fin de la aventura humana; finalmente son lanzados los tres primeros “gritos templarios” - los tres planos del cuerpo, del alma y del espíritu - para invitar a la común batalla, a todos los que en el tiempo y en el espacio, bajo el blanco y negro estandarte de la Orden, sellado con la cruz de Sangre y de Luz, actúan en cuerpo y alma para el retorno glorioso del Cristo. Cierra el cuarto “grito templario” que se dirige al Maestro Desconocido, inaprensible, indefinible, el que pone a la Creación al abrigo e inspira a sus criaturas, el Maestro portador del Espíritu que vive en cada uno de nosotros, a quien nadie puede definir, y al que el mismo Cristo nos ha confirmado prometiéndonoslo: el Paráclito.

El instante está lleno de sufrimientos de todas las especies al final de este oficio templario, pero la seguridad de la victoria en el nombre del Cristo, por el Cristo, para lo mejor del hombre, hace resplandecer el aleluya final.

ECUMENISMO

La doctrina templaria, en todo cuanto respecta a la existencia humana, es fundamentalmente universalista. Esto aparece claramente en los diferentes artículos que componen este libro, particularmente en el relativo a EL OFICIO RELIGIOSO DE LA ORDEN SOBERANA DEL TEMPLO DE CRISTO. El ecumenismo, considerado hoy día como el movimiento de todos los creyentes hacia la unidad religiosa, no está ausente por lo tanto de las preocupaciones e investigaciones de quienes en el seno de la Orden tienen como misión el provocar la eclosión de la IGLESIA NUEVA reunida alrededor del Cristo.

En esta gestión efectuada para ayudar a la restauración de la unidad del Cuerpo del Cristo, a la armonía y al equilibrio del Hombre universal, la Orden del Temple afirma que los arreglos, las purificaciones, los ajustes necesarios, no pueden ser obtenidos más que por el amor al precio del esfuerzo y del sufrimiento. La unidad de la Iglesia no es la yuxtaposición de las diferentes confesiones de una manera federativa, como tampoco la santificación del hombre está comprometida entre su pertenencia al mundo y su ciudadanía celestial. El vino nuevo no puede guardarse en viejos odres (Mat. 9-7). El Evangelio, fermento de unidad, no puede expresarse totalmente más que en una estructura totalmente renovada, sea humana, social o eclesiástica. El Temple, que está libre de toda obediencia, confiesa la Iglesia “una y universal”. Pero no conoce ni practica otro método ecuménico que el de la alquimia, que es el despojamiento progresivo de lo que fue, de lo que es, en provecho de lo que será. El retorno en Dios pasa por la “Cruz del sacrificio”.

También nos parece irrisoria, trágica, temible, esta demagogia fanática a la cual tras los políticos, ceden los educadores e incluso los sacerdotes. En un tiempo en el que el simple sentido común admite que la salvación del mundo depende de una doctrina y de una política del esfuerzo, los bufones salidos de una civilización en decadencia reúnen a muchedumbres de jóvenes desamparados para hacerles representar, en forma de concilios o de fiestas populares, los últimos actos de la comedia humana. Estas concentraciones donde instintivamente se mezclan el agua clara, el cieno, las larvas y los gusanos, no se prestan a ninguna alquimia ya que les falta el Fuego purificador del Evangelio, su violencia, su intransigencia, para el triunfo del Amor.

Nosotros no admitiremos por más tiempo las tentativas estrictamente sentimentales de reuniones inter-confesionales mientras que los orgullos históricos no sean quebrantados por el obsesivo deseo de la comunión en el mismo banquete crístico.

La unidad, como la santidad, existe en Jesús-Cristo. Es decir, que aquella, es el fin de la aventura humana al final de las múltiples muertes y encarnaciones. El combate para la unidad no es por tanto otra cosa que la eclosión y el completo desarrollo del Cristo en la persona humana. Esto es lo que prueba y permite el OFICIO RELIGIOSO en su relación con la Eucaristía. Ante el altar, la “pareja sacerdotal” y el sacerdote, engendran y nutren el alma de la Iglesia definitivamente “una”.

EL TEMPLE Y EL ISLAM

“Cuanto más profundizo en la Tradición, más reencuentro a los demás”.

Esta afirmación, es por esencia, templaria.

Ella sola rinde cuentas del verdadero camino ecuménico, que consiste en remontar desde las profundidades, a la Fuente Única de todas las religiones, cualesquiera que sean sus niveles de evolución o de revelación.

En esto la frase es “universal”, o sea, “católica” en el sentido etimológico, “protestante” en el sentido de que rechaza la desviación, e “islámica” en el sentido en que subordina la criatura y la Creación a su Creador.

La semántica esclerotizada de algunos doctores no dejará de ser alterada.

Esta actitud y este vocabulario son naturales para el Temple, ya que la paz de Dios y la fraternidad auténtica de los hombres no se encuentra en lo que los separa, sino en lo que tienen en común.

La misión del Temple no es “vender” los principios, sino el dismantelar sin complejos las barreras artificiales de la exégesis teológica, para aquellos que dividen un imperio, el de Dios sobre la Tierra, condenándola a abortar o perecer.

Además de otros motivos que examinaremos, a título general el que la Orden del Temple, como verdaderamente en el tiempo medieval, actúa para la Alianza entre Cristiandad e Islam.

No faltará (el natural separatismo volviendo al galope), El oponernos los textos, a veces contradictorios en su absolutismo, del Evangelio y del Corán.

De hecho, las apariencias a veces van en ese sentido. Pero sabemos también que todo texto lleva a la vida o a la muerte, según el nivel al que se aborda. La letra es en principio un féretro. Y siendo la letra aparentemente esto, se es tentado de sucumbir, como tantas generaciones lo han hecho en el pasado.

Nosotros no enseñaremos a nadie cual es la comprensión “objetiva” de los textos ni de los testimonios sobre accidentes. Viejo problema que traiciona la disposición real de la naturaleza humana de “tratar” sus alimentos según sus deseos o sus caprichos, y del papel y la plaza de los textos en la realidad.

Según que el contenido sea considerado en su estadio bruto, en el momento de su absorción o en de su digestión, su “valor” difiere, su conducción también, es decir la resonancia que hay en el sistema de referencias del lector y el uso que se hace de lo leído, según su nivel de consciencia y de evolución, o sea según los parámetros circundantes y de condicionamiento de su encarnación.

Para ser esto admitido, es preciso evidentemente poseer otra visión del hombre, otra consciencia, otro conocimiento de uno mismo.

Y además sería preciso que los textos resultaran familiares.

Demasiados católicos, muchas veces incluso entre los más obedientes si no los más integristas, dan prueba por desgracia demasiado frecuentemente de una crasa ignorancia de los textos evangélicos. Y aunque los conozcan, no hacen otra cosa que leerlos con torpeza y sin comprenderlos. Lo mismo sucede del lado musulmán, donde no obstante, la salmodia de las suras está mucho más extendida que la recitación evangélica en Occidente.

Ninguna religión escapa a este vicio ni al que hace divergir singularmente, hasta la contradicción, la práctica y la Fe.

En cuanto a conocer el Libro de los otros, es otro asunto.

¿Cuántos maestros de la Iglesia Cristiana del tiempo de las Cruzadas habían leído verdaderamente el Corán? ¿Y cuántos de entre los doctores musulmanes que dirigían el Islam conocían el Antiguo y el Nuevo Testamento?

Hoy día en Occidente, ¿cuántos eruditos juzgan sobre el mundo musulmán en perfecta ignorancia de sus bases religiosas, incluso aunque el Islam parece con excesiva frecuencia afligido de materialismo?

De esta forma y durante siglos, sangrientos malentendidos fundados sobre las diferencias más que sobre las relatividades o sobre las identidades, han opuesto a la Cristiandad y al Islam, partiendo de inferencias ilusorias.

Nadie, o muy pocos, habrán accedido al común tesoro escondido.

Por haberlo hecho, nuestros antepasados de la Edad Media serían tachados de apostasía por el más trágico fanatismo inquisitorial.

No fue la intención, y jamás lo será, para nosotros, Templarios, el oponer o el reducir el uno al otro el Corán y el Evangelio, ni el convertir a los fieles de la una a la otra religión. Se trata de reunir dos polaridades complementarias en una comunidad espiritual, en la obra de convergencia que les es asignada.

No tardará en llegar el tiempo en que será preciso que más allá de las irreductibilidades de la letra, cristianos y musulmanes, saliendo de sus correspondientes textos-mausoleos, comulguen en la Fe viviente con el mismo Dios único que es el suyo, como lo es de todos los hombres.

No se puede ir más allá del buscado sincretismo que en el oficio religioso templario, donde algunas veces, después de la comunión eucarística se hacen eco el “Padre Nuestro” y la “Fatiha”:

“En el nombre de Dios, clemente y misericordioso.

Gloria a Dios, Dueño del Universo,

El clemente, el Misericordioso,

Soberano del día de la recompensa.

Es a ti a quien adoramos.

Es a ti a quien imploramos auxilio.

Dirígenos en la recta senda.

En la Senda de los que tú has colmado de tus beneficios,

De los que no han incurrido en tu cólera y que no se extravían.

Amén”

Ni los “Pobres Soldados del Christo”, ni los musulmanes autorizados a participar, apostaban de sus tradiciones respectivas. ¿Quién podía entonces hablar de “secta”?

Los unos y los otros podían indistintamente responder invocando al Corán: “La Fe es la luz, el alimento y la defensa de la vida”, o a San Juan: “La victoria que triunfa del mundo es nuestra fe.

Ya que esta fe es la misma para los unos y para los otros, cualquiera que sea la manera en que se formule.

Dicho en otros términos, el “Tawhid”, dogma fundamental del Islam, se halla también en el Cristianismo, reconocido a su manera por los cristianos:

“Lo absoluto de la naturaleza divina realizado en el aniquilamiento de la naturaleza humana, de forma que el último estado del hombre vuelve a su primer estado, transformándose en lo que era antes de existir”.

En lo que respecta a nosotros, nos remitimos a “Mi Búsqueda del Grial” de Peronnik.¹

La Búsqueda del Grial ¿no es él volver a subir hacia el estado adámico de antes de la “caída”?

De modo que es preciso saber a qué nivel aceptar los textos, en que plano situar su significado.

En cuanto a MAHOMA, no pretendía otra cosa que expresar la Verdad en parábolas. Se dirigía en general a un pueblo de pastores y no exclusivamente a los iniciados.

¹ Ediciones “La Pensée Solaire”

Sin razón, los comentaristas de los dos bandos se encarnizaban en la controversia sobre el Dios Uno, a favor o en contra de una pretendida “asociación” de otras divinidades a Dios, o sobre el sentido del Dios Uno en tres “personas”, Los nombres “Padre”, “Hijo” o “Espíritu”, pueden no ser más que comodidades lingüísticas de acceso, necesarias a unos e inútiles a otros. Del impronunciable al manifestado, hay inevitablemente -y los musulmanes no dirán lo contrario- graduaciones en los planos y en las calidades. En el umbral de la “Boca del Padre” comienza y acaba la vibración de lo Creado.

Cuando el Corán pone en esta Boca la siguiente frase: “Nos le enviamos (a María) Nuestro Espíritu...” (s. 19), este Nos y este Espíritu se refieren sin ninguna duda al mismo fondo común a los Cristianos y a los Musulmanes. Y solo esto importa.

No se han equivocado muchos místicos musulmanes. Júzguese:

DJALÂL ed DÎN RÛMÎ (1.207-1.273) contemporáneo¹ de San LUIS y de San FRANCISCO DE ASÍS, habla en estos términos del nacimiento espiritual².

“El alma universal ha entrado en contacto con el alma parcial y esta última ha recibido de aquella una perla y la introduce en su seno. Gracias a este roce ligero en su seno, el alma individual se hace encinta, como María, de un Mesías, extasiando al corazón; no el Mesías que viaja sobre el mar y la tierra, sino el Mesías que está más allá de las limitaciones del espacio.

Así, cuando el alma ha sido fecundada por el Alma del alma, el mundo es fecundado por un alma parecida.

Cuando el Hijo del Hombre ha nacido dos veces, coloca el pie sobre la cabeza de todas las causas, más allá de los horizontes y de los cielos. No está en ninguna localidad, como los espíritus y las inteligencias. Nuestros intelectos no son más que sus reflejos. Caen como sombras a sus pies.

Cada uno de nosotros tiene un Jesús en sí mismo. Pero hasta que no se manifiesten en nosotros los dolores del nacimiento, nuestro Jesús no nace”.

RÛMÎ dice aún:

“Cuando la palabra de Dios penetra en el corazón de alguien y la inspiración divina llena su corazón y su alma, su naturaleza es tal que Allah reproduce en él un hijo espiritual teniendo el soplo de Jesús que resucita a los muertos.

La llamada de Dios, velada o no, otorga lo que ha otorgado a Maryam (María).

Vosotros que estáis corrompidos por la muerte en el interior de vuestro cuerpo, volved de la no-existencia a la Voz del Amigo.

En verdad, esta voz proviene de Dios, aunque emana del Servidor de Dios...”

Parafraseando la Sura 19³ del Corán RÛMÎ⁴, evocando la Anunciación en la que el Espíritu Santo, bajo la forma de DJEBRAIL (Gabriel), se presenta a María, dice aún:

“Surge delante de ella como la luna y el sol. La belleza desvelada se levanta del suelo tal como el sol apareciendo por el Oriente.

¹ Fundador en Anatolia (siglo XIII) de una de las mayores hermandades musulmanes (los “MAWLAVIS”) y considerado como uno de los mayores poetas místicos universales.

² *Mathnawî* - 1 (1.934 y ss.)

³ (16-18)

⁴ *Mathnawî* - 3 (3.700 - 3.706), (3.768 y ss). Traducido del persa al Francés por Madame Eva de VITRAY-MEYEROVITCH.

Él florece como una rosa delante de ella, como una imagen con la cabeza naciente del corazón.
María se exalta y clama:
Me refugio en la proyección divina.
Y el ángel le dice: No temas nada.
Yo soy el fiel mensajero del Señor
No te apartes de los elegidos de la majestad divina.
No te alejes de esos santos confidentes...
Mi morada se encuentra en lo invisible. Solo mi forma exterior se halla ante ti.
“¡Oh María!, mira bien, ya que soy una forma difícil de percibir.
Yo soy a la vez una nueva luna y una imagen en el corazón.
Cuando una imagen llega a tu corazón y se establece en él,
Vivirá en ti donde quiera que huyas.
Yo soy la Luz del Señor, tal como la verdadera aurora.
Tú buscas refugio en Dios contra mí.
Yo soy en la eternidad la imagen de aquel que es el único refugio.
Ya que existe una unión más allá de toda descripción o analogía entre el Señor del hombre y el espíritu del hombre”.

AL HALLAJ¹ dice:
“El alma del místico es comparable a María. Nuestras conciencias son una sola Virgen, donde únicamente el espíritu de la Verdad puede penetrar”.

HAFEZ, el mayor poeta lírico de Irán (1ª mitad del Siglo XIV), dice:
“Si el derramamiento del Espíritu Santo dispensa de nuevo su ayuda, otros harán a su vez lo que el mismo Cristo hacía”.

SANAÏ, uno de los mayores poetas místicos del Irán, algo anterior a RÛMÎ, dice en “El Jardín de las Verdades Sutiles”:
“Si tu alma no pasa por el viernes de la Crucifixión, jamás llegará al día de la Resurrección”.

Tan profundamente crísticos parecen todos estos textos, que no hay ni una línea que no pudiera reivindicar cada Templario.

El Islam, el Corán en particular, atribuyen a Jesús y María un lugar privilegiado. Vanamente se buscaría la equivalencia de los textos hebreos, como no sea bajo las alegorías proféticas del Antiguo Testamento. Extrañamente, no hay nada después del Gólgota.

¹ Célebre poeta y místico, martirizado en Bagdad (922) por haber dicho: “Yo soy la verdad suprema”. Esta afirmación, considerada entonces como una blasfemia, es por el contrario comprendida por los místicos islámicos como un signo de “unión transformante”.

Sobre María, el Corán (III - 42-45-47) escribe:

“Los ángeles dijeron a María: Dios te ha escogido. Te ha hecho exenta de toda mancha. Te ha elegido entre todas las mujeres del Universo. ¡Oh María!, conságrate al Señor, adórale e inclínate ante El con los que le adoran. Lo que te revelamos es la narración de los misterios.

Los ángeles dijeron a María: Dios te anuncia su Verbo. Se llamará el Mesías, Jesús hijo de María, honrado en este mundo y en el otro. Él hablará a los hombres, niño en la cuna y adulto y será del número de los justos.

Señor, respondió María, ¿cómo podría yo tener un hijo? Ningún hombre se me ha aproximado.

Así es, continuó el ángel; que Dios crea lo que quiere. Cuando ha decretado una cosa, dice “Sea”. Y la cosa es hecha”.

Este fragmento entre otros...

En el Occidente cristiano, la Virgen María es representada frecuentemente sobre una luna en cuarto creciente. En el simbolismo templario, la doble luna blanca y azul, corresponde a María Madre de Jesús, también representada sobre los altares de nuestras criptas por la cruz latina con esos mismos colores, colocada entre la Tau negra y la Cruz roja y oro de brazos justos e iguales en formas de M. Y la luna creciente, no es por casualidad el símbolo del Islam. Es también la grafía de la letra NOUN, decimocuarta del alfabeto árabe. N, de la cual, el simbolismo altamente significativo, evoca el Santo Grial, expresando el signo de la unidad que manifiesta la luz divina, el Espíritu de Dios manifestado llenando el Santo Receptáculo.

Se encontrarían también muchos paralelismos entre la Cristiandad y el Islam, en los que las aguas, las fuentes y la piedra, sirven de eco entre una y otra religión:

- El agua del bautismo y las abluciones rituales del Islam
- Las aguas primordiales y celestiales (María)
- La Virgen negra y la piedra negra de La Meca
- La Virgen de la roca y la Virgen de la fuente (Lourdes por ejemplo)
- El pozo de la Samaritana y el pozo de Zemzem que Jahvé hizo brotar en La Meca, para Agar e Ismael.

Limitemos hasta aquí los ejemplos.

En cuanto a Jesús, el Corán le reconoce como:

“Mensajero de Dios, enviado para confirmar el Pentateuco” (S. 61-6). Jesús declara en él particularmente:

“Él me ha dado el Libro y constituido Profeta.

Él ha querido que yo sea bendito en cualquier parte en que me halle” (S. 19: 30-2)

Dios ha dotado a Jesús del poder de hacer milagros, “devolver la vista a los ciegos, resucitar a los muertos” (S. III: 49 y V: 110).

Ibn - ul 'Arabi, otro místico musulmán, considera a Jesús como el “Sello de la Santidad”, siendo considerado Mahoma como el “Sello de la Profecía”.

El Corán (S. 19: 49) precisa:

¡Oh María!, ALLAH te anuncia una palabra emanante de Él, cuyo nombre es el Mesías, Jesús hijo de María, quien será ilustre en la Vida inmediata y en la última, y estará entre los más próximos al Señor”.

La Sura 4: 169, afirma:

“El Mesías, Jesús hijo de María, no es otro que el enviado de Allah, su palabra lanzada por Él a María, y un Espíritu emanante de Él...”

Pero ciertamente, asentando el principio inflexible de la Unidad divina, el Corán rechaza la trinidad cristiana, rehusando a Jesús la hipóstasis de la segunda persona divina, y al Espíritu Santo la de la tercera persona.

De la misma forma rechaza la noción de “María Madre de Dios” (Theotokos), de la cual el mismo concepto parece aberrante a los musulmanes (por el hecho de que si Dios es Dios, no podría tener una Madre, la cual sería Dios en su lugar).

No escasean los versículos para estigmatizar y fustigar como heréticos, a los ojos de la Ley revelada por MAHOMA, a todos los que caen al pie de la letra en este pecado de “asociacionismo”. Se podrían evocar también muchos otros puntos -y no de los menos importantes- como el rechazo del pecado original, y por lo tanto de la Redención, el de la Crucifixión, de la muerte de Jesús, etc. No es aquí nuestro objeto el hacer justicia a unos con detrimento de los otros o inversamente. Caeríamos en la teologomáquia que nos cesamos de denunciar. Por otra parte, es a Dios a quien corresponde juzgar.

Lo que sí corresponde a quienes en sus religiones se han visto prodigados de los dones de la Luz espiritual -en sus respectivos niveles-, es el superar las acepciones aparentes y la dificultad semántica de la que proceden.

Lo harán sacerdotes y ulemas bajo la iniciativa del Temple. Muchas discusiones aparecerán entonces como vanas y privadas de fundamento real, a medida que se acceda a los grados más sutiles del conocimiento de la realidad espiritual.

Ahora mismo, y con respecto a la forma de situar a Jesús, la Orden del Temple se remite, por la voz de Peronnik, a la doble naturaleza de Jesús-Christo, tal como aparece en “Mi Búsqueda del Grial”, bajo el título de “Jesús y el Cristo” en el tomo III¹.

La verdad no se posee; es ella la que subyuga.

Desde el punto de vista templario, es suficiente por ahora el que Jesús y María sean comunes al Islam y a la Cristiandad.

A los musulmanes, les decimos lo que tanto gusta de repetir:

“Busquemos lo que nos une y respetemos lo que nos divide”

A los cristianos les citamos las mismas palabras del Cristo (Juan XIV-2):

“Hay muchas moradas en la casa de mi Padre”.

A los unos y a los otros les declaramos:

“Sois hermanos, porque en alma y en espíritu, sois hijos del mismo Dios, hijos del mismo Padre, criaturas del solo y mismo Creador”.

DE LOS ORÍGENES A LOS REENCUENTROS

Islam y Cristianismo, considerados como religiones, constituyen las dos ramas de una sola y misma Revelación, la de MELQUISEDEC a ABRAHAM.

Melquisedec, Rey de Justicia, “sin padre ni madre, sin genealogía” iniciado heliopolitano, dio a Abraham, ya hace mucho tiempo, la revelación total.

Abraham transmitió la mayor parte de ella a Isaac, su hijo legítimo, pero también transmitió la totalidad a ISMAEL, el hijo de su criada AGAR.

A través de las edades los dos depósitos han caminado hasta nosotros, uno a través de ISRAEL, el otro a través de los pastores iniciados de Arabia y de África, donde Moisés, en casa de JETRO, los re-anuda por primera vez, tras haber recibido de los templos egipcios la parte de luz heredada por los heliopolitanos del tiempo de KEOPS.

Las dos ramas prosiguieron su camino hasta llegar a los esenios¹, en donde volvieron a juntarse para preparar, con Juan el Bautista, los caminos del Cristo.

¹ Ver también: Tomo I “Hombre, ¿quién eres tú?” Y “Alquimia”; Tomo III “La Prueba y la Fe”. Sobre María: Tomo II “O.S.T.S.”

Nuevamente, después del Christo, las dos ramas retomaron sus vías respectivas y caminaron paralelamente hasta el tiempo de la venida del Profeta en Arabia, Mahoma, en quien el Espíritu de Dios se expresa a través del alma de un apóstol cristiano regresado. Vendrá el tiempo de decir quién era este apóstol. No hay ninguna duda de que Mahoma se benefició de la transmisión esenia. En FÁTIMA, su hija, se expresa una figura marial, y no es por azar si - precisamente, ¡oh extraña coincidencia deseada por el Cielo!- Nuestra Señora María aparece entre otros lugares en FÁTIMA (Portugal), para entregar a los hombres, a la Iglesia de Roma en particular, una advertencia que por desgracia ésta se empeña en ocultar.

ALÍ, primo del Profeta y su yerno al estar casado con Fátima, originó el pleito sucesorio llamado de los "fatimitas", el cual da nacimiento a la rama musulmana chiíta (contraria a los ortodoxos sunitas).

En el seno del cisma se desarrolla el ismailismo, especialmente en Siria y en Persia, ya fuertemente esclarecido en su genio propio, por la influencia egipcia de los antiguos tiempos.

Es preciso recordar que la pretendida "secta" de los Assasine (de "assas": guardián) - ultrajantemente calificados por los historiadores tan pronto de consumidores de haschisch, tan pronto de asesinos- desempeña un papel determinante en la vocación de la Orden del Temple medieval.

Ellos también poseían su "apparat" interior y su estructura visible.

Anudando con ellos el pacto que ya conocemos, nuestros antepasados reconstituyeron nuevamente, para una nueva etapa, una parte capital del "puzle" de la Tradición primordial, retomada de esta forma de los esenios por las dos vías paralelas.

Pues entre el tiempo del Christo y el del Viejo de la Montaña, ya habían tenido lugar reencuentros, dado que en el año 688 había nacido en la céltica drúidica, en Bretaña, la "Caballería de la Mesa Redonda" de la cual nos viene la famosa leyenda del Grial.

Peronnik, llamado Peronnik el Loco o Peronnik el idiota (en las raras leyendas que le evocan, nueva figura del Bautista, escondía bajo su pseudónimo a Raymondin de Lusignan, Archimaestre de la Mesa Redonda de la que fue el iniciador, y que tuvo contactos iniciáticos con los Sabios musulmanes de la época.

¹ *Los Esenios fueron en cierto modo la Iglesia interior, la sinagoga secreta del judaísmo. Su Orden nace y se desarrolla durante los dos siglos que precedieron a la toma de JERUSALEM por TITO, hasta la destrucción del segundo Templo (70 d.J.C.).*

Históricamente se les conoce mejor desde el descubrimiento de los manuscritos de QUMRAM. Estaban concentrados en comunidad en la región de ENGADDI en Palestina. Etimológicamente, el término "esenio" parece derivar por deformación de "hassidim", secta judía con la cual los esenios estuvieron en contacto y que eran más bien místicos, suplicantes.

En el sentido de la raíz primitiva, debería decirse "eséeno", de una palabra que significa "santidad".

Es falso el pretender que Jesús hubiera sido "iniciado" por ellos o por otros. Encarnando al Christo, Jesús era el iniciador por excelencia y no tenía ninguna necesidad de ser iniciado.

Recordemos finalmente que Juan el Bautista, primo hermano de Jesús, era esenio -y no de los de menor grado, ya que el suyo equivalía a Archimaestre-, como lo fueron varios otros apóstoles y miembros de la familia terrestre del Crucificado y como José de Arimatéa.

Como lo fueron los esenios por los legalistas de Israel, los “assasine” fueron mantenidos apartados del mundo islámico por los “ortodoxos” musulmanes, y perseguidos y asesinados como a su vez lo serían los Templarios por la oficial Inquisición romana, expresión del fariseísmo político cristiano.

Los profetas, cualesquiera que fuesen, jamás sufrieron otra suerte...

De la misma forma que los esenios poseían la única y verdadera “kábala” hebrea, los iniciados de los Assasine del jeque el Djebel poseían el “batin”, esoterismo, gnosis, ciencia de los números o - podríamos decir- cábala islámica.

La Orden ismailita y la Orden del Temple (como los Caballeros de la Mesa Redonda), obedecían a la misma estructura-madre, brotando evidentemente sus tradiciones de la misma Fuente, la que Jesús había venido a vivificar por el Verbo encarnado en Él y la que Mahoma vendría a sellar con su Revelación.

Por encima de los campanarios y de los minaretes, de lo que se trataba, y se tratará siempre, es de restablecer el conocimiento de los antiguos sacerdotes egipcios, a través de los siete principales grados de la iniciación por el egregor islamo-cristiano, del cual Adam-Noé-Abraham-Moisés-Juan el Bautista-Jesús (no el Christo) y Mahoma, fueron los sellos.

De esta alianza esotérica y cabalística se conoce el símbolo: el BAPHOMET, contracción de BAP (tiste) y (ma) HOMET¹. Toda otra interpretación de dicho símbolo no es más que fantasía.

Desde luego, se trata de reencuentros esenios.

Algunos dirán que la leyenda del Grial y después la Orden del Temple en su doctrina, fueron “inspirados” por el Islam árabe, que copiaron los elementos fundamentales, de la misma forma que dicen que Dante había imitado AL MAARI.

Esto es desconocer que incluso suponiendo la existencia de contactos y transmisiones personales, implicando intercambios en ambos sentidos, no podía tratarse más que de “apoyos” a otra “inspiración”, más verídica que aquella por ser más elevada.

En verdad, abierto a la iluminación, todo iniciado que llega suficientemente alto y lejos en su Búsqueda, extrae su inspiración directamente de la Fuente única, la Fuente de las Fuentes, de la cual recibe gradualmente las Luces necesarias. Allí está el permanente y verdadero Sabbat de los Sabios.

La luz del Verbo, refractada en el espacio y en el tiempo a los que pone al abrigo por toda la eternidad, produce colores diferentes. Sin embargo, en cada uno de sus colores sigue siendo la Luz. Y sería absurdo decir que los colores proceden los unos de los otros.

De esta forma, la verdadera Tradición es una, única y unificadora de todas las interpretaciones; incluso las más contradictorias, como el blanco y el negro, la luz y las tinieblas, se funden en la Unidad de Dios.

La verdad es una. Puede tener muchos lenguajes y muchos caminos que a ella conduzcan, ya que desde los cuatro rincones del Universo se llega a la Montaña Sagrada.

¹ Es preciso recordar que el símbolo “BAPHOMET” fue creado en función de la grafía francesa en la que “BAUTISTA” se escribe “BAPTISTE” y “MAHOMA” se escribe “MAHOMET”. La grafía correcta de este último nombre, debería ser “MAMAD”. En español hubiéramos formado “BAUTAMAD”.

LOS CÁTAROS

Para comprender el drama cátaro, es preciso considerar atentamente los dos elementos que se hallaban frente a frente: la Iglesia Católica poseedora de la revelación crística, y una herejía satánica. Ahora bien: la depravación la impiedad y el crimen, se hallaban en el seno de Roma y de sus aliados mientras que los heréticos daban pruebas de fe, de virtud y de caridad. Se perciben inmediatamente los malentendidos que esta paradójica situación pudo crear en las simples almas de los pueblos Occitanos. No es extraño que se sintieran tentados de creer que los auténticos testigos de Jesús-Christo eran los que practicaban el amor y la humildad y que se colocasen de su lado. De ahí resultó la atroz guerra civil, que como se sabe degeneró en un verdadero genocidio.

Las elecciones o alternativas nunca son sencillas en la encarnación, donde el negro y el blanco se interpenetran sin cesar. Por otra parte, es la ignorancia de esta ley fundamental lo que constituye la base del error cátaro. Para ellos, existía un Dios bueno y un Dios malo. Solo este último, Satán es responsable de la total impureza de la materia, comprendido nuestro cuerpo físico. En consecuencia, aparentemente lógica pero en realidad simplista, es preciso aniquilar la materia, escapar de nuestros cuerpos, volver a ser espíritus puros. La procreación está prohibida desde ese momento, hasta la desaparición de la raza humana. Y lógicamente, en función de esta teoría. Dios no pudo revestir un cuerpo impuro y despreciable y Jesús no pudo tener un carácter divino.

No era posible dejar crecer una doctrina tan peligrosa, incluso mortal, y se comprende la posición extremadamente firme que se vio obligado a adoptar nuestro Maestro San Bernardo con respecto a los Cátaros, quienes sin embargo eran idealistas llenos de un celo piadoso. Otro monje utilizó sus fuerzas para demostrar con el ejemplo de una vida santa, que la indignidad del clericalismo católico de Occitania no comprometía la enseñanza de la Iglesia de Pedro, y que la herejía era condenable incluso cuando el demonio, con una maquiavélica habilidad, se servía para expandirla, de criaturas sinceras y de buena voluntad.¹ Por desgracia, su acción mal comprendida, desfigurada por el fanatismo y el sadismo de sus sucesores, daría nacimiento a la horrible Inquisición que desacreditó al catolicismo para muchos siglos. El Papa Gregorio IX no se equivocaba cuando declaró: "Francia ha ganado, pero la Iglesia ha perdido". Es preciso resaltar por otra parte que el Reino de Francia realizaba su unidad, siendo una feliz consecuencia de un hecho indigno.

Aquí abajo todo es complejo, y en tal confusión era difícil reconocerse. Puede que esta sea una de las explicaciones del cínico apóstrofe de Simón de Monfort: "¡Matadlos a todos, Dios reconocerá a los suyos!".

En conclusión, la Verdad es móvil. No es estática si no dinámica, difícil de descubrir, y más difícil todavía de conservar. Para no alejarse demasiado de ella es preciso estar vigilante, mantener siempre en vela al espíritu, no dejar que se embote el sentido crítico, no dormirse sobre las propias convicciones, plantearse dudas continuamente.

Era San Bernardo quien momentos antes de su muerte temía que en el último segundo: "... el enemigo no tienda una trampa bajo sus pies, no le muerda en el talón a fin de causarle una herida mortal".

¹ *Santo Domingo.*

CREACIÓN

“Movimiento sin fin en la eterna estabilidad”, “flujo y reflujo de la eterna palabra” por la cual la Boca del Padre de los Universos “aspira y respira la existencia de todas las criaturas”¹; manifestando así su amor infinito, toda creación es un proceso cíclico descomponible en un tiempo de des plegamiento -expansión, “expiración” del Padre, involución, etc. -seguido de un tiempo de re plegamiento -contracción “inspiración” del Padre, evolución², etc. -al término del cual todas las criaturas salidas del primer tiempo vuelven a la unidad.

El Verbo eterno, Palabra del Padre de los universos y algunas veces llamado Logos, es por lo tanto, como nos lo indica Juan Evangelista en los primeros versículos de su Prólogo, Aquel en Quien y por Quien se han hecho todas las cosas y sin el cual nada se ha hecho. No tiene por tanto nada de extraño el que la sucesión de todos los acontecimientos de toda creación esté regida por una implacable lógica.

∴

Expresión en su propio plano Creador de su voluntad de crear, la ley arquetipo, presidiendo el des plegamiento de la creación, es ante todo la ley del tránsito del Uno al múltiple, tránsito cuyos efectos se manifiestan bajo muchos aspectos distintos:

- Multiplicidad en el número de sub-conjuntos de la creación global, siendo cada uno de ellos múltiple en sus componentes: dispersión, aumento de la entropía, etc...
- Cada sub-conjunto así aparecido tiende por tanto simultáneamente, por una parte a afirmarse como ente existente separado del resto de la manifestación (aparición del principio de oposición, frecuentemente llamado Satán, del hebreo Iya = el adversario) y por otra parte a luchar cuanto puede contra su propia dispersión.
- Multiplicidad en las expresiones que revisten las leyes arquetipos de constitución y de funcionamiento de la creación; de esta última, si bien a diferentes escalas, existen variantes en sus detalles: principio de analogía, y no de identidad.
- En particular, toda criatura reproduce a su escala y según sus características específicas el ciclo de la creación global: “caída” de lo uno en lo múltiple, y después retorno a la unidad.
- Multiplicidad finalmente en el tiempo (que por otra parte es en sí mismo multiplicidad...) en el sentido de que toda criatura tiende a repartir indefinidamente sus comportamientos, pero aún así de manera múltiple, es decir, que la repetición nunca es idéntica, y que en ella se puede distinguir una progresión, ligada por otra parte al comportamiento de la o de las escalas de creación incluyendo a la criatura considerada.

¹ *Oraciones de las Inteligencias angélicas de los Elementos, según Porfirio y Jámblico.*

² *Evolución, involución: estos dos términos se relacionan con la noción de ciclo (del latín volvere - dar vueltas); sus acepciones pueden por lo tanto variar según el punto del ciclo en que se encuentre el que habla. En esto nos hemos considerado al nivel de las criaturas, de los en cierta forma peregrinos que somos; esta es la razón por la cual llamamos “involución” al movimiento que va del Uno a las criaturas, y “evolución” a aquel que vuelve a traer a estas últimas de la unidad.*

En cierto orden de ideas, el proceso de la creación global, siendo de forma cíclica la “historia” de cada elemento de esta creación, está constituido por la reunión, extremadamente compleja, de una serie de ciclos que encajan unos dentro de otros, de los que el desarrollo de las horas, de los días, de las estaciones, etc. con sus aspectos propios, y hasta la rotación de nuestro sistema solar alrededor del centro de nuestra Galaxia... no da finalmente más que una idea demasiado pobre, puramente material por lo demás, mientras que el proceso real concierne igualmente a los planos que calificamos de inmateriales.

∴

La involución, es decir, la aparición de esta multiplicidad de elementos cada vez más diferenciados y de inclusiones escalonadas¹, se traduce inevitablemente por una multiplicidad de grados, o sea, una jerarquización que se puede considerar como una “caída” relativa del sub-múltiple con relación al “uno” (también relativo) del que ha salido.

También tiene la involución como efecto el provocar por todas partes el tránsito del Uno a los múltiples, del Absoluto a los relativos, del Ser a las existencias, del Infinito a los espacios, de la eternidad a los tiempos y del colectivo a los individuales. “El individuo, -dice Oswald Wirth, -resulta de una oposición al todo del que se forma parte. No se convierte en centro más que insurreccionándose contra la universalidad. Su vida procede de una vida más vasta a la cual se esfuerza en acaparar. No lo consigue más que en una medida limitada; de ahí la brevedad de la existencia individual”.

Si reflexionamos sobre ello, este factor involutivo, generador, de existencias relativamente independientes para los sub-múltiples, constituye el motor necesario de la Creación en su primera fase, pero se vuelve contrario a la voluntad divina desde el momento en que juzgando por sí mismo que el “des plegamiento” ha sido suficientemente, decide desencadenar la fase de “contracción”, pasando por tanto de la involución a la evolución. Y es por lo que el agente involutivo, que etimológicamente no es otro que el Diablo (del griego διάβολος = aquel que arroja por todas partes, que dispersa) es confundido generalmente con Satán, el Adversario.

Si por lo tanto se acepta definir el “bien” como la que está conforme con la voluntad divina y el “mal” como lo que es contrario, si se ha recibido la revelación de que la contracción de nuestro universo comenzó hace unos 180 mil millones de nuestros años²- que es lo que ahora se revela al lector- cierto número de cuestiones se hallan cerca de ser aclaradas: por ejemplo, por qué Satán, o el Diablo, son el “espíritu del mal”, o también, cómo lo que es bien en ciertas condiciones espacio-temporales puede convertirse en mal en otras condiciones, etc. etc.

∴

En cada sub-conjunto coherente de Su creación, incluso en uno o varios sub- conjuntos más vastos que a su vez incluyan otros conjuntos menos importantes, y en el mismo instante en que esta creación aparece, Dios establece leyes que afectan no solamente el ámbito material, sino también a todos los demás, mental, anímico, psíquico, espiritual, etc.; leyes inmutables que constituyen las imágenes múltiples, repercutiendo hasta el infinito, de La ley-arquetipo, y destinadas a asegurar pase lo que pase, al mismo tiempo el correcto funcionamiento y la perennidad de la creación, su homeostasis podríamos decir.

¹ *La generalización desde hace algún tiempo de la enseñanza a los niños en edad escolar de algunas nociones de la teoría de los conjuntos, nos parece que sin duda, ha preparado al terreno para una comprensión más fácil de las verdades simples, pero inhabituales, que aquí se exponen.*

² *Ver “Contracción del universo visible”. De todas formas, el sistema solar al que pertenece nuestra tierra es algo más reciente.*

De la misma forma, el ingeniero al concebir el esquema de construcción de un servomecanismo complejo, prevé la instalación de circuitos de retroacción (feedback) y otros grupos de componentes que tendrán por misión bien el permitir en diversos lugares del sistema diversas oscilaciones que ayudarán a su funcionamiento, bien por el contrario el impedir a otras partes del sistema separarse de forma excesivamente peligrosa del tipo de comportamiento que el ingeniero tiene intención de asignarles.

En particular, si a medida que se desarrolla el proceso de multiplicación involutiva, la conciencia divina que impregna la creación se desmigaja progresivamente en chispas cada vez menos luminosas, ha sido previsto un límite a esta dispersión, al que se llega cuando las chispas elementales se encuentran fijadas en la materia, siendo esta la última expresión de la substancia principal o Virgen Cósmica.

Ya es tiempo de examinar más de cerca otra consecuencia lógica de la ley de involución, la que tiende a reproducir al nivel de cada sub-conjunto de la Creación global, el proceso cíclico de ésta última, En otras palabras, es fatal el que se produzcan caídas en todas las fases e incluso en la fase de evolución de la misma Creación global. Desgraciadamente para ellas, las criaturas que se encuentran implicadas involucionan entonces para su mayor desgracia, ya que se encuentran en oposición con la voluntad del Creador: ninguno de nosotros ignora apenas lo que entonces se produce, ya que vivimos el resultado de una de esas caídas; la de Adam y Eva, nuestros primeros padres sobre esta Tierra¹.

Desde tiempos inmemoriales, nuestros antepasados han recriminado generalmente y a la vez contra nuestra condición terrestre y los sufrimientos que parecen serle ineluctablemente ligados, y contra el carácter absurdo o incomprensible de nuestro mundo sublunar.

Lo que ignora el hombre lo toma como un castigo o como un capricho de un irresponsable potentado cósmico; cuando declara: “si yo fuera Dios, ¡habría hecho mejor el mundo!”, no es más que el juego de las leyes de la creación, tendente a restablecer el equilibrio del universo y de todas sus partes para la mayor beatitud media y final de cada una de las criaturas. También el mismo hombre, responsable de sus actos ya que ha sido creado libre, es, bien directamente, bien por solidaridad inevitable con las criaturas de diversos sub-conjuntos a los que pertenece, el origen de los sufrimientos que soporta: se salva o se pierde, según que respete o no las leyes divinas.

Mientras que dice “sí” a la voluntad de su creador, el hombre vive una existencia regida por un determinismo que aleja de él todo cuanto constituye para nosotros “nuestros problemas”. Desde el momento en que dice “no”, cambia inmediatamente, por así decirlo, de trayectoria, y aquella en la que se encuentra desde ese instante le hará atravesar automáticamente los clichés de sufrimiento que sus sucesivas negaciones acumulan ante él. Pero todos sus trayectos posibles, sin excepción, están regidos por el mismo determinismo universal, según el cual cuanto más se aleje un ser del respeto a las leyes divinas, mas sufre o sufrirá.

Un buen día, el hombre extraviado y roto por el sufrimiento se pone a buscar los medios de desembarazarse cuanto antes de todo ello. Ayudándole la gracia divina, acaba por comprender que su comportamiento debe cambiar. De la comprensión a la puesta en práctica, habrá de pasar bastante tiempo, salpicado de luchas y de dramáticas recaídas. Por otra parte, reducido a sus propias fuerzas, el hombre no podría reencontrar su trayectoria ideal por razones fáciles de comprender y que están expuestas en otro lugar². Es necesaria una intervención divina: es la Redención, que forma parte integrante del Gran Designio divino sobre el Universo.

¹ Ver “ADAM y EVA”

² Ver “Redención”

La libertad -que a lo mas es solamente una posibilidad de escoger de Quien o de que quiere uno depender- es de difícil práctica y de aprendizaje aún más delicado; el Creador no lo ignora; sabe que en caso de una infracción suficientemente grave de las leyes de que ha dotado a la Creación, el necesario rigor de éstas podría conducir a la criatura a su total destrucción. Pero Dios es justo y bueno y no podría permitir que su obra fuese aniquilada por el mecanismo de esas leyes. Y es por lo que, por misericordia y equilibrando su rigor, ha creado al hombre a “Su imagen”, es decir, tri-uno, uno y trino; cuerpo, alma, espíritu, a fin de poder llegado el caso, y sin quebrantar sus propias leyes, redimirle, transmutarle, renovarle, salvarle en una palabra, viniendo -El mismo a habitarle y, como más adelante se verá, asumir en su lugar las consecuencias de su caída¹.

Por lo tanto, cada vez que el hombre cae, en un planeta o en otro, el Amor divino se manifiesta como fue el caso para nuestra humanidad pronto hará 2.000 años; el Salvador (tal es el sentido de la palabra hebrea. vzswh, Jesús) es suscitado en el seno de una mujer, no en cualquiera, sino en una encarnación muy particular² de Nuestra Señora María del Espíritu Santo, Virgen universal, Nuestra Señora del Cielo, la mediadora completa, permanente y todopoderosa entre el Creador y las criaturas.

Jesús fue por lo tanto, concebido en María de Nazareth como Adam lo había sido en la Tierra, por el Creador que se suscita El mismo intrínseca e integralmente en Él en tanto que Christo, después de su redención... y si realiza los esfuerzos que le corresponden, el hombre destronado, de la misma naturaleza una y trina que el Padre, puede un día llegar a ser cristificado como lo fue Jesús, y participar en el camino real, sabio y libre del reino de los Cielos.

Después de esta ligera digresión centrada sobre el hombre a nuestra propia escala, podemos volver a un plano de creación más vasto y comprender cómo el Christo Universal repara los daños causados por las caídas que se producen.

La Creación global es la imagen de Dios, y por lo tanto del hombre: también se le llama el Hombre Universal. Por repercusión de la Ley fundamental de involución, es comprensible que todo elemento de creación que no constituye él mismo un “hombre”, está necesariamente incluido en un “hombre” a una cierta escala, aunque sea sin medida común con la nuestra.

Cuando, parecido al Buen Pastor que va a buscar a la oveja extraviada, el Christo se manifiesta bajo la forma de un Salvador en favor de los hombres en un determinado plano de creación. Su sacrificio redentor asegura simultáneamente la salvación de todos los elementos que contienen esos hombres y que constituyen sub- conjuntos, aunque estos últimos pertenezcan a nuestros ojos al reino mineral, o vegetal, o animal, etc. Al nivel de los precitados “hombres”, este es uno de los aspectos, y no el de menor importancia, del “descenso a los Infiernos”.

Resaltemos a propósito de esto, que nuestra propia escala nos permite observar las diversas formas adaptadas a las criaturas susceptibles de redención, que reviste el Christo después de Su descenso a los Infiernos: la Piedra alquímica mineral³ es una de ellas, adaptada al mundo mineral incluido en un “hombre” de un nivel de Creación superior al nuestro. Su “proyección” sobre el metal en fusión para transformarlo en otro, es directamente comparable a la de la substancia solar de una supernova sobre la materia que la rodea.¹

¹ Ver “Redención”

² Es todavía demasiado pronto, en este primer volumen, para decir en qué consiste esta particularidad: la explicación, ligada a lo que el catolicismo llama “el misterio de la Inmaculada Concepción”, será dada en un volumen posterior.

³ El lector comprenderá sin dificultad por qué no puede tener éxito en la Piedra cualquiera, ni en cualquier momento, ni en cualquier sitio, ni de cualquier forma, y también por qué no pudo existir

∴

De esta forma, paso a paso, por una nueva infusión de Vida divina reabriendo a las criaturas extraviadas las puertas del retorno hacia el Padre, el Sacrificio universal del Christo preludia a la acción “consoladora” del Espíritu Santo², permite la integración en conjuntos más y más vastos, y de los que los componentes internos son desde entonces armonizados, de la innumerable multiplicidad nacida de la dispersión involutiva, reconstituyendo gradualmente las células, los órganos... finalmente todo el cuerpo del Hombre Universal, impregnado de Conciencia crística y rica, en todos sus constituyentes, de la totalidad de experiencias en bien y en mal, atravesadas en el ciclo de creación que pronto ha de acabarse.

Tal es, antes de la reabsorción final del Hombre Universal en el no- manifestado, el sublime “punto omega” tan caro a Teilhard del Chardin, hacia el cual, cada una a su ritmo propio, tienden todas las criaturas.

∴

Desde luego, no pretendemos en las pocas páginas que anteceden, haber agotado el tema ni respondido a todas las preguntas que legítimamente se hacen quienes tienen sed de saber quiénes son, de dónde vienen y adónde van, Entre otras, habría muchas cosas que añadir sobre el Principio de dualidad, raíz misma de la Ley de involución, y sobre los diversos aspectos que ésta reviste en los diferentes planos invisibles para nosotros, pero que no por ello dejan de existir.

Además, estando este primer volumen mas especialmente consagrado al cuerpo que al alma o al espíritu, no abordaremos todavía el problema de lo que podría llamarse “el desmigajamiento de la conciencia cósmica,” consecuencia ineluctable de la involución, ni el de la “reintegración” que se le corresponde, ni el del encaminamiento de las diversas almas (alma animal, ego, alma espiritual, etc.).

sobre nuestra Tierra ningún alquimista coronado antes del Gólgota.

¹ Ver “Contracción del universo visible”

² Una vez hecho posible por la redención, el proceso de reintegración es más especialmente la obra de Dios en Su tercera Persona, el Espíritu Santo, quien desempeña en la especie Su papel de “consolador” término que significa etimológicamente “aquel que hace uno solo de muchos”, es decir, reúne lo que estaba separado. El tema será tratado en un volumen posterior.

ADAM Y EVA

Creador tanto de los universos visibles como de los invisibles, Dios creó nuestro cosmos, sus metagalaxias, galaxias, soles, sistemas planetarios y todo cuanto en ellos se contiene, por aparición simultánea de elementos a todos grados de desarrollo y de evolución.

Estos elementos jerarquizados reproducen en cada sub-conjunto coherente de la Creación, y con variantes más o menos acentuadas¹, los arquetipos preexistentes en la Sabiduría infinita del Creador.

De esta forma fue suscitado, sobre el plano material, el Hombre Universal, creado del “polvo” de la substancia cósmica, también llamada ésta última, la Virgen Universal; y por consecuencia, aparecieron en diversos lugares de la Creación, hombres más o menos acabados.

De este modo existen “moléculas”, análogas y diferentes sin embargo, en los diversos escalones de la Creación global, desde las de pequeñas dimensiones conocidas por los químicos, pasando por las moléculas planetarias, hasta las moléculas-universo, de las que el doble enlace, comprendiendo los universos visibles e invisibles, es íntimamente comparable al de los ácidos nucleicos.

Incluso existen, a esta escala, moléculas-mensajeras que condicionan la aparición de nuevos universos y desprenden de sí mismas moléculas “de transferencia” más pequeñas: de ahí la función peregrinatoria de los cometas. Finalmente, también existen porciones de espacio, inimaginablemente vacíos, totalmente inhabitados, nada absoluta incomprendible para los humanos...

∴

En lo que concierne más especialmente a nuestro planeta, éste apreció progresivamente, en una época suficientemente remota, a parte del estado extremadamente diluido, después gaseoso, más tarde incandescente... la lava, etc., apareciendo sucesivamente los reinos mineral, vegetal y animal, hasta llegar a formas homínidas relativamente imperfectas: se trataba de los “hombres” de la edad del reno, en curso de evolución a partir de la animalidad, compuestos por un cuerpo y un alma pero sin espíritu para guiarles: animales pasablemente inteligentes en suma, que constituían una prefiguración del hombre acabado.

En dicha época como hoy día, existían en diversas galaxias, como en la nuestra, planetas que denominaremos “adámicos”, habitados por hombres cuyo grado de evolución espiritual, ampliamente superior al que nosotros tenemos actualmente, les permitía hacerse responsables cada uno de un planeta y coadyuvar eficazmente a la evolución de los seres que éste llevaba².

¹ Ver “Creación”

² *No es preciso decir que aquí, como en otros fragmentos de esta obra, el lector es perfectamente libre de no conceder algún crédito a cuanto afirmamos. Es incluso un paso casi necesario para llegar a una asimilación satisfactoria, siempre a condición de que esta incredulidad no se constituya en una barrera definitiva. A los incrédulos, nos permitimos proponerles el retener estas afirmaciones como “hipótesis de trabajo”... y juzgarlas después con arreglo a los frutos que den.*

Andróginos, podían en especial reproducirse individualmente por simple réplica, análoga a una especie de duplicación y resultante de un acto de voluntad pura, de acuerdo con la que sus poderes rectores, y ésta última conforme a la Voluntad del Padre. El ser humano así suscitado aparecía entonces materializado en el estado que para nosotros es el estado adulto; poseía la misma alma que su genitor, pero no el mismo espíritu¹. Para que su manifestación pudiera ser permanente, era necesaria una operación de “fijación alquímica”, parecida a la que se efectúa en el baño fotográfico: es el bautismo de agua como aquel por el cual Juan el Bautista, en el Jordán, fijó definitivamente de Christo en Jesús².

Habiendo llegado nuestra Tierra al estado oportuno, y conforme a un proceso general, un navío interplanetario venido de una lejana galaxia, depositó uno de estos hombres andróginos, Adam, en cierta manera un hombre-dios en comparación a los habitantes del planeta del cual había sido, a título de recompensa, designado para ser su rey. Su misión consistía en ayudar a los homínidos que habitaban la Tierra antes de su venida, a progresar hacia formas superiores de humanidad. En lo que le concernía personalmente, estaba llamado a gozar indefinidamente del “paraíso terrestre”, es decir, de la beatitud del “séptimo día” de la Creación, sin conocer ni el sufrimiento, ni la enfermedad, ni la decrepitud, ni la muerte. Efectivamente, su forma corporal era la que se designa bajo el vocablo de “cuerpo glorioso”, bastante parecido al de Jesús-Christo después de la Resurrección, tal como lo pudieron ver los testigos citados en las Escrituras.

Algún tiempo después, y siempre de conformidad con el proceso general ya mencionado, tuvo lugar una “reproducción singular” de Adam, determinada por voluntad superior, y por la cual todos los elementos representativos del componente femenino en Adam se encontraron localizados a su lado en una forma corporal diferente, la de Eva, animada por el alma de Adam pero guiada por un espíritu diferente. Por este hecho, en lo sucesivo Adam sólo era portador de componentes masculinos.

Cada uno de los miembros de esta pareja inicial continuaba beneficiándose de los poderes de que disponía Adam antes de esta separación, y podía por tanto reproducirse por simple réplica voluntaria, procreando Adam hombres y Eva mujeres, todos adultos y poseyendo la misma alma, llamados ellos también a gozar indefinidamente de la beatitud del séptimo día.

Esta beatitud les estaba asegurada por tanto tiempo como continuasen sometidos a la Voluntad divina, es decir, mientras reconociesen al mismo tiempo el carácter radicalmente “otro” del Creador comparado con ellos mismos, y por consecuencia, la relación ineluctable de dependencia en la cual se encontraban en relación a Él. Este reconocimiento podía ser manifestado de dos maneras: la primera, que calificaremos de positiva, consistía en la ofrenda de frutos del Edén en homenaje al Creador, haciéndose así de ellos la primera pareja sacerdotal. Arquetipo a escala humana del sacerdocio acabado y perfecto. La segunda, de un carácter más bien negativo, consistía en evitar consumir los frutos de un árbol-testigo. No insistiremos sobre el carácter profundamente simbólico de la manducación por la cual el hombre no solamente saborea, si no que absorbe y transforma en su propia substancia, en una palabra, asimila aquello de lo que se nutre.

¹ *En espera de la aparición del segundo volumen, en el cual estos temas serán examinados más profundamente, el lector puede remitirse al tomo III de la obra “MI BÚSQUEDA DEL GRIAL”. “Jesús y el Christo”, en lo que concierne al alma y a las manifestaciones humanas individuales de las que ella constituye el soporte sobre su plano.*

² *Ver misma obra, mismo poema que la nota anterior.*

Pero Adam y Eva no estaban obligados en absoluto a adoptar este comportamiento: entre otros privilegios, habían sido dotados de libertad y en cualquier momento podían conocer la experiencia de la oposición a la Voluntad divina, es decir finalmente, la del “mal” tal como lo hemos definido¹. Un signo visible de una elección consistía precisamente en consumir los frutos del árbol-testigo, y la pareja de nuestros primeros padres había sido debidamente informada tanto del carácter irreversible de esta elección² como de las desagradables consecuencias que de ella resultarían. La implacable lógica que preside a toda creación existe efectivamente tanto en el mal como en el bien.

∴

Una veintena de nuestros años actuales habían transcurrido entre el momento en que Adam había puesto el pie sobre nuestra Tierra y El en que Eva había aparecido a su lado; otros cinco años pasaron sin que nada notable sucediese. Todo parecía marchar de la mejor forma en el mejor de los mundos -cosa que aún no podía ser reconocida a falta de términos de comparación-, cuando por efecto de la Ley de involución generadora del deseo de existencia independiente³, sobrevino el “pecado original”, es decir, la libre elección, por nuestros primeros padres, de la oposición a la voluntad divina.

Sin que aparentemente se modificase el paisaje alrededor de ellos, nuestros dos contestatarios, precipitados instantáneamente en el mundo de la Caída, acababan de perder casi la totalidad de los poderes de que disponían hasta aquel momento. En especial, ya no podrían comunicarse directa y claramente con su espíritu, y la reproducción por réplica unisexuada ya no era para ellos más que un recuerdo. Primitivamente pareja real del planeta, Adam y Eva acababan de someterse libremente al principio de oposición a favor del cual, en cierta forma también abdicado su reinado. Satán, personificación de este principio, pasaba por lo tanto a estar por encima de ellos y se convertía propiamente en el “Príncipe de este mundo” mientras que nuestros primeros padres eran devueltos al estado de animales inteligentes, pero animales al fin y al cabo.

Aislados de la divina Fuente que hasta entonces les aseguraba de forma permanente, automáticamente y sin esfuerzo por su parte, de manera simultánea su información instantánea, sus comunicaciones y la regeneración de sus organismos, Adam y Eva estarían solos desde ese momento ante los problemas de su existencia. A costa de un trabajo encarnizado y cual ciegos tanteando alrededor de ellos, bordeando a cada instante los peligros desconocidos que nacían de un mundo hostil, ellos y sus descendientes deberían elaborar poco a poco procedimientos de reemplazo que se perfeccionaron en el transcurso de los siglos hasta constituir el edificio de nuestra tecnología actual, que ciertamente ha logrado realizaciones materiales impresionantes, pero que pese a todo es satánica en su origen y demasiado frecuentemente en sus nocivos efectos.

Sometidos desde ese momento a la destrucción progresiva pero inevitable de su vehículo de carne, sometidos a la enfermedad, la senectud y la muerte, intentaron perpetuarse imitando a los animales y a los homínidos que les rodeaban, o sea por apareamiento, procreando descendientes cuya forma corporal habría de reproducirse en miniatura, desde la concepción hasta el nacimiento, el lento proceso de la filogénesis parecida a la de los homínidos que poblaban la Tierra antes de su venida.

¹ Ver “Creación”

² Ver “Redención”

³ Ver “Creación” y “Redención”.

Después de su nacimiento, estos productos de sus copulaciones, que no habían recibido de sus padres más que el alma de la sangre, deberían conocer la niñez, la infancia, la adolescencia y sus innumerables dificultades antes de llegar a la edad adulta.

Otras almas vendrán a animar y a habitar a estos descendientes; contaminadas a su vez, quedarán frecuentemente prisioneras de nuestra Tierra: será precisa la Encarnación del CRISTO en Jesús, preparada por Melquisedec¹ y por Juan el Bautista², para reabrir a las almas prisioneras la puerta que, por medio de reencarnaciones purificadoras, las desprenderá gradualmente de la trampa satánica y permitirá su retorno hacia el Padre.

Resaltemos de pasada -y hay bastante que reflexionar en esto- que a pesar de que sean “numerosos como las arenas del mar”, los múltiples seres humanos no son, aunque sea incompleta la comparación, más que copias fotográficas de un solo cliché: Adam, esta es una de las razones por las que todos los hombres son solidarios unos de otros.

De la reproducción por réplica sin unión, patrimonio de la humanidad antes de la Caída, la especie humana de nuestro planeta pasa, por el hecho del pecado original, a lo que llamaremos una “Concepción maculada”, que no es otra cosa que una regresión hacia la animalidad. De ahí la importancia de la virginidad y de todas las consecuencias que de ella se desprenden, hasta y comprendida la concepción virginal de Jesús en María.

El acto sexual, consecuencia -y no causa, como desde hace tiempo se dice en ciertos medios- de la caída de nuestros primeros padres, es también por lo tanto un producto de sustitución regresiva, luego verdaderamente un “pecado”. De hecho, los descendientes de Adam y Eva acabaron por extraer de ello, en ciertos casos, un placer personal intenso el cual intentarán naturalmente buscar por él mismo. Habiendo hecho de la sexualidad una de las más poderosas fuerzas motrices de la humanidad, estarán obligados a sufrir las consecuencias, que en nuestra época toman unas dimensiones inquietantes: búsqueda exclusiva de la sensualidad, erotismo exacerbado generador de una homosexualidad en expansión galopante, perversiones de todo tipo que conducen a la aberración, desequilibrio generalizado, concluyendo en una especie de putrefacción del alma... en otros términos, Sodoma y Gomorra, con la poco gozosa perspectiva de purificación por el Fuego bajo todas sus formas. Ya, para aquellos que tienen ojos para ver, algunos recientes incendios en diversos puntos del mundo, pudieran no tener otra explicación....

Adam y Eva y sus descendientes tendrán también que descifrar por sus propios medios (al menos aparentemente, ya que Dios jamás abandona a Sus criaturas), los enigmas del mundo en el que viven, y parir con dolor, muy lentamente al principio, numerosos sistemas, casi coherentes pero frecuentemente contradictorios, de ideas y de teorías a su propio respecto. De esa manera desarrollarán sus facultades de raciocinio, instrumento precioso pero de dos filos, complemento necesario para una intuición atrofiada que constituye el único vestigio del don del conocimiento inmediato existente antes de la caída.

∴

¹ *Sobre el plano sacerdotal. Ver “MI BÚSQUEDA DEL GRIAL”, Vol. II, “Orden Soberana del Templo Solar”.*

² *El “Precursor”.*

Arriesgamos escandalizar a cierto número de lectores declarando que Adam y Eva tenían la piel negra y recubierta de pelo, y se inclinaban ligeramente hacia delante, siendo su aspecto casi simiesco incluso antes de la caída. Efectivamente es preciso abandonar la idea de que pueda existir una estrecha relación entre el grado de evolución espiritual de una criatura y su aspecto, o con el grado de progreso tecnológico de la especie a la que pertenezca: son órdenes de la creación totalmente distintos.

Del mismo modo, Adam y Eva no se hablaban originalmente, comunicándose por intermedio directo de ondas captadas por el cerebro como algunos insectos que utilizan sus antenas para ello¹. Después de la Caída, se atrofió esta facultad, y también para esto fue preciso hallar un método de sustitución. La lengua, que hasta entonces servía exclusivamente como órgano del gusto, se desató poco a poco para emitir al principio balbuceos sonoros más o menos articulados, mas tarde sonidos diferenciados. Después, estos elementos rudimentarios acabaron por reunirse para formar palabras cuya organización racional se desarrolló gradualmente, llegando mucho más tarde a constituirse en lenguaje propiamente dicho. Indiquemos a este respecto, que contrariamente a una opinión muy extendida, no ha existido “lengua-madre” única que desempeñase el papel de antepasada común de todas las lenguas actuales: cada grupo de seres humanos confeccionó una especie de dialecto propio local, e hicieron falta mucho tiempo y esfuerzos para que, por extensión progresiva y mezcla de algunas entre ellas mismas, apareciesen el sumerio, el acadio, después el egipcio, seguidos del arameo, etc.

Tan sorprendente como pueda parecer, el lenguaje articulado y emitido bajo forma de sonidos, siendo como es un producto de sustitución, es una obra de origen satánico: por ello la divisa de la esfinge es: “callarse”.

∴

Adam murió aproximadamente a los 180 años actuales después de su llegada a la Tierra. Eva le sobrevivió cinco años. De sus copulaciones nacieron Caín, Abel, Seth, otros tres varones y solamente dos hembras; aunque solo el incesto permitiría la multiplicación de los humanos, no tuvo lugar en esta época ninguna mezcla con los homínidos pre adámicos. Muchas otras cosas se produjeron también, pero esto es otra historia, de la que se hablará en los volúmenes siguientes. Y los siglos pasaron.

∴

Nuestra Tierra, que bajo otra forma y pese a lo que puedan pensar algunos es también un ser viviente e inteligente, pero cuya existencia se desarrolla en una escala cronológica muy diferente de la nuestra, para ayudarles, va a convertirse en cómplice de sus habitantes destronados. Y con el sistema solar, bien equilibrado, del que ella forma parte, hará desaparecer por medio de un cataclismo, las trazas y vestigios acumulados en el curso de un “ciclo”.

Una pareja humana, debidamente advertida, escapará a la destrucción y podrá recomenzar, al principio del siguiente ciclo, el diálogo con el Creador.

Este fue el caso de Noé después de la inversión del eje de los polos terrestres (“trastorno”) que acompañó al diluvio. Este será el caso de aquí a algunos decenios, Aunque la casi totalidad de nuestros contemporáneos permanezcan convencidos de lo contrario².

¹ Otra forma de la “palabra perdida” que se podría asimilar a lo que hoy se llama “telepatía”.

² Ver “Era de la Virgen”.

De ciclo en ciclo, de pruebas en pruebas, la humanidad progresará hasta el día en que la pareja se vuelva a encontrar, purificada, sola sobre el planeta también purificado. Entonces la mujer se reintegrará corporalmente al hombre para reconstituir el andrógino humano concordante, por así decirlo, con el nivel de Creación considerado; ese será el final del gran Ciclo que engloba a todos los otros de los que hemos hablado.

Por eso, en los momentos de profundo cariño e incluso con ausencia de toda sensualidad, la esposa y el esposo, cuando están unidos en los tres planos del cuerpo, del alma y del espíritu, experimentan el deseo, más o menos claramente expresado, de una reintegración total en un solo ser, a fin de vibrar al unísono en una unidad que les sobrepasa y les completa.

REDENCIÓN

En la infalible balanza de la Justicia divina, que asegura el equilibrio del conjunto de la Creación respetando integralmente el libre albedrío de las criaturas, todo ha sido previsto desde el origen: de esta forma, el que quiera llegar en su rechazo hasta la auto-destrucción, puede llegar a la “refundición” donde desaparece su individualidad; quien por el contrario, desee subir hasta el Padre, tiene la posibilidad, a condición de que lo pida: Dios no salva a los hombres contra el deseo de ellos mismos.

La existencia de multiplicidades en la creación, unida a la existencia de una ley de equilibrio, implica necesariamente entre los diversos constituyentes de esta creación, la existencia de intercambios de todas clases realizando los equilibrios dinámicos en y por los cuales esta creación progresa hacia los fines que le han sido asignados. De esta necesidad dimanar consecuencias importantes de entre las cuales, la principal, es examinada a continuación.

∴

El hecho fundamental, demasiado frecuentemente olvidado en el drama de la Caída, es el carácter normalmente irreversible del pecado original.

Este está constituido como hemos visto¹, al nivel de un sub-conjunto determinado de la creación, por su división, su dispersión, y la aparición de existencias independientes (o casi) entre sus componentes. Precisemos (aunque es evidente) que éstas, como el sub-conjunto del que proceden, pueden ser consideradas desde un punto de vista material, anímico o espiritual: por lo tanto existen muchas formas de caída.

En todos los casos, durante el tiempo que los componentes en cuestión permanezcan unidos en el sentido absoluto de la palabra, pueden ser comparados a un grupo de luchadores de cuerda, tirando todos de la cuerda en el mismo sentido: sus esfuerzos se suman integralmente y son capaces por lo tanto de resistir victoriosamente a las fuerzas adversas. Por contra, tan pronto se rompa su unidad porque uno o varios de entre ellos escojan actuar independientemente, no tirar por lo tanto en el mismo sentido que los otros, la resultante de sus fuerzas disminuye inmediatamente, el adversario toma ventaja enseguida, y no pueden recuperar la cohesión necesaria para volver el estado inicial. En una palabra, la partida está perdida desde ese momento para ellos si quedan reducidos a sus propios medios.

En el caso del Hombre después de su caída, como la división aparece en el mismo seno de su voluntad una vez que ha escogido, por poco que sea, la oposición, no puede cesar de estar sometido a Satán y se encuentra por tanto condenado a oponerse permanentemente a la voluntad divina: se ha convertido fundamentalmente en pecador; le falta algo para ser capaz de resistir victoriosamente al adversario.

Y cuando Adam y Eva oyen el anuncio, antes de la caída, de que su eventual desobediencia les conducirá inevitablemente a la muerte, se trata de una afirmación perfectamente conforme a la lógica de la creación: ¿qué es en efecto la muerte, si no la aplicación concreta del principio de dispersión a los diversos constituyentes del hombre encarnado, separación de lo que estaba unido, y sobre el plano corporal desparramamiento de las células hasta su descomposición química y su digestión por nuestra madre terrestre?

¹ Ver “Creación”.

Por su negativa a reconocer que depende ineluctablemente de su creador, por su pretensión de vivir sin la protección divina, el hombre se encuentra definitivamente cortado de su estado de antes de la caída, no solamente por las razones expuestas más arriba, sino también porque su Creador, único -siéndole imposible por lo tanto, sin negarse a Si mismo, consentir en ningún reparto en el amor que siente por El Su criatura (Dios "celoso") - cesa de manifestar de una manera visible Su solicitud con respecto a él. En lo sucesivo va a dejar en cierta medida, el campo libre al rigor de Sus leyes, a fin de que la criatura aprenda bien la lección. La pareja Adam y Eva va a cometer por lo tanto, uno tras otro, diversos errores, y beberá hasta las heces, junto con los que se les unirán por solidaridad, la copa de la separación.

Pero Dios es justo y bueno: poniendo en práctica lo que conocemos como adagio "que tu mano izquierda no sepa lo que hace la derecha" y desbordante de amor hacia Sus criaturas (¿no son éstas finalmente, otra forma de Él mismo?), ha previsto el intervenir en el momento oportuno. Y será solamente cuando entre los descendientes de la pareja falible, un número suficiente de entre ellos haya tomado conciencia hasta la náusea del dramático aislamiento del hombre cortado del Cielo, mientras que al mismo tiempo otros se habrán vuelto definitivamente incapaces de hacerlo, el Creador actuará a Su hora, la hora exacta, ni demasiado pronto ni demasiado tarde.

∴

¿Cómo, sin violar el mismo orden de las leyes que Él ha instituido personalmente, hacer don a las criaturas cogidas en la trampa, del acrecentamiento de vida cuya necesidad tiene para poder equilibrar la acción del principio dispersamente? Por el hecho del equilibrio necesario de intercambios en la creación, esta infusión de vida debe efectuarse a expensas de Alguien: esto explica el término, en apariencia un poco mercantil de "rescate" (o redención).

Un rescate supone un trueque o una moneda. Se puede pagar con oro o con arena... De la misma forma hay vida y Vida. La Vida del Cristo, incomparable por naturaleza con todas las otras, tiene por lo tanto un peso determinante en la balanza.

Además, salida del no-manifestado, que no podría conocer límites por definición, la creación manifestada no puede agotar la vida divina: tan completa como puede ser la multiplicación involutiva, jamás puede producir más que elementos, puede ser que en número considerable, pero limitado. El Amor divino puede siempre por consiguiente, hacer brotar de El mismo, quien es la única inagotable Fuente, la efusión superabundante de la Vida, de la Gracia, allá donde falte por culpa del pecado.

Para efectuar el rescate del hombre destronado, es decir, para hacerle don de este "suplemento de ser" que le falta para poder combatir con armas iguales esta vez contra el Adversario, el Creador suscita Su hijo, otra forma de Él mismo, manifestación tangible y visible de su Amor.

Por desgracia el hombre caído (o destronado), comprende dificultosamente, aún cuando las pruebas están ante sus ojos, ya que no habiendo sido rescatado todavía, permanece bajo el imperio del principio de oposición y rechaza el reconocer otra cosa que el testimonio de sus sentidos. Por esta razón, la infusión de amor divino, de vida divina, necesaria para el rescate, se efectuará por una acción particularmente espectacular, la Encarnación. No nos equivoquemos sin embargo: para preservar en cualquier circunstancia el libre albedrío de Su criatura, el Creador siempre le dejará la posibilidad de encontrar a esta acción espectacular "explicaciones racionales", incluso el negarla simplemente.

Sufriendo la encarnación en un cuerpo parecido en todos sus aspectos al decadente de las criaturas caídas (éstas perdieron su cuerpo glorioso a consecuencia de la caída, no lo olvidemos¹, viviendo entre ellas y como ellas, comiendo y bebiendo, utilizando la palabra articulada en el curso de Su ministerio público, etc., el Cristo, sin contaminar por la caída y encarnándose en Jesús - sobre nuestra Tierra, y bajo otros Nombres en otros lugares- tomó en la venta de esclavos realizada entre Satán y el hombre, el lugar de éste último, sin perturbar en absoluto el equilibrio, respetando la Justicia divina.

Rehusándose en el momento de la tentación en el desierto, a reconocer la preeminencia de Satán, Jesús afirma la soberanía total del Cristo de la cual es portador, Por este solo hecho, el príncipe de este mundo se encuentra juzgado, es decir, colocado en su verdadero sitio, el que tenía antes de la Caída, Ligado totalmente al Cristo tras el bautismo del Jordán, el hombre Jesús recibió la potestad necesaria para poder decir “no” al Adversario y colocar así las bases de la liberación de todos nosotros. Sufrirá los ultrajes, hasta la crucifixión, permaneciendo en todo momento dueño de la situación, por encima de las apariencias humanas del momento.

Muriendo en la Cruz y por la efusión de Su sangre, vehículo de Vida, realiza un gesto que está al alcance de la comprensión de los hombres en ese instante de su encaminamiento, ya que de esa forma Él pierde una Vida que Él da, manifestando de forma concreta y visible a los ojos de todos, esta transferencia salvadora.

Cuando Jesús declara “yo no he venido para abolir, si no para cumplir” (la Ley), esto significa que lejos de violarla, la llevará -y ya la lleva por el hecho de Su presencia entre nosotros- en su aplicación, en lo que a la Ley concierne, al más alto grado de perfección.

Haciéndose “obediente hasta la muerte, y muerte de Cruz”, sufre en lugar de la humanidad caída, simbólica y concretamente a la vez, la muerte, en tanto en cuanto ésta es separación de lo que estaba unido².

A contrapelo, Dios también ejerce en su Creación, la ironía hasta un grado difícilmente accesible: el sabio, por ejemplo, que declara orgullosamente “¿Dios?, no tengo necesidad de esa hipótesis”, no se da cuenta de que el mismo hecho de poder proferir esta afirmación postula el Ser divino, de cualquier forma que se le llama...

¿Será por esto entre otras cosas, por lo que la obra maestra de Dante se titula “La Comedia”?

Finalmente, reapareciendo el primer día de la siguiente semana, primero a María Magdalena (la “pecadora”!), después a los discípulos, mas tarde a los peregrinos de Emmaús; permitiendo poco después darse cuenta a Tomás el incrédulo, por si mismo, de la realidad tangible de su Cuerpo Glorioso, Jesús-Christo demuestra de manera concreta una vez más, que el hombre rescatado puede recuperar su estado de antes de la Caída.

Y si estas manifestaciones, humanamente divinas, están reservadas a un número limitado de personas, se porque la Providencia, como ya hemos dicho, deja siempre a los hombres respetando su libre albedrío, una posibilidad de negativa. Además no conviene echar perlas a los puercos: ahí está la entrevista de Jesús y Herodes si es preciso recordárnoslo.

¹ Ver “Adam y Eva”.

² *Todo el drama del proceso y de la crucifixión está lleno de hechos análogos, donde lo concreto roza trágicamente lo simbólico. A título de ejemplo: cuando Pilatos muestra a los Judíos a Jesús revestido de una túnica de púrpura, coronado de espinas, con una caña en la mano a guisa de cetro, y declara “¡He aquí al hombre!”*, se trata evidentemente a la vez de la persona de Jesús y de la condición actual del hombre en general, ya que este último, habiendo abdicado su reino a favor de Satán, no dispone más que de atributos irrisorios de dicho reino.

Son las tres de la tarde del viernes 22 de Abril del año 35 de nuestra era¹. Jesús muere, es decir, “encomienda Su alma a las manos del Padre”. En efecto, todo se ha cumplido a los ojos de los hombres, hasta la separación en sus componentes, cuerpo, alma, espíritu, de Aquel que vivió entre nosotros para nuestro rescate. El equilibrio se haya restablecido desde ese momento entre los hombres de nuestra Tierra y las fuerzas contrarias: la partida puede continuar, hay tablas por el momento... pero todavía no está definitivamente ganada para cada uno de nosotros, como veremos inmediatamente.

Nuestra Tierra y su humanidad no son más que un escalón de Creación entre muchos otros, de los cuales algunos le están jerárquicamente subordinados, inferiores por tanto y llamados los “infiernos”. Venido del Uno infinito hasta lo manifestado múltiple para tender la mano a las criaturas, el Christo va ahora, sobre cada uno de los planetas en los que se ha encarnado simultáneamente, a proseguir Su descenso vertiginoso hasta los límites extremos del desmigajamiento involutivo. A fin de cumplir y manifestar por Su presencia la realidad de la Redención².

Pero los infiernos son también otra cosa: la forma tangible de la prisión donde todavía se amontonan, después de su muerte terrestre, las almas de las víctimas humanas de Satán, que hasta ahora se hallaban en la absoluta imposibilidad de salir de allí. Entre la caída de nuestros primeros padres y la Crucifixión, los hombres han acumulado deudas en beneficio del príncipe de este mundo, cuyas, en virtud de la Ley General del equilibrio, no están dispensados de pagar. El sacrificio redentor del Christo les ha conferido la posibilidad, que podrá ejercerse concretamente bajo la forma de reencarnaciones purificadoras, ya que cada uno de nosotros debe experimentar los sufrimientos que ha hecho experimentar a sus hermanos y de los que el Maligno -esto forma parte de su papel- lleva la cuenta exacta.

Soporte del Christo redentor, Jesús ha abierto la puerta de la prisión y, primer resucitado de entre los muertos³, ha señalado el camino así como su final; al hombre rescatado -pero no salvado definitivamente todavía- le corresponde ahora el subir con dificultad la escalera de las reencarnaciones y si hace falta, levantarse tantas veces como sea preciso, a imagen del Christo, llevando su cruz cargada con el peso de nuestros errores.

Ya que ninguno de entre nosotros está excluido del rescate; es testigo el siguiente episodio, que los Evangelios no han retenido, por temor sin duda de ofender a las buenas conciencias, pero que no por ello es menos auténtico; antes de expirar sobre la Cruz, el buen ladrón, dirigiéndose a Jesús-Christo, su hermano por el alma⁴, clama: “Si, Señor, hoy estaré contigo en tu Paraíso, ¡pero no sin él!”... no sin él, sin el mal ladrón que blasfema, y cuyo menor castigo no será ciertamente el ver que se le concede una recompensa que no ha querido, y que bien sabe no haber merecido. Todos nosotros somos tus hermanos, Señor; tú no puedes separarnos y acogerme a mí sin él, puesto que él es yo y que yo soy él - y por supuesto que tú eres nosotros y nosotros tú.

¹ Ver “Doce de Junio”

² Ver “Creación”.

³ Ver “Apocalipsis”, 1.5

⁴ Ver “Mi Búsqueda del Grial”, Vol. III “Jesús y el Christo”.

Tanto el mal ladrón como el bueno, ambos fueron crucificados con el Cristo en el Gólgota, Clavados en la cruz, simbolismo de los cuatro Elementos bajo su aspecto material, estos tres ajusticiados testificaban a la vez la caída y el rescate. De la caída, porque esta tuvo como consecuencia el hacer vivir al hombre el bien y el mal¹, representados por los dos ladrones y no por uno solo. Del rescate, por la presencia entre ellos, sobre el mismo instrumento de suplicio, de Aquel, que por Su misma naturaleza, está más allá del bien y del mal, pero que ha querido, viniendo libremente a sufrir la condición de todos los hombres caídos, buenos y malos, abrirles la puerta de la nueva subida hacia el Padre.

De la misma forma, pero a una escala infinitamente más vasta, y cuando los Tiempos sean venidos, el Cristo irá a los Infiernos para anunciar al “hijo rebelde” la hora de su nueva subida hacia el Padre...

∴

Como ya lo hemos indicado, los billones de seres humanos no son en resumen más que copias fotográficas emanantes de un solo cliché: Adam, Por lo tanto, todos somos solidarios los unos de los otros. Que en el curso de los siglos transcurridos hayamos sido papas, reyes, grandes de este mundo o truhanes de la peor especie, sepamos todos que la Rueda de la Fortuna humilla hoy a quien elevaba ayer, e inversamente. Que esto pueda hacernos ver el verdadero sentido de nuestra vanidad de existir por nosotros mismos y colocarnos en nuestra justa y miserable medida, la de criaturas pecadoras, ciertamente, pero en las que, por el Amor eterno del Padre manifestado en las Encarnaciones del Hijo, debe persistir la esperanza de volver un día, por el Espíritu Santo consolador, a nuestra divina Fuente.

De 1.961 a 1.963, bajo diversas formas y por etapas sucesivas, Jesús-Christo se ha manifestado a diversos miembros de la Orden del Temple, representante del conjunto de la humanidad de nuestra Tierra, y Él se extenderá todavía a las dimensiones de Salvación hasta el último de los hombres miserables, hambrientos y desesperados de esta Tierra en la que actuamos, oramos y sufrimos.

¹ Ver Gen. 3,22

CONTRACCIÓN DEL UNIVERSO VISIBLE

En el poema titulado “Odisea Apocalíptica”¹, PERONNIK declara “... hombre, tú eres el Dios de un universo en contracción”. Ahora bien, según la mayor parte de las teorías científicas en vigor, asistimos más bien a la expansión del universo. ¿Existe contradicción? Parecen imponerse algunas explicaciones complementarias.

La decantación hacia el rojo de las rayas del espectro de las galaxias, manifestación para nosotros de la Ley de Hubble, muestra que todavía en nuestros días los cuerpos celestes se alejan los unos de los otros y que físicamente hablando, nuestro universo está todavía en expansión. Por otra parte, la “contracción” del universo, que ha comenzado hace unos 180 mil millones de años, no consiste en una detención global de la expansión seguida de una disminución regular de las distancias mutuas de los diversos cuerpos celestes, a imagen de una masa lanzada al espacio y unida a un elástico, que habiendo llegado al punto extremo de su trayectoria, vuelve hacia su punto de origen.

De hecho, la contracción del universo comprende dos fases sucesivas:

- La primera consiste en cierta forma, en un “reatrapamiento” de la materia del cosmos externa a las estrellas, por medio de un aumento de dimensión de dichas estrellas, crecimiento mucho más rápido que el aumento de las distancias mutuas debido a la expansión. El fenómeno actualmente denominado “explosión de una supernova”, constituye una manifestación observable para nosotros. A título de ejemplo, casi todos hemos oído hablar de la nebulosa del Cangrejo, forma actual de lo que fue una estrella cuya explosión iluminó las noches -e incluso durante algún tiempo los días- en 1.054 y 1.055 de nuestra era: desde dicha época, las dimensiones de este objeto celeste continúan creciendo a velocidad considerable.

Un fenómeno parecido se produce de vez en cuando en cada parte del vasto universo; está llamado a generalizarse gradualmente, acabando la materia de las estrellas por captar las más alejadas partículas salidas de la expansión inicial a continuación de una serie de “explosiones” más y más potentes y próximas en el tiempo.²

- En ese momento intervendrá la segunda fase, es decir, la contracción propiamente dicha, en el curso de la cual, la materia del cosmos convertida íntegramente en similar a la de las estrellas, se reunirá para no formar más que una concentración única de dimensiones relativamente reducidas, lista para ser dispersada nuevamente en el momento de la siguiente expiración del Padre... Esta segunda fase no es por ahora observable con los medios de que disponen los astrofísicos.

¹ Ver “Odisea Apocalíptica”.

² *El disparo inicial de la primera fase de la contracción, fenómeno cuya escala cronológica se sitúa a nivel de todo el universo, no impide que por una u otra parte del vasto universo, haya galaxias que continúen naciendo, viviendo y muriendo, de la misma forma en que continúa la existencia biológica de las células en un hombre vivo, en un moribundo, e incluso, a nuestra escala, durante algún tiempo después de la muerte del individuo. De este modo, por ejemplo, los objetos celestes conocidos bajo el nombre de “quasars”, son de hecho protogalaxias, es decir, galaxias en su estado inicial de constitución.*

¿Cómo no pensar considerando la descripción de este fenómeno, guardando naturalmente las debidas proporciones, en el proceso de la Redención por la Encarnación del Hijo, por la cual Este (constituyendo la materia de las estrellas, parecida a la de la Piedra alquímica, una analogía exacta de Su Cuerpo), va a re- encontrar a los hombres que se hallan en trance de continuar la dispersión nacida de la Caída, para vivir en medio de ellos, reunirlos alrededor de Él y volver a llevarlos al Seno del Padre?

TIERRA-TIERRA INTERIOR

Entre las novelas de anticipación aparecidas en el siglo pasado, las de JULIO VERNE ocupan un lugar privilegiado. Si su contenido científico invita hoy día a la sonrisa, no ha contribuido menos por ello a abrir en el espíritu del público una ventana hacia el sueño ciertamente, pero hacia un sueño cuya concreta realización, incluso bajo formas muy diferentes, no era totalmente inaccesible como lo ha probado el futuro.

Sin embargo, entre las obras de Julio Verne, el “Viaje al centro de la Tierra” está generalmente considerado como una obra menor ya que su contenido es demasiado inverosímil... ¡y sin embargo!

Julio Verne era efectivamente -como otros autores de novelas de ficción científica. Lo que podríamos llamar un “buen receptor” de las ideas que por la corriente templaria circulante permanentemente a través de los diversos planos de creación, buscaban la manera de expandirse bajo una manera accesible para el público de la época, a fin de facilitar la evolución de la humanidad. Digamos en una palabra, que Julio Verne era Templario en espíritu...

Ahora bien, nuestra Tradición enseña que contrariamente a las ideas vulgares, nuestro planeta no es de una sola pieza y se compone de hecho de dos esferas concéntricas, una exterior y hueca y otra interior y maciza.

La esfera sobre la cual vivimos es hueca y su espesor es de aproximadamente 3.600 kilómetros.

En el interior de la cavidad esférica que contiene, se encuentra la “tierra interior”, cuyo diámetro es cercano a los 3.000 kilómetros, la densidad media de 8.86, y la temperatura superficial del orden de 40 °C.

La atmósfera situada en la cavidad está fuertemente ionizada; su composición química es bastante diferente de la del aire que respiramos. En esta atmósfera tienen lugar tormentas análogas a las que conocemos, pero en las que toman parte cantidades de energía mucho más importantes. Estas tormentas pueden ocasionar entre la tierra interior y la capa externa, corto-circuitos de una potencia suficiente como para provocar erupciones volcánicas en la superficie de la Tierra.

La tierra interior está unida en cierta medida a la esfera exterior por lazos de naturaleza principalmente electromagnética, que se ejercen principalmente en el plano diametral privilegiado cuyo eje, durante todo el período reciente de la vida de la Tierra, pasa por el lugar donde está emplazada la Pirámide de Keops¹.

El carácter relativamente débil de los lazos electromecánicos entre la capa exterior y la tierra interior, produce el equilibrio relativo de la segunda con respecto a la primera, suficientemente sensible a las conmociones de esta última, cualquiera que sea el origen. Por ello no es recomendable para nuestra humanidad el abusar de las explosiones atómicas subterráneas, que podrían eventualmente perturbar la rotación del planeta sobre sí mismo y conducir antes de tiempo a su “trastorno”²...

Para la mayoría de nuestros contemporáneos, habituados a ver, casi desde que la humanidad tiene memoria, a nuestra Tierra seguir su tranquilo camino sin tropiezos, esta noción de trastorno, de devastación, es verdaderamente increíble. Pero incluso los más impenitentes dormilones que tienen fama de no moverse durante el sueño, tienen derecho a volverse en su cama.

Lo que precede casi no es una broma ya que la Tierra es en verdad un ser viviente.

¹ Sin embargo, las dos esferas no tienen movimiento de rotación la una con respecto de la otra.

² Ver “Era de la Virgen”.

El hecho de que esté sujeta a desplazarse sobre una órbita, no siendo por lo tanto libre de movimientos - lo que la coloca desde cierto punto de vista entre las plantas y los animales- la ausencia de toda posibilidad de comparación inmediata entre su estructura orgánica y la de los animales que nos rodean, la considerable diferencia de escala existente sobre el plano espacio-temporal entre nuestro planeta y los seres que soporta, son suficientes para explicar el que nuestra afirmación sea difícil de admitir. No es menos cierto que también la Tierra, para quien sabe ver, posee sus procesos metabólicos de todo tipo, circulación, respiración, digestión, etc., pero también sus defensas y sus vicisitudes, cuyas consecuencias son frecuentemente catastróficas para sus habitantes.

Hace algunos centenares de millones de años, un cataclismo planetario provocó en la Tierra exterior una brecha por la cual se precipitaron múltiples representantes de la flora y de la fauna de la época, así como una cantidad de aire suficiente como para permitir sobrevivir a algunos, aunque en condiciones difíciles. En el transcurso de los tiempos que se sucedieron, la composición de la atmósfera interior se modificó progresivamente, pero diversas especies vegetales y animales consiguieron adaptarse a esta evolución, de tal forma que en nuestros días, la "tierra interior" está habitada por animales parecidos a los animales prehistóricos cuyos vestigios conocemos, mientras que la vegetación comprende diversas plantas, generalmente prehistóricas, entre las cuales se encuentra un árbol de la familia de las coníferas bastante parecido a nuestro abeto.

Para medir la separación entre la vida orgánica que se encuentra sobre nuestra esfera hueca y la que se encuentra sobre la tierra interior, digamos que la segunda está basada sobre un ciclo químico en el cual el agua y el silicio desempeñan un importante papel.

Aparte de los animales y vegetales ya mencionados, ¿existen debajo de la "capa exterior" otros habitantes, y en particular seres humanos? Sobre el plano puramente material, la respuesta es negativa, pero no lo es si se acepta no limitarse a dicho plano y abordar el plano de los seres psíquicos.

Entre los acontecimientos de la existencia cotidiana, todos hemos podido constatar el efecto de una tormenta, por ejemplo, sobre el psiquismo y el comportamiento de los individuos, especialmente de las "personas sensibles", por no hablar de los animales. Mencionemos igualmente los efectos de una variación brutal de la corriente eléctrica sobre las personas que se encuentran en las proximidades de una línea de alta tensión, la incidencia de las erupciones solares, y la expresión "hay electricidad en el ambiente".

Con estas consideraciones empieza a ser posible el hacerse una idea del efecto que puede causar un ambiente impregnado de campos electromagnéticos particularmente importantes, Sobre seres mucho mas "sensibles", tanto más cuanto que no disponen de un cuerpo de carne que pueda servir parcialmente de pantalla a la acción de estos campos sobre su psiquismo.

Es demasiado pronto en este primer volumen -consagrado al cuerpo y no al alma- para anunciar algunas consideraciones simples que permitían al lector convencerse del carácter casi evidente de nuestras anteriores afirmaciones.

Digamos solamente que entre los seres psíquicos que viven en la atmósfera interior de nuestra tierra, se encuentran por una parte los que se designan habitualmente por el nombre de elementales (gnomos, ondinas, silfos y salamandras), y por otra los que a falta de mejor palabra, llamaremos almas humanas.

Estas ocupan por así decirlo, lugares concéntricos en la tierra interior, que no son otra cosa que los "círculos" del Infierno de Dante, donde las variaciones del campo electro-magnético les inflige sufrimientos de intensidad diferente según el lugar en que se hallan, cuyos sufrimientos pueden conducirlos eventualmente hasta su destrucción casi total: la refundición.

Demos un paso más y comprendamos que si la Tierra está viva¹, también tiene un alma, sobre la cual influyen los “estados anímicos” de los humanos, sus pensamientos, sus juicios, etc.. En la época actual, cuando predominan el egoísmo, la avidez y el odio, esta influencia acarrea un verdadero envenenamiento psíquico del planeta.

En su metabolismo material como en su psiquismo, la Tierra está por lo tanto parcialmente ligada a ese otro ser viviente que es el hombre. El Hombre genial, luciferino, orgulloso, inconsecuente y algo loco, que hace y hará todavía, por medio de sus descubrimientos prodigiosos matizados de satanismo, explotar las fuerzas infernales que, a imagen del aprendiz de mago, no habrá podido domeñar².

Por lógico encadenamiento, estas fuerzas ayudarán a su destrucción alquímica universal. Triste perspectiva inmediata, en apariencia, pero ¿de quién es la culpa? Y, para concluir brevemente, diremos con el Adepto, “¡donde el profano se desconsuela, el iniciado se regocija!”.

¹ Ver “Respeto de la Vida”.

² Ver “Cólera divina”.

EXTRA TERRESTRES

El desarrollo de los medios de información en el transcurso de los recientes decenios, y el atractivo, en nuestro siglo de materialismo exacerbado, hacia cuanto con razón o sin ella pueda ser tachado de fantástico, han extendido en el público una multitud de rumores relativos tanto a la pluralidad de los mundos habitados, cuanto a visitas efectuadas en nuestros días, por seres calificados de extra-terrestres, sobre nuestra Tierra, por medio de ingenios denominados objetos voladores no identificados (O.V.N.I.) o más corrientemente, platillos volantes.

Puede ser que interese al lector conocer la posición de la O.S.T.C. a este respecto.

Para empezar, afirmamos sin ambages que muchos de los fenómenos puestos en la cuenta de los O.V.N.I. son bien el producto de la imaginación de los que los relatan, bien el resultado de procesos físicos conocidos, en particular por los especialistas en meteorología.

Esto dicho, veintidós tipos de navíos interplanetarios visitan nuestro planeta en la época actual. Proviene de seis distintas masas cósmicas, de las cuales solamente tres pertenecen a nuestra Galaxia.

Las misiones que cumplen consisten por una parte en efectuar reconocimientos, con observaciones y mediciones, y por otra a proceder a la obtención de especímenes minerales, vegetales, animales... e incluso humano.

Los fines perseguidos por sus ocupantes son frecuentemente de naturaleza científica en el más amplio sentido, es decir, no concerniendo únicamente al aspecto material de las cosas. Sucede sin embargo, que algunas misiones han tenido por objeto el colocar en lugar seguro, "en otra parte", diversos "depósitos" que deben ser salvaguardados contra las consecuencias de la locura de los hombres.

Ningún pasajero de estos navíos interplanetarios comunica con seres humanos vivientes que habiten permanentemente sobre la Tierra, y por consecuencia tampoco con ningún gobierno, sea el que sea, De la misma forma, ningún "extra-terrestre" vive actualmente mezclado con los humanos.

La observación y la visita a nuestro planeta por medio de los ingenios actualmente llamados O.V.N.I. se remontan a una antigüedad muy lejana. Así, el "carro de fuego" de que habla la Biblia con respecto al profeta Elías era un navío interplanetario, como también lo fue el que depositó a Adam sobre nuestra Tierra¹. Así mismo, también fue un navío cósmico el que condujo sobre la Tierra a Melquisedec, procedente de HELIOPOLIS, planeta del sistema siríaco², en la época de ABRAHAM.

Más cercanos a nosotros, en el siglo doce de nuestra era, extra-terrestre de color amarillo, venidos en reconocimiento desde otra galaxia, se posaron sobre la isla de Pascua, donde permanecieron aproximadamente seis meses. Fueron ellos los que erigieron por anti gravitación -como en el caso de la Pirámide de Keops- algunas de las misteriosas y célebres estatuas que se encuentran en la isla, y que representan símbolos a la vez mágicos, astrológicos y religiosos.

La tradición de los hombres-pájaros se ha perpetuado entre los indígenas de la isla en memoria de dichos extra-terrestres; el huevo, que desempeña un papel muy importante en sus ritos actuales, constituye precisamente un recuerdo del navío cósmico.

Finalmente, el "Candelabro de los Andes", al Sur de LIMA, cerca de la bahía de Pisco, es una baliza que sirvió de señal de navegación a los extraterrestres visitantes de la isla de Pascua.

¹ Ver "Adam y Eva".

² Ver "Heliópolis".

HELIOPOLIS

El planeta que sus habitantes llaman EPOLITAS y que los poseedores terrestres de la Tradición denominan HELIOPOLIS¹, o la Ciudad Solar, es el decimosexto del sistema siríaco, el cual está compuesto por treinta y tres planetas.

De forma esférica, tiene un diámetro de 121.000 Km. Su movimiento de rotación tiene una duración de 72 de nuestras horas aproximadamente y el de traslación alrededor de su sol de unos 27 años y medio de los nuestros.

SIRIO, sol actual del sistema, pertenece a la constelación del Can Mayor; es la estrella más brillante del cielo, y la más próxima a nosotros después de Alfa del Centauro. Hubo un tiempo en el que el papel central estaba adjudicado al cuerpo celeste al que se llama el “compañero” de Sirio, quien por envejecimiento natural se ha visto reducido a su actual estado.

Aplicando a los resultados de la observación realizada por telescopio las leyes de la gravitación, los astrofísicos han llegado a la conclusión de que la masa y la densidad del compañero de SIRIO debían alejarse considerablemente de lo normal. De hecho esto no significa nada; es nuestro conocimiento de las leyes de la gravitación el que está incompleto; le falta a nuestra humanidad el haber tenido la ocasión de observar de forma corriente los efectos de un campo actualmente desconocido, o casi desconocido, de nuestra Ciencia, y cuya acción, en el sistema siríaco, modifica en proporciones enormes los fenómenos gravitacionales.

De la existencia de este campo se desprende la posibilidad de debilitar e incluso anular el campo gravitacional, con las aplicaciones que se adivinan, y de las que encontraremos un ejemplo un poco más adelante.

Heliópolis está efectivamente habitado por una humanidad que conoció la Caída en una época muy lejana, pero que, rescatada por una encarnación del Cristo, en la actualidad se halla considerablemente más evolucionada que la nuestra, tanto en el ejercicio del amor al prójimo como sobre el plano técnico.

Esbeltos, con una estatura de alrededor de tres metros, beneficiándose a su nacimiento de una esperanza media de vida de unos trescientos de nuestros años, los heliopolitanos tienen la piel de color variable, como los hombres de nuestra tierra. Si bien no hay en Heliópolis hombres de piel roja, si existen de piel azul...

Aunque también se expresan por medio de un lenguaje articulado, los heliopolitanos pueden comunicarse por telepatía: disponen en comparación con nosotros, de sentidos suplementarios y pueden materializar o desmaterializar su cuerpo a voluntad. Son andróginos como Adam y Eva antes de la Caída, pueden reproducirse por simple réplica resultante de un acto de voluntad individual; en cierto modo han recobrado el estado adámico: todavía les falta por ejemplo, el cuerpo glorioso.²

En varias ocasiones del pasado partieron de Heliópolis misiones interplanetarias en dirección a nuestra Tierra. En especial, este fue el caso de la erección de la Gran Pirámide, cuando tras haber concluido un acuerdo con algunos iniciados egipcios para consolidar y perfeccionar la iniciación esotérica, una misión de 25 especialistas vino a contribuir a la construcción propiamente dicha, previamente preparada por cerca de 100.000 personas, esclavos comprendidos.

¹ Es a esta Heliópolis a la que alguna vez, muy discretamente, hacen alusión las obras de Fulcanelli.

² Ver “Adam y Eva”.

Utilizando la anti gravedad, obtenida como más arriba se indica, los heliopolitanos llegaron a colocar los bloques de piedra, enormes sin embargo, que constituyen la pirámide. En el equivalente a 15 jornadas actuales de trabajo, o sea, 83 al ritmo de los días y las noches de la época, cuando la rotación de la Tierra sobre ella misma era sensiblemente más rápida que hoy día. Se puede encontrar un indicio de la presencia de contactos entre iniciados egipcios y heliopolitanos en el hecho de que durante cierto período del Egipto antiguo, el año civil comenzaba el día de la “salida heliaca” de Sirio, es decir, el día en que tras su conjunción con el Sol, dicho astro volvía a ser visible hacia el Este en el crepúsculo matutino antes de desaparecer en la luz del día.

Cuando tras la ruptura nacida de la Caída¹ los Tiempos fueron venidos en los que los más dignos de entre los hombres podían ser autorizados nuevamente a ofrecer a su Creador los frutos de la Tierra, también fue un navío heliopolitano el que depositó discretamente sobre nuestro planeta a Melquisedec, representante del Temple de Heliópolis, cuya misión fue cumplida a este respecto por su encuentro con Abraham, la transmisión a este último del Oficio de la Iglesia verdaderamente universal, el del pan y el vino, y la restauración sobre un plano esotérico de la pareja sacerdotal. Después de haber pasado sobre la tierra 77 de nuestros años, Melquisedec volvió a su planeta de origen por idénticos medios.

Así se puede comprender la razón por la cual la Epístola a los Hebreos, de la que volveremos a hablar, dice de Melquisedec “sin padre, sin madre, sin genealogía; que ni tiene principio de días ni fin de vida” etc. (Heb. 7,3)

Posteriormente también Moisés encontró a iniciados venidos de Heliópolis. La lengua del texto original del Génesis, con sus 22 consonantes de base y sus raíces generalmente trilíteras, no es otra cosa que el heliopolitano de aquel tiempo. Subsisten todavía algunas huellas, particularmente bajo la forma de runas hebreas.

Cuando los tiempos sean venidos, en principio antes del fin del presente siglo, y si existe sobre nuestra Tierra un número suficiente (aunque pequeño) de hombres dignos de tomar contacto con ellos, los iniciados de Heliópolis volverán, con una discreción total, a operar una unión con sus hermanos del Temple terrestre.

¹ Ver “Adam y Eva”.

EL MISTERIO DE LA FECUNDACIÓN

¿De qué misterio se trata?

¡Si es asunto de la penetración del espermatozoide en el óvulo, en el vientre de la mujer, el mecanismo es perfectamente conocido!

Si se trata de las pulsiones sexuales que hacen encontrarse a dos seres humanos de sexos diferentes con fines al apareamiento fisiológico, el abanico de explicaciones y de nombres, es de los más amplios: amor, erotismo, azar, aburrimiento, deber, continuación de la especie, sadismo, etc.. Todo esto no resuelve nada y parece dar al mismo acto un aspecto burlesco. Es fácilmente perceptible que esta función genética raramente tiene el sentido de su finalidad y que en casos extremos, reviste frecuentemente el aspecto de un gesto gratuito.

¡El sexo por el sexo! ¡El placer por el placer! El problema de la venida de un hijo no se presenta más que como un asunto de tiempo, y el último de los plazos situándose en función de fechas suficientemente vagas que van desde el falso embarazo hasta el nacimiento retardado que patológicamente puede esperar hasta doce meses e incluso más hace milenios, antes de que la raza humana se hubiese degenerado hasta el punto de hacer de cada uno de nosotros “prematuros”. Esto explica bastantes cosas sobre el plano del metabolismo psíquico y tiende a confirmar que sobre el plano afectivo, todos hemos padecido, sin excepción, el “choque” del nacimiento.

Por otra parte, hay algo irritante en esta incertidumbre temporal de la gestación, cuando la naturaleza nos demuestra constantemente que posee un sentido cíclico de los más precisos: los días, las mareas, las lunas, las estaciones, el año... Ahora bien; en medio de todo esto es imposible distinguir claramente un período de nueve meses que tenga una significación cósmica. La causa es que no existe y que abordamos el problema en la mala dirección, es decir, que partimos a la fecundación física mientras que haría falta ante todo preocuparse del único, hecho del que estamos seguros: la expulsión natural del feto fuera del cuerpo femenino, para remontar a continuación hasta los orígenes.

Estando aceptado este hecho, conviene por ahora, hacer abstracción de la fecundación física y preguntarse qué pudo producirse en el curso de un ciclo terrestre típico, es decir, durante el espacio de un año exactamente. Nosotros suponemos que en esta fecha, 365 días antes del nacimiento, sucedió algo muy particular que sobre un cierto plano, puso en marcha un “reloj secreto” que gobernó todo el funcionamiento genético de la madre la cual obedecerá de esta forma a una “programación” astral. A este momento decisivo y oculto lo llamaremos: la “fecundación astral” para darle una resonancia indispensable a la reiteración del fenómeno original, ya que el comienzo es análogo al fin, solo que a la inversa.

POSTULADO DE LA FECUNDACIÓN ASTRAL.

Nosotros pretendemos que un año, día por día, hora por hora, antes del nacimiento de un niño, se produce una “puesta en estado” de receptividad fisiológica de la mujer que le permitirá a continuación ser fecundada en el curso de un acoplamiento que podrá producirse durante los doce meses siguientes y cuyas consecuencias, infinitamente diversificadas, permitirán comprender claramente la mayor parte de los casos difíciles que se plantean a ginecólogos y obstétricos.

Comprendamos bien esto. Si extraordinariamente, y como sucedía en épocas muy lejana, la fecundación astral y la fecundación física coincidieran, el nacimiento del niño se produciría doce meses después (12-12)

Si el acto sexual tiene lugar 3 meses después de la fecundación astral, el niño nace hacía los 9 meses de gestación; “al término”. (3+9=12).

Retardemos todavía 3 meses el punto de convergencia genética y el nacimiento tendrá lugar a los 6 meses; el niño será “prematuro”. (6+6=12).

Si la fecundación física es consumada 9 meses después de la fecundación astral, tendremos un falso embarazo natural (9+3=12).

Finalmente, si no se produce en el curso de estos doce meses ningún contacto sexual completo, o si la ovulación se interrumpe artificialmente, el ciclo astral expira y todo vuelve a comenzar. Ahora bien; estos ciclos pueden ser permanentes en algunas mujeres y manifestarse más raramente en otras. Esto explicaría muchos casos de esterilidad rebeldes a todo tratamiento y proyectaría una curiosa claridad sobre los peregrinajes religiosos de antes en los que las esposas in pro genie iban a pedir a un santo o una santa, especializados, que las hiciese fecundas, es decir, que provocase en ellas la abertura astral que permitiría la aproximación del alma del niño que debía encarnarse. A partir de ese momento el mecanismo sexual volvía a ser eficaz y el “milagro” se había realizado.

Partiendo de este postulado, examinemos si algunas consecuencias de su aplicación en la práctica nos aportan pruebas suficientes. Vamos a tomar un ejemplo ligado a un nacimiento arquetípico: el de Jesús, el hombre Universal. Si nuestra hipótesis es exacta, deberemos encontrar su verificación en el Nuevo Testamento.

Pues bien: habiendo nacido Jesús el 24 de Diciembre a medianoche, en el año 1 de nuestra Era, su madre tendría que haber sido fecundada astralmente a medianoche del 24 de Diciembre del presente año. Si con ocasión de esta fecundación excepcional se hubiera producido alguna cosa, deberíamos descubrir una huella.

En efecto, ¡hela aquí!

LA ESTRELLA DE NATIVIDAD

En el momento de la Epifanía, o sea, 13 días después de la Natividad, los Reyes Magos venidos de Oriente, llegaron a Bethleem de Judea para rendir homenaje a aquel que consideraban como un ser de esencia divina. Estos Reyes Magos, según la Tradición, eran uno blanco, otro amarillo y otro negro; un persa, un chino y un etíope. Ahora bien: ¿cómo se puede imaginar que estos tres personajes importantes, que eran a la vez Reyes y Magos, poseedores de la Autoridad y del Poder, hubieran tenido tiempo en algunos días, de dedicarse a las observaciones astronómicas (o astrológicas, era la misma cosa en aquella época) que les permitió situar la dirección que les indicaba la Estrella, sacar las conclusiones topográficas necesarias, ponerse de acuerdo, organizar una caravana que atravesaría montañas y desiertos, encontrar a Herodes, tratar con los principales sacerdotes y escribas de Jerusalem, viajar de allí hasta Bethleem, y todo ello entre Navidad y Epifanía, o sea, en 13 días?

Cuando se conoce la manera de vivir de los hombres del Oriente, se siente al instante que nos estrellamos con una mayor imposibilidad, No les habría hecho falta dos semanas para organizar y realizar una expedición parecida, sino más bien un año y dos semanas. Dicho de otra forma, lo que los Reyes Magos, rodeados de sus congresos de sabios y astrólogos habían descubierto, era la Estrella de la fecundación astral de Jesús que se había manifestado fuera del seno de María, un año antes de la aparición terrestre del Rey de Reyes.

¡Pero hay algo más!

“Entonces, -escribe San Mateo en su Evangelio- Herodes, llamando en secreto a los Magos, indagó de ellos diligentemente el tiempo de la aparición de la Estrella” (Mat.2.7). Respuesta de los Magos: “La vimos hace más de un año”. Herodes toma buena nota de la fecha indicada e invita a los Reyes Magos a que vayan a Bethleem, rogándoles que a su vuelta le informaran de cuanto hubieran visto u oído, cosa que los Magos, una vez cumplida su misión, se guardaron muy bien de hacer. Teniendo conocimiento Herodes de su “desaparición”, entra en violenta cólera, y nos dice el Evangelio de San Mateo: “... y mandó matar a todos los niños menores de dos años que había en Bethleem y en todos sus alrededores, conforme al tiempo que había inquirido de los Magos” (Mat. 2.16).

Es interesante constatar que este “tiempo” que con diligencia preguntó a los Magos, incitó a Herodes a pensar que Jesús tenía ya algo más de un año, puede ser 13 o 14 meses, tenida cuenta la llegada de los Magos a Judea. No queriendo correr ningún riesgo y suprimir con entera seguridad a Jesús, Herodes ordena la matanza de todos los niños menores de dos años, mientras que si la “fecha exacta”, el “tiempo” de la aparición de la Estrella hubiera coincidido con la Natividad, le habría bastado con desembarazarse de los menores de seis meses, o por “precaución”, de todos los niños menores de un año.

En función de todo esto, se comprende mejor toda la importancia que los “adeptos” han concedido al relato de la Matanza de los Santos Inocentes. En él se halla una enseñanza que nadie calificaría de alquímica o astrológica, que la Iglesia nunca quiso revelar en el tiempo en que todavía poseía el Conocimiento y que ahora, implicaría para ella el esfuerzo, imposible de intentar, de abordar ciertos problemas ligados a los fenómenos de la encarnación y la reencarnación.

Si insistimos sobre esta noción de fecundación astral, es porque se trata de la clave de un número apreciable de situaciones difícilmente explicables sin ella, y que van desde los nacimientos prematuros a los embarazos llamados “nerviosos” pasando por las “violencias” -por no decir violaciones- que serían debidas a lo que podríamos llamar estados de “calor astral”, cuando la mujer implicada vive un ciclo “no consumido”.

De este modo, siguiendo a imitación de los Reyes Magos el camino de la Estrella, percibiremos lo esencial de las variaciones del ciclo de gestación habitual de nueve meses, que en realidad encubre otro período más completo de procreación de doce meses, religándonos directamente a nuestra Tierra, la cual en las mismas épocas de cada año, ve germinar los granos, madurar las cosechas, caer las hojas y volver las escarchas...

DEL RESPETO A LA VIDA¹

Del respeto de la vida en sus diversas formas,
Por la observancia o no de las soberanas normas,
Tu destino pende, hombre; y tú lo sabes bien.
Pero este respeto te impone un esfuerzo
Siempre contrariado por el ritmo del mundo moderno,
Que solo en la materia halla su gobierno.
Escucha al poeta a medias encarnado,
Perceptor de lo impalpable y predestinado.
Observa simplemente el juego de la Natura
Perpetuando perpetuamente, sin fin, su vasta progenie.

Te pasmarás del respeto riguroso de la ley que rige
El curso armónico de su reproducción,
De la vida humana haciendo omisión.
Cuando el sol forma un alma en la semilla,
Ésta, humildemente, venido su tiempo,
Transportada por un soplo de viento
Vuela hacia los campos como un avecilla,
A fin de fecundar el terrón de tierra
Donde su genio espera asistir al misterio
Perturbador, prodigioso, de su germinación.
Desde luego no es cuestión de una autorregulación.
Esta tendrá lugar después y de una forma normal.
Demasiado de agua, de frío o de calor,
Y el mundo animal, sin hablar de los flagelos
Que azotan el Universo, se encargan de regular
(Escrupulosos expertos), de la verde familia su proliferación:
Del sequoia gigante hasta el junco temblón.
Cual agente de comercio, el hombre interviene en tercio,
Sembrando, injertando, segando, alimentándose por todo el planeta
Tal como Dios quiere por su Ley, que Él mismo respeta.
Para construir de modo perfecto, ante Su plano se somete el Arquitecto.
Cada reino terrestre tiene un ángel guardián, responsable absoluto
Del plano que es EL SUYO: mineral, vegetal, o animal,
Que él administra según el criterio o la economía
Específicas del reino que le está subordinado:
Y en este ángel por el diablo tentado,
Si un día nace esta idea enorme y absurda
De reducir el mundo a la porción congrua,
Limitando por medios proscritos los frutos del reino que controla
Al que estás sometido para poder vivir,
En tu opinión en esta coyuntura ¿qué sería del hombre?

¹ *Reproducimos aquí la disposición original de este texto, publicado en el Tomo III de "Mi Búsqueda del Grial" Ediciones de la Pensée Solaire, Monte-Carlo - 1.969.*

¡A ti te toca concluir! Tú eres ángel guardián (por tu espíritu)
Del cuerpo y del alma que Dios confía a tu conciencia.
Siembra, Injerta o siega en tu naturaleza misma.

Piensa que si quieres resolver tu problema
El cuerpo es el campo primo de tu combate
Tanto más que su estado perfecto no es el del celibato.
Un instinto primitivo le incita a satisfacer un deseo natural
Potente y hereditario teniendo punto final en los apareamientos
Animales o humanos según los sentimientos.
En esto el pérfido maligno se insinúa para liberar la pasión contenida
Que en su paroxismo excitando los sentidos empuja al hombre instintivo
A verdadera encerrona a fin de perder así su muy precario equilibrio
Con la exasperación de su sensible fibra en vibración.
Entonces es entregado a sus instintos bestiales
Egoístas y animales viciosos y sensuales
Trocando lo verdadero en falso
Y he aquí el sendero que conduce al adulterio
Con desprecio de la Ley imaginando ser rey
De sus propios apetitos.

Esa Ley que afirma ser imposible sin pecar,
a la mujer de Tu hermano desear.
Ahora bien, este sentimiento enciende una hoguera
Que abrasa al amor puro en fúnebres retozos,
Regala la victoria ornada de alborozos
Al repugnante príncipe de la mortal tiniebla
Que está carcajeándose del noble impulso
De dos seres amándose en el mutuo respeto
Emocionante, tranquilizante, de ese gozo completo
Físico y espiritual que sienten entre ellos sin ser la presa de ello.
Como el ángel de un reino tiene una fe invencible
Se somete a la Ley inamovible divina,
Que regula el proceso eterno de la vida.
El hombre no posee el derecho,
Su pasión satisfecha, de esta Ley infringir,
Modificándola, tornándola contrahecha,
Por métodos que favoreciendo
La regulación de los humanos nacimientos,
Frecuentemente los anulan, así rompiendo
Las cadenas de los límites que Dios establece
Al poder que el humano sobre su cuerpo ejerce.
¿Quién puede arrogarse tal autoridad para el orden divino de Natura tornar?
Un señor del desorden, el sutil egoísmo.
Disimulando, sereno, bajo un disfraz de humanismo
Una aversión publicana hacía la prueba cristiana
Que viene a santificar el sufrimiento, fin y comienzo

De un sublime error de espíritu y alma fecundando su desierto.
El acto matrimonial pues, debe estar abierto
De forma permanente para ser de la vida transferente.
¿No somos por otra parte la humana eucaristía
Que hace vivir al Cristo por de Jesús la carne?
¡A su profanación ya que él nos impulsa, opongamos repulsa!
La Ley de Dios rige las estructuras en cadena
De amor, de vida y por lo tanto de dignidad humana y terrena.
Tú debes conformarte a riesgo de sufrir.
Si no, teme ver pronto tú corazón pudrir,
Una regla moral exigente y severa,
Vigente en todo tiempo aunque el hombre no quiera,
Prohíbe y condena un uso impúdico, ya frecuente,
De medios que impiden intencionadamente
La procreación, degradando, ¡oh escándalo! al amor
Y a la misión de la conyugal unión.
Esta regla no es una elucubración
Salida incontinente de la imaginación
De doctores de la Ley, para amores infecundos.
Existe para todos desde el alba de los mundos
Por tanto, ignorándola y aún violándola,
Es como impediría el hombre,
Sectador de la nada sin nombre,
Por esos medios cómplices de su egoísmo,
El que se cumpla un día este acto de heroísmo
Que suscita la ley de la reencarnación
Marchando (está ligado) a su feliz ascensión
Hacia el Divino, por pruebas sucesivas
Que liberan del mal las conciencias cautivas.
Esto se dirige a la pareja, también a la familia,
Buscando, queriendo, encontrando allá,
En el orden que establecido está
Por nuestro único Señor,
Rechazando la cizaña que es del Maligno artimaña,
Su valor moral y felicidad verdadera y divina.
La mujer no debe ser para el hombre únicamente
Fiel instrumento paciente de su insaciable placer.
Simbolizando la Tierra, También en ella se encierra
El ser Madre y ser Esposa, ¡Hace falta revestirla de una dignidad celosa!
Y aún cuando se vea el número de humanos
Crecer sobre la Tierra al ritmo apresurado
Que crecen las abejas, nunca debe inquietarnos,
Hombre: creé lo siguiente con toda certeza:
“el problema estará resuelto, es formal,
Cuando animen al planeta amor universal,
Justicia, altruismo y solidaridad,
En vez de mantener la mano en el cuchillo

Y el dedo eternamente crispado en el gatillo".
Todo se ofrece al hombre para que sea dichoso.
Ya ves hermano mío si el Padre es generoso
En el don que nos hace de este globo terrestre
Con riquezas sin fin, que la Natura orquesta
Con magno contrapunto de rentas gigantescas
De vida en su jardín; sus mil tonalidades
Se acoplan a los seres, y el humano genio
Mucho mejor haría respetando la armonía,
Y actuando a favor de esta vida, en lugar
De insurreccionarse, todavía, contra la Ley de Dios,
Por numerosos medios siempre contra-natura,
Muchas veces satánicos, cargando la factura
Que el Hombre Universal debe a la evolución,
Lo que por consiguiente estorba su ascensión.
Si, la superpoblación causa al hombre un problema,
Pero de todas formas se resuelve a si mismo
Merced al mecanismo que mueve Providencia,
A quien únicamente corresponde el poder de aportar,
Cuando el peligro ronde, un remedio eficaz
A causas naturales ya que ella sola rige leyes universales,
La Tierra, ser viviente, de su cuerpo consciente,
Y de su equilibrio, entonces obediente
A esas cósmicas leyes, rige su organismo
Así como su orden, con un gran eclecticismo
Que va de la erupción volcánica al tifón,
Del diluvio al seísmo, de guerra despiadada
A soplo de epidemias, a gruesa marejada,
Sin hablar de accidentes o mil enfermedades;
Y todo ello en cíclica producción
Permitiendo a la vida una renovación
Y él así mantener el vital equilibrio
Del terrestre navío del Adam que se siente
Dueño de la libertad excesivamente.
Mineral, vegetal, animal, cuerpo humano,
Retornan a la Tierra, se pudren en su seno
Donde alquímicamente la Madre les transforma.
Pero siendo el espíritu inmortal según la precisa norma,
Se beneficia integral de las pruebas que ha sufrido
Que son con la encarnación, las otras reencarnaciones
Que ha padecido en su envoltura carnal.
Estas pruebas, frecuentemente, son obra de Penélope paciente,
Ya que tiene que expiar, depurar, y finalmente,
Del Infierno evolucionar hasta el Divino.
Si esto disgusta al hombre epidérmico
Hasta el punto en que, colérico, reniegue del alma cósmica,
Tanto peor para él, con tal que sea revelado, en pura lógica,

Al portador que es el Hombre Universal: su propia profundidad.

Es bueno que el esposo ame la carne de la esposa,

Mas si no quiere ver a Psique celosa,

No debe confundir su orgánico equilibrio,

(Tampoco el sexual), con exceso brutal

Que ineluctablemente ha de engendrar el vicio

Que absorbe y desordena, haciendo su capricho,

A la razón serena.

Entonces se producen la falta y el pecado

Que Satán, siempre astuto, recibe en su mercado.

Después de este largo, útil, y grave preámbulo,

He aquí mi conclusión, "A la famosa píldora anticoncepcional

Y a todos otros métodos, opongo un No formal".

Queridos colegas humanos: nunca he visto a la Medusa;

No estando por lo tanto mi vida congelada ni siquiera reclusa,

Este "NO" me hace daño como en mi carne un clavo.

Para aumentar mi valor, me hace falta respirar a pleno pulmón.

E inspiro el aire de forma anhelosa leyendo en el botón de una rosa:

"Solo Dios da la vida y solo Dios la toma".

En este extracto de "Mi Búsqueda del Grial", la Orden Soberana del Temple de Cristo, por medio de Peronnik, hace conocer su posición filosófica frente al problema de ardiente actualidad de la limitación voluntaria de los nacimientos humanos.

El "no" categórico al empleo de todos los medios contraceptivos, y con mayor razón, a la práctica del aborto, señala una toma de posición sin ambigüedad con respecto a lo que convendremos en llamar el "plano de lo absoluto". En lo que concierne al "plano de lo relativo", manifestado por las diversas acciones y reacciones de la encarnación, necesariamente, visto nuestro estado actual, estamos humanamente constreñidos a adaptar el principio del respeto absoluto de la vida a nuestra degeneración moral. Degeneración que cada día se expresa más y más, y entre otras formas, con la incitación oficial a la libre expresión de la sexualidad y con la eliminación "legal" de las consecuencias físicas de esta.

Siendo el hombre, desde "la caída", una especie de drogado sexual, no es posible evidentemente el privarle de su droga en un solo día y contra su voluntad, so pena de graves perturbaciones psíquicas y físicas. Pero entre esta drástica privación y el caer en el laxismo demagógico actual con respecto a tan grave problema, podemos medir exactamente -por poco honestos y de buena voluntad que seamos- toda la distancia que separa al hombre-consciente del hombre-animal. Haciendo notar que por cuanto respecta al animal, éste posee la prudencia instintiva de dejar a la Naturaleza el cuidado de limitar las consecuencias de su excesivamente numerosa proliferación - siendo el hombre uno de los agentes "intervencionistas" de dicha Naturaleza.

Pertenece por tanto a cada ser humano, dotado por esencia de la facultad de usar su libre albedrío, el actuar según su conciencia divina, o bien según la proyección subjetiva y complaciente de su pensamiento, que él confunde casi siempre con su "verdadera conciencia".

No es posible naturalmente, suprimirle al hombre su droga sexual. Pero sería infinitamente deseable y prudente el limitarla más bien que el esparcirla criminalmente a todos los vientos bajo sus múltiples y pérfidos aspectos pornográficos del momento. Aspectos global y hábilmente calificados de “erotismo”, para disimular filosófica e incluso poéticamente, el ocaso trágico, la dramática e ineluctable conclusión a que nos conducen los apetitos temporales, insaciables y conscientemente destructores de los “carniceros del alma humana”, que son los eternos e internacionales adoradores del “becerro de oro”.

Estamos anunciando formalmente el respeto a la vida, en particular en el Decálogo (Deut. 5-17.22), pertenece a cada ser humano, responsable absoluto de su “devenir”, el adaptar este principio a su propia naturaleza, según su grado de intoxicación sexual. Nada puede serle impuesto. Él es el único responsable de las consecuencias desastrosas de sus inconsecuencias. Hay algo no obstante que puede parecer escandaloso, es que el “justo”, por el hecho mismo de su solidaridad natural con el “pecador” a causa de su común encarnación humana, sea la víctima inocente -en esta existencia- de las exacciones de sus compañeros humanos más ávidos de goces materiales y egoístas -cualquiera que sea su forma- que de acciones altruistas, generadoras de felicidades espirituales. ¡Solo Dios juzgará!

DECLARACIÓN DE LA ORDEN SOBERANA DEL TEMPLE DE CRISTO

Declaración de la Orden Soberana del Templo de Cristo sobre un parte de su regla doctrinal, y su toma de posición relativa al voto de la Asamblea Nacional Francesa, del 29 de noviembre de 1974, concerniente al aborto.

“Suprimir por maniobras abortivas la vida en gestación de un ser humano, mientras que el embarazo no presente signos ciertos de graves peligros para la madre, reconocidos formal y oficialmente por el cuerpo médico, es desafiar y ultrajar las leyes divinas de la procreación de la raza humana, de la encarnación y de la reencarnación. Es igualmente atentar gravemente a la expansión, al prestigio y a la fuerza de una nación, así como de la humanidad en su conjunto.

Es oponerse a la venida al mundo de un ser humano que podría ser excepcional, y es impedirle cumplir su misión trazada por su propio destino. Pudiendo ser este destino útil y saludable para la sociedad, como el de los grandes hombres de genio, de ciencia, de liberación, bienhechores de la humanidad.

Sin querer hacer una real comparación, ya que es algo incomparable, pero para el asunto que nos ocupa es utilizar un argumento analógico e ilustrado, el cual ha de comprenderse bien y con el debido respeto: El hijo único de Dios, encarnado por el Espíritu Santo en la Virgen María, hecha consciente de su próxima maternidad por la Anunciación del ángel Gabriel, se hizo hombre, a imagen y semejanza del hombre, para su salvación.

Siendo el hombre creado a la imagen y semejanza de Dios, es igualmente creado a la imagen y semejanza del Christo, quien es su hermano. Supongamos e imaginemos por un instante que María hubiera usado de esas prácticas abyectas y condenables. ¿Qué hubiera sucedido sobre el nacimiento, la vida y la misión del Redentor? ¿Qué deben pensar entonces los 800 millones de cristianos del mundo entero? ¿En virtud de qué poder el hombre se arroga el derecho de oponerse a la vida deseada y creada por Dios? Siendo la Vida, la Luz de los hombres, ilumina a todo hombre que entra en el mundo. ¿Tiene el hombre derecho a apagar esta luz?

Imaginemos que un Caballero, soldado de Christo, de la Orden Soberana del Templo de Cristo, se hubiese encontrado en la Asamblea Nacional durante los debates sobre el aborto; no hubiera podido sostener un diálogo lógico con una Israelita, la señora Veil en esta ocasión. Sus antepasados ¿no pidieron con frenesí e insistencia a Pilatos la muerte de Jesús? Esta judía, incitando a los hombres a matar a sus hermanos antes de su entrada en la vida, perpetúa la obra de muerte contra Jesús.

El aborto, permitido y alentado, va fatalmente a acelerar y amplificar el vicio bajo todas sus formas: erotismo, pornografía, abuso desequilibrado de la sexualidad, publicaciones de fotos “sugestivas”, films cinematográficos en los que ninguna censura de moralidad impide sus proyecciones. Todo ello para llegar un día próximo a un nuevo Sodoma y Gomorra.

Finalmente, Christo dijo: “¡No matarás!”.

Expulsar a un ser humano del seno de su madre es un acto criminal incalificable e indigno de una Sociedad respetable”.

EL PROFETA

Es preciso no confundir al profeta con el adivino.

El profeta, habitado por quien es “más grande que él”, por el Espíritu, se proyecta, pese a sí mismo, fuera de su propio personaje; mientras que el adivino, confrontando los acontecimientos presentes y pasados, reconstituye una especie de rompecabezas que evoca un “posible futuro”.

Empujado por una fuerza incoercible e indefinible, el profeta, crea involuntariamente el acontecimiento por medio de su verbo: Dios le suscita con el fin de expresarse a través de su intérprete, De esta forma, necesariamente, fatalmente irreversiblemente, las palabras “divinas” del profeta manifiestan la estructura absoluta a la cual se incorporará ineluctablemente “la aventura” proyectada en el tiempo y en el espacio.

El profeta es el “loco de Dios” que no comprende necesariamente lo que expresa-como tampoco en ese instante lo comprenden quienes oyen sus palabras- Oscila permanentemente entre el Cielo y la Tierra, de tal forma que frecuentemente pasa por ser un desequilibrado, un iluminado en el sentido peyorativo de este término, que debería ser interpretado en su más noble acepción.

Finalmente, el profeta es el hombre elegido que invita a sus compañeros humanos a tomar conciencia de la línea vertical del espíritu, mientras que el adivino solamente les propone la visión horizontal de la materia, mucho más seductora por su proximidad aprehensible.

Dos ejemplos de profetas: JUAN BAUTISTA, el último y el mayor profeta cristiano; MOHAMMAD, el profeta islámico.

ODISEA APOCALÍPTICA

En nombre de su libertad, el hombre
Se muda en su propio blanco; pero puede,
Por amor irreductible, vencer lo irreversible
En el centro de la morada en donde reina el Eterno,
En el instante infinito de su intemporalidad acrisolada,
Tuve la insigne felicidad de a renacer ser admitido
Por múltiples motivos de Dios solo conocidos.
En un aleluya de amor permanente se canta el retorno del hijo reencontrado.
Tú, yo, él, el otro, quedan en el pasado, existiendo tan solo, clarísimamente,
Un alma común, nuestra inmutablemente.
Aquí vive y satura el fermento del cielo, la buena levadura.
Paradójicamente, en este lugar divino
Los liberados espíritus, cual arroyos buscando su camino,
Aspiran a unirse, a riesgos de perderse,
A los encarnados que se encuentran en la tierra de exilio
Con el fin de salvarles de un inmenso peligro.
Hombre: te hace falta arrojar de ti mismo
La fábula execrable de un reposo egoísta
En edén inefable, mientras que al último
De los humanos, tu hermano, para conducirle al fin
No le tiendas la mano.
Y ahora léeme bien para que oiga tu corazón
El canto de una aventura en la celeste y yerma llanura.
Cuando voy a contarte lo he visto con mis ojos;
Estos ojos que el Señor imparte
E injerta a sus soldados de los cielos.
Historia irracional, es preciso aceptarlos;
Sin embargo has de tomarlo por relato literal.
Mientras que rezaba en un lugar silvestre,
Me era concedido en mi estancia terrestre,
Tomar el sendero que desde hace dos mil años
Recorre feliz y violento el heraldo del Señor
Sin una muestra de desaliento.
Para guiar los pasos de mí extraño viaje,
Si el Dios de bondad no hubiera destinándome un ángel,
Es decir, el espíritu guardián del peregrino,
Como en furioso mar muere el marino
No dudo el que hubiera perecido, no solo en cuerpo si no también en alma
Pues no se viola el misterio impunemente sin que surja el drama.
Durante el duro recorrido por mi desierto ardiente,
Me servía de sueño la esperanza de bebida y confidente.
Siempre recordaré el llano interminable con las almas en pena que erraban gimientes.
Me es preciso luchar con las tentaciones del singular encanto de sus lamentaciones
Después de franquear felizmente el obstáculo,
Se ofrecía a mis ojos lastimoso espectáculo,
El más triste y adverso que hasta hoy haya dado

Nuestro globo- universo, donde todas las naciones
En grados diversos, eran víctimas inermes
De un pulpo gigantesco de innumerables brazos
Hábilmente actuando, a la humanidad inoculando
Las pasiones del oro, la carne, asesinatos,
Y muchas otras más.
De su cuerpo enhiesto ¡oh seductora peste!,
Un olor a petróleo se exhalaba funesto.
Sin embargo, pareciendo a los terrestres
Que el monstruo era bello y bueno,
A idolatrar su verdugo corrían con desenfreno.
Después, de degeneración en concupiscencia,
Siendo esclavos los pueblos de su propia indecencia,
Incapaces de ver, de oír, de pensar, de actuar, de discernir,
(Hecha excepción de algún que otro insensato),
Zozobraban en un caos, en una vida de anarquía y de relajo,
Según el plan preciso, maquiavélico y lejano,
De ese monstruo sediento de poder y de imperio,
De sangre roja extraída de su abrevadero humano.
Falsos dioses se instalaban consagrándose a sí mismos,
Sus nombres que proclamaban, como blasfemias sonaban.
Colmaban los deseos a quien les adoraba,
A los que les rechazaban más les valía estar muertos.
Yo continuaba el curso peligroso de mi marcha,
Extenuado, roto, avejentado como un patriarca,
Rondando dentro de mí mil pensamientos sombríos,
Comprimiendo entre mis manos mi corazón oprimido.
En la niebla en que me hallaba, bruscamente despuntar
Ví un ligero resplandor que me venía a alcanzar.
Era un alma que hacía mucho había llegado
A regiones celestiales donde el infierno temible es un volcán apagado.
Pronto respiré más libremente, símbolo de una región diferente,
Donde se oye la parábola de la oveja extraviada
Por quien abandona el Buen Pastor
Un rebaño que está salvado del Tentador.
Y ahora se comprende que todo no es más que un tránsito
De un estado a otro estado, sobreviviendo el prudente.
Por desgracia no era el Paraíso todavía.
Recibí unos mensajes que llevar debía,
Y así, lastrado debidamente, huyendo del purgatorio
Llegue derecho a un observatorio, donde tuve nuevamente,
Sin voz, otra vez oprimido el corazón, que seguir el drama atentamente
En el que la humanidad se obliga
A vivir el dolor Por culpable borrachera
Que la viste de andrajos como a una pordiosera.
La bestia, inmaterial en el plano geométral,
Pero real para quien percibe el mundo astral,

Parecía consagrarse a una urgente tarea
Que ejecutaban sus brazos atareándose sin descanso.
Fue entonces cuando vi, en cruel cuerpo a cuerpo,
Al oso y al dragón solventar sus desacuerdos.
El gran halcón y el león entraron en la danza
Sosteniendo del oso la defensa en pujanza.
Vomitó el dragón mil torrentes de fuego
Y nubes muy espesas que ocultaron el cielo.
Se borraron también por el vacío inhalados,
El cual desintegrándose engendra el voraz átomo,
Las villas y ciudades, cuanto estaba habitado comenzó a rechinar.
No encuentro las palabras con que pueda expresar
Mi plenitud de horror con la visión atroz
De lo que podría ser un relato feroz,
Imaginado por un autor macabro
Que con la Apocalipsis sueña bajo techado.
Agotado, mutilado, oculto en su caverna,
El oso vuelve al fin hacia el Dios que gobierna
Redescubriendo la fe implora su perdón
Mientras que, herido, desencadenado,
Creyendo el dragón que el oso se ha esfumado,
Se echa sobre la loba, y por no dejar rastro
Con prisas la devora.
En un campo de trébol, de lises y amapolas,
El gallo aparece de repente erguido en sus espolones, precedente
De un sol con luz tan potente que detiene al dragón en la postrer frontera,
Donde el monstruo cegado, domesticado por su vencedor,
Se transforma en lagarto suave y lleno de pavor.
El pulpo, perpetrando su crimen planetario,
Firma su propia muerte, suicidio involuntario,
Su negra sangre inflamándose tan pronto como surgió,
Calcina al Becerro de Oro que él mismo estableció.
Ahora bien: al mismo tiempo vi consagrar en Roma
Al gran último Papa y crístico buen hombre;
Vicario primitivo con legítimo nombre
De "Pedro II del Temple".
A continuación le vi ir a Avignon
Perseguido por el Anti crisma.
Se refugió en tal sitio para combatir el cisma,
Teniendo por compañeros A sus hijos revestidos
Por las capas blancas, Y orando a Nuestro Señor,
El obtener para sus verdugos la absolución.
Sin embargo, el palacio Vaticano, la Santa Sede, es para el usurpador
Cuestión de sacrilegio, mas el felón pereció en las aguas del Rubicón
Empujado por el irradiante incendio del Dragón.
Nuevamente tuve que reanudar la ruta donde el Maligno acechaba para sorprenderme.
La atmósfera era ligera, y el cuadro viviente que me había descubierto dicha ruta

Anteriormente, ya no afectaba a mi alma, la cual, con gesto equívoco
Abandona mi cuerpo cual si fuera un despojo, descubriendo a mis ojos
Un cuerpo infinitamente más puro, y joven eternamente por estar nutrido de futuro.
El extraño que avanzaba y al que creía seguir
no era más que mi “yo verdadero” que se veía vivir.
De vez en cuando cruzaba seres radiantes que no emitían sonidos;
Nos sentíamos mejor todo haciéndose color, unidad y armonía,
Sin embargo erraba una tristeza indefinida como un lamento secreto
Por horizontes perdidos, guardándose todavía por ellos, amor violento.
Me hallaba en la antesala del arqueómetra, donde actúan sin cesar
Maestres y Archimaestre de este lugar donde cada uno es buen samaritano;
El Paraíso está cerca pero también lejano.
A veces, de éste último, tal cual veloz cometa realiza su periplo
Viajando entre planetas, surge un solar mensajero, irradiante,
Que más rápido que el rayo recorre vivificante
La morada en que se agotan para salvar a los mundos
Aquellos que cuentan siempre los siglos como segundos.
Unos de estos enviados, cometa y mensajero,
Me coge por su cuenta, me hace su pasajero;
Como peaje, como caución su parcela de obra divina entregando
(Sacrificio andrógino), así subordinando su propia libertad a mi evolución.
Herederero de mis actos por devolución,
Acepta por lo tanto en él repercusión
Del golpe de rechazo y brutal embestida
De mi eventual caída.
Marchábamos juntos a un extraño lugar
Donde el alma-yo decrece en tanto sientes notar
Que es la conciencia quien crece, cuando las vibraciones de un rayo invisible,
Despiadadamente, escrutando mi inconsciente lo volvieron sensible,
E, instantáneamente, surgieron realmente todas las vivencias,
Que son los melodramas de mis existencias,
Y juzgando a todas oigo las sentencias.
No me hallaba avergonzado, fuera de estar afligido
Por no haberme comportado siempre cual buen peregrino.
Al final de esta radiografía,
Mi guía preclaro, gran conocedor de la hagiografía,
Me revela EL NOMBRE que todos en Dios llevamos;
Temible de conocer fuera del lugar en que nos hallamos.
Apenas recibí la conmoción de saber el NOMBRE que nos dirige,
Cuando en la emoción de un vértigo prodigioso, veloz y pavoroso,
Se ofreció a mi entendimiento la exacta percepción de las leyes del movimiento.
El Cosmos, en su vida de complejas ruedas, ya no era la pantalla
De estructuras convexas, creando infinitamente un mundo en expansión
Y escapando constantemente a mi ardua aprehensión.
Yo ya no sufría ni experimentaba la cósmica arbitraria,
Si no que desde entonces la domesticaba para extraer
El esquema primordial, unitario, esencial,

Formando con el espíritu un todo consubstancial.
En este punto en que yo era mucho más que yo mismo,
Puesto al abrigo por quien es sello supremo y divino,
Ya no me rodeaba la inmensa Creación,
No; yo la abrazaba, ¡oh divina emoción!
El Universo no era más que un ser cual otro cualquiera,
Con un cuerpo constituido a imagen del nuestro y muy parecido.
Nebulosas y soles, galaxias y novas, son al organismo
De este ser completo lo que las células, órganos y miembros,
En sus muchas formas son el carnal cuerpo.
Entonces,
sintiéndome turbado,
Mi ángel iniciador me precisa lo siguiente, cuyo, yo soy relator.
“Los billones de billones de estas cósmicas masas, fruto de la respiración cíclica
Del Padre Universal, o Vibrante Primordial, ejecutan sin fin su danza sideral,
Naciendo, desapareciendo, solas o en haces, durables o fugaces.”
“Por el aliento de Dios, lógicamente, estas masas forman un todo innumerable
Durante el tiempo correspondiente a la “expiración”,
Retornando a su principio ineluctable en el de “inspiración”.
“Así, la inspiración, en cierto modo,
Ingiere al mundo para su regeneración.”
“Para no confundirte, que es en este último tiempo
He de decirte, en el que se halla la Creación.”
“Hombre: tú eres el Dios de un mundo en contracción.”
“Lo que tú crees que es material es solo anti-materia;
Tu orgullo y no otra cosa es tu propia frontera.
“Para poder franquear cada puerta del entendimiento,
Te hace falta respetar ese mandamiento
En el que al prójimo amar es el único camino
Que permite al ser humano hasta el “Arca” llegar”.
Inmediatamente una corriente misteriosa
Me transporte irresistiblemente y me deposita
Delante de María, ofreciendo su celeste corazón.
¿Cómo, cuadro sin nombre, cuando Ella hizo un gesto
Podría yo traducirlo? Temiendo traicionarla,
Preguntaré a las flores si puede traducirse
El arte de abrirse.
Este gesto me indicaba del espacio una fracción,
Donde todos los planetas tomaban su posición
Formando una vertical y por encima del Sol.
Cada veinticinco mil años se produce similar fenómeno,
Que hace que se alteren los polos; y en esta ocasión,
Cambiar uno por otro, Así es como surgieron
En el curso del tiempo, para trastorno del sistema solar,
Los diluvios cruciales de los re comienzos.
Del próximo la fecha, sabio, es tu tarea.
¿Por qué debo llevar tan crueles secretos;

Conocer del Señor ciertos de sus decretos?
Orgullo o compasión, no sabría decirlo,
Tuve en esto el deseo de hablar con el Maestro.
En mi delirio yo era el portavoz o quizás abogado
De un gran sindicato; el del Universo.
Mi deseo de un golpe en su ola me arrastra;
Entonces me perfora la flamígera daga,
La luz incandescente del Sol Eterno y Fiel
Que lleva constantemente el arcángel Gabriel.
¡Oh Dios!, con mi fe como único bagaje
Yo mi encontraba en fin al término del viaje
Ante el Christo en Gloria, irradiante de Amor
Hacia aquel que moría por ser su trovador.
Como Él había escuchado mi plegaria interior,
Me hizo revivir una escena anterior
En donde planeaba la sombra de un espíritu gigante
Pareciendo yo a su lado de la nada emigrante.
Ante el Maestro Único unidos jurábamos
Su obra mesiánica proseguir, encarnados,
Teniendo por compañeros a una sección de electos
De entre los voluntarios que fuesen más resueltos,
Algunos de los cuales, y en muchas ocasiones,
Para mi gran sorpresa, habían combatido
Con furor desmedido a la Divina empresa.
“Mira, me dijo, los tiempos antiguamente próximos, al fin son llegados
Y son vanos los reproches que al Cielo sean lanzados
Ya que en estos momentos los dados están tirados.
Ruega que por los grandes vosotros seáis escuchados;
Vosotros, pequeños míos, que tenéis mi confianza
Y a los que he revestido con la túnica de alianza”.
Con su mano derecha trazó el signo de la cruz.
Como un trueno oí su voz sacudiendo el Universo,
Clamar el nombre de ¡“Pedro”!
Después, su vicario y yo a la Tierra hemos vuelto.

DECADENCIA DE LAS ARTES

El arte es esencialmente revelación. Consiste en expresar lo invisible de lo visible, hacer surgir el espíritu a través de las formas, lo divino a través de la representación de su creación. El arte hace del artista un “intermediario”, lo que supone que sea “inspirado”, y sitúa en una dirección privilegiada y exclusiva la fuente misma de esta inspiración.

Se equivocan, por contaminación intelectual, muchos contemporáneos, que entienden por inspiración la relación entre estímulo y “creación” en el artista, sin discriminar el origen, el nivel y la naturaleza del estímulo.

Ahora bien: no podría existir inspiración más que surgiendo de lo espiritual, sea por infusión directa en la cumbre de lo humano, sea por inducción indirecta de lo que el artista aprehende de lo espiritual, por causa o por efecto, en lo material.

Esta disposición del artista para percibir, su nivel de inspiración, de concepción, de creación, dependen de su propio nivel de evolución, del grado de “apertura” de su alma y de los tropismos de ésta.

Si su alma se abre hacia lo sublime, tiene todas las posibilidades de ser transportada.

Si se abre hacia lo sórdido, corre todos los riesgos de ser poseída.

Indudablemente abundan los matices entre ambas posibilidades. Nada está más próximo a lo sublime que lo horrible. Y sin embargo, ¡qué diferencia!

Como el Gran Arte de la Alquimia, el arte es trabajo, el arte es sufrimiento. Sin lo uno o sin lo otro, no existe. El Espíritu se engendra y se revela, sometiéndose a las leyes de la materia, a sus trituraciones, a sus convulsiones, a sus calentamientos, a sus fraguas. Más allá de los materiales y de las técnicas a las que intenta someter para expresar las formas que sean signos y vehículos, el artista mismo está en trabajos, en caldeo, en fragua. Sufre. Debe sufrir.

A la necesidad inherente a su propia naturaleza, que le empuja y transfigurar las sensaciones, las emociones, los sentimientos (después, y solo entonces, los pensamientos), que el interior y el exterior de su universo le procuran, se oponen casi inconscientemente en el artista, su inercia y su gravitación.

WAGNER, MOZART, BEETHOVEN, CHOPIN, para citar solo unos pocos, lo han testimoniado con su propia existencia. Era preciso que un aliento irresistible les arrastrase para así sublimar sus propios sufrimientos y los sufrimientos de los que eran testigos. De esta forma, el artista nunca es el verdadero autor de sus obras. Incluso y a pesar de que experimente un orgullo ilegítimo, incluso sobre todo cuando cree dominar sus técnicas y sus materiales, es sólo un instrumento. Y el instrumento rezonga y se rebela. El combate que experimenta dentro de él, es ejemplo del librado por todos los hombres en su condición de encarnado, pero al desembocar sobre una “creación” en signos, toma un sentido en el artista.

Como todo hombre, pero más que otros hombres, el artista experimenta ciertamente la necesidad de imprimir en la materia palpable o impalpable, las formas de sus propias prolongaciones. Haciendo esto, al menos así lo cree, el artista se da muerte a sí mismo para invertirse en su obra. Y en su obra, ya no es el artista quien sobrevive a sí mismo, si no quien pasando en él y a través de él, es más imperecedero que su nombre o su materialidad carnal y social, excesivamente transitorias.

¿Quién conoce a los pintores anónimos de las cavernas? ¿Quién conoce a los sutiles artistas de los Andes, de Egipto, de Caldea, de Grecia, etc.? Sin embargo sus obras son conocidas. Aunque anónimas, suscitan atención, emoción, respeto, incluso amor.

La función artística recuerda en su terreno de elección, que es psíquica y no intelectual, la de la digestión y la asimilación en el orden fisiológico. Transforma los elementos recogidos en el ambiente. Elimina las escorias y los desperdicios. Extrae y destila la quintaesencia de la materia prima; la estructura y la reviste en su expresión final. La obra engendrada de este coito y en esta gestación lleva en sí misma, necesariamente, una fuerza, una vida a su manera. Sin ella, nacida muerta, retornaría instantáneamente a las sombras.

La obra puede ser acogida o bien rechazada; sufre, a veces injustamente, el destino reservado por el hombre a los hijos no deseados.

¿A quién respecta? ¿A la obra? ¿Al ambiente? ¿Al artista?

Pero la obra es el artista.

Todo arte es comunicación, todo arte es religión, en tanto en cuanto que establece un lazo, un contacto, entre el hombre y el cielo, es decir, el universo arquetípico de los modelos, con la forma de las formas y la esencia, es decir, la vida de la forma.

Toda obra es por lo tanto mensaje, estructura significativa y significada. De modo que el artista enseña, el arte es enseñanza.

Las artes primarias son las de la voz y del gesto. De ahí salen la palabra y la música, el grafismo y la escritura. Como el artista, la obra, en principio, tiene o debe tener su cuerpo, su alma, su espíritu. Indudablemente, es el alma quien “significa” el espíritu en el cuerpo.

Si la obra es solamente cuerpo, si la obra no tiene alma, ¿Dónde se halla entonces el Espíritu?

Toda obra que no responda a este canon, no puede reclamarse como perteneciente al arte. Cualquiera puede darse cuenta, a condición de que él mismo esté equilibrado.

La obra de arte no se analiza. Dejemos esto a los necrófagos de la estética. Se aprende de un golpe. Se la hace, se la saborea, suscita atención, emoción. Ella sustituye al artista en su hallazgo, en el propio comportamiento de su ser. Nos identifica con él, al menos intenta hacerlo. Y no podemos, sin frustrarla, conformarnos solo con el primer movimiento de los sentidos. Es preciso dejarse ir más allá, más allá de las meras apariencias, a condición naturalmente, de que dentro de ella haya algo.

Entonces la comunicación se convierte en comunión. Tal es su objetivo, su verdadero fin. La obra de arte, el arte, son trasmutatorios.

Así, el arte nos hace penetrar hasta las raíces del cielo, a través de sus planos etéreos; ese mundo astral donde todo lo existente manifestado reside en negativo en esos universos-modelo de los cuales el Espíritu toma las formas para proyectarlas en el universo concreto en que nos hallamos.

Ahora bien; en estos planos intermedios, donde la substancia universal conserva eternamente los clichés de lo creado -manifestación o no-, el artista puede encontrar y coger tanto lo mejor como lo peor.

Puede asirlo lo divino como lo satánico y lo larvario, la luz o sus reflejos, los reflejos o las sombras, desde la belleza seráfica hasta la belleza del diablo o la fealdad horrible de las proyecciones de abajo.

El cielo tiene su infierno, a imagen del infierno de aquí, que tortura y posee al hombre en sus caídas.

De este modo, según sus fuentes de “inspiración”, el artista-instrumento, se pone al servicio de lo mejor o de lo peor. Y llegados a ese punto, no es solo la forma de la obra lo que es preciso considerar.

El arte de GOYA, revelando el dolor y el sufrimiento humanos, es mayor y más alto que la dulzarrona ampulosidad del estilo rococó.

Y la pregunta es esta: lo que la obra inspira, ¿de qué naturaleza es?

Entre los pintamonas de hoy día y los desconocidos que labraron los capiteles y los rosetones del gótico, la respuesta surge por sí misma. Los fines del artista -es cierto- difieren singularmente. Las normas culturales también. Los unos, hijos de los otros, marcan con su triste sello todo lo que actualmente se adorna con el bello nombre de arte.

¿Creen verdaderamente “democratizar” cuando se desacraliza?

Desde el momento en que ya no es el médium, provisto de facultades extrasensoriales más agudas de lo común, y que no está preparado para toda revelación a fin de acceder al mayor número posible, el artista no es más que un recipiente de evacuación, el vertedero de cualquier cosa o la tumba hermética y estéril donde bulle, como los gusanos, un arte de muerte.

Verdaderamente, hoy día, lo único que importa es vender. El “arte” no es más que un producto de consumo altamente perecedero ya que está adulterado. En estos tiempos en que el mundo es preso de todos los cánceres, todo en el “arte” hace vender y tiene fama. Todo se vende, lo más loco, lo más caro, El artista, icono, ídolo, es quien se vende, y no la obra por sí misma. Los pequeños egos triunfan, hinchados por su propio viento, donde se corroen los pocos vestigios de dignidad que conservaba el hombre. Estetas descarriados, ociosos y consumistas ingenuos, se pasman ante cualquier excentricidad. Lo incomprendible, lo insensato, les subyuga por su pseudo-misterio. ¿En nombre de qué? De las cajas registradoras, tabernáculos del Anti-Christo.

En fe de lo cual, he aquí comenzado el Apocalipsis, la tragedia final en la que se disgregan la pintura, la escultura, la música, el canto, el teatro, la danza, las letras, y todas las demás artes, cuando los hombres, sin embargo, habrían debido encontrar un camino de esperanza, una vía de salvación, el medio de ser mejor o más, más allá de ellos mismos.

De esta forma, ya, sin duda, en este terreno, he aquí por consiguiente la Pasión colectiva.

LA CÓLERA DIVINA

Cuando en diversos escritos religiosos y filosóficos se habla de “cólera divina”, ¿qué se entiende con esta expresión? ¿Estará Dios sujeto, como un simple mortal a accesos cíclicos de cóleras irrefrenables? ¿Será un Dios irascible? ¡Evidentemente, no! Lo que se califica de “cólera divina -o cólera de Dios, o cólera del Cielo” -, no es más que la consecuencia directa de las contravenciones humanas a la LEY DIVINA, Por lo tanto, habiéndola establecido Dios de una vez para siempre, con sus reglas intangibles, por ese hecho reina la vida macro cósmica y micro cósmica del Universo en sus infinitos y complejos mecanismos. El Hombre, otro dios en potencia deseado por Dios Creador - el Padre, que ha creado al hombre a su imagen metafísica- se encarga permanentemente, con sus actos, de descomponer el prodigioso mecanismo, tanto como le permite el uso de su libre albedrío. Bien entendido, y es de justicia, el ser humano en la primera víctima de las consecuencias ineluctables de su loca desobediencia a las leyes establecidas. De ahí los múltiples azotes que afligen los mundos cualquiera que sea su lugar en el universo. De esta forma surgen las guerras, las epidemias, los diversos cataclismos, sin hablar de las extrañas enfermedades presentes y futuras. En nuestros días, el hombre, por su orgullo, por su avidez, por su deseo desenfrenado de poder, por sus actos de violencia que se acrecienta cada día, por irreligión e incluso por irresponsabilidad, desencadena, nosotros lo constatamos permanentemente, en el aire, sobre la tierra y sobre las aguas, un calamitoso e irreversible proceso.

La contaminación del aire, de la tierra, del agua, de los espíritus, de las almas y de los cuerpos, amenaza peligrosamente a la vida, incluso a la supervivencia, de toda la creación. Y las medidas, excesivamente tardías, de protección que actualmente se toman en el mundo, son por desgracia mucho más para favorecer los subterráneos designios de propagandas políticas que para salvar a la humanidad esclavizada y condicionada por aquellas. Por otra parte tomada en su conjunto, la humanidad no experimenta la sensación de estar realmente en peligro de muerte a breve plazo. Y además, el hombre está hecho de tal modo, que le repugna fundamentalmente considerar lo peor tanto sobre el plano individual como sobre el colectivo; o si por casualidad consiente en hacerlo, es frecuentemente para exclamar: “Después de mí el diluvio” Lo que algunos financieros y políticos internacionales, así como algunos locos filósofos materialistas, han inoculado a la masa humana, es la supresión de todo esfuerzo -contrariamente a la ley divina (Gen. III-17.19)-. La orden del día es: GOZAR LIBREMENTE. ¡Pero de qué forma!

Ninguna voz, incluso con los acentos sublimes de la divina sabiduría, tiene actualmente posibilidad de hacerse oír, poco o mucho, con eficacia: Es preciso constatar que, desgraciadamente, aquellos cuya misión intrínseca era encarnar esta sabiduría por la inspiración del Espíritu -las voces de las grandes religiones- se callan o se prostituyen. Sin embargo ha llegado el momento en que “... lo que fue dicho al oído debe ser clamado desde los tejados”. (Mat. 10-27). En lo que concierne al cristianismo, en la extrema confusión en la que actualmente zozobra, ya es tiempo de sobra, lanzando un grito de alarma, de fundar las nuevas estructuras de una religión rebasada en su presente forma. Asistimos a su división, a la satánica multiplicación de sectas que se autodenominan “religiosas”, peligrosas para la salud de los espíritus y de las almas, y sin embargo, casi todas, reclamándose como del Christo. Es imposible el no pensar en los falsos profetas de los que se habla en los Evangelios (Mat. 7-15, 24-11.24).

LAS APARICIONES MARIALES DE LA SALETTE Y DE FÁTIMA

La Virgen María, a “ semejanza ” de su divino Hijo, es signo de contradicción. Cuando el viejo Simeón bendice a José y a su esposa en el momento de la presentación de Jesús en el Templo, dice a la joven madre: “He aquí que este niño está destinado a ser causa de caída y de levantamiento de muchos en Israel; y para señal que provocará la contradicción; y una espada te traspasará el alma, para que sean manifestados los pensamientos de muchos corazones” (Luc. 2. 34-35).

He aquí una profecía que se ha realizado con una formidable exactitud, ya que en el momento en que las Iglesias comienzan a entenderse, más o menos, sobre la naturaleza humana de Jesús-Christo, despojándole poco a poco de su divinidad, con el fin de tranquilizar al marxismo-leninismo, y de preparar la venida del mesianismo judaico, he aquí que aparece el personaje más irreductible, más desconcertante de la “mitología” cristiana, la dificultad imprevista de todo acuerdo profundo, de todo ecumenismo, que se levanta nuevamente y que es MARIA.

Tengamos el valor de decirlo: María es escándalo. Es escándalo de la cabeza a los pies; desde su corona de estrellas de Reina del Cielo, hasta la serpiente que aplasta como se contiene un subconsciente embarazoso, pasando por su Inmaculada Concepción, su Visitación angélica, su Virginidad parturienta, su Maternidad divina, su papel de Mediadora del Espíritu Santo, su Adormecimiento, su Asunción, sus Apariciones, etc. Todo en Ella, sin excepción, suscita la oposición, hace gritar a la provocación, promueve a la mofa. No existe mujer en el mundo menos comprendida, más calumniada, encarnecida, ridiculizada, que esta Madre admirable y silenciosa a la que “... una espada traspasa el alma”.

¡Ya que este es el problema! Tocando a María se alcanza al alma... y alcanzando al alma, se manifiestan “los pensamientos del corazón de muchos”, y esto es inadmisibile y peligroso para todos los que creen que el hombre es, por delegación, el mismo Dios.

Entonces se comprenden la desconfianza y los temores de estos “prudentes corazones”, cuando María se manifiesta públicamente para hacer un llamamiento a la conciencia colectiva de la humanidad en la persona “moral” de la Iglesia de su Hijo; cuando María pone a esta humanidad frente a sus responsabilidades finales con ocasión de apariciones tan perturbadoras como las de La Salette o de Fátima.

Digamos claramente que este tipo de manifestaciones intempestivas, siempre ha suscitado la profunda desconfianza de la Iglesia, la cual ve en estas visiones una injerencia dudosa e inadmisibile del Cielo en los asuntos de la Tierra y de la Religión. A propósito de esto, es curioso notar que en todas partes hay “ovejas negras”, si podemos decirlo así, ya que no hace mucho tiempo, un Papa declaraba, con toda infalibilidad sin duda, que en el curso de una meditación había observado desde el parque de Castell Gandolfo, que el sol danzaba en el firmamento del Lacio, exactamente como se había producido en Fátima en el año 1.917.

¿De quién fiarse? Pero hay más todavía; a propósito de ello, malas lenguas han sugerido que la confesión pontificia de esta espiritualidad “exhibicionista”, habría curiosamente precipitado el fin de este santo hombre que perturbaba, según nos dicen, las impávidas conciencias de la Curia romana.

Esto prueba simplemente, que existen testigos molestos, y que en caso extremo, la Iglesia prefiere todavía los “platillos volantes” mejor que el “sol que da vueltas” o la “Bella Señora”, vestida de blanco y de azul, que llora ante unos niños, hablándoles en patois de un gran amor universal decepcionado...

Y sin embargo, había sido anunciada con delicadeza y fervor la venida de esta Virgen María, de la que actualmente no se sabe qué hacer con ella.

El Eclesiástico nos la describe bien, a través de esas confidencias llenas de luz y de ternura, Esas confidencias “antes de los tiempos” que todavía se llaman profecías.

“Como una viña he florecido, y mi perfume embalsama.

Y mis flores han producido ricos y pesados racimos.

Yo soy la Madre del Bello Amor, y del Respeto,

Y del Saber, y de la santa Esperanza.

En mi reside la gracia, que es Camino y Verdad,

En mi llevo la Esperanza, que es Valor y Vida.

Venid a mí cuantos aspiréis a la Sabiduría
Y saciaos de mis frutos.
Pensar en mí es más dulce que la miel;
Y vivir a mi lado, más agradable que un panal de miel.
Mi recuerdo se guarda a través de las edades...
Los que prueben la sabiduría, verán aumentar su hambre;
Los que beban en esta Agua, quedarán sedientos.
Quien escuche mi Voz no será decepcionado;
Quien actúe bajo mi inspiración, no cometerá pecado.
Y aquel que me haga conocer, poseerá la vida eterna.”
QUI ELUCIDANT ME, VITAM AETERNAM HABEBUNT.

Eclesiástico XXIV. 23-31

Versión P. Feder S, .J.

¿Qué queda de esta profecía?

¿Qué se ha hecho de este retrato “lleno de gracia y de verdad”?

¿Cómo se ha podido olvidar esta promesa de vida y de eternidad que daba tal resonancia cósmica a la persona de María? QUI ELUCIDANT ME, VITAM AETERNAM HABEBUNT.

¿Qué habéis revelado de Nuestra Señora María del Espíritu Santo, vosotros los Príncipes de la Iglesia?

¿Por cuántos denarios la habéis vendido a su vez, bajo la forma de imágenes y de medallas?

¿No teméis que el Christo, cuando retorne - pero de hecho, ¿creéis en el retorno del Christo?- no teméis que invierta el sentido de la respuesta que dio a su Madre en las Bodas de Canaán, cuando le pedía vino: “Mujer, ¿qué esperas de mí? Mi hora todavía no ha llegado”?

Si; imaginad que oyeráis esta terrible frase; “Madre, ahora puedes esperar todo de mí. Mi hora al fin ha llegado”.

¿No pensáis que volviéndose hacia vosotros, Ella os hará estas temibles preguntas: “¿Qué habéis hecho del Bello Amor, y del Respeto, y del Saber, y de la bella Esperanza? ¿Habéis escuchado mi Voz? ¿Habéis actuado bajo mi inspiración? ¿Me habéis dado a conocer? ¿Qué ha sucedido con mis Caballeros de las Blancas Capas, “esos mendigos; esos falsos cristianos revolucionarios, esos locos, esos Templarios” a los que habéis condenado con curiosa precipitación? ¿Qué hacéis aún cuando ellos vienen a gritar su inocencia bajo los balcones de vuestras residencias particulares o en los patios de vuestros palacios o en Roma?”

Pero ¿cómo se escucharía a María en nuestra época, si en dos ocasiones por lo menos han ahogado su inspirada palabra, en 1.846 en La Salette y en 1.917 en Fátima? Por ello, tenemos el derecho de preguntarnos legítimamente qué haría falta hacer para que un día repararais en esos Pobres Soldados del Christo, que no han cesado, tanto en la guerra como en la paz, en sus capillas como sobre las hogueras, de proclamar que “Nuestra Señora ha sido el comienzo de su Orden, y que en ella y en su Honor estará, si place a Dios, el retorno de su Orden...”

El preciso no olvidar que la Orden del Temple es muy específicamente la de Nuestra Señora, a la cual nombraban nuestros hermanos de antaño, como “Santa María del Templo”. He aquí por lo que nosotros permanecemos, por predestinación y por misión, como los portavoces de María y los guardianes de su Honor.

Es por ello por lo que nos dirigimos a vosotros, que sois el poder espiritual -cuando deberíais ser la Autoridad- para haceros conocer la siguiente advertencia: “Cuidado con la verdadera ley del retorno, que seiscientos sesenta y seis años después de la prevaricación de la Iglesia, nos conduce a pedirnos cuentas -como en su día pediremos cuentas a la Casa de Francia-, ya que ha llegado el momento, en el que por el juego de los “ciclos” y de las “eras”, se produce el Resurgimiento de la Orden del Temple y en el que nos está permitido hablar alto y claro”.

“No abuséis del poder de la fuerza de inercia que todavía os mantiene en un precario equilibrio, como una pesada ruina ya casi anónima”.

“No os hagáis ilusiones; será preciso pagar las deudas que habéis contraído antaño con el Temple, ¡Y de las que hasta ahora rehusáis oír hablar! Vosotros deberíais saber mejor que nadie que no se entierra a María; que después del “adormecimiento” viene la Asunción... El adormecimiento de seiscientos sesenta y seis años en nuestra Orden acaba de terminar, y he aquí que se levantan ante vosotros, surgidos del manto protector de la Virgen Madre, los que vienen a exigir reparación y a quienes hasta hace poco llamabais “esos mendigos, esos falsos cristianos revolucionarios, esos locos, esos Templarios”.

Es preciso decir las cosas tal y como son: “han” amordazado a la perfección a María mutilando hábilmente los relatos de los niños de La Salette, abrumándoles de amenazas y de seducciones para hacer callar las inocentes voces de los testigos de Nuestra Señora. De todos los mensajes recibidos, solo algunas generalidades han sido entregadas al público, y esto con una admirable perfidia ya que despojadas de su contexto, estas revelaciones pierden todo valor profético y llegan a parecerse a algunas “supercherías” engañosas e insípidas, indignas de salir de la boca de una enviada del Cielo.

“Han” ido incluso más lejos y “han” maquinado un asombroso proceso, notablemente fabricado y con la ayuda de testimonios a cuál más pasmoso, proceso destinado a desacreditar definitivamente las apariciones mariales de La Salette haciendo creer que todo ello no había sido más que una gran mascarada, una enorme farsa, en la cual los desgraciados pequeños videntes habrían desempeñado el papel de cazadores de tontos, arrastrando con ellos a ese fragmento supersticioso e inquietante de la catolicidad que se obstina, contra cualquier opinión, en creer que el Cielo aún se ocupa de los hombres...

De esta manera, el Tribunal de Grenoble, con fecha 15 de abril de 1.855, pronunciaba una sentencia destinada a probar que esta Virgen, aparecida a los niños el 19 de septiembre de 1.848, no era otra que una cierta señorita de la Merlière “disfrazada de María y representando voluntariamente esta comedia”.

¡Qué consuelo para la Iglesia, que así veía alejarse el espectro de lo sobrenatural, y qué triunfo para los racionalistas que descubrían una religión más humanista, y el término estaba a punto de ser inventado, casi marxista!

Ciertamente que aún quedaba el problema de numerosos milagros que se habían efectuado en el nombre de Nuestra Señora de La Salette, pero ¿qué le vamos a hacer? Es como en Lourdes; no se lleva a un lugar parecido a una clientela tan numerosa sin que de vez en cuando aparezcan algunos flecos...

Las apariciones de Fátima son algo más molestas, ya que en este pueblecito de Portugal, tres niños vieron por seis veces a la Virgen entre el 13 de mayo y el 13 de octubre de 1.917 (¡fechas muy curiosas!). Pero donde las cosas se complicaron fue cuando se descubrió que durante la última aparición, más de cincuenta mil personas vieron “danzar al sol” en el límpido cielo de ese bello día de otoño. Me diréis que sumadas cincuenta mil alucinaciones individuales, no arrojan más que una alucinación colectiva; es verdad, pero es difícil tragarse esta explicación.

Pasaremos sobre el capítulo, fastidioso por otra parte, de las presiones y los “consejos” que cayeron sobre los desdichados niños, culpables de haber visto a María y de haberlo proclamado, para no recoger más que el hecho de saber que una parte muy importante de los mensajes entregados a los pequeños, fue ocultada por la Iglesia, y que incluso fue reservada como “secreto”, que no debía hacerse público hasta transcurrir cuarenta y tres años, o sea, en 1960.

Siendo Papa Juan XXIII en el año de gracia de 1.960, fue él por lo tanto quien tuvo conocimiento de los documentos sellados. Cosa extraña, Su Santidad Juan XXIII guarda un silencio total, y nada de cuanto debía ser revelado franquea los muros del Vaticano. Esta abstención fue tanto más extraña cuanto que la fuerte y liberal personalidad de este Papa habría podido hacer creer en una amplia difusión de los mensajes de Fátima y de La Salette. ¿Por qué esta reacción prudente y molesta a la vez, en un momento en que parecía oportuno poner en guardia a este mundo “en locura, en armas”? Ahora bien; incluso si para la Iglesia y para toda la cristiandad estas revelaciones mariales eran crueles de oír, incluso si eran inquietantes o hasta trágicas para la humanidad, era preciso dejar a María la responsabilidad de sus declaraciones; de lo contrario, era hacer creer que este gesto divino era imprudente o sin objeto.

Algunos años más tarde, su sucesor, Pablo VI, vuelve a abrir el expediente, y él también se calla. Parece sin embargo que el Papa dejó filtrar algunas migajas de mensajes relativos a los peligros, terrestres y extraterrestres, que corre nuestro pobre planeta. Pero todo esto pasó a nivel de cancillerías, en el mundo acolchado y discreto de la diplomacia oculta en donde Roma sobresale.

En cuanto a nosotros, no tenemos la intención de volver sobre el conjunto de los textos que han sido difundidos oficialmente; ya hemos dicho lo que pensamos. Lo que es más interesante, según nos parece, es examinar los temas que fueron abordados en el momento de los diálogos entre los niños y la Virgen en 1.846 y en 1.917, no para revelar la letra (la Iglesia tendrá que hacerlo algún día o si no otros se encargarán de ello), si no el espíritu, que es lo más importante.

En el curso de las dos apariciones de La Salette y de Fátima, un total de treinta y tres temas o “secretos” fueron tratados por Nuestra Señora; veintidós en Isère y once en Portugal. Evitando las repeticiones que hacen que muchos mensajes se imbriquen entre ellos, queríamos seleccionar siete categorías de revelaciones que se desprenden del conjunto de las intervenciones mariales. Por lo tanto, alrededor de estos siete “plexos”, se ordenará el complejo de los “secretos” de que dispone el Vaticano.

1. El anuncio del gran cisma de la Iglesia católica romana:

El desconocimiento de los verdaderos problemas anímicos del mundo contemporáneo, el menosprecio “progresista” de los valores tradicionales de la religión revelada, la contaminación marxista y filosófico-sexual de los clérigos, conducen irresistiblemente a la Iglesia al Gran Cisma del fin de los tiempos.

Por desgracia, un día ya próximo la cristiandad va a despertarse de su pesado sueño con dos papas a su cabeza disputándose su dirección espiritual. ¿Pero cuál de los dos será el sucesor legítimo, absoluto de San Pedro? ¿Y quién podrá resolver esta alternativa dramática sino María y sus monjes-soldados?

2. El fin de Roma y la venida del Anticristo:

En una Italia en plena descomposición, el fin de la Era de los Peces no puede traducirse más que por la putrefacción de la cabeza, sea laica o sea religiosa.

Roma, en este caso, como símbolo y en su delicuescencia, no es más que el signo visible del derrumbamiento de la civilización occidental judeo-cristiana. Por otra parte, el Anticristo ya está en la Ciudad ya que el Vaticano está “infiltrado” en proporciones inquietantes por el marxismo y el sionismo, sin olvidar evidentemente el escandaloso y formidable Banco del Espíritu Santo y sus “Jesús-dólares”.

3. La Iglesia del fin de los Tiempos:

Por lo tanto es normal que María, después de haber denunciado la ruina del edificio eclesiástico, se apoye sobre la Iglesia de los últimos tiempos, sobre esta Iglesia del Espíritu Santo que es Su Iglesia... He aquí el grito que Ella lanzaba al mundo ya en 1.846:

“Llamo a mis hijos, a mis verdaderos devotos, a aquellos que se han entregado a mí para que yo les conduzca a mi divino Hijo, a aquellos que yo llevo, por así decirlo, en mis brazos, a aquellos que han vivido de mi espíritu; llamo en fin a los Apóstoles de los últimos tiempos, a los fieles discípulos de Jesús-Christo que han vivido en la aversión del mundo y de ellos mismos, en la pobreza y en la humildad, en el menosprecio y en el silencio, en la oración y en la mortificación, en la castidad y en la unión con Dios, en el sufrimiento y desconocidos del mundo. Es tiempo de que salgan y de que vengan a iluminar la Tierra. Id y mostraos como mis hijos queridos; yo estoy con vosotros y en vosotros, con tal de que vuestra fe sea la luz que nos ilumine en estos días de desgracia. Que vuestro celo, os haga como hambrientos para la gloria y el honor de Jesús-Christo. Combatid, hijos de la luz, aunque creáis que sois pocos; ya que he aquí el TIEMPO de los TIEMPOS, el FIN de los FINES”.

4. El Anuncio de la venida del Paráclito:

Si Nuestra Señora del Santo Espíritu viene a anunciar a sus hijos que los Tiempos son venidos, es que Ella sabe que todo está preparado para que aparezca el Antecristo¹, “aquel que viene antes del Christo” para “preparar sus caminos” a imagen de Juan Bautista, aquel que se manifiesta “a semejanza” del Señor, el Paráclito que viene a anunciar y a realizar esta Iglesia del Espíritu Santo que es a la vez promesa y retorno.

Este conocimiento de la presencia del Paráclito en este mundo, forma parte de los privilegios que posee la Orden del Temple y que ya hemos explicado en el presente volumen².

¹ No confundir “Ante” = quien precede, con “Anti” = quien está contra.

² Ver “Oficio religioso de la O.S.T.C.”.

5. El rito esenio y la pareja sacerdotal:

Antes este fenómeno de dimisión masiva de la Iglesia romana -desde el clero hasta la más alta jerarquía-, ante la caducidad cíclica de esta religión “sobrepasada”, no en sus bases divinas pero sí en sus compromisos humanos, es ya tiempo de afirmar que más allá del ritual flotante y demagógico de la actual cristiandad, más allá de este ecumenismo que todavía no osa llamarse cisma, existe un santuario secreto, una Iglesia interior cuya estabilidad no varía y que perpetúa el Rito Esenio, tal y como fue siempre practicado en el seno de la Orden del Temple; Rito salido directamente del de Melquisedec y que esencialmente reposa sobre la ofrenda a Dios de los productos de la Tierra por la Pareja Sacerdotal compuesta por el oficiante y su esposa¹.

6. La unión Cristiandad-Islam:

Este es uno de los siete fines que siempre se propuso nuestra Orden y que tan caro es a María. En efecto, el Occidente parece descubrir actualmente las catástrofes de todos los tipos que la ruptura anímica y espiritual con el Islam ha podido causar en el curso de los tiempos y cuan encinta de amenazas para Europa puede estar la existente tensión en el Oriente Medio y en el Mediterráneo. La Virgen denunciaba ya en 1.917 (una fecha digna de recordar) todas las perturbaciones mundiales que podrían nacer de una partición inconsiderada de Palestina y todos los dramas engendrados por la trágica ilusión de la reconquista de la Tierra Prometida. Pero también en esto, la conspiración del silencio y la colusión de la Iglesia con las apátridas potencias del dinero han efectuado su nefasta obra, y de esta forma, hoy, la vieja bomba del Oriente Medio está nuevamente montada y la tercera guerra mundial ya está “programada”.

Es curioso por otra parte el que María haya escogido Fátima para hablar especialmente de la unión Cristiandad-Islam, cuando Fátima, como sabemos, era la hija de Mohammad.

7. La revisión del Proceso de los Templarios:

No vamos a insistir sobre la urgente y justa necesidad de revisar el inicuo proceso que el Papa Clemente V, “teleguiado” por Felipe el Hermoso, formó a nuestra Orden. Digamos simplemente que pensamos cuan escandaloso es el que la Iglesia, conociendo perfectamente el carácter político de la maquinación montada contra nuestros hermanos de la Edad Media, no haya hecho nada para reparar esta injusticia y continúe callando. Encontrareis en el apéndice de este volumen el telegrama que el vigésimo tercer Gran Maestro de la Orden Soberana del Temple de Cristo dirigió el 6 de noviembre de 1.973 a los Obispos de Francia, quienes se hallaban reunidos en Lourdes. La difusión de esta intimación de revisión del Proceso fue hábilmente escamoteada, pero que sea bien la jerarquía francesa que nuestra Casa no ha esperado siete siglos su Resurgimiento, para ahora renunciar a obtener justicia. La rehabilitación de nuestros hermanos de la Edad Media se realizará, pronto o tarde, pero con certeza, “por Dios y por Nuestra Señora”.

Examinando estas revelaciones, tenemos el derecho de preguntarnos si la verdadera naturaleza del pecado contra el espíritu, no es también el profundo desconocimiento del papel de María y la desnaturalización y ocultamiento de sus advertencias al mundo.

El tema principal de todas las revelaciones mariales, es que entre la cólera de Su hijo, Su Iglesia y nosotros, no existe nadie más que Ella. “Si queréis ser salvos, afirma la Virgen, os es preciso experimentar un arrepentimiento inmediato y total de todos vuestros pecados, aliviando así a vuestro Maestro, a vuestro Amigo, Jesús- Cristo”. Ahora bien, el Temple sabe bien que la última barrera marial va a ceder en cierto modo en el momento de la prodigiosa mutación cósmica que ya ha comenzado, y que va a hacer de María, Madre de Dios, la nueva y eterna Nuestra Señora, Madre Universal.

¹ Ver “Oficio religioso de la O.S.T.C.”.

He aquí venida por lo tanto la hora de la Verdad. La época de los silencios prudentes, de las censuras diplomáticas y de las exégesis sutiles ha finalizado. En la hora actual se trata menos de apoyarse sobre los antiguos textos que de estar atentos y despiertos a las revelaciones mariales que van a sernos propuestas en el momento de las futuras intervenciones de la Virgen, que ve llegar su Era.

Pensamos efectivamente que se han reunido todas las condiciones necesarias para que en un próximo porvenir se produzcan nuevas manifestaciones proféticas, A este respecto recordemos brevemente: : 1º.- Que estamos en el fin de la Era de los Peces, la cual representa el ciclo del Hijo; 2º.- Que vamos a entrar por algún tiempo en la Era del Acuario, colocada bajo el signo del Paráclito; 3º.- Que por causa del “vuelco” del que tratamos en esta obra, vamos a caer en la inesperada Era de la Virgen (Virgo), de la Mujer Cósmica, cuya Era nos reserva muchas sorpresas.

Por lo tanto, nosotros esperamos con las más profundas razones que se puedan creer, que corresponde a Francia -país consagrado a María- y a la Orden del Temple - consagrada a Nuestra Señora- el promover un vasto movimiento marial, que será menos un retorno hacia un culto cumplido (por los Templarios en particular), que el anuncio de la venida y del reino de Nuestra Señora, aureolada por todo el poder del Verbo, y conducida por el Espíritu vencedor...

LA ERA DE LA VIRGEN¹

¿Por qué hablar aquí de la Era de la Virgen cuando nos encontramos actualmente en la Era de los Peces (Piscis), y vamos a entrar dentro de algunos años en la Era de Acuario por la natural concatenación de la precesión de los equinoccios?

Simplemente porque los tres decenios que nos separan del comienzo del tercer milenario nos reservan bastantes sorpresas. Efectivamente nos aproximamos al término de un “Gran Año” de 25.920 años simbólicos, en el curso del cual el equinoccio de primavera ha recorrido doce signos zodiacales al “ritmo” de un grado cada setenta y dos años. Es el momento escogido por el “Gran Relojero” para dar cuerda en cierto modo al mecanismo, y para volver a lanzar los Tiempos. El primer signo del “Gran Año” que se acaba fue el del Acuario que en el zodiaco esotérico corresponde a la Serpiente; de ahí el simbolismo atribuido a este animal en la historia de la Caída del hombre en el “jardín del Edén” (Gen. III, 1-24).

Antes de continuar, observemos que si la recta que une los dos puntos de intersección del ecuador de la eclíptica, que corresponde a los equinoccios de primavera y de otoño, puede ser definida independientemente del hemisferio terrestre en el que se encuentra el observador, en cambio la relación del punto gamma² con el equinoccio de primavera es una convención de quienes viven actualmente en el que hoy es el hemisferio norte, puesto que las estaciones se invierten cuando se pasa de este al hemisferio sur, podríamos afirmar en pura lógica que estamos en el final de la Era de la Virgen y que vamos a entrar en la del León (Leo).

Volvamos al anunciado término del actual “Gran Año”. Al final del tiempo concedido, llegará un momento, antes de que pasen cincuenta años actuales, en que el conjunto de los planetas del sistema solar se encontrará del mismo lado del Sol y en línea recta con él, estando los satélites situados en la misma línea y del lado opuesto al Sol de su planeta. Poco antes habrá comenzado para todos estos cuerpos celestes el fenómeno de “trastorno” al final del cual cada planeta se encontrará poco más o menos invertido, encontrándose su eje polar “boca abajo”.

Con respecto a nuestra Tierra, el centro de gravedad del conjunto Tierra- Luna continuará dando vueltas en el mismo sentido alrededor del Sol, aunque evidentemente con una cierta modificación de su órbita, ya que la velocidad angular (más exactamente velocidad areolar) de rotación alrededor de éste habrá sido acelerada en el curso del trastorno. El sentido de rotación de la Tierra alrededor de su eje no habrá variado prácticamente, pero por el hecho de la inversión de los polos, esta rotación se efectuará en sentido inverso para un observador situado en las estrellas. Por este hecho, el sentido de la precesión de los equinoccios, que depende directamente del de la rotación terrestre en relación con las estrellas, también se encontrará invertido y la línea que une el centro de la Tierra con el punto gamma marchará hacia atrás.

¹ *Es preciso recordar que el signo zodiacal “Virgo” debería traducirse al español como “de la Virgen”.*

² *El punto gamma, o punto vernal, corresponde al lugar que ocupa el Sol en el momento del equinoccio de primavera.*

Pero entonces -os preguntareis-, ¿volvemos a la Era de los Peces? ¡No! Efectivamente, para un observador situado en el hemisferio norte antes del trastorno, la primavera se habrá convertido en otoño ya que todo acontecerá como si hubiese cambiado de hemisferio. Para llegar a su equinoccio de primavera tendrá que esperar a la media vuelta de una órbita, y entonces encontrará al Sol en el Signo de la Virgen ya que éste está diametralmente opuesto al de los Peces. De esta forma, los sobrevivientes del actual hemisferio norte de nuestra Tierra comenzarán, después de trastorno, la Era de la Virgen y no la del Acuario.

Después del trastorno (cuya duración simbólica pero no real, será de 33 años), nuestra Tierra recorrerá una órbita modificada, con una velocidad media superior a la actual; la cara visible de la Luna habrá cambiado así mismo, ya que también ella habrá sido trastornada.

La forma en que se desencadenará el trastorno solo es parcialmente comprensible para nuestras inteligencias de hombres del siglo veinte. Este fenómeno constituye un caso muy particular de la gravitación universal. La energía necesaria proviene de los centros de atracción de varias galaxias vecinas, y en lo que concierne a nuestra Tierra, implica un desplazamiento relativo de la "Tierra interior"¹ con respecto al centro de la Tierra exterior, con una modificación del centro de gravedad y de la elipsoide de inercia del conjunto, siendo suficiente este último fenómeno para conducir al cambio del eje de rotación del planeta, conforme a las leyes clásicas de la mecánica.

En el plano simbólico, es de notar que el signo de los Peces, bajo su forma ideográfica, se corresponde con la idea de un tránsito entre dos zodíacos de sentidos contrarios. Astrológicamente, en el momento en que la humanidad crea entrar en una nueva Era caracterizada por el color neptuniano del Acuario, surgirá la Era de la Mujer, de la Virgen, que trastornará considerablemente nuestra escala de valores, cuyas señales anticipadas ya aparecen, si nos fijamos por ejemplo en los comportamientos comparados de la mayoría de los adolescentes de ambos sexos.

¹ Ver "Tierra Interior".

AUTORIDAD Y PODER

Sinarquía - Política

Escuchándonos hablar tanto de Dios, conociendo la primacía que damos a lo espiritual sobre lo temporal, se nos tomaría por dulces soñadores, místicos disparatados, simples y placidos, y se nos preguntaría si no nos hemos preocupado todavía de este bajo mundo, con sus problemas, sus contingencias, sus crueldades.

¡Como si a nuestros ojos lo espiritual y lo temporal fuesen opuestos!

Sobre crueldad, solo conocemos la de los hombres, la de los hombres sin Fe, que no tienen más Dios que ellos mismos, ni más Ley que la suya propia.

Para nosotros, lo Espiritual no puede ser concebido más que aquí y ahora –por el momento-, no como esfera de contemplación ni como vía de escape, sino muy presente sobre y en la Tierra.

Nuestro papel consiste precisamente en recordarlo, en reinsertarlo, en testimoniar con la palabra y la acción, su inmanencia en lo temporal a través de la manifestación; en reinstalarlo allí donde demasiados hombres lo desechan, en mostrarlo a quienes tienen total, en un tiempo en que tantos hombres no creen más que en las cosas de este mundo y en ellos mismos.

Nuestro papel es el de recurrir a uno y a otro y mostrar su estrecha amalgama en la realidad total, en un tiempo en que tantos hombres no creen más que en las cosas de este mundo y en ellos mismos.

En efecto, no transcurre un día en que el Templario no se vea obligado a recordar que debe tener los pies sólidamente plantados en la Tierra, la cabeza alta en el Cielo y el corazón en el medio, No es una tarea fácil en un tiempo en que tantos pretendidos maestros del pensar han amueblado las conciencias con su concepción de un universo chato que se desarrolla alrededor de sus propios ombligos.

Si, nosotros nos inquietamos por este mundo, desequilibrado en los tres planos del cuerpo, del alma y del espíritu. Es nuestro mundo. Lo compartimos con todos los demás hombres, nuestros hermanos (incluso los perdidos), y compartimos con ellos las vicisitudes y los sufrimientos.

Pero nosotros, que afirmamos tener con seguridad la alta noción de la Luz, no podemos conformarnos con esta obstinada ceguera.

Nosotros no pensamos que lo temporal será un fin en sí. Sirve para otra cosa. No es más que un lugar de tránsito, una residencia de encarnación. Sus fines están más allá de él mismo, como los nuestros están más allá de nosotros.

Por ello, ante el desolador espectáculo del mal que progresivamente acaba por ganarlo, nosotros tenemos el deber de “restablecer la exacta noción de Autoridad y de Poder en el mundo”.

Ahora bien: no podemos hacerlo más que si los situamos el uno en relación con la otra e inversamente, no como puros conceptos teóricos, sino en su principio a todos los niveles de la Creación.

Ya que la Ley es una, y la exacta noción de Autoridad y de Poder es su fundamento.

En el principio era el hombre andrógino, macho (|) y hembra (→) a la vez, que simboliza perfectamente la cruz: +, polaridades macho y hembra equilibradas.

Tal era Adam antes de la caída.

Después Dios, siguiendo su designio, separó una polaridad de la otra, y de una criatura hizo dos complementarias.

A + le retiró el -

Él + se convirtió en |, pero conservó el rastro del →, o sea, -|

El → conserva el rastro del |, o sea $\frac{|}{\rightarrow}$

Dios, alquimista, separa (disuelve) para reunir mejor (coagula).

De esta separación así introducida va a surgir la más formidable energía de atracción que existe en lo creado, especialmente en la especie adámica (ya que no es más que la manifestación a ese nivel, del soplo de Dios, inspiración y expiración).

En verdad, no se puede comprender pertinentemente la noción de Autoridad y de Poder, más que a la luz de este juego de polaridades complementarias.

Y es preciso admitir que todo cuanto en este juego tienda a falsearlo, a desviarlo de su finalidad (que es la reconstitución en el mundo manifestado y en todas sus etapas, del androginato primordial), no concurre más que a su división, a su auto-oposición, a su dispersión, a su destrucción.

La única vía re constitutiva reside en la conformidad de las polaridades en el juego que la ley divina les asigna.

En el hombre, privado de su polaridad femenina efectiva, ésta no se halla más que en potencia. De la misma forma se halla solo en potencia la polaridad masculina en la mujer.

La profunda necesidad, la nostalgia que la mujer siente ipso facto, suscitan en ella espontáneamente la ambición de reapropiarse de la masculinidad.

Instintivamente no tendrá tregua hasta que haya hurtado al macho su fuego- como lo hizo Prometeo con el del Cielo- y lo guarde, para alcanzar lo que ella concibe confusamente como su "plenitud".

Solo, que ella no podrá hacerlo más que si se identifica con el Fuego macho, es decir, si ella lo convierte en ella misma, si ella se convierte en él.

Pero en verdad, ella no puede alterar su propia naturaleza, que es el ser la polaridad femenina, sin caer en la inversión y en sus excesos.

De ahí que exista en la criatura humana del mundo de la caída, y por esta con mayor motivo, dicha propensión más o menos explícita y desarrollada de querer suplantar al hombre en su propio dominio. Dicho de otra forma, una tentativa de sustitución.

Circunstancias históricas que se pierden en la noche de los tiempos de una humanidad aún ciega, voluntariamente o no, han venido a acentuar, y aún a fijar, a través de las generaciones -y según las formas colectivas de existencia propias a unos u otros grupos étnicos- estas desviaciones, hasta el punto de impregnar, con una especie de tradición muy discutible, las culturas y las civilizaciones. Así marcaron el desequilibrado estatuto del hombre y de la mujer, a cualquier nivel que se considere sexual, conyugal, económico, social, político, jurídico o filosófico.

En los tiempos actuales, con su confusión de valores, continúa el desequilibrio con las aberrantes consecuencias que vemos dibujarse en las relaciones sociales, el derecho, el pensamiento, etc.

En el mundo de la caída y de la encarnación, las dos polaridades complementarias están destinadas por lo tanto a "reencontrarse" y a "conocerse".

En el momento de la copulación, se produce a nivel de las polaridades internas de cada uno de ambos participantes -y en el momento del orgasmo- una inversión de dichas polaridades. De esta forma, la cabeza (+) de la mujer pasa al estado negativo (-) en provecho de su sexo (-) que pasa al estado activo, positivo (+). En cuanto al sexo (+) del hombre, pasa a la fase negativa (-) mientras que su cabeza (-) se vuelve positiva (+).

Así sucede en el "coito" por el que el Cielo cubre a la Tierra, cuando la Autoridad de lo alto dicta sus enseñanzas, la Esperma divina, a los poderes terrestres.

Esto se olvida con excesiva frecuencia: aquí y ahora, en la encarnación nos encontramos por así decirlo, en el relativo negativo de la "pareja de creación" constituida por la Tierra en el Cielo. Nos encontramos colocados por lo tanto en polaridades invertidas con respecto a las del universo - moldes arquetípicos del cual él nuestro no es más que el anti-mundo o reflejo, el "negativo". Cualquier fotógrafo comprenderá esto.

Por lo tanto, así como es preciso tener en cuenta a Dios (el “Padre”), como Autor que es de todas las cosas, es decir, el Creador, aumentador (del latín, augere) de la “nada”, para hacer “algo”, en el mundo de la encarnación el autor es quien procrea; la Madre.

En consecuencia, es ella quien constituye la Autoridad de la pareja.

El padre, contra lo que comúnmente se piensa, no tiene más que el “poder” (possere + poseer), poder determinante, ciertamente, ya que es “pro-creador”. No es él real y solamente quien hace crecer y multiplicar. No es más que el agente. Una vez “plantada la semilla”, es la mujer, correspondencia de la tierra y de las aguas, quien “porta” y hace crecer en ella el fruto del Fuego macho.

Sin él, ella no tiene ninguna facultad generadora. Sin ella, el poder de él es vano.

He aquí algo que sin duda va en contra de las ideas recibidas y bien establecidas de una tradición que voluntariamente opone el macho exclusivamente triunfante, una hembra irremediablemente subyugada.

De esta forma es evidente que cuando se habla de polaridades, es preciso distinguir los niveles y los tiempos.

En verdad, se pueden concebir variaciones. Pero las variaciones lo son solamente con respecto a la Ley. Y la Ley permanece intangible.

No es ejemplar el que hasta ahora las cosas hayan sido de otra forma, es decir, invertidas con respecto a ese esquema inmutable (aunque si nos damos cuenta de ello, ya tocamos tiempos en los que se anuncian inquietantes esbozos).

Se ve por lo tanto el génesis de las herejías, de las exacciones y de las desconfianzas. De la relación mal comprendida y mal vivida entre las polaridades, nace la esclavitud de la mujer, la inversión de los sexos, las desviaciones y homosexualidades de todas las raleas, las perversiones, la disgregación de la pareja, de la familia, de las sociedades, el aborto institucionalizado, los imbéciles matriarcados que no ceden en orgullo estúpido al de los machos, el adulterio, el miope sufragismo y sus secuelas.

Estos males, fruto del desvío y de la inversión, se encuentran extrapolados al nivel de las sociedades y de sus instituciones.

Salvo por ejemplo, en los tiempos heliopolitanos de Egipto, salvo en la Sinarquía de Moisés y salvo algunas épocas de ilustres civilizaciones, la Política de los hombres fue y sigue siendo sumisa, más frecuentemente al orgullo y a la violencia que a la luz divina.

La culpa es de quienes la ambición o el destino han colocado en las cimas.

Por otra parte, ya lo hemos dicho: en el momento en que, confundiendo las sedes, los sacerdotes caen en falta y dan mal ejemplo, se arrogan por “consejo propio” y por “voluntad propia” (tal como les estigmatizaba San Bernardo) los atributos del Poder y pierden al mismo tiempo la Autoridad.

Pero tal es el vértigo del poder, que confiere a sus víctimas la ilusión de ser Dios. Las criaturas intentan en vano hincharse hasta llegar a las dimensiones del Creador, sin lograr otra cosa que estallar...

La visión del hombre no va más allá de la tumba habitualmente, o en todo caso, no más allá de los fantasmas. No tiene más ambición que el satisfacerse frenéticamente hasta dicho punto, introduciendo en la vida de las sociedades la injusticia, la discordia, el caos.

Tal es la anarquía de los “grandes”.

En este punto, es preciso esclarecer de una vez la enraizada confusión que existe en demasiadas personas, entre Autoridad y autoritarismo.

La una llama a la sumisión deliberada, la conciencia, la comprensión, el consentimiento de lo que ha sido enseñado desde lo alto y que es verdaderamente justo (no queremos decir sin embargo, todo lo que decretan quienes se hallan en el “machito”)

El otro, impone la sumisión por la violencia, la coacción, extrayendo de sí mismo sus propias (e indecentes) razones y justificaciones, solamente en nombre de la fuerza.

La una procede del Amor, el otro del temor.

La una unifica, el otro divide.

La una eleva, el otro rebaja.

En el momento oportuno se verá como sus estructuras respectivas, sociales y políticas, son opuestas las unas a las otras.

Más que al nivel de las formas, es en su espíritu como hace falta concebirlas, Por ahora será suficiente el conocer el principio fundamental.

La estructura arqueométrica del Universo creado, estructura-madre, es 4, ó sea, $1 + 3$ o $3 + 1$. Según se aborde desde un punto de vista analítico o sintético.

$1 + 3$, o sea, la Autoridad (una) y los Poderes (tres).

En la relación simplificada, Dios-Hombre, Dios es la Autoridad, el hombre es el Poder en tres: cuerpo, alma, espíritu.

Cuerpo: materia (economía, masas).

Alma: sentimiento-razón (justicia y política).

Espíritu: Consciencia: (conocimiento, ciencia).

Si en el absoluto de Dios, la distinción entre Autoridad y Poder no tiene mucho sentido, sin embargo está claro que existe potencialmente en el estado pre-andrógino de las criaturas que somos.

Toma consistencia esta distinción desde el momento de la Creación, cuando el Poder de Dios manifiesta distinta y progresivamente su Autoridad.

De este modo, de la Autoridad (que es enseñanza y referencia, información podríamos decir, en el sentido en que Dios introduce la forma) proceden necesariamente los Poderes.

Habiendo Dios instituido -a nivel adámico- el libre albedrío, respeta la facultad que ha conferido a los Poderes de ejercer su elección.

De este modo, la Autoridad está parálitica. Los poderes están ciegos.

Es de la unión y del armonioso juego entre los dos, de donde resulta la Vida del Andrógino Universal, el Hombre Universal, el Arqueómetra.

Y lo que es válido para lo de arriba, con más razón lo es para lo de abajo.

Esta noción de Autoridad y de Poder la encontramos incluso en la fisiología del hombre.

Aunque por comodidad para la explicación, distinguimos tiempos separados, es elemental que el cerebro impulsa su voluntad por medio de los nervios, hasta el músculo. Este, pasivo, es accionado.

Cuando se convierte en activo, manifestando de esa forma su “poder”, la “autoridad” del cerebro se convierte a su vez en pasiva.

En el acto que ha desencadenado, el cerebro ya no “puede” hacer nada. Es solidario hasta las últimas consecuencias, incluso si éstas se distorsionan con respecto al destino asignado.

No le corresponde sin embargo al “poder” del músculo el tener o ser “autoridad” con respecto al cerebro, por lo cual solo le es posible “informar” a éste; no obligarle a actuar en absoluto, pues ello no pertenece a su naturaleza, ni a su estructura, ni a su función. El músculo no tiene la facultad de la propia determinación. No puede más que ser accionado, eventualmente por otra voluntad o estímulo exterior.

Finalmente, tampoco tiene “poder” para engendrar al cerebro. Todo lo más, puede, indirectamente, contribuir a su mantenimiento, o provocar directamente su muerte siendo arrastrado él mismo a dicha muerte. Es la caótica visión... opuesta a la Vida.

Vayamos más lejos.

El Cielo (Autoridad) y la Tierra (Poder), tienen a su vez, cada uno por su parte, su sinarquía interna -ya que el “matrimonio” de la Autoridad y del Poder constituye la Sinarquía por excelencia.

De esta forma, la pareja, que constituye una sinarquía en su principio, no puede concebirse como tal sin la real presencia divina en su seno, con respecto a la cual se organiza. Jesús dijo: “Allá donde dos o más de vosotros se reúnan yo estaré entre ellos”. Pero esto no es cierto más que a condición de reconocerle, de que sea en su Nombre. De otra forma, la conjugación material, sexual, sentimental o intelectual de dos seres de opuestos sexos, no puede pretender constituir una verdadera pareja. Todo lo más, una yuxtaposición de intereses, de apetitos y finalmente de egoísmos, ya que centrada sobre las partes, no está sobre su totalidad. Por lo tanto un conflicto.

Partiendo de este ejemplo, lo que vale para la pareja, vale con mayor razón para las sociedades humanas.

Al nivel de la “política” la recepción de los mensajes informativos emanantes del sistema nervioso central del ser social, el enlace entre los diversos “planos de creación”, de un conjunto a sus sub-conjuntos o de un sub-conjunto a otro, -es decir, sobre el plano simbólico, el segmento vertical de la cruz- incumbe por naturaleza a la Autoridad, particularmente a la cúspide de ella, al PONTIFICADO. La etimología del término está suficientemente clara para todo el que sepa hablar.

Encarnando la Autoridad, el Pontífice no tiene ningún poder y no puede ser, en ningún grado, soberano temporal: sería dimitir de su sagrada misión que al fin y al cabo es la misma que la de los profetas del Antiguo Testamento: ser el órgano de expresión, humilde y fiel, de la voluntad divina, manifestada a su modo por el Verbo.

Las modalidades prácticas de puesta en marcha de dicha misión, son asunto de la Providencia. Varían según el tiempo y el lugar, y siempre llevan consigo mecanismos de seguridad en previsión de la eventualidad de que el representante encarnado de la Autoridad -siempre controlado en nuestro plano- abandone, sea por desmayo voluntario o por causa de fuerza mayor, el deber de cumplir su tarea correctamente.

Puede suceder que los titulares del poder, rehúsen seguir las indicaciones de la Autoridad, no ejerciendo ésta, por naturaleza, ninguna violencia.

En cualquiera de los casos, la única sanción consiste simplemente en que la Autoridad cesa de manifestarse a quienes no hacen caso de ella; lo que no quiere decir que no se manifiesta en otra parte...

Los titulares del poder se convierten entonces en esos “ciegos que guían a otros ciegos” de los que habla el Evangelio, terminando por caer, confundidos, todos juntos en la “fosa”.

Esta imagen parece singularmente apropiada para los acontecimientos que vivimos.

No anticiparemos aquí nada más sobre los desarrollos que consagraremos a las aplicaciones de estos principios, principalmente en el segundo volumen de esta obra.

Cuando los poderosos de este mundo, habiendo “perdido la Palabra” por haberla matado o negado, se libren desenfrenados a las divagaciones racionales de sus políticas, su obstinación no podrá conducirles - y a sus pueblos con ellos- más que al caos progresivo, al cataclismo final.

¿No es cierto que podemos constatarlo con tristeza y turbación?

¿No es a esto a lo que está abocado el mundo, falto de arrepentimiento?

Vale la pena reflexionar sobre ello.

ECONOMÍA

Que el lector no espere de nosotros el enunciado de soluciones milagrosas para los actuales problemas de la humanidad en materia económica; demasiado frecuentemente, las consideraciones que siguen parecerán perogrulladas, pero ¿es culpa nuestra el que nadie o casi nadie quiera hablar de verdades tan elementales?

Sin tener ilusiones sobre lo que nos espera a todos -no se inmoviliza un petrolero a toda hélice con el dedo índice- la Orden del Temple ha re-surgido para intentar salvar lo que pueda ser salvado por medio de un patético llamamiento a que se escuchen las enseñanzas del Conocimiento sobre el Amor universal, el respeto a la Creación, a sus leyes y al prójimo, el valor del trabajo desinteresado, la fraternidad y la justicia en todos los planos.

En primer lugar, ¿qué es la economía?

Independientemente de su existencia como individuo, el hombre existe como una célula entre muchas de “seres sociales” embutidos unos en otros en forma muy embrollada; familia, empresa, comunidad, provincia, nación, etc., hasta el final de la humanidad del planeta, y aún más allá. Su vida participa en la vida de esos grupos, pero generalmente no toma conciencia más que de una manera confusa por la vía indirecta de las repercusiones de las interdependientes existencias mutuas.

Una vez dicho esto, la economía, para nosotros, es en primer lugar el estudio y el conocimiento, en el plano del cuerpo, del metabolismo de estos seres sociales o grupos. También es el conjunto de las estructuras y medios tendentes a asegurar su supervivencia, su buena salud y su coexistencia armoniosa con sus semejantes.

Así definida, la economía sobrepasa ampliamente el nivel individual y se coloca de un golpe donde cada uno de nosotros se encuentra ligado - y religado - a sus semejantes en el seno de entidades que, sobre el plano lógico de la creación, aparecen como “anteriores” a los individuos tal como somos, y que nos “incluyen” a título de sub-conjuntos. Es por lo tanto natural que su causalidad interna escape por naturaleza a nuestra percepción directa y que suframos mucho más los efectos incidentes en nosotros, que podemos actuar eficazmente sobre ellas.

En estas condiciones, un examen algo serio de la economía debería haber sido normalmente reservado al segundo volumen de la presente obra, consagrado a los problemas del alma, ya que es el alma lo que tenemos en común, a diversas escalas, con nuestros semejantes.

Sin embargo, la reciente agravación del proceso de descomposición del cuerpo social al que nuestra humanidad se halla sometida, nos impone abordar el problema sin esperar más.

Un estudio verdaderamente científico de los fenómenos económicos, consistiría siguiendo el ejemplo de otras disciplinas, en aislar una parte del “sistema” a fines de observación, y después de experimentación. Todavía haría falta saber dónde y cómo cortar en dos el mundo real para que las mutuas interacciones de la parte aislada y del resto del universo sean mensurables o despreciables; ahí precisamente reside el arte del investigador... En el terreno que nos ocupa está demasiado claro por desgracia que las diferentes partes de los seres sociales que deseamos estudiar, se hallan inter-conectadas por un considerable número de lazos de retroacción, ciertos de los cuales, y no de los menos importantes, hacen intervenir a las reacciones afectivas, no mensurables por lo tanto en el actual estado de las cosas, no solamente de los individuos, sino también de los seres colectivos. Muy especialmente es en este punto donde se halla el talón de Aquiles de la coraza de todas las teorías, unas más ingeniosas que otras, imaginadas por el genio humano en este terreno en el curso de los últimos trescientos años. Nos es forzoso el constatar un fracaso general a este respecto, que no constituye por otra parte, en forma alguna, una crítica contra nadie.

Dejemos por lo tanto de continuar esforzándonos en este sentido y, siguiendo el consejo que Virgilio da a Dante en el canto primero de la Comedia, pasemos a otro camino: el del método analógico.

El lector para el cual tengan más importancia las ideas expresadas en una obra que el peso del papel, el cuerpo de los caracteres o la frecuencia de signos alfabéticos en el texto (y que haya leído el capítulo “Creación” del presente volumen), recordará que las mismas leyes generales de la Creación actúan en el Hombre Universal, en los seres sociales y en el hombre individual. La manera en que funciona el cuerpo de un hombre, debería por lo tanto permitirnos ver algo más claro en los fenómenos económicos.

Ahora bien: en el cuerpo de un hombre que goce de buena salud, todos los procesos fisiológicos concurren a un buen funcionamiento del organismo completo, y no a una de sus partes abusivamente privilegiada. Todos los recursos que provienen de la alimentación, de la respiración, etc. del medio exterior en suma, por intermedio de la sangre son vehículo de trueques materiales, y se ponen a la disposición de todos los órganos sin que uno solo de entre ellos proceda a un acaparamiento... Cada célula toma, conforme a su naturaleza y a su vocación, su parte del funcionamiento armonioso del conjunto, y no extrae del torrente circulatorio más de lo que le hace falta para cubrir sus necesidades compatibles con las del resto del cuerpo.

Una tangible solidaridad reina entre los diversos componentes del organismo, como si un factor cohesivo (que no es otro que el alma del cuerpo) le confiriera una cierta unidad. Finalmente, una voluntad única rige los conjuntos de células: la voluntad del propio individuo y no la de un “lobby” a escala celular u orgánica. Diversas conexiones entre el sistema nervioso central, el sistema neuro-vegetativo, los mensajeros hormonales, etc., distribuyen en cada nivel la información necesaria para la permanente adaptación del organismo entero a la realización de los fines deseados por el individuo.

En caso de perturbación, por la causa que sea, del equilibrio anteriormente descrito, el hombre padece de mala salud, cae más o menos enfermo, y esto se traduce generalmente por el sufrimiento, no solo para él, sino también a nivel orgánico y celular. Dejando al lector el cuidado de proceder si lo desea a la extrapolación de los diversos trastornos de un organismo viviente al conjunto de nuestra humanidad, nos contentaremos con mencionar el caso en que las células enfermas, obedeciendo por así decirlo a una voluntad extraña a la del individuo que las porta, continuando viviendo “como el pez en el agua” en medio de la población de las otras células, se reproducen con cadencia creciente, se agrupan y enjambran en todo el organismo hasta bloquear irremediable y definitivamente su funcionamiento: esto se llama cáncer.

Generalmente se olvida que una vez que ha fallecido el canceroso, el cáncer muere a su vez...

Esto puede ser amplia materia de reflexión.

De todas formas, recordemos que la economía de las células, órganos y sistemas constitutivos del cuerpo de un hombre que goce de buena salud, es de tipo distributivo y comunitario. Quien tenga oídos que oiga...

Desde el comienzo de la era industrial. Los hechos económicos desempeñan en la historia de la humanidad un papel cada vez más importante. Su influencia, primeramente nula o despreciable, ha tomado poco a poco una importancia actualmente decisiva. Están efectivamente en el origen de todos los antagonismos de clase, desembocando en la constitución de los diversos partidos políticos y en sus respectivas luchas, cuya amplitud caracteriza la historia política de los pueblos. La evolución del imperio británico por ejemplo es, a este respecto, particularmente reveladora.

Las primeras observaciones de Carlos Marx sobre la existencia entre los hombres de “relaciones de producción” determinadas, necesarias, independientes de su voluntad y correspondiéndose con el grado de desarrollo de las fuerzas productivas materiales de cada uno, no han perdido nada de su exactitud. Pero estas relaciones han sido relegadas a un segundo plano por las “relaciones de dependencia financiera” que han surgido de aquellas, y cuyo papel se ha convertido progresivamente en preponderante.

Los mecanismos por los cuales las segundas han adelantado a las primeras son suficientemente conocidos. Encuentran su origen en el egoísmo, el deseo de poder y la ausencia de consideración hacia el prójimo. Enumeremos algunos:

- La constitución gradual de grupos de presión económica y la apropiación por los mismos, primero del mayor número posible de medios de producción, después de las fuentes de las materias primas, finalmente de los mercados de los consumidores...
- La transformación del trabajo humano en mercancía sometida a la ley de la oferta y la demanda, despreciando la más elemental dignidad humana.
- El dinero, término general que engloba la multiplicidad de monedas nacidas de la necesidad de facilitar los intercambios de productos y de servicios, convirtiéndose más tarde en una mercancía como las demás y, lo que es más grave, en un fin por sí mismo.
- El paso de la noción de ahorro a la de inversión, después, de inversión remuneradora, etc. etc.
- En fin, para coronar el conjunto, la utilización sistemática de la ley de la oferta y la demanda para la manipulación de todos los mercados, sin excepción, y demás maniobras especulativas que permiten a quienes están “bien situados” el enriquecerse sin suministrar trabajo directa o indirectamente productivo.

Finalmente, por una inversión verdaderamente diabólica, las finanzas, que normalmente deberían estar al servicio de una economía orientada en dirección de lo mejor para todos por la Política (en el primario sentido del término), han llegado a regir todas las actividades humanas; ellas son quienes dirigen la economía, quien a su vez es motor de la política; el dinero envenena todo, incluso la cultura, las artes... y algunas veces por desgracia, la religión...

De esta manera poderosos grupos de intereses internacionales, cuyos verdaderos dueños son casi siempre desconocidos para el público, disponen de medios que les permiten actuar en provecho propio sobre la misma vida de las naciones, para castigo de los hombres de estado conscientes de sus deberes.

La afirmación según la cual, en nuestros días, los hombres “civilizados” –y algunos otros además– no son religiosos, es inexacta: de hecho, la mayor parte de ellos se entregan al culto del becerro de oro.

Este, más erguido que nunca, aplasta con su tiranía la economía y la política mundiales. Día y noche le sirven celosos secuaces, sacrificándole sin remordimientos no solamente a su prójimo, si no su época y su salud. En la partida se intenta devorar todo, los intereses particulares se hallan en la cúspide del poder... y los gritos de los oprimidos suben hasta el cielo.

En el plano individual, la mayor parte de los seres humanos del planeta están abusivamente conservados en una miseria que ineluctablemente les empuja a la rebelión. En los países más ricos materialmente, esta riqueza tiende demasiado frecuentemente a favorecer la inercia, la pereza y el aburrimiento. Robos, abusos de confianza, delitos de todo tipo llegando incluso al asesinato, abuso de excitantes, erotismo exacerbado, uso de la droga, etc., son los amargos frutos de esta prosperidad mal adquirida.

En el plano colectivo, la lucha por la posesión de las materias primas acaba por arrastrar, contra su deseo, a los pueblos en guerras fratricidas, mientras que el planeta está entregado al pillaje y contaminado sin remedio.

¡Cuán severo es el mentís infringido por los hechos a quienes practican y pregonan ciertas corrientes de pensamiento surgidas por desgracia del cristianismo... y cuyas ideas están en el origen del desarrollo de los Estados Unidos de América y de su intromisión en todo el mundo! ¡No y mil veces no! El hecho de que un individuo (o un grupo de individuos) posea importantes riquezas materiales, no significa en absoluto que sus actos sean aprobados sin reserva por la Justicia divina.

Milicia de Jesús Cristo, la Orden del Temple respeta las leyes de la Creación. No ignora que la armonía del todo está ligada a la de todas sus partes, cree muy poco en la eficacia final de los sistemas por sí mismos, ya que todo depende de los hombres que los apliquen. En el terreno que nos ocupa, la Orden afirma que los problemas económicos y sociales no podrán resolverse más que recurriendo a la verdadera economía distributiva.

La economía distributiva, tal como la Orden la entiende, es la que pone en práctica, tanto a nivel individual como a niveles colectivos, los grandes principios de la fraternidad y de la solidaridad entre los hombres, tal como Dios los puso a nuestro alcance por los preceptos de Su Hijo bien amado.

Es en el amor al prójimo donde se expresa concretamente el amor de Dios, es decir, el ejercicio del primer y más importante Mandamiento (Mat. XXII, 34 a 40). Desde que todos hemos sido condenados a “ganar su pan con el sudor de su frente”, nos debemos mutuamente protección y asistencia, aunque no sea más que para ayudarnos a soportar las consecuencias de la Caída.

Todos los seres humanos que puedan trabajar tienen por lo tanto el deber imprescriptible de actuar para el beneficio de toda la humanidad, es decir, de proveer, bajo las formas apropiadas a sus capacidades y a sus aspiraciones, cada uno su parte alícuota de trabajo, permitiendo subvenir a las necesidades y asegurar el bienestar de todos sus semejantes, sin distinción.

Cada ser humano, cualquiera que sea su lugar de nacimiento o de residencia, debe tener asegurado su porvenir por el trabajo cooperativo y la acción distributiva de todos los demás hombres. Evidentemente, los minusválidos, lisiados, enfermos, niños pequeños, viejos, etc., deben estar a cargo del resto de la población útil, la cual está en proporción ampliamente mayoritaria.

No es preciso decir que los principios de base de los que gustosos llamaremos (sin las connotaciones equívocas que actualmente se ligan a estos dos términos) un “socialismo cristiano”, se oponen a la tolerancia del menor acaparamiento la menor explotación de un humano por otro, y por consecuencia, a la desigualdad en la distribución y la acumulación de riquezas en provecho de un corto número de privilegiados. Al nivel de todo Egipto, José, Intendente del Faraón, almacenó durante los siete años de vacas gordas las reservas destinadas a asegurar la supervivencia de las poblaciones durante los siete años de vacas flacas... y por otra parte, la Orden del Temple medieval hizo exactamente lo mismo en su lucha contra el hambre.

No pertenece a la Orden del Temple, cuyo papel es de Autoridad y no de Poder, el determinar las modalidades prácticas de puesta en obra de tal economía. Existen suficientes hombres y mujeres inteligentes y competentes que pueden imaginar e instalar, por ejemplo, un sistema de bonos de consumo utilitarios y universales que permitan suprimir gradualmente la multiplicidad de las monedas actuales, el patrón oro, etc. En una palabra, destruir de una vez el Becerro de Oro¹.

¹ *No es la primera vez que son emitidas afirmaciones de este tipo. Hace varios decenios que el economista Jacques DUBOIN y los “abundancistas” profesaban ideas parecidas. En su sistema, cada individuo recibe durante toda su vida y en una “moneda de consumo” no atesorable, una “renta social” a cuya total producción contribuye la masa; en contrapartida, debe cumplir un “servicio social” durante el período activo de su existencia, etc., etc.*

Pero puede que no sea inútil el indicar algo más detalladamente algunas consideraciones que permitan comprender mejor las bases fundamentales de esta solución:

Como el oficiante del Temple separa el pan y el vino, frutos de la Tierra y del Trabajo de los hombres, para consagrarlos y después distribuirlos a los miembros de la comunidad reunida, como el sacerdote pronuncia las palabras de consagración sobre las especies y después distribuye a los fieles el Cuerpo y la Sangre redentores de Jesús-Cristo, como el alquimista actúa simultáneamente sobre su materia y sobre él mismo, el hombre en sus obras es el colaborador que Dios ha querido asociarse en Su Creación para llevarla hacia los fines que Él le ha asignado. El trabajo desinteresado es por lo tanto noble por esencia, ya que en el mundo de la Caída constituye un sacrificio que permite al hombre primero, merecer la Encarnación del Christo, y demás efectuar poco a poco su subida de nuevo, sublimando su condición de cada instante.

Durante mucho tiempo, los abundancistas no se han preocupado en absoluto de tomar parte en la lucha de clases: todo lo más, han intentado expandir sus ideas por la difusión de obras y por el medio de una revista mensual. De vez en cuando se han opuesto polémicamente a los economistas más clásicos, pero el gran público no se ha dado cuenta: una especie de conspiración de silencio parece que en efecto se ha unido contra ellos, lo que no es sorprendente en absoluto, ya que la puesta en obra de sus ideas no sería buen negocio para el patronato ni para los sindicatos, por no hablar más que de éstos...

Convencidos de la justeza de sus miras y constatando que en nuestra época de "mas media" no llegarán a hacer oír sus voces, los abundancistas han tomado hace poco contacto con diversos movimientos de tendencias revolucionarias.

Pero si el hombre se aparta de estos fines, comunitarios por esencia, para someterse a los apetitos de lucro de cualquiera, se convierte en ocasión de envilecimiento, de sufrimiento y atentatorio a la dignidad humana.

Incluso actualmente, la Tierra provee de suficientes materias primas como para cubrir, teniendo en cuenta la capacidad productiva de los hombres, las necesidades reales de estos. Jamás producirá lo suficiente como para hacer frente a los deseos ilimitados de poblaciones condicionadas a un frenético despilfarro por una publicidad extraviada. Por otra parte, es inadmisibles que la quinta parte de la población del globo acapare todo cuanto debería asegurar la subsistencia de los otros cuatro quintos.

Como la misma Tierra, los bienes que ésta produce no nos pertenecen; son puestos a nuestra disposición a fin de que el trabajo de los hombres, unido al de la naturaleza, dé a nuestros esfuerzos los frutos destinados a todos sus hijos sin excepción, de la misma forma que el aire que respiramos.

Derivado -por confesión propia de la casi totalidad de los economistas- de la Tierra y del trabajo de los hombres, el capital pertenece por naturaleza a la comunidad. Cualquier apropiación constituye una sustracción con fines egoístas de lo que normalmente debería servir para el bienestar de todos.

El espíritu de comunidad consiste en tratar los bienes comunes como bienes propios, mientras que el espíritu colectivista consiste en tratarlos como pertenecientes a los demás. El hombre actual tirará tranquilamente un papel grasiento en un jardín o en un bosque, que son colectivos. Se guardará muy mucho de hacerlo en su jardín. Esa es toda la diferencia.

En consecuencia, el derecho de propiedad concebido como "derecho de uso y de abuso", superviviente de la rutina de la república romana, debe ceder lugar a una noción más evolucionada en la que el derecho de abusar no tenga sitio, ya que el abuso se ejerce en detrimento del prójimo, y finalmente en el de todo el ser social.

El hombre tiene una necesidad fundamental de estabilidad y de seguridad en todos los planos, comenzando por el plano material... Pero el pedazo de tierra sobre el que nuestros padres edificaban la mansión familiar, y que podía servir de refugio en caso de tormenta, se ha convertido para casi todos en un sueño inaccesible. Cuando existe, no representa frecuentemente más que una seguridad precaria, ya que es suficiente una crisis económica o un desfallecimiento del cabeza de familia, para obligar a ésta a separarse.

El trabajo común de una nación, de un continente y puede que algún día de toda la humanidad, no puede experimentar tales desfallecimientos. Es por lo que el día en que reinen en el mundo el amor universal y la verdadera fraternidad, cada individuo, al llegar a la Tierra, estará seguro de que nunca le faltará lo necesario hasta su muerte.

En ese momento, cada individuo, libre de la angustia del mañana, no tendrá razón alguna de explotar, de robar, de matar a su semejante. Desde luego que aún entonces subsistirán algunos delitos, pero en proporción ínfima, en consecuencia, habrá menos prisiones, policías, tribunales, etc. Pero también, por la supresión de multitud de operaciones administrativas, una simplificación substancial de la existencia tendrá lugar. Cada uno, tras haber cumplido su parte en las tareas de producción y de distribución en una jornada de trabajo reducida por el hecho del poder de las actuales técnicas, podrá consagrar sus esfuerzos a actividades intelectuales, artísticas, culturales y espirituales, de las que la mayor parte de los hombres son injustamente privados en nuestros días. A este precio, y solo a este precio, se hará posible la verdadera Comunidad, para el mejor destino y la mayor satisfacción de todo sin excepción.

Entonces, y solo entonces, la dignidad del ser humano será por fin adquirida, respetada y podrá afirmarse en su completo desarrollo total y universal. Habiendo domesticado el hombre sus instintos y pasiones, ya no será esclavo del animal que lleva en sí y será realmente soberano a imagen de su Creador. Entonces existirá al fin el reino del equilibrio, de la razón, de la justicia y del Amor, con todo cuanto representa el noble sentido y la grandeza de este sentimiento.

Pero la puesta en obra de tal sistema económico y social se sitúa en el nivel preventivo y no curativo, al nivel de las causas y no de los efectos, al nivel de los hombres y no de los procedimientos por elaborados que sean.

Supone por parte del hombre la toma de conciencia de su propia dignidad, de las relaciones de dependencia en las que se halla implicado, y una voluntad perseverante de puesta en práctica del amor: amor por la Creación en su conjunto, amor por nuestra madre la Tierra, amor por el prójimo sobre todo.

Desgraciadamente, no seguimos en absoluto este camino, y es de temer que arrastrado por la velocidad de inercia y por la fuerza de las malas costumbres, el hombre se comprometa en una irremediable carrera hacia el abismo, aunque ría socarronamente cuando se le advierte...

EN RESUMEN

(Los siguientes textos tienen por objeto el resumir lo esencial sobre la Orden Soberana del Temple de Cristo, situándola en sus orígenes, su pasado, su actualidad, su porvenir, sus fines, tal como se presenta a quienes vienen a ella, llaman a su puerta y solicitan ser admitidos en su seno).

LA ORDEN DEL TEMPLE, PASADO, PRESENTE Y FUTURO.

Fundada el 12 de Junio de 1.118 en el Castillo de Arginy por Hugo de Payns y ocho compañeros, a iniciativa de Bernardo de Fontaine, llamado de Clairvaux (San Bernardo) se establece en Tierra Santa y en Europa la Milicia de los Pobres Caballeros del Christo y del Templo de Salomón, en los combates y en la paz civil de las Encomiendas, para gloria de Dios.

Su divisa era y sigue siendo “Non nobis, Domine, non nobis sed nomini tuo da gloriam” (No para nosotros Señor, no para nosotros, sino para gloria de tu nombre¹. Resumido en “Nada para nosotros”.)

LA INIQUIDAD

El 13 de Octubre de 1307 a las 5 de la mañana, el brazo secular del Rey de Francia, Felipe llamado “el Hermoso”, se abate sobre las encomiendas de la Orden del Temple en Francia. La historia ha recogido siete años de un proceso monstruoso de confesiones sin fundamento, retractaciones, privaciones de sacramentos, suplicios, escándalos, falsificaciones, rapiñas y carnicerías, y por último la dispersión.

El 3 de Abril de 1312, en el Concilio de Vienne, Bertrand de Got, Papa fabricado por Felipe el Hermoso bajo el nombre de Clemente V, producía en una Bula la disolución de la Orden “por provisión”, pero no su condena (a falta de pruebas suficientes que hasta hoy día siguen sin aportarse) ni su excomunión: sus bienes fueron entregados a los Caballeros de la Orden de San Juan del Hospital, llamados más tarde “de Malta”. De todas formas, los preciosos “depósitos” de la Orden del Temple, habían sido ya colocados en lugar seguro para los tiempos que habían de venir del Resurgimiento.

De esta forma, la trágica iniquidad que sellaba la intervención de la Autoridad y del Poder, iba a tener, hasta nuestros días y más que nunca, incalculables consecuencias en la historia de los pueblos y de las naciones.

Por sorprendente que parezca, algunos dignatarios de la Orden sabían que iban a tener que sufrir su Pasión como el Divino Maestro. También por designio, antes de expirar en las llamas de su hoguera sobre la Isla de los Judíos, el 18 de Marzo de 1314 a las 17 horas, Jacques de Molay, vigésimo segundo Gran Maestre, emplazada ante el Tribunal de Dios a sus verdugos: el Papa, el Rey y Nogaret, el Guardián de los Sellos. Los tres perecieron trágicamente antes de cumplirse un año. Marigny les seguiría poco después.

EL RESURGIMIENTO

Los “tiempos siendo venidos” y según la Ley de su Ciclo, la Orden del Temple ha resurgido discretamente el 12 de Junio de 1952 a las 23 horas, en el mismo castillo de Arginy donde nació.

El 24 de junio de 1966, reunida en cónclave, la Orden eligió según sus usos y costumbres, bajo el nombre de Juan, a su vigésimo tercer Gran Maestre, único sucesor autorizado de Jacques de Molay.

El 12 de junio de 1973 se manifiesta por primera vez en público en el monte de Sainte-Odile, en Alsacia (Francia). El 6 de Noviembre, en el “aura” del 13 de octubre de 1973, 666º aniversario del comienzo de su pasión medieval, la Orden dirigía, por primera vez y por la voz de su Gran Maestre, a los Obispos de Francia, un requerimiento para la apertura de un proceso de revisión y rehabilitación. El 29 de septiembre de 1974, reitera su ruego por telegrama al Sínodo de los Obispos en Roma.

LA “TRANSMISIÓN”

Buscar en lo absoluto los “eslabones” que faltan en su transmisión histórica desde 1314 hasta nuestros días, sería extraviarse. La Orden medieval dispersada no tuvo en lo sucedido ninguna manifestación orgánica como tal.

¹ *Versículo 1 del salmo 115 (versión hebrea y sinodal) o versículo 9 del salmo 113 (versión griega y vulgata).*

Quienes pretenden lo contrario mienten o se equivocan, si bien es cierto que su memoria y sus enseñanzas fecundaron, durante mucho tiempo y hasta nuestros días, bastantes corrientes de pensamiento y de acción.

Si la estructura aparente y física de la Orden fue destruida, jamás se rompió el hijo de su misión, a pesar de su ocultamiento.

Pertenece a la Orden -y solo a ella- levantar el velo del misterio que la rodeó y la rodea. La iniciativa de su aparición o de su desaparición, en cualquier época y bajo la forma que sea -a despecho de las apariencias históricas- no corresponde de ninguna de las maneras a los hombres, por ilustres que sean. Esta iniciativa constituye el patrimonio de la Providencia manifestándose explícitamente, al igual que la bajada del Espíritu Santo sobre los Apóstoles en el día de Pentecostés, el 12 de junio del año 35 de nuestra era.

He aquí su famoso “secreto”. La respuesta a los “misterios”, aparte de toda alegoría, se encuentra verdaderamente en la Fuente, es decir, en el Cielo. Y el Cielo es, para los Templarios, una realidad substancial, no una superstición, ni un fantasma de la imaginación, ni una especulación racional.

La “Palabra” no ha sido nunca realmente perdida por la Orden. En la obscuridad como en la luz, jamás ha cesado de nutrirla a su modo.

Es decir, que a imagen de su Maestro el Cristo, del cual es la Milicia, la Orden no tiene que “heredar” lo que es suyo por esencia, ya que lo posee en propiedad, completamente y por toda la eternidad.

Es preciso ser ciego, voluntariamente o no, para imaginar que el espíritu, con su poder, se transmite como un recuerdo de familia. Quienes no fían más que en un criterio material de lo que llaman “pruebas”, lo hacen a falta de otra referencia. En verdad, hay otras señales.

EL TEMPLO ETERNO

La Aventura templaria en el Medievo y el retorno de la Orden en nuestra época, no pueden ser comprendidos más que volviéndoles a situar en su marco fundamental: la acción del Templo Eterno a través del tiempo y del espacio, para la ascensión de la condición humana y la preparación del retorno del Cristo en Gloria según los designios de la Providencia.

Es decir, que la Orden ha existido en tiempos muy lejanos y antes incluso de que sus oficiantes celebrasen el culto de “aquel que debía venir”.

En este sentido, Adam, después Noé, Abraham, Moisés y sus compañeros, fueron las primeras expresiones históricas sucesivas.

Un siglo antes del nacimiento de Jesús, la Orden de los Hijos de la Luz, los esenios, fue otra manifestación, preparatoria con Juan el Bautista (el Precursor) de la venida del Cristo. Después el Cenáculo de los Apóstoles. A comienzos del siglo VIII, la Caballería de la Mesa Redonda, encarnando la Búsqueda del Grial, en la Bretaña celta, sería un resurgimiento, etc.

SOCIEDAD TRADICIONAL DE TRANSITO

La originalidad profunda de la Orden del Temple, en sus diversas manifestaciones, es que, servidora de Dios y del Hombre Universal, no aparece en el mundo más que por un tiempo determinado, en fechas claves y para una misión precisa, como a través de las “saeteras” por las cuales el Cielo actúa sobre la Tierra, tal como el alquimista sobre el “compuesto”.

Así la Orden es una sociedad tradicional de Tránsito con fines limitados en el tiempo y en el espacio, según el espíritu de su divisa. A continuación la Orden desaparece, dejando a los hombres sus responsabilidades (el hombre no es más que una obra maestra en peligro), y los medios de defenderse, así como el recuerdo de una Aventura en apariencia incompleta e inexplicable. Después, cuando debe hacerlo, retorna para proseguir su Designio.

LA ORDEN DEL TEMPLE EN EL SIGLO XX

En el mundo de hoy día proliferan numerosas organizaciones que se reclaman del Temple. Otras surgirán como setas venenosas después de la tormenta.

Pero es por los frutos por lo que se reconoce el árbol. Y las armónicas, con mayor razón las disonancias, no son la nota exacta.

La Orden es por "filiación" espiritual (y no verbal o intelectual) la Orden de la Caballería templaria en su alma y figura perdurables y en su forma histórica adaptada a las condiciones de los tiempos modernos.

Para ella no se trata de hacer revivir el pasado, sino de afrontar la Búsqueda del futuro, comenzando aquí y ahora.

Desde el exterior no se puede aprehender de ella más que su corteza, no su médula.

Ella es ORDEN, ya que está estructurada y jerarquizada según las mismas Leyes del Cosmos, que son, número, peso, medida, colores y armonía.

Ella es SOBERANA, porque estando al servicio del TODO, no puede ni sabe someterse a las partes. No está infeudada a ningún organismo existente en el mundo. Su misión solo depende de la Providencia.

Si es del TEMPLO, es porque es fundamentalmente RELIGIOSA, ya que no sería ella misma y renegaría de su propia esencia si no reconociese incondicionalmente los lazos místicos que sostienen, religan y unifican todo ser y a toda cosa sobre los planos del cuerpo, del alma y del espíritu, visibles e invisibles, sin los que ni el propio mundo existiría.

De militar, no ha guardado más que el rigor del espíritu y la disciplina del comportamiento, que convidan al hombre para el combate sobre su propio campo de batalla interior.

Finalmente, es del CRISTO, PARA DIFERENCIARSE y desmarcarse de cualquier otra cosa, que pueda serle atribuida, que no sea la ORDEN DEL TEMPLO, la ORDEN DEL CRISTO.

LOS FINES DE LA O.S.T.C.

Ya han sido desarrollados en esta obra. Si pueden parecer abstractos o muy generales, no significa sin embargo que la Orden se desinterese (muy al contrario) de los problemas y convulsiones del mundo contemporáneo. Los Templarios sufren con los que sufren. Es por esto precisamente por lo que la Orden toma totalmente en cuenta la condición de los hombres desde sus comienzos hasta sus fines, de su existencia a su esencia, ya que llega la hora en que hará conocer, necesariamente, lo que debe hacer conocer con respecto a economía, sociedad, política, etc.

Pero su papel no es el de sustituir a ningún poder en ningún sitio, ya que es portavoz y mediadora de la Autoridad espiritual.

Es decir, que intenta hacer reflexionar al hombre sobre las causas puestas en cuestión, en vez de intentar vanamente -como otros muchos lo hacen y ciegamente se obstinan en ello- remediar los efectos en tanto que tales.

¿CÓMO SE ES TEMPLARIO EN EL SIGLO XX?

Es Templario por naturaleza, todo hombre de buena voluntad que manifiesta concretamente su fe crística, consciente o no, sobre los planos del cuerpo, del alma y del espíritu, sea en comunidad, sea solo: pues el Temple es en principio un "estado de espíritu".

Templarios, revelados o no, se encuentran en todas las religiones, en todos los movimientos, los gobiernos, los medios, en todo el planeta. Ya que todos los Templarios "pasados, presentes y futuros" son "UNO" con la Orden, en el tiempo y en el espacio", en este mundo y en los otros.

Se encuentra particularmente en ciertas órdenes religiosas o caballerescas, esperando el momento de revelarse si es preciso.

Hay algunos que se han adherido a la Orden, otros que vendrán a ella, y otros aún que jamás lo harán pero que sirven útilmente a su designio, discreta o públicamente.

CONDICIONES DE CANDIDATURA

Todo hombre, cualquiera que sea su origen nacional, profesional o social, su confesión o su creencia (comprendidos judíos y musulmanes,) puede presentarse como candidato, desde el momento en que reconozca la realidad crística y que esté bautizado o acepte serlo. No se le pide sin embargo que apostate de su fe, sino al contrario, que profundice en ella.

La Orden no busca el número. No entrega, a cambio de dinero, ni títulos retumbantes, ni pergaminos iluminados, ni condecoraciones de pacotilla. El poder, el renombre, la fortuna personal, nunca son tomados en consideración cuando se trata de entrar en sus filas.

El reclutamiento es por co-optación.

Espera de sus miembros que den testimonio con su comportamiento, Les pide el don de sí mismos y sacrificios, particularmente el de contribuir, -como lo hace toda célula pare el cuerpo viviente al que pertenece- a su existencia material, santificando así los recursos extraídos de la existencia, al servicio de Dios.

Los hombres no pueden entrar en la Orden más que a partir de los 30 años.

La Orden acepta a las mujeres a partir de los 20 años.

Los menores de dichas edades, los futuros Templarios, pertenecen a un seminario laico en el que los hombres entran a partir de los 20 años, así como algunas mujeres que pese a tener dicha edad se considera conveniente que por algún tiempo estén en el seminario.

Los niños y adolescentes, muchachos y muchachas, se agrupan en unidades de “exploradores”, a partir de los 7 años.

ORGANIZACIÓN DE LA ORDEN

La Orden está constituida por Tierras, colocadas bajo la responsabilidad de Preceptores.

A la Orden propiamente dicha se asocian diversos organismos satélites.

Todo candidato debe ser apadrinado por un miembro de la Orden. La aceptación por un templario de esta verdadera responsabilidad, le hace tomar CONCIENCIA de su apadrinado y le compromete ante los hermanos y ante Dios, sobre los tres planos.

La Orden del Temple es iniciática. No promete “poderes supra normales” ni ofrece ocultismos de guardarropía. Propone la Senda de la Búsqueda, ardua, sembrada de trampas y de posibles caídas. Pero, al precio del esfuerzo, llena de revelaciones y de descubrimientos luminosos. Abre la Aventura, noble y extraordinaria, del Divino Re- encuentro.

La Orden está dirigida por el Gran Maestre asistido por varios cenáculos colegiales.

El Gran Maestre, representante de la Autoridad de la Orden, hace aplicar por las instancias de Poder, las políticas y orientaciones generales de la vida y de la actividad de la Orden.

Todo miembro de la Orden, cualquiera que sea su grado, su función, e incluso su dignidad, le debe respeto y obediencia.

En caso de desfallecimiento del Gran Maestre por la razón que sea, la Regla prevé su suplencia y su reemplazamiento inmediatos.

DEL ENCAMINAMIENTO EN LA ORDEN

Todo candidato aceptado es recibido como SIRVIENTE. Poco importa lo que haya sido o hecho, ahora o en otros tiempos. Para él, solo debe contar SERVIR. Por estos frutos el árbol es reconocido. La Orden le pide que se conforme a sus reglas y criterios. Aunque no lo sepa, se le darán ocasiones para mostrar quien es.

Si el SIRVIENTE supera sus pruebas, es admitido el grado de ESCUDERO, lo que implica también un grado más en el rigor del comportamiento. Entonces podrá, eventualmente, postular la investidura del CABALLERO que es un sacramento definitivo e irreversible.

Hasta entonces, estaba en la Orden. Desde entonces, será de la Orden, en la cual podrá ser llamado a diversas funciones y misiones y, ayudándole la gracia, a dignidades, y aún al sacerdocio templario si Dios lo quiere.

LAS ACTIVIDADES DE LA ORDEN

Se pertenece a la Orden en calidad personal, no en otra, cualquiera que sea. Dentro de ella, dejan de tenerse en cuenta las etiquetas del mundo una vez franqueado el umbral.

La vida de la Orden está particularmente hecha por las aportaciones de sus miembros, Se entra para dar y no para recibir. Todo ello arroja un total de valor superior a la simple adición. Este total es igual a la Unidad.

En consecuencia, el Templario no espera nada para sí.

Su contribución es doble sobre los tres planos del cuerpo, del alma y del espíritu:

* Individual:

- Por su esfuerzo sobre sí mismo en todos los lugares, momentos y circunstancias de su vida personal, familiar, social y profesional.
- Para conocerse mejor, dominarse, superarse constantemente,
- Prohibiéndose todo juicio definitivo sobre quien o sobre lo que sea,
- Aceptando poner en duda la concepción que de si mismo tiene,
- Tomando en consideración el concepto que los demás tienen de él,

* Colectiva:

- Asumiendo la parte que le corresponde en los trabajos, ceremonias y cargas de la Orden bajo todas sus formas, en todos los lugares y momentos en que se le ordene.

Cualesquiera que haya sido hasta entonces su experiencia de la vida, sus opiniones, convicciones o práctica de una creencia o de una confesión filosófica o religiosa - incluso cuando no haya tenido ninguna-, solo cuentan:

- Su FE en Cristo y en su orden trascendente de todo cuanto existe,
- Su RESPETO a las Leyes de la Creación y su deseo de profundizar en el conocimiento, a fin de ajustarse siempre mejor, a ellas.
- Su SINCERIDAD en la búsqueda de las Vías de la Unidad, tanto en el plano personal como en el plano mundial.
- Todo ello le conduce, por medio de la INVESTIDURA, a pronunciar los tres VOTOS de:
- POBREZA en espíritu,
- PUREZA que no significa necesariamente castidad,
- OBEDIENCIA que es disciplina libremente aceptada, acto voluntario basado en la CONFIANZA que es una de las manifestaciones de la FE.

La Orden obliga por lo tanto a cada uno a:

- Orar,
- Escuchar,
- Disciplinar su pensamiento, su lengua, sus gestos,
- Vencer sus imperfecciones, sus deseos,
- Llenar sus lagunas personales,
- Estar presente en la Orden,
- Participar asidua y activamente en sus tareas,
- Vivir templariamente cada instante de su existencia,
- Amar y servir a su prójimo cualesquiera que sea.

Tal es el resumen la Regla básica para cada uno.

Todo Templario debe participar en el Oficio de su Encomienda o de su Provincia (en su defecto, al servicio religioso de su confesión) y acudir a cuantas convocatorias le sean hechas.

Las cuatro grandes festividades de la Orden son:

- La Epifanía (6 de enero)
- Pascuas (del viernes Santo al Domingo de Resurrección)

- San Juan Bautista (24 de Junio)

- San Miguel (29 de septiembre)

A las que se pueden añadir otras celebraciones (18 de Marzo, 12 de Junio, Asunción, San Bernardo, 13 de octubre, etc.)

CONTRIBUCIÓN A LA VIDA MATERIAL DE LA ORDEN

El Templario vive y actúa sabiendo que cada uno, aquí abajo, no es más que el depositario de los bienes materiales y espirituales que le son confiados, es decir, heredados de las precedentes generaciones o que la Providencia nos da para que los conquistemos con el sudor de nuestra frente, no para nosotros mismos (NON NOBIS), sino para lo mejor del hombre, para la gloria de Dios.

Teniendo el cuerpo de la Orden sus cargas y necesidades, el Templario es llamado a contribuir en función de sus ingresos, de una manera creciente con su progresión en la Orden.

De todas formas, siempre es loable que un Templario, si puede y quiere, haga un esfuerzo suplementario.

Si para los hombres de nuestro tiempo -y por lo tanto para el Templario- esta contribución constituye -¡y cuanto!- un sacrificio, el Templario realiza un acto de amor a medida de su toma de conciencia y del don de sí mismo.

Los bienes de la Orden, como aquellos que pueden serle entregados por sus miembros, o incluso por cualquier persona física o jurídica externa, son completamente inalienables de la Comunidad, y a este título son administrados conforme a las estrictas Reglas de la tradición templaria.

EL OFICIO RELIGIOSO DE LA ORDEN DEL TEMPLE

Ya ha sido objeto en esta obra de un profundo desarrollo en el cual también se halla situado en relación con la misa católica. Remitimos al lector al capítulo pertinente.

Viene el tiempo en el que la Orden va a abrir más ampliamente las puertas de su oficio a todos los creyentes, a todos los "buscadores" sinceros, a todos los practicantes y no practicantes, perturbados por las convulsiones de un mundo que ha perdido su sentido y por Iglesias en las que se extingue la verdadera luz. El oficio debe estar abierto a todos cuantos lo pidan, con las condiciones que les serán indicadas.

LA ORDEN DEL TEMPLE Y LA IGLESIA DE ROMA

La Orden no es una religión. Es la Religión. Más todavía que Cristiana es crística.

Es decir, que si viene para “convertir” (en el sentido etimológico), se propone a sí misma como punto de convergencia, para reunir por encima de las barreras formales y teológicas. La Orden no olvida sin embargo que el Papa es el Vicario del Cristo, Jefe de la Iglesia de Pedro a la cual reconoce la Orden. Recuerda que en el Medievo no dependía más que del Santo Padre con exclusión de toda otra dependencia.

Por ello, la Orden del Temple consagra a su Santidad filial piedad, fraternal deferencia y “obediencia en la medida que no contradiga la inmensa esperanza de un reconocimiento que borraría la inicua disolución pronunciada en 1.312” y que desde entonces enloda la cara de la Iglesia.

LA PRESENCIA Y EL PAPEL DE LAS MUJERES EN LA ORDEN

Como Milicia del Cristo, la Orden respeta las Leyes de la Creación tal y como Dios las ha establecido, y en particular el principio de dualidad según el cual toda obra, para estar verdaderamente completa, necesita de la intervención conjunta del principio masculino y de la facultad femenina, es decir, de las polaridades complementarias sin las cuales no existe algún equilibrio.

Como casi todas las órdenes religiosas, que siempre han contado con una orden paralela femenina, y aunque los historiadores pretendan lo contrario (o hayan leído mal los registros del Temple), había mujeres en la Orden medieval. Se las llamaba las “discretas” o las “donadas”. Hoy se las denomina “amazonas blancas”, aunque permanezcan discretas.

A imagen de María, tienen como tarea más importante ayudar al pleno cumplimiento de la misión de su marido (cuando están casadas), o de la Orden (cuando no lo están). Esto exige de ellas mucha entrega, discreción, renuncia a todo comportamiento espectacular, y no las exime de eficacia y de responsabilidades. Pero a cambio, también poseen el júbilo. Tal es el fruto mismo del respeto que el hombre, entre nosotros, debe a su mujer, ya que la pareja es una obra alquímica.

En toda mujer revive María, que es la Tierra, la carne, la substancia universal, la Madre por quien todo se manifiesta, sin la cual nada es manifestado, quien nos enseña sus dogmas maternos. Así se comprende por qué, cada mañana, los Templarios la invocan en estos términos:

“Demos gracias a la Virgen María, Nuestra Señora, ya que Ella es Jefe de nuestra Orden, pues Nuestra Señora fue el comienzo de nuestra Orden, y en Ella y en su honor estarán si place a Dios, el retorno de nuestra Orden, y el fin de nuestras vidas y el fin de nuestra Orden, cuando quiera Dios que así sea”.

Y AHORA...¹

Y ahora, tú,
hermano en humanidad,
hermano en Cristo;
si deseas actuar en compañía de hombres
sinceros
pero imperfectos,
ven con nosotros.
Si buscas las penas cotidianas,
el constante sufrimiento,
ven con nosotros.
Si no temes los fracasos,
ven con nosotros.
Si quieres oír la llamada lancínate
de las tentaciones pérfidas,
ven con nosotros.
Si quieres conocer la duda,
a veces
la desesperación,
ven con nosotros.
Si quieres no estar siempre contemplando las estrellas,
si quieres mirar a tus pies las miserias de este mundo,
ven con nosotros.
Si quieres defender a la viuda,
proteger al huérfano,
ven con nosotros.
Si quieres luchar por y con los oprimidos,
ven con nosotros.
Si quieres abandonar tus metales en el guardarropa,
rechazar al viejo hombre,
olvidar tu erudición,
tu ciencia,
tu iniciación,
tu ignorancia,
ven con nosotros.
Si quieres que sea vuelto a poner en duda
el mañana,
la revelación de la víspera,
ven con nosotros.
Si quieres revestir el hábito de bodas
que te hace igual a los demás,
tus hermanos,
quienquiera que tú seas

¹ *Reflejemos el poema ateniéndose estrictamente al fondo y utilizando las mismas palabras que el original, dada la importancia del texto.*

o de donde vengas,
ven con nosotros.
Y si quieres ofrecer hasta tu último céntimo,
hasta tu última hora,
hasta tu último suspiro,
tu última mirada;
si quieres darlo todo,
todo abandonar
para el servicio del hombre,
tu prójimo,
sirviendo el hombre espiritual,
el Cristo,
entonces,
no dudes,
búscanos;
a nosotros,
los Pobres Caballeros del Cristo,
campeones de causas perdidas.

PERONNIK
San Juan Bautista 1.971
Epifanía 1.975

TELEGRAMAS DIRIGIDOS POR JUAN, VIGÉSIMO TERCER GRAN MAESTRE DE LA
ORDEN DEL TEMPLO, A LOS OBISPOS

A LOS OBISPOS DE FRANCIA

EN EL NOMBRE DE LA ORDEN DEL TEMPLO, NOS, DESEAMOS EXPRESAR VIVAMENTE NUESTRA PROFUNDA EMOCIÓN A TODOS LOS OBISPOS DE FRANCIA REUNIDOS EN EL MARIAL LUGAR DE LOURDES, ANTE LA IGNORANCIA MANIFESTADA POR LOS GUARDIANES DE LA CONCIENCIA CRISTIANA HACIA EL SACERDOCIO LAICO TAL COMO FUE Y SIGUE SIENDO PRACTICADO POR LOS OFICIANTES DE NUESTRA ORDEN SEGÚN EL EJEMPLO DE LOS APÓSTOLES DE NUESTRO SEÑOR JESÚS-CHRISTO. STOP.

SEISCIENTOS SESENTA Y SEIS AÑOS DESPUÉS DEL MARTIRIO DE NUESTRA ORDEN, DE SU EXTINCIÓN PERO NO SU EXCOMUNIÓN EN MIL TRESCIENTOS DOCE POR EL PAPA CLEMENTE QUINTO, NOS RECLAMAMOS FIRMEMENTE AL EPISCOPADO FRANCÉS, EN UN TIEMPO EN EL QUE LA IGLESIA ABANDONADA BUSCA EN VANO SUS APOYOS, LA APERTURA E UN PROCESO DE REHABILITACIÓN CERCA DE NUESTRO SANTO PADRE EL PAPA.

QUE NUESTRA SEÑORA DEL ESPÍRITU SANTO VENGA EN NUESTRA AYUDA.
NON NOBIS.

JUAN, VIGÉSIMO TERCER GRAN MAESTRE
6 de Noviembre de 1.973

A SU EMINENCIA

EL SECRETARIO GENERAL DEL SÍNODO CITTA DEL VATICANO

REUNIDOS CON OCASIÓN DE LA CELEBRACIÓN TRADICIONAL DE SAN MIGUEL, LOS CABALLEROS DE LA ORDEN DEL TEMPLO SE ASOCIAN CON SUS PLEGARIAS A LA TAREA EMPRENDIDA POR EL SÍNODO DE LOS OBISPOS REUNIDOS EN ROMA.

CONSCIENTE CON EL SANTO PADRE, DE QUE EN NINGÚN CASO EL EVANGELIO PUEDE SER UTILIZADO CON FINES OPRESIVOS CUALQUIERA QUE SEA LA FORMA, LA ORDEN DEL TEMPLO REAFIRMA SU MISIÓN UNIVERSALISTA Y CONVIDA A LA IGLESIA CATÓLICA ROMANA A LEVANTAR LA MEDIDA ARBITRARIA DE 1.312 QUE, EN DEFINITIVA, ES OBSTÁCULO PARA UN VERDADERO ECUMENISMO.

NON NOBIS

En la Encomienda de San Miguel Arcángel
29 de Septiembre de 1.974
JUAN, VIGÉSIMO TERCER GRAN MAESTRE